

UNIVERSIDAD DE CHILE
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Ciencias Históricas

**VISIÓN DE BENJAMÍN VICUÑA
MACKENNA SOBRE LOS ESTADOS
UNIDOS DE AMÉRICA, 1853-1866.**

Tesina para optar al grado de Licenciado en Historia

[Alumno]:

PABLO GABRIEL ALVARADO GÓNGORA

Profesor Guía: Cristián Guerrero Yoacham

Santiago, 2008

Epígrafe . .	1
AGRADECIMIENTOS .	3
INTRODUCCIÓN .	5
CAPITULO I. LOS VIAJES DE VICUÑA MACKENNA A LOS ESTADOS UNIDOS: UN BREVE ESBOZO. .	9
1.1. El primer viaje a los Estados Unidos, 1852-1853. . .	10
1.2 El segundo viaje a los Estados Unidos, 1865-1866. .	14
1.3 Vicuña Mackenna, testigo y observador de la realidad norteamericana. .	21
CAPITULO II. EL DESARROLLO URBANO NORTEAMERICANO EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX SEGÚN VICUÑA MACKENNA. .	25
CAPITULO III. LA AGRICULTURA, LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA VISION DE VICUÑA MACKENNA, 1853-1878. .	47
CAPITULO IV. LA SOCIEDAD E IDIOSINCRACIA ESTADOUNIDENSE EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX SEGUN VICUÑA MACKENNA. .	75
CAPITULO V. LA POLITICA EN LA UNION AMERICANA (1853-1866) Y SUS PRINCIPALES LINEAMIENTOS: UNA CARATERIZACION SEGÚN LAS APRECIACIONES DE VICUÑA MACKENNA. .	113
CONCLUSIONES . .	157
BIBLIOGRAFÍA .	163
Guías bibliográficas: .	163
Obras generales: . .	163
Fuentes primarias: .	165

Epígrafe

“Buena gente... sí, buena gente es lo que hay que tener...”

AGRADECIMIENTOS

“El carril nada engendra, sólo el estudio es fecundo...”

Cristián Guerrero Yoacham.

Todo trabajo de investigación es el resultado de un esfuerzo intelectual individual, compartido por el Profesor Guía y el alumno, pero también colectivo, pues son muchas las personas que, indirectamente, participan en él. Este escrito tampoco es la excepción a aquella regla y, por lo tanto, es menester dejar constancia de ello.

La consideración anterior se hace más relevante cuando se considera que una tesina simboliza el final de una etapa y el comienzo de otra, el término de un ciclo que, en mi caso, fue inusualmente largo. Entonces, con el final a la vista, es justo agradecer a aquellos que, de alguna u otra manera, estuvieron presentes durante el proceso.

Mi familia... Ellos son los primeros depositarios de mis agradecimientos porque, a su manera, siempre me han apoyado. En este sentido, un reconocimiento especial merece mi Madre, por su constante preocupación. Gracias a ella nunca me faltó nada y, además, siempre ha secundado mis proyectos, entre ellos el estudiar Historia.

Análogo agradecimiento merecen mis amigos, todos ellos, tanto los que hice en la Universidad de Chile, como fuera de ella. Agradezco su amistad, deferencia, compañía, apoyo, aliento y ayuda en los buenos y malos momentos. Aunque corro el riesgo de omitir a más de alguno, me gustaría mencionarlos: Rodrigo Muñoz, Iván Soto, Pedro Jara, Juan Zamorano, Álvaro Cuadra, Rodrigo Gutiérrez, Elena Romero, Claudia Agosto, Karin Galleguillos, Emiliano Figueroa, Adrián González, Michelle Henríquez, Carla Alegría, Yury Thauby, Carmen Gloria Olivares y Rodrigo Guerrero, entre muchos otros.

También hago extensivo este agradecimiento y reconocimiento al Profesor Ulises Cárcamo Sirguiado, Académico del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile, en quien encontré no sólo un excelente profesor, sino también una gran persona y amigo.

Sin embargo, no desmereciendo los méritos de los demás, debo reconocer que mi deuda más grande es para con mi Profesor Guía, don Cristián Guerrero Yoacham, a quien considero un verdadero Maestro en todo el sentido de la palabra. En mi opinión, merece tal calificativo no sólo por su calidad como académico, que pude comprobar como alumno en sus clases durante mis años de pregrado, sino también por sus excepcionales cualidades humanas, como su sencillez, generosidad y buena voluntad, de las cuales también he sido testigo y beneficiario.

Y en ese sentido, estoy en deuda, una deuda impagable. Profesor: le agradezco de corazón el gesto que tuvo conmigo, la oportunidad y la confianza que me concedió y su supervisión y guía en la tesis. El mérito de este trabajo es suyo. Gracias, de verdad. Espero haber sido digno de tales gestos ante sus ojos. Sepa que cuenta con todo mi aprecio, respeto y mi más grande admiración. Y una vez más, muchas gracias.

INTRODUCCIÓN

“Y Darío dice: “monstruo de la naturaleza...”

Vicuña Mackenna era eso: lo enorme. Una fuerza en movimiento, un constructor sin reposo, un plasmador de mundos y de ideas, el hombre capaz de resumir un país y una época.”¹

Eugenio Orrego Vicuña, 1951.

Sin lugar a dudas, una de las características relevantes del trabajo intelectual desarrollado por don Benjamín Vicuña Mackenna, a lo largo de toda su vida, fue su amplitud temática. Sin embargo, es menester señalar que esta característica ha obstaculizado a sus biógrafos el análisis detallado y la subsiguiente interpretación de las múltiples creaciones literarias del escritor. Este aserto asume una importancia mayor cuando se advierte que los intereses intelectuales del polígrafo se extendían más allá de su erudita, ingente y polifacética labor, abarcando aspectos más pedestres pero no menos importantes para él, como los viajes y el conocimiento de realidades distintas a la nacional.

Vicuña Mackenna fue un asiduo viajero. En varias ocasiones y por diversos motivos salió de Chile y recorrió otros países de América y Europa. Sin embargo, estos viajes al extranjero, y en especial aquellos realizados a los Estados Unidos de América, son un ejemplo evidente de tópicos que no han sido estudiados con detalle, salvo algunas referencias breves y generales realizadas por sus biógrafos más conocidos. No obstante

¹ Orrego Vicuña, Eugenio. *Vicuña Mackenna: Vida y trabajos*. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1951, p. 426.

este alcance, lo cierto es que las travesías al país del Norte le permitieron al polígrafo conocer y observar con detalle realidades muy diferentes de la chilena, las cuales describió y criticó en profundidad dejando un notable testimonio de ellas por su clarividencia.

La temática antes aludida es la que hemos investigado con la intención de describir, analizar e interpretar las observaciones, apreciaciones y alcances hechos por Vicuña Mackenna sobre los Estados Unidos de Norteamérica, país que visitó en dos oportunidades entre los años 1852-1853 y 1865-1866, fechas que se corresponden con etapas fundamentales de la historia norteamericana: la primera, de término de la guerra con México y gestación de la Guerra de Secesión y la segunda, de finalización de esta última conflagración y comienzo del período de Reconstrucción, hecho que además es coincidente con la guerra de Chile con España.

Para realizar esta investigación hemos examinado con detenimiento los escritos que Vicuña Mackenna dejó de sus viajes y las observaciones registradas con posterioridad a dichos viajes. Las fuentes utilizadas en este trabajo, publicaciones de carácter autobiográfico del mismo Vicuña Mackenna, son sus Páginas de mi diario durante tres años de viaje y Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norte América, donde constan sus experiencias y observaciones, además de una serie de libros y artículos de carácter periodístico publicados por él entre 1849 y 1885.

Debido a que la mayor parte de la información reunida para este trabajo está centrada en los periodos 1852-1853 y 1865-1866, se decidió limitar el estudio a dicho periodo temporal. Lo anterior no obsta que se incluyan observaciones hechas con posterioridad a los viajes, como aquellas contenidas en su libro “Terra Ignota”. O sea, viaje del país de la crisis al mundo de las maravillas (Simples notas a vuelo de ave sobre California, los Estados de la “Nueva América” y la Australia, vía Japón y la China, según el itinerario del viajero chileno don José Sergio Ossa en 1874-1876). Asimismo, salvo que sea necesario mencionarlos, no se incluirán los antecedentes relativos a la misión confidencial de Vicuña Mackenna a los Estados Unidos (1865-1866), por cuanto han sido estudiados y publicados en un artículo del Profesor Cristián Guerrero Yoacham.

La investigación realizada no presentó mayor complejidad. Dicho mérito debe atribuirse, en gran medida, al genio y pluma del propio Vicuña Mackenna. Genio por la clarividencia y perspicacia de sus juicios sobre la realidad norteamericana. A su ingenio le debemos un estilo de escritura fluido, claro y agradable de leer, aunque algo desordenado en algunas partes, hecho que no entorpeció la comprensión y la crítica a sus asertos. Es menester agregar, además, que dicho estilo de redacción está teñido de un gran sentido del humor, con ciertos matices de ironía, que muchas veces hace reír. Por otra parte, también hizo expedito el trabajo la accesibilidad del material documental, salvo una notoria excepción.²

Por último, con nuestro trabajo esperamos contribuir al mejor conocimiento de una de las múltiples facetas de un hombre, “monstruo de la naturaleza” como lo llamó Rubén Darío, que, haciendo alusión al libro Hombres Representativos del filósofo norteamericano Ralph W. Emerson, siempre estuvo rodeado de hombres que encarnaban aquel ideal y que, sin proponérselo, se convirtió en uno de ellos porque tenía

los méritos suficientes para ello.

² En efecto, no fue posible ubicar una de las fuentes primarias e inscritas en la bibliografía y necesaria para la realización de esta investigación, Pro Bono Publico. A History of Some of the Executions (?) of the Neutrality Law of the United States, by the Present Administration. Sin embargo, el texto en cuestión aparece mencionado en la bibliografía de Vicuña Mackenna elaborada por Eugenio Orrego Vicuña. En la página 426 de su Iconografía de Vicuña Mackenna, volumen I, donde puede leerse lo siguiente: “37. PRO BONO PUBLICO. A HISTORY OF SOME OF THE EXECUTIONS (?) OF THE NEUTRALITY LAW OF THE UNITED STATES, BY THE PRESENT ADMINISTRATION, 1865. -6 págs. Suscrito: B. Vicuña Mackenna.” Ahora bien, pese a la exhaustiva búsqueda realizada en los catálogos de la Biblioteca Nacional, Biblioteca del Congreso Nacional, Biblioteca del Museo Benjamín Vicuña Mackenna, así como en el Catálogo Bello y el Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile, no fue posible ubicar dicho folleto.

CAPITULO I. LOS VIAJES DE VICUÑA MACKENNA A LOS ESTADOS UNIDOS: UN BREVE ESBOZO.

*“Yo he viajado no por placer, ni por fausto, ni por el pueril entretenimiento de “rodar tierras”.*³

*“Este es el encanto supremo de los viajes; una variedad infinita de emociones acumuladas a nuestro paso y que escogemos a nuestro albedrío...”*⁴

Benjamín Vicuña Mackenna, 1853.

En 1853, durante su primera estadía en la ciudad de Nueva York, Benjamín Vicuña Mackenna, al notar la ausencia de viajeros chilenos en esa ciudad, no pudo dejar de observar que “...la pasión de los viajes, más allá del Mapocho o la Alameda, se hallaba por esos años de las onzas de oro, en ciernes en Santiago...”⁵ En efecto, en aquellos

³ Vicuña Mackenna, Benjamín. Páginas de mi diario durante tres años de viaje: 1853-1854-1855. Volumen I. Santiago, Dirección General de Prisiones, 1936, p. 17.

⁴ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 46.

⁵ Vicuña Mackenna, Benjamín. Una excursión a través de la inmortalidad o sea reminiscencia de los grandes hombres que en el curso de mi vida he conocido en el Nuevo y en el Viejo Mundo. Santiago, Imprenta de El Progreso, 1885, p. 27.

años los viajes fuera de Chile no eran frecuentes entre sus conciudadanos y, por lo mismo, don Benjamín se convirtió en la excepción a la regla.

A lo largo de su vida, tanto por razones voluntarias como forzosas, Vicuña Mackenna emprendió cuatro viajes al extranjero, cuyo orden cronológico es el siguiente:

- 1852-1855: Primer viaje. Vicuña Mackenna se vió obligado a salir de Chile como exiliado político por su participación en la Revolución de 1851. Esta travesía tuvo como destino América del Norte y Europa, lo que le permitió visitar México, Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Francia, Italia, Imperio Austro-Húngaro, diferentes Estados alemanes, Holanda, Bélgica y Portugal. A su regreso al país se detuvo durante un breve lapso en Brasil y Argentina, desembarcando en Valparaíso el 29 de octubre de 1855.
- 1859-1861: Segundo viaje. En la gestación de este periplo intervinieron de nuevo factores de índole político, pues Vicuña fue condenado a pena de extrañamiento a causa de sus actividades contrarias al gobierno de Montt. Enviado a Europa, peregrinó por Inglaterra, Francia, España y Panamá, estableciéndose durante cierto tiempo en Perú antes de regresar a Chile en enero de 1861.
- 1865-1866: Tercer viaje. Esta vez, don Benjamín fue enviado en misión diplomática confidencial a los Estados Unidos de América por el gobierno del Presidente Pérez para solicitar la ayuda norteamericana con ocasión de la guerra entre Chile y España (1865-1866).
- 1870-1871: El cuarto y último viaje que Vicuña Mackenna realizó fuera del país, con destino a Europa, fue motivado por los problemas de salud de su esposa, doña Victoria Subercaseau. El matrimonio salió de Chile en enero de 1870 y llegó al viejo continente en marzo del mismo año. Su derrotero lo llevó a Francia, donde fue testigo del acontecer político de dicho país, que refirió en sus crónicas como corresponsal de El Mercurio de Valparaíso. Luego prosiguió a Inglaterra, Bélgica, Alemania, Suiza, Italia y España, realizando lo que Ricardo Donoso denominó una "... gira circular por la Europa Occidental..."⁶. Regresó al país el 30 de octubre de 1871.

Como es obvio, los viajes permitieron a Vicuña Mackenna conocer en detalle varios países de América y de Europa, entre ellos Estados Unidos de América. Tanto el primer como el tercer viaje tuvieron como destino provisorio o definitivo la potencia norteamericana. Las motivaciones y causas, itinerarios y desarrollo de tales viajes serán desarrollados a continuación.

1.1. El primer viaje a los Estados Unidos, 1852-1853.

Don Benjamín Vicuña Mackenna nació el 25 de agosto de 1831 en el seno de una familia de larga tradición política y de ideología liberal. Desde su mocedad estuvo involucrado en las luchas partidistas y como simpatizante del movimiento popular fue opositor al gobierno conservador del Presidente Manuel Bulnes (1841-1851). Se unió a las conspiraciones de

⁶ Donoso, Ricardo. Los partidistas y como simpatizante del movimiento popular fue opositor al gobierno conservador del Presidente Manuel Bulnes (1841-1851). Se unió a las conspiraciones de

finis de la década de 1840 que desembocaron en la Revolución de 1851. En un principio, participó en la Sociedad de la Igualdad, en la cual ejerció la labor de secretario. Más tarde tomó parte en el fracasado motín del coronel Pedro Urriola en Santiago el 20 de abril de 1851, motivo por el cual fue arrestado y condenado a muerte, pero logró escapar disfrazado de mujer de la prisión donde estaba encerrado. Poco después, se unió a los liberales insurrectos en el norte del país que apoyaron el alzamiento del general José María de la Cruz en Concepción. Sin embargo, el movimiento también fue aplastado por el gobierno en diciembre de ese mismo año. Por lo tanto, para evitar las persecuciones posteriores, su familia decidió enviarlo fuera del país. Contaba en aquella fecha con 21 años de edad.

El 26 de Noviembre de 1852, Vicuña Mackenna partió de Valparaíso en el bergantín Francisco Ramón Vicuña, dando inicio a un viaje que se prolongaría por tres años. Ya en la mar y pese a la nostalgia que lo embargaba, fue capaz de avizorar "... más allá del Océano los distantes países en que se entreveía un nuevo campo de actividad y de porvenir que el destino había vedado en la patria." ⁷ El lugar de destino era Estados Unidos al que pretendía ingresar por el puerto de San Francisco de California.

El joven Benjamín no tenía un conocimiento cabal del país al que se dirigía y, como bien lo hizo notar, por aquellos años la esfera de relaciones entre Estados Unidos y Chile estaba circunscrita a contactos comerciales y políticos muy limitados y, por lo mismo, los estadounidenses apenas tenían "...vagas y casi ininteligibles ideas de aquel remoto país..." ⁸ de América del Sur. Tal situación de desconocimiento no había variado en lo fundamental cuando realizó su segundo viaje a aquel país en el año 1865. Los norteamericanos, explicó Vicuña Mackenna, seguían considerando a Chile como "...un pueblo lejano del que muchos solo ahora habían oído el nombre, de un país rayano del polo austral cuya existencia la mayor parte de los hombres del Norte, merced a su superficialísima educación, solo conocían por la raya azul o encarnada que los representa en las cartas geográficas." ⁹

El Francisco Ramón Vicuña arribó a San Francisco de California el 12 de enero de 1853 después de un viaje que se extendió por 47 días. Desembarcó, atendió algunos negocios particulares, recorrió y observó la original ciudad y más tarde visitó la ciudad aledaña de Sacramento, capital del Estado de California, y navegó en los vapores que recorrían el río del mismo nombre, maravillándose de la bonanza de la zona.

Tras un mes de estadía en San Francisco, Vicuña Mackenna decidió continuar su itinerario y se embarcó en el vapor Panamá el 15 de febrero de 1853, rumbo al istmo del mismo nombre para realizar el cruce al Océano Atlántico. Sin embargo, al llegar a Acapulco, México, resolvió alterar su derrotero, a causa del peligro que representaban las enfermedades infecciosas en el istmo panameño. En consecuencia, desembarcó en

⁷ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 19.

⁸ Vicuña Mackenna, Benjamín. Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norte América como Agente Confidencial de Chile. Volumen I. Santiago, La Libertad, 1867, p. 262.

⁹ Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 283.

compañía de algunos pasajeros, entre los que destacaba Mr. James Curtis, su nuevo amigo de nacionalidad norteamericana, e inició la travesía para llegar al Atlántico atravesando México, siguiendo la ruta Acapulco - Ciudad de México - Veracruz.¹⁰

El grupo partió de Acapulco el 24 de febrero de 1853 y llegó a Ciudad de México el 8 de marzo. En la capital azteca tomó un reponedor y necesitado descanso que le permitió a Vicuña Mackenna recorrer la ciudad con detenimiento. A los pocos días, el 13 de marzo, el grupo retomó la marcha hacia Veracruz llegando al puerto del golfo algunas jornadas después, donde se encontraron con la sorpresa que el vapor que esperaban abordar para continuar su viaje a los Estados Unidos había zarpado con anterioridad. Debido a ello, debieron embarcarse en una goleta a vela de nombre Edward Barnard, que se aprestaba a realizar el mismo itinerario. Vicuña Mackenna abandonó México, rumbo a Nueva Orleans, el 19 de marzo de 1853.

Ocho días después, tras una tortuosa navegación a través del Golfo de México, que para todos significó "...una muy santa semana de mareo, insomnio y tormento..."¹¹, nuestro protagonista y sus acompañantes llegaron a la desembocadura del río Mississippi, el que remontaron a vela y, más tarde, con ayuda de un vapor remolcador. El grupo de viajeros llegó el 27 de marzo a la ciudad de Nueva Orleans, tras lo cual se separaron. No obstante ello, acompañado todavía por su amigo Curtis, Vicuña Mackenna permaneció en esta ciudad el tiempo suficiente para conocerla a cabalidad y apreciar sus principales características, antes de proseguir su viaje rumbo a Nueva York. Para este último efecto, optó por continuar el viaje siguiendo la ruta fluvial interior que remontaba el Mississippi y después continuaba por el río Ohio, porque consideró que era el derrotero más agradable. Dicha elección lo llevó a embarcarse en los característicos vapores de rueda que en aquella época navegaban los ríos del sur de la Unión, esta vez por el viaje siguiendo la ruta fluvial de proseguir su viaje rumbo a Nueva York. En el paquete James Ward, a bordo del cual dejó Nueva Orleans el 29 de marzo de 1853.

La navegación a través de los ríos Mississippi y Ohio se desarrolló sin mayores sobresaltos. En forma sucesiva no sólo fueron quedando atrás los variados y hermosos paisajes naturales característicos del sur estadounidense, sino también las diversas ciudades y pueblos que estaban emplazados a lo largo de las principales vías de comunicaciones fluviales. Así, la navegación discurrió a la vista de las ciudades de Baton Rouge, Natchez, Vicksburg y El Cairo en una primera etapa. Ya en el río Ohio, el

¹⁰ Algunas incidencias de esta travesía merecen un breve comentario. En efecto, viajando con unos pocos ciudadanos norteamericanos, Vicuña Mackenna pudo constatar el deplorable estado de postración política y económica en que se encontraba México a causa de los años de inestabilidad política crónica y la derrota militar a manos de Estados Unidos tras la guerra de 1846. El resentimiento contra los "yankees" estaba a flor de piel en la mayoría de los mexicanos y los norteamericanos no se quedaron atrás en demostrar el suyo; además, las huellas del enfrentamiento todavía eran visibles en los antiguos campos de batalla por los cuales la comitiva pasó (hecho que los acompañantes de Vicuña Mackenna aprovecharon para llevarse souvenirs), de lo cual se desprende que los resultados morales y materiales del conflicto no sólo estaban presentes, sino que también eran profundos y dolorosos. Para más detalles, véase Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., p. 47 y ss.

¹¹ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 104.

itinerario prosiguió por Louisville, donde don Benjamín y Mr. Curtis cambiaron de vapor, hasta Cincinnati, lugar al que llegaron el 5 de abril. Allí abandonaron definitivamente la embarcación para proseguir el viaje por vía terrestre.

Este hecho significó un cambio de medio de transporte y así, por primera vez en su vida, Vicuña Mackenna se encontró viajando en ferrocarril rumbo a la ciudad de Cleveland, Ohio. En este lugar se embarcó en un vapor para atravesar el lago Erie y llegar así a Buffalo, punto de partida de las excursiones a las cataratas del Niágara, maravilla natural norteamericana-canadiense que tenía muchos deseos de conocer. Sin embargo, una vez que estuvo allí, las cataratas le decepcionaron pues se las había imaginado mucho más majestuosas y colosales de lo que en realidad eran.

El día 10 de abril de 1853, Vicuña Mackenna emprendió viaje a Nueva York, puerto al que llegó poco después sin tener mayores tropiezos. Sin embargo, permaneció poco tiempo en la gran metrópolis, pues al momento partió rumbo a Boston, capital del Estado de Massachusetts, lugar donde residía la familia de su amigo James Curtis y a la cual este último no había visto en mucho tiempo. Así, tras un recorrido que les hizo atravesar los estados de New York, Connecticut y Rhode Island, los amigos llegaron a la ciudad portuaria llamada “La cuna de la independencia” norteamericana. La familia de Mr. Curtis fue “... la más respetable, la más hospitalaria y amable familia que en un suelo extraño yo podía encontrar”¹², reconoció. Don Benjamín permaneció en Boston durante unos días antes de retornar a Nueva York el 20 de abril de 1853, vía ferrocarril. A partir de ese momento proseguiría su viaje sin acompañantes.

Vicuña Mackenna residió cerca de tres meses en Nueva York. En ese lapso no permaneció ocioso. Por una parte, la dilatada estadía le permitió conocerla a cabalidad en toda su amplitud. Fue testigo del desenvolvimiento diario de la gran metrópoli, caracterizada por su gran vorágine, actividad y bullicio. Recorrió sus principales avenidas y paseos, sus más destacados edificios públicos, iglesias, hoteles, museos, teatros, industrias, además de sus suburbios, constatando el evidente progreso y modernidad de la ciudad. También pudo observar con detenimiento al norteamericano típico en su cotidianidad, percibiendo las principales características, peculiaridades y extravagancias de su modo de ser y se permitió, además, admirar a sus hermosas mujeres. Por otra parte, a mediados de mayo, aprovechando la existencia de una extensa red ferroviaria que simplificaba los viajes por la zona, se dedicó a visitar los principales centros urbanos aledaños a la gran metrópoli. Sus “excursiones de ferrocarril”¹³ lo llevaron a los estados vecinos de Nueva York, lo que le permitió conocer Newark, Princeton, Trenton, Albany, Filadelfia, Baltimore, Washington D. C. y un sinnúmero de pueblos y localidades más pequeñas de la costa Este norteamericana.

El 19 de mayo de 1853 encontró a Vicuña Mackenna en la capital de los Estados Unidos. En esta metrópoli tuvo la fortuna de encontrar a don Manuel Carvallo¹⁴, Ministro de Chile en Washington, quien no sólo le ofreció su hospitalidad y lo introdujo al selecto círculo político y social que su posición de diplomático le permitía frecuentar, sino que

¹² Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 152.

¹³ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 169.

también ofreció su compañía y le mostró los principales edificios públicos y lugares más destacados de la capital, incluida la Casa Blanca, residencia oficial de los presidentes de la Unión del Norte. El último día de su estadía en Washington D. C., don Benjamín lo dedicó a visitar la tumba del extinto presidente norteamericano George Washington en Mount Vernon, Virginia, tras lo cual retornó a Nueva York.

A principios de junio de 1853, Vicuña Mackenna partió rumbo a Canadá. Después de pasar por Rochester, Buffalo y Niágara, ingresó a territorio canadiense llegando a orillas del Ontario y siguiendo su ruta por el río San Lorenzo hasta alcanzar Montreal, ciudad que no le impresionó en demasía, más bien le entristeció. A continuación, prosiguió su viaje hasta Quebec, a la cual llegó el 28 de junio, para dirigirse más tarde al lago Jorge y al pueblo de Saratoga, famoso por sus baños termales, lugar donde permaneció dos días. Su paseo por Canadá terminó allí, y el 3 de julio regresó al ajetreo de Nueva York.

Sin embargo, su permanencia en los Estados Unidos estaba finalizando. En efecto, hacia finales de julio de 1853, comenzó a prepararse para abandonar la Unión Americana y continuar su travesía rumbo a Europa. Don Benjamín Vicuña Mackenna dejó en forma definitiva los Estados Unidos el 23 de julio de 1853. Aquel día se embarcó a bordo del vapor Pacífico, navío que zarpó desde Nueva York con destino a Liverpool, Inglaterra.

Desde su llegada al puerto de San Francisco, en enero de 1853 hasta su salida de Nueva York rumbo a Europa y exceptuando su breve paso por México, la estadía de Vicuña Mackenna en tierras norteamericanas se extendió por algo más de 6 meses. En cierta medida, la visita al país de los “yankees” le desilusionó y le dejó opiniones encontradas, obligándole a modificar las ideas preconcebidas que tenía acerca de los norteamericanos antes del viaje. Sin embargo, no obstante su desengaño, nuestro protagonista reconoció que su viaje a “Yanquilandia”¹⁵ había sido “...original como todas las cosas que he visto en el hemisferio Norte de la América...”¹⁶.

1.2 El segundo viaje a los Estados Unidos, 1865-1866.

Después de abandonar los Estados Unidos de Norteamérica en 1853, Vicuña Mackenna se dedicó a recorrer gran parte de Europa y regresó a Chile el 29 de octubre de 1855, tras tres años de ausencia. De inmediato se puso en actividad, publicando una serie de artículos en el diario El Ferrocarril, dio a luz las memorias de sus viajes por América del Norte y Europa y trabajó con entusiasmo en las Sociedades de Instrucción Primaria y de Agricultura. Al mismo tiempo, retomó y concluyó sus estudios de Derecho, cuestión que había quedado pendiente al salir del país, titulándose de Abogado en mayo de 1857.

¹⁴ Véase Manuel Carvalho, “Extracto de las memorias de don Manuel Carvalho”, en Boletín de la Academia Chilena de la Historia. Año IX, Nº 22. Santiago, tercer trimestre de 1942, pp. 85-113.

¹⁵ Donoso. Don Benjamín..., p. 48.

¹⁶ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 43.

También se reintegró a la política, participando en múltiples actividades en torno a las cuales estaban aglutinados los elementos de la oposición liberal al gobierno del Presidente don Manuel Montt (1851-1861). Este movimiento, que comenzó de manera modesta en 1857, se agudizó al año siguiente, teniendo su clímax en diciembre de ese mismo año con la creación del Club de la Unión, centro de reunión y albergue para los miembros de la oposición liberal. Sin embargo, el gobierno, alarmado, hizo uso de sus facultades discrecionales disolviendo el grupo y arrestando y enjuiciando a sus principales líderes, entre los cuales se hallaba Vicuña Mackenna. Ello le significó el destierro a Inglaterra, país al cual llegó el 15 de junio de 1859 y desde el cual se trasladó, más tarde, al Perú.

Vicuña Mackenna regresó a Chile del exilio en enero de 1861, cuando finalizaba la administración Montt. Sin embargo, el clima político desfavorable a los liberales como don Benjamín estaba quedando atrás, pues al poco tiempo de su llegada al país fue elegido Presidente de Chile don José Joaquín Pérez (1861-1871), de la misma tendencia ideológica, que inauguró el período conocido como la República Liberal que se extendería hasta 1891. Con ello, Vicuña Mackenna dejó de ser considerado un elemento político conflictivo e indeseable, jamás volvió a ser perseguido y se integró en pleno a la vida política del país.

En el año 1864, encontramos a Vicuña Mackenna ocupando un escaño en la Cámara de Diputados representando al distrito de La Ligua. También fue elegido Secretario y, además, ejerciendo las labores propias de un diputado. Su trabajo como parlamentario pronto lo involucró con el agitado y azaroso panorama internacional que enfrentó el país aquel mismo año.

En efecto, el 14 de abril de 1864 una fuerza naval española, al mando del almirante Luis Hernández Pinzón, ocupó las islas Chíncha, pertenecientes al Perú. No es el objetivo de este trabajo adentrarse en las motivaciones de este acontecimiento y sus ulteriores entretelones y consecuencias, salvo mencionar que la pugna entre españoles y peruanos desató una ola de indignación y de espíritu americanista en Chile que, a la larga, significó la intervención del país en la pugna diplomática entre aquellos países y terminó con la declaración de guerra de Chile a España el 18 de septiembre de 1865.

No obstante ello, el país no estaba preparado para la guerra que acababa de declarar. Carecía de los recursos y los medios navales necesarios para enfrentar a la poderosa flota española. Tal insuficiencia comenzó a ser remediada mediante una serie de medidas administrativas tan pronto se produjo la ocupación de las islas Chíncha por la fuerza naval del almirante Pinzón. Estas medidas, además, están relacionadas de alguna manera con nuestro personaje.

En primer lugar, en mayo de 1864, el gobierno solicitó al Congreso la autorización para invertir los recursos necesarios en la adquisición de buques de guerra para la Armada de Chile. El permiso fue concedido y en esa oportunidad Vicuña Mackenna se manifestó a favor de adquirir buques en Estados Unidos.¹⁷ Más tarde, una vez declarada la guerra, se creó la Comisión de Subsidios, con la misión de recolectar fondos necesarios para apuntalar la defensa del país. Don Benjamín fue designado secretario de

¹⁷ Véase: Donoso. Don Benjamín..., pp. 185-186.

dicha comisión y comenzó a trabajar con el ahínco que lo caracterizaba para procurar los recursos monetarios necesarios para la guerra.¹⁸ Por último, el Presidente de la República don José Joaquín Pérez Mascayano y su Ministro de Relaciones Exteriores, don Álvaro Covarrubias Ortúzar, decidieron enviar a Benjamín Vicuña Mackenna a los Estados Unidos en "...una misión inusitada pero de alto honor, en su concepto, la misión de *agitador*."¹⁹

La necesidad de enviar un agente con carácter de agitador a la Unión del Norte se explica por varios motivos. Como señalamos más arriba, Chile no estaba en condiciones materiales para enfrentar una guerra con España y necesitaba con urgencia armas y aliados. Siendo la situación anterior una realidad patente, el gobierno de Pérez creyó necesario buscar el apoyo moral, político y material concreto de los norteamericanos, hecho que, a todas luces, complicaría a España. Las instrucciones que Vicuña Mackenna recibió del gobierno antes de partir fueron específicas en ese sentido:

"El principal encargo que damos a Ud. es de promover en la opinión de aquella Republica simpatías calurosas y abiertas por nuestra causa, que fomentadas con tesón y sagacidad, empujen al gobierno de los Estados Unidos a obrar activamente en nuestro favor."²⁰

Más adelante, el mismo documento recalca que la misión de agitador consistía en ***"Granjear a Chile amigos y auxiliares, suscitar a España enemigos y contrastes: tal es el término a que debe Ud. dirigirse. Por cualquier camino que a él llegue, habrá llegado bien y merecerá nuestra aprobación..."***²¹

Una vez notificado de la tarea por el Ministro Covarrubias el día 30 de septiembre de 1865, Vicuña Mackenna manifestó su consentimiento y expuso algunas condiciones, entre ellas el rechazo al titulodiplomático que se le ofreció, indicando que la denominación de "...agente confidencial"²² sería suficiente. También recibió su nombramiento e instrucciones oficiales y consiguió una serie de cartas de presentación de carácter oficial, entre ellas la del Ministro de Estados Unidos en Chile Thomas H. Nelson, amigo personal de Vicuña Mackenna, que debía presentar a destinatarios determinados una vez que se encontrase en Estados Unidos. El objeto de estas recomendaciones era hacer más expedita su tarea de relaciones públicas en la "Gran República."²³

Al día siguiente partió a Valparaíso en secreto para embarcarse con destino a los

¹⁸ Sin embargo, como miembro de dicha comisión, pudo apreciar que el conflicto con España, guerra "... improvisada en una semana..." como la denominó, no era muy popular entre sus compatriotas, sobre todo cuando afectaba sus bolsillos, pues "... desde los primeros días vimos que todos ofrecían su *sangre*, pero ninguno ofrecía su *oro*...". Véase: Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 304. *Cursivas en el original.*

¹⁹ Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 7. *Cursivas en el original.*

²⁰ ***Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 12. Cursivas en el original.***

²¹ ***Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 14. Cursivas en el original.***

²² Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 8.

Estados Unidos. Con sigilo, el 3 de octubre de 1865, Vicuña Mackenna abordó el vapor Chile y partió rumbo a Nueva York vía Panamá escondido en la bodega de carga del barco para evitar ser descubierto por los oficiales de la escuadra española que bloqueaba Valparaíso. Vicuña Mackenna burló el cerco sin problemas. Sin embargo, circunstancias imponderables le obligaron a dilatar su arribo a la Unión Americana. El 10 de octubre de 1865, después de algunos días de navegación, llegó al Perú y encontró el país dividido en dos bandos, el nacionalista y el oficialista, como consecuencia del pacto que el gobierno del Presidente peruano Pezet había firmado con los españoles. Don Benjamín se puso en contacto, junto con otros chilenos connotados, con los líderes del movimiento nacionalista, el Vicepresidente Canseco, el coronel Mariano Ignacio Prado y el almirante Lizardo Montero, uniéndose a la rebelión encabezada por éstos.

Vicuña Mackenna trabajó de manera activa a favor de la rebelión. Debido, en gran medida, a su labor e influencia en los círculos políticos peruanos, el gobierno revolucionario declaró la guerra a España y decidió unir sus fuerzas navales con las chilenas para presentar batalla a los españoles. Nuestro protagonista también estuvo presente en la planificación de operaciones navales contra la flota española que, al final, no se llevaron a cabo. A causa de ello, la permanencia del Agente Confidencial de Chile en el Perú se extendió hasta el 28 de octubre de 1865, fecha en la que se embarcó en el vapor Pacífico rumbo a Panamá.

El 7 de noviembre de 1865 Vicuña Mackenna se encontraba en la ciudad de Balboa, Panamá. En este lugar participó en una manifestación pública como orador. También realizó una serie de actividades promocionando la causa de Chile en ese país y en el resto de las repúblicas centro americanas, hecho que le valió una leve reprimenda del gobierno chileno. La estadía de don Benjamín en Panamá fue breve y se prolongó hasta el 12 del mismo mes, día en que llegó a la ciudad de Colón y se embarcó en el vapor Enrique Chauncey, con destino a Nueva York, llegando a la ciudad el 20 de noviembre de 1865.

Vicuña Mackenna arribó a Estados Unidos en una etapa especial de su historia. El país había estado sumido en una guerra civil que se extendió por cuatro años (1861-1865) y enfrentó al gobierno federal estadounidense contra los Estados Confederados de América, que deseaban separarse de la Unión. La guerra finalizó con la victoria de los federales el 26 de mayo de 1865. Sin embargo, el triunfo había sido en extremo oneroso en vidas humanas, recursos materiales y financieros. Además, el Presidente Abraham Lincoln había sido asesinado y en su reemplazo había asumido el Vicepresidente Andrew Johnson. Y por último, si bien la unión e integridad de los Estados Unidos se había conservado, el término de la conflagración había puesto en evidencia una gran cantidad de problemas políticos, sociales y económicos que apremiaban y que era preciso resolver. En suma, el país estaba debilitado y no estaba pasando por su mejor momento. Había comenzado la etapa conocida como la Reconstrucción.

En Nueva York, don Benjamín se instaló en el hotel Metropolitanoy de inmediato puso manos a la obra. Se contactó con el Encargado de Negocios de Chile en la Unión, don Francisco Solano Astaburuaga Cienfuegos, quien lo puso al tanto de la situación. Así

²³ Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 184.

se entero que las perspectivas de su misión eran en extremo desalentadoras: No habían buques para adquirir, no había dinero ni crédito para comprar armamento y el apoyo de Estados Unidos a la causa chilena era una quimera porque este país se había declarado neutral y, a causa de su interés por Cuba, era parcial a España, hecho que la actitud del Secretario de Estado William Seward dejaba en evidencia en forma permanente. En resumen, la situación de Astaburuaga y Vicuña Mackenna equivalía a la impotencia.

Sin embargo, el Agente Confidencial no se amilanó e inició una activa labor de propaganda y relaciones públicas a favor de Chile. Esta actividad tenía por finalidad "...explicar a la opinión pública las causas de la guerra con España, crear conciencia de la provocación sufrida por Chile y Perú y de la necesidad de ayuda, y por ese medio tratar de influir en las autoridades estadounidenses, muy especialmente en el Secretario de Estado, para que se aplicara la Doctrina Monroe."²⁴ Para ello, se dirigió a los editores de los principales medios de prensa de Nueva York con el objetivo de obtener su apoyo. Ante la novedad, los diarios neoyorquinos se mostraron encantados y comenzaron a publicar una serie de artículos relativos al conflicto entre Chile y España, con una marcada parcialidad hacia nuestro país.

No contento con ello, Vicuña Mackenna se incorporó al *Traveller's Club* y al *Union League Club*, ambos de Nueva York, organizaciones en las cuales ofreció dos conferencias (6 y 12 de diciembre de 1865) que fueron muy comentadas y publicitadas por la prensa. También pronunció un discurso en el meeting multitudinario realizado por el *Cooper Institute* (6 de enero de 1866), que contó con la asistencia de más de 5 mil personas, entre ellas varias personalidades públicas del mundo intelectual, político y militar norteamericano. En estas reuniones se analizaron las causas de la guerra de Chile y España y se pidió de forma explícita la aplicación de la Doctrina Monroe. Además, en la alocución del *Traveller's Club* del 6 de diciembre de 1865, don Benjamín aprovechó la ocasión para hablar de nuestro país y así dar "...a conocer a Chile al público neoyorquino..."²⁵ Los resultados de las gestiones referidas los juzgó el mismo Vicuña Mackenna en los siguientes términos:

"En el espacio de cincuenta días había adquirido la adhesión unánime de la prensa americana hacia los principios y derechos que fui enviado a sostener, y en tres grandes reuniones políticas, únicas en ese periodo de tiempo se celebraron, había levantado el nombre de mi patria, oscuro en aquellas regiones antes de esos días, a la mayor altura a que mis débiles fuerzas podían colocar su glorioso influjo."²⁶

Pese a ello, Vicuña Mackenna reconoció que tal resultado en su labor de propaganda no era suficiente y decidió fundar su propio periódico, La Voz de la América, con la finalidad

²⁴ Guerrero Yoacham, Cristian. "La misión de Vicuña Mackenna a los Estados Unidos (1865-1866)", en Boletín de la Academia Chilena de la Historia, Año LIII, N° 97. Santiago, 1986, p. 45. El mismo texto en Atenea, N° 453-454. Concepción, Universidad de Concepción, 1986, pp. 239-275. Del mismo autor véase "Chile y la Guerra de Secesión de los Estados Unidos (1861-1865)", en Boletín de la Academia Chilena de la Historia. Años XLII-XLIII, N° 89. Santiago, 1975-1976, pp. 95-267.

²⁵ Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 262.

²⁶ ***Vicuña Mackenna. Diez meses de misión...***, Vol. I, p. 282.

de abogar no sólo por la causa de Chile, sino también defender los intereses de las demás repúblicas latinoamericanas frente a los abusos de Europa y la misma Unión y pugnar por la independencia de Cuba y Puerto Rico. Este periódico apareció por primera vez al mes de su llegada a Nueva York y Vicuña Mackenna trabajó con ahínco en su redacción, edición y publicación hasta que dejó las tierras norteamericanas. También, para acentuar su tarea de propaganda, escribió dos libros utilizando el nombre de su asistente estadounidense, Daniel J. Hunter, para evitar complicaciones posteriores.²⁷

Por otra parte, Vicuña Mackenna, de mutuo acuerdo con el Ministro Astaburuaga, se abrogó la tarea de conseguir aprestos bélicos mediante diligencias secretas. Esta prerrogativa correspondía a Astaburuaga, quien, dada la situación reseñada antes, tenía que elegir entre dos opciones: no hacer nada o intentar adquirir armas pese a la negativa oficial del gobierno norteamericano. Sin embargo, para no crear situaciones comprometedoras al diplomático chileno y exponerlo a una sanción drástica en caso de violar la ley de neutralidad al tratar de adquirir armamento de manera subrepticia, ambos acordaron que el Agente Confidencial se haría cargo de tales gestiones.²⁸

Así, en paralelo a su actividad propagandística, don Benjamín se dedicó a buscar buques, cañones y torpedos factibles de ser adquiridos por nuestro país. Esta tarea se realizó, salvo excepciones, en los muelles de Nueva York, asesorado por el oficial de la Armada norteamericana (U.S. Navy) capitán William S. Wilson, se dedicó a examinar las embarcaciones que estaban disponibles para la venta. Entre estas últimas destacaba el acorazado Dunderberg, moderno navío de guerra que captó la atención del Agente Confidencial de Chile, pero la adquisición fracasó por la falta de dinero y de crédito. También tomó contacto con varios oficiales navales y especialistas estadounidenses que habían servido en la marina confederada durante la Guerra Civil, a los cuales propuso viajar a Chile para servir en la Armada chilena.

Durante estas gestiones para comprar armas, don Benjamín pasó también algunos malos ratos. En efecto, en una ocasión fue estafado por un armador de Filadelfia, un tal Mr. Smith, que le ofreció una embarcación en malas condiciones y que, después que Vicuña Mackenna se negase a adquirir tal navío, lo chantajeó e intentó entablarle un juicio sin resultados. Por otro lado, se le ofreció el vapor Meteoro y finiquitó las gestiones de compraventa de dicha embarcación, pero el buque fue detenido al momento del zarpe por orden judicial, apoyándose en las leyes de neutralidad y sobre la base de una

²⁷ El primero de estos libros se tituló A Sketch of Chili. Expressly Prepared For The Use of Emigrants From The United States And Europe To That Country. With A Map. And Several Papers Relating To The Present War Between That Country And Spain. And The Position Assumed By The United States Therein. En este trabajo realizó una caracterización general de Chile desde varios aspectos (Evolución política e histórica, características geográficas y económicas, entre otros); el segundo texto tenía por título Chili The United States And Spain; A Series of Lectures, Speeches, Editorial Articles, And Other Publications, On The Position Assumed By The Republic of Chili In The Pending War With Spain. Considered Under The Light Of The Present Foreign Policy of The United States e incluía una serie de cartas, conferencias, discursos, biografías y documentos relativos a las actividades propagandísticas que Vicuña Mackenna realizó en Estados Unidos en el mismo periodo. Ambos libros fueron publicados en 1866 por la Imprenta de S. Hallet en Nueva York, bajo el nombre de Daniel J. Hunter.

²⁸ Véase Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 213.

denuncia del Cónsul de España en contra de las actividades de don Benjamín. La denuncia en contra del Agente Confidencial de Chile significó su arresto por actos violatorios de la ley de neutralidad norteamericana y su posterior procesamiento, que se extendió desde febrero a abril de 1866. Sin embargo, después de un largo juicio, todo quedó en nada, por cuanto este era parte una estratagema política del Secretario de Estado, William H. Seward, para desacreditar a Chile y a su Agente Confidencial; no obstante lo anterior, este último aprovechó la ocasión para hacer propaganda a favor de Chile. Con todo, pese a las dificultades, las gestiones para la compra de armas no fueron del todo infructuosas. Don Benjamín logró adquirir cierta cantidad de cañones, torpedos y otros pertrechos de guerra, además de 4 embarcaciones mayores, a un precio que resultó ser módico.

Un tercer aspecto de la misión de Vicuña Mackenna en la Unión del Norte se refiere a su contribución al proceso independentista de Cuba y Puerto Rico para crear complicaciones y debilitar a España. Para lograr este cometido se contactó con grupos que trabajaban a favor de la independencia de ambas islas y colaboró de manera activa con ellos a través de artículos de prensa y otras iniciativas. También proyectó una acción militar destinada a liberar a Cuba e incluso propuso al gobierno chileno una incursión contra puertos en la península española y un ataque contra las islas Filipinas, pero estas iniciativas no prosperaron.

Como puede apreciarse, el carácter multifacético de la misión y las múltiples diligencias concernientes a ésta última mantuvieron bastante ocupado a nuestro personaje. Los momentos de esparcimiento fueron muy pocos y, por lo tanto, Vicuña Mackenna no tuvo la ocasión ni los medios para realizar viajes de placer por el territorio norteamericano, como los que realizó durante su primera visita a aquel país.

En el periodo que desarrolló las actividades relativas a su misión, Vicuña Mackenna residió en Nueva York, con ocasionales visitas a Washington D. C. para reportar asuntos concernientes a la misión y para acompañar al Ministro de Chile Francisco Solano Astaburuaga, a las recepciones oficiales a las cuales éste, en virtud de su cargo, debía acudir. A estas reuniones político-sociales también acudió invitado por diversas autoridades del ambiente diplomático de la capital estadounidense, lo cual le permitió alternar con casi "...todos los hombres famosos en la política y en las armas de la Unión Americana, a quien fuí sucesivamente presentado en una serie de *recepciones (y aprieta manos* porque lo de besar es poco usado en el país), tan repetidas y amontonadas unas sobre las otras, que en una sola noche recuerdo haber asistido...", a no menos de cinco de aquellas fiestas político-sociales."²⁹ También aprovechó la ocasión para recorrer con detenimiento ambas ciudades, siendo testigo de la actividad, bullicio, riqueza y pobreza, elegancia y contrastes que las caracterizaban en aquella época.

En Nueva York, dado lo oneroso del alojamiento en el hotel, cambió de residencia y se instaló en una casa de huéspedes de la calle Nueve, número 111, cerca de *Broadway*, junto con sus colaboradores Luis Aldunate y Pedro Pablo Ortiz, alquilando tres pequeñas habitaciones en las que casi no cabía nada. El hospedaje incluía el derecho a algunas regalías extras con el acuerdo de la dueña de la casa y que, por supuesto, pagaban. Las

²⁹ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 292. Cursivas en el original.

comidas diarias no estaban incluidas en el trato por lo que solían almorzar en los hoteles cercanos a la casa de hospedaje. En este humilde lugar recibieron durante un tiempo a todos los personajes que les visitaban, hasta que estuvieron en condiciones de arrendar otra habitación adicional para utilizarla como oficina. Sin embargo, tal lujo les duró poco pues el dueño los expulsó del lugar, molesto por la continua afluencia de visitas a todas horas del día y de la noche.

El 17 de abril de 1866, don Benjamín fue notificado del término de su misión como Agente Confidencial de Chile por el Ministro Covarrubias. En consecuencia, finiquitó todos sus asuntos pendientes en Estados Unidos y se embarcó rumbo a Chile, "...con el corazón henchido de alegría..."³⁰, a bordo del vapor New York, el cual zarpó de la ciudad puerto el 21 de junio de 1866.

Después de un breve paso por Perú, Vicuña Mackenna arribó a Santiago el 28 de julio de 1866, tras 7 meses de residencia continuada en la Unión Americana. Fue su segundo y último viaje a los Estados Unidos de Norteamérica. Nunca más volvió a pisar la tierra de Washington y Lincoln.

Sin embargo, una vez en Chile el polígrafo no encontró la tranquilidad y el descanso que merecía después de tan agotadora y complicada misión diplomática. Antes del término formal de su cometido en el país del Norte había tenido conocimiento de las críticas que sus actos habían generado en Chile, incluidas en estas acusaciones de malversación de fondos públicos. Por lo tanto, una vez en el país, Vicuña Mackenna se avocó a la tarea de escribir un libro que diese cuenta pormenorizada de su gestión en los Estados Unidos, finalidad que obedecía a su deseo de dejar un testimonio detallado de su labor y a la necesidad de hacer frente a los denodados ataques que sus críticos y enemigos políticos le hicieron. Fruto de este esfuerzo surgió el libro Diez Meses de Misión a los Estados Unidos de Norteamérica Como Agente Confidencial de Chile, publicado en dos tomos el año 1867 y obra que, a juicio del Profesor Cristián Guerrero Yoacham, es fundamental para

"...conocer este episodio de la vida del ilustre chileno, etapa que fue un verdadero torbellino de actividades, esfuerzos y sacrificios que realizó al amparo de su amor a Chile y su ideal americanista. Además nos sirve para conocer muchos pormenores del frente diplomático de la guerra con España."³¹

1.3 Vicuña Mackenna, testigo y observador de la realidad norteamericana.

En un siglo como lo fue el XIX, caracterizado por cambios radicales y acelerados en todos los ámbitos de la existencia, puede considerarse que Vicuña Mackenna fue un viajero privilegiado. Este aserto se explica por varias razones.

³⁰ Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. II, p. 136.

³¹ Guerrero Yoacham. "La misión de Vicuña Mackenna...", p. 63.

Para don Benjamín, los viajes tenían una significación personal trascendental, que iba más allá del mero hecho de viajar por ostentación, por obligación o entretenimiento. La riqueza de los viajes, nos dice en una observación citada al principio de este capítulo, reside en la "...variedad infinita de emociones acumuladas a nuestro paso y que escogemos a nuestro albedrío."³² Este juicio es fundamental por dos razones: en primer lugar porque, en forma tácita, Vicuña Mackenna reconoce que el hombre se gobierna más por las emociones que por la racionalidad. En segundo lugar, porque la alusión al aspecto emocional de los viajes apunta a una vivencia o experiencia que genera un sentimiento determinado en el alma del viajero, la cual permanece en su subjetividad durante toda su vida. Y el mérito de los viajes es que ofrecen una oportunidad única e irrepetible de enriquecer el acervo personal con vivencias que nos producen las más variadas emociones y reacciones.

Además, según Vicuña Mackenna, el conocimiento de estas vivencias o experiencias de viajes, al ser verdaderas, eran necesarias y tenían como beneficio o lección el completar el conocimiento de realidades ajenas a la nuestra y disipar errores y prejuicios derivados de la distancia y de las condiciones socioculturales. En consecuencia, su trascendencia estaba en su finalidad pedagógica que, al mismo tiempo, fomentaba el progreso.

Desde el punto de vista historiográfico, las reflexiones anteriores asumen una verdadera importancia. Los biógrafos de don Benjamín coinciden en resaltar sus destacadas condiciones personales de observador sagaz, suspicaz, agudo, minucioso y atento, características que se vieron reflejadas en sus juicios y apreciaciones sobre la realidad norteamericana de la que fue testigo. Y están en lo correcto. Pero lo más adecuado sería señalar que Vicuña Mackenna estaba dotado de una gran sensibilidad emocional que, unida a su arraigada base moral y valórica, dio origen a las características personales que sus biógrafos destacan en su persona. Estas cualidades son, por lo tanto, reacciones emocionales a las experiencias que le tocó vivir.

Dichas vivencias, inmortalizadas en sus memorias de viaje y base de este trabajo, tienen un fuerte componente emocional-subjetivo. Sin embargo, esta característica no las invalida. Todo lo contrario, porque sin ese fuerte componente emocional-valórico, unido a la sensibilidad característica del protagonista, nada le hubiese llamado la atención y, por lo tanto, no habría emitido opiniones, juicios y críticas, pasando de una manera superficial sin pena ni gloria por Estados Unidos.

Vicuña Mackenna fue testigo y observador favorecido de la realidad estadounidense desde dos perspectivas. En primer lugar, a un nivel histórico general porque tuvo a la Unión del Norte como lugar de destino en dos oportunidades durante la segunda mitad del siglo XIX: la primera en 1852-1853 y la segunda, doce años después, en 1864-1865. Por lo tanto, le cupo la suerte de ser testigo de etapas trascendentales de la historia de ese país: el término y los resultados de la guerra con México y la gestación de la Guerra de Secesión y, más tarde, el término de esta conflagración y el inicio del periodo de Reconstrucción. En segundo lugar, a un nivel más particular porque su estadía en la "Gran República" le permitió viajar por varios de sus estados, visitar sus ciudades más

³² Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 46.

importantes, constatar sus avances materiales y observar e interiorizarse no sólo de los aspectos más destacados y vilipendiados del país en lo concerniente a política, economía, cultura y vida social, sino también captar los detalles sutiles de su idiosincrasia. En suma, como señaló el Profesor Guerrero Yoacham, Vicuña Mackenna "...conocía los Estados Unidos y comprendía a cabalidad las características de la sociedad norteamericana."³³

Otro punto a destacar, en relación con la idea anterior, es que la comprensión y conocimiento que tenía don Benjamín de la sociedad estadounidense redundó en beneficio de las impresiones, juicios y críticas que encontramos en sus testimonios de viaje. En efecto, estas destacan por su asertividad, sobre todo aquellas en las cuales Vicuña Mackenna predijo o pronosticó sucesos que acaecerían en el futuro, además de haber sido refrendadas por la historiográfica moderna.

Ahora bien, en relación con las observaciones que Vicuña Mackenna hizo de la sociedad norteamericana es necesario señalar algunas salvedades que se desprenden del mismo material documental. En primer lugar, hay que mencionar que el polígrafo chileno tenía plena y cabal conciencia que podía ser malinterpretado en sus juicios e impresiones de viaje. Por ende, de adrede algunas veces hace referencia a otros viajeros que también estuvieron en la Unión Americana, como Mrs. Trollope, Dickens, Chateaubriand, Nordhoff, Hübner y aún Tocqueville, para refrendar sus observaciones y para que así "...no se me culpe a mi solo de ingrato."³⁴

En segundo lugar, como el mismo Vicuña Mackenna advirtió de forma atinada, no había "...escrito sino lo que absolutamente he visto con mis ojos y oído con mis oídos..."³⁵. Por lo tanto, este hecho deberá actuar de manera evidente como criterio delimitador de esta investigación. De lo anterior se infiere que el análisis que hace don Benjamín de los Estados Unidos en sus escritos no es tan comprensivo y profundo como el que realiza, por ejemplo, Alexis de Tocqueville en su libro La Democracia en América, porque el objetivo de ambos es distinto. El autor francés buscó responder a una pregunta determinada. Por su parte, nuestro personaje se avocó sólo a dejar testimonio de sus viajes y las cosas que vió y llamaron su atención. En este limitado sentido, nos advierte, estas impresiones y pensamientos son verdaderos. En consecuencia, la delimitación tácita que hace don Benjamín de su trabajo implica la aceptación expresa de aspectos que no fueron mencionados. Es por eso que, al mencionar su estadía en Washington con ocasión de la misión diplomática de 1865-1866 en su libro Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norte América como Agente Confidencial de Chile, Vicuña Mackenna reconoce que "...si hubiera de contar todo lo que en ella ví, y a fe que para tal me habían de sobrar las ganas, haríase forzoso el llenar muchos capítulos de este libro con materia nueva y divertida, pero un tanto inconexa a nuestra relación."³⁶

³³ Guerrero Yoacham. "La misión de Vicuña Mackenna...", p. 40.

³⁴ Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 394.

³⁵ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 18.

³⁶ Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 392.

CAPITULO II. EL DESARROLLO URBANO NORTEAMERICANO EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX SEGÚN VICUÑA MACKENNA.

“¿qué otra cosa es una ciudad moderna sino una colmena humana o un agrupamiento de colmenas?”³⁷

Benjamín Vicuña Mackenna, 1878.

Uno de los primeros aspectos de la cultura material estadounidense que Benjamín Vicuña Mackenna tuvo la oportunidad de admirar al llegar a aquel país fueron sus ciudades. En efecto, la primera urbe de la Unión que pisó fue San Francisco de California en 1853 y más tarde, en su itinerario a través de los estados que conformaban el país, conoció varias urbes más.³⁸ El tiempo de permanencia en ellas fue variable. En Nueva York residió cerca de tres meses; en otros centros urbanos sólo permaneció el tiempo necesario para hacer trasbordo o cambiar de medio de transporte. Sin embargo, este hecho no fue un impedimento para que consignara una gran cantidad de impresiones y

³⁷ *Vicuña Mackenna, Benjamín. “Terra Ignota”. O sea, viaje del país de la crisis al mundo de las maravillas (Simples notas a vuelo de ave sobre California, los Estados de la “Nueva América” y la Australia, vía Japón y la China, según el itinerario del viajero chileno don José Sergio Ossa en 1874-1876). Valparaíso, Imprenta San Rafael, 1930, p. 59.*

reflexiones acerca de ellas en sus notas de viaje. Cabe señalar que muchas de estas consideraciones tienen una estrecha relación con las ciudades importantes, más que con los pueblos y ciudades secundarios. No obstante ello, de estas observaciones se deduce un panorama general de la vida urbana norteamericana, que es aplicable al resto de los asentamientos urbanos que se encontraban en el país, avanzado el siglo XIX.

Vicuña Mackenna arribó a los Estados Unidos en una época caracterizada por el incipiente desarrollo y progreso de sus ciudades. Esta evolución fue gradual y constante, extendiéndose a lo largo de todo el siglo XIX y estuvo centrada en tres aspectos básicos: progreso económico, crecimiento de población y perfeccionamiento de la infraestructura, por lo que las observaciones hechas por nuestro personaje se centraron en estos puntos. Además, tal adelanto se caracterizó por ser perceptible y en algunas ocasiones evidente, como es el caso de la ciudad de San Francisco de California, lugar que destacaba por su prosperidad en 1853, en circunstancias que unos pocos años antes había sido una pequeña aldea de pescadores.³⁹ Por lo tanto, se deduce que los cambios se aprecian con cierto grado de detalle en las ciudades, sobre todo aquellas más importantes, lo que justifica que las observaciones de don Benjamín estén centradas en ellas.

Respecto de las causas de este fenómeno, las explicaciones ofrecidas por la historiografía moderna son numerosas. Pese a lo anterior, hay cierto consenso en señalar que el desarrollo y esplendor de las ciudades se debe a múltiples y complejos factores que operaron en conjunto y al mismo tiempo. Las observaciones y reflexiones realizadas por Vicuña Mackenna durante sus dos viajes y las que aportó con posterioridad tocan, de manera tangencial o directa, algunas de estas causales. Sin embargo, debido a que estas son parciales, no se pretende dar una explicación cabal de aquel proceso, sino resaltar lo que nuestro personaje percibió en su momento como la característica central de las urbes norteamericanas de la época: su desarrollo, progreso y modernidad.

Mientras recorría la Unión en 1853, Vicuña Mackenna se encontró con ciudades que se diferenciaban entre sí no sólo por su ubicación geográfica, tamaño, fisonomía o tipo y calidad de su urbanización, sino también por las actividades y funciones que se realizaban en ellas y su grado de desarrollo económico. Sin embargo, a pesar de estas diferencias, de las observaciones realizadas por Vicuña Mackenna se deduce que también existían una serie de características que eran comunes a todas ellas en aquella época, siendo esta última consideración la pauta para el resto del análisis a realizar.

Vicuña Mackenna afirmó en sus notas de viaje que los Estados Unidos eran un “País de territorio inmenso...”⁴⁰. Esta aseveración estaba justificada en su totalidad. En 1853

³⁸ El itinerario de Vicuña Mackenna durante el año 1853 lo llevó por los siguientes estados de la Unión Americana: California, Luisiana, Mississippi, Arkansas, Tennessee, Missouri, Kentucky, Illinois, Indiana, Ohio, Pensilvania, Nueva York, Connecticut, Rhode Island, Massachussets y Nueva Jersey. Mientras tanto, en su segundo viaje (1865-1866) permaneció en los estados de la costa Este, sobre todo en la ciudad de Nueva York, con ocasionales visitas a Washington D. C.

³⁹ La prosperidad de San Francisco corrió a parejas con el incremento de su población. Vicuña Mackenna indicó que San Francisco de California contaba con 750 habitantes en 1847; esta cifra se había incrementado hasta alcanzar 50.000 residentes en 1852, cinco años más tarde. Es indiscutible que el fenómeno del *Gold Rush* tuvo enorme influencia en el crecimiento demográfico de la ciudad.

la nación norteamericana había consolidado su proceso de expansión hacia el Oeste de América del Norte, alcanzando el Océano Pacífico en 1848, al término de la guerra con México. En consecuencia, los estadounidenses, que tenían el dominio de un vasto territorio, lo incrementaron de manera apreciable a través de la conquista militar y tratados internacionales, quedando en posesión de un espacio terrestre aún mayor, que era necesario colonizar y explotar.⁴¹

En términos concretos, ello significó un aumento notable de los asentamientos urbanos en el país que, por lo demás, ya eran abundantes. Este panorama fue el que se encontró don Benjamín al llegar y por eso señaló que en la Unión Americana "...se improvisa una ciudad, como en otras partes se levanta un tabladillo..."⁴², en tal cantidad que los nombres para ellas llegaron a hacerse escasos.

La gran cantidad de poblaciones y la escasez de nombres para ellas dieron origen a una singular y pintoresca nomenclatura que llamó la atención de Vicuña Mackenna. En efecto, navegando por el Mississippi, encontró una serie de pueblos que tenían los más originales nombres y después, siguiendo su periplo por otros estados, se volvió a topar con otros más. Esta nomenclatura era extensa y abarcaba desde nombres de presidentes norteamericanos, capitales y países del mundo, hombres célebres, héroes militares, personajes históricos y batallas, entre otros. Pese a estas alternativas, los nombres se repetían tantas veces, que sólo con el apellido del padre de la Unión, Washington, existían 56 poblaciones. Don Benjamín, con su característico sentido del humor, agregó algunas curiosidades: había un pueblo con el nombre de Chile, cerca de Rochester y otro con el nombre de Valparaíso al norte del estado de Indiana. También señaló que había lugares con nombres de flores y otros con nombres un poco estafalarios como Cebolla, Competenciay la Empresa.

Al escribir sobre las ciudades que había visitado y que habían llamado su atención, Vicuña Mackenna siempre hacía mención a su ubicación geográfica y, en efecto, observó que éstas se encontraban en espacios geográficos diferenciados y específicos, pero compartiendo ciertos patrones de distribución comunes que en lo absoluto eran arbitrarios y que estaban en estrecha relación con criterios económicos y de comunicaciones.

Las poblaciones se erguían cerca de los cursos de agua, ya sea próximas al mar y a los ríos, como tierra adentro; a su vez, estaban construidas sobre diversas formas y accidentes del terreno tales como planicies, llanuras, valles, colinas, penínsulas, bahías, ensenadas y embarcaderos fluviales y lacustres, lo que las diferenciaba de buen grado entre sí, porque muchas veces estas características se presentaban combinadas.⁴³ Debido a este hecho, cada ciudad presentaba a los ojos de don Benjamín una fisonomía

⁴⁰ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 247.

⁴¹ En efecto, según Vicuña Mackenna los norteamericanos en dos años habían doblado su territorio, de 2.055.163 a 3.230.571 millas cuadradas. Los nuevos territorios incorporados (Oregón, California, Nuevo México, Arizona, Nevada, parte de Utah y Colorado, además de Texas) contribuyeron con nuevos recursos y posibilidades económicas a la riqueza del país.

⁴² Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 149.

distinta y particular.

Sin embargo, también habían otros criterios que determinaban el emplazamiento de las ciudades en un lugar geográfico determinado, cuestión que era evidente en el caso de las ciudades más importantes de la Unión, como Nueva York, Filadelfia, Boston, Baltimore, San Francisco y Nueva Orleans. Eran éstas puertos marítimos, algunas asociadas a sistemas fluviales, que estaban ubicados "...en un extremo de la Unión como Nueva York el emporio del Norte lo está en otro."⁴⁴ Dicha posición estratégica las convirtió en activos centros comerciales porque su ubicación les permitía controlar las comunicaciones y el tráfico comercial con el interior mediante caminos, líneas férreas y sistemas fluviales y, por lo mismo, eran un punto de salida natural para la producción industrial y agropecuaria de la región en la que estaban emplazadas hacia otros estados de la Unión o al extranjero. En suma, eran el nexo mercantil de la mayoría de las ciudades y pueblos interiores más pequeños con el resto del país y el mundo.

Las poblaciones que se encontraban en el interior debían su establecimiento y desarrollo a otras razones. Por una parte, como pudo advertir Vicuña Mackenna durante sus desplazamientos por el país, eran lugares donde se desarrollaban diferentes actividades extractivas y agropecuarias, además de secundarias, de carácter industrial, en fábricas y talleres de diversa índole. Asimismo, muchas de ellas estaban ubicadas en la confluencia o a lo largo de los extensos ríos o emplazadas en una posición central ventajosa en las principales rutas viales o ferroviarias que comunicaban el interior con la costa o los extremos del país entre sí.⁴⁵

Las actividades económicas estaban asociadas de manera estrecha a los asentamientos poblacionales. Se puede afirmar que en todas las ciudades y pueblos se desarrollaba alguna clase de actividad económica, siendo esta una característica que influyó con fuerza en el desarrollo urbano estadounidense. Sin embargo, este desarrollo económico originó una cierta diferenciación entre las distintas poblaciones, matiz distintivo que fue advertido con claridad por Vicuña Mackenna.

Según don Benjamín, las ciudades "yankees" tenían un marcado carácter comercial y mercantil, sobre todo aquellas que denominó "...ciudades americanas de primera magnitud..."⁴⁶, como Nueva York, Filadelfia, Nueva Orleans, Boston, Baltimore y San

⁴³ Boston, por ejemplo, estaba ubicada junto al mar y era una activa ciudad portuaria edificada sobre tres colinas que se encontraban en una península que se proyectaba dentro de la bahía. Vicuña Mackenna indicó que dos ríos separaban la península donde estaba emplazada la ciudad de tierra firme.

⁴⁴ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 116.

⁴⁵ Este era el caso de la ciudad de Albany (New York, 50.000 habitantes). Vicuña Mackenna señaló que este lugar era el centro de tránsito y depósito del comercio del Norte, cuya producción entraba y salía por Nueva York. Además de los caminos, la ciudad estaba conectada con el resto del país y con Nueva York mediante vías de comunicación mixtas, tanto terrestres como fluviales: el río Hudson, el canal Erie y tres vías férreas, una de las cuales comunicaba la ciudad con Boston. El Cairo (Illinois, 200 habitantes), pueblo ubicado en la confluencia de los ríos Ohio y Mississippi, se hallaba en idéntica situación. El polígrafo mencionó que, además de ubicarse en el lugar donde se intersectaban ambas vías fluviales, su ubicación era ventajosa porque ese mismo lugar era el punto en que se reunían las fronteras de los Estados de Kentucky, Missouri e Illinois.

Francisco. Tenían en común no sólo la cercanía al mar sino también una ubicación geográfica favorable. Como hemos dicho antes, eran puertos marítimos asociados a navegables sistemas fluviales interiores.⁴⁷ La más importante de ellas era, sin lugar a dudas, Nueva York, “*The Metropolis*”⁴⁸ como la llamaban en la época, la cual, en virtud de su ubicación estratégica, se convirtió en el “...núcleo de donde parte, gracias al vapor y a la electricidad, todo el movimiento intermediario, que se opera no solo entre las dos Américas, sino de ambas para con Europa.”⁴⁹ Según Vicuña Mackenna, sus muelles estaban repletos de buques y el tráfico de frutas y mercaderías en bruto era extraordinario. No menor, agregó, era la actividad en la calle *Wall*, la principal calle comercial de la ciudad, sede del comercio de lujo y en la que estaban los bancos particulares, la bolsa y las oficinas de las principales compañías comerciales. Cuando don Benjamín la visitó en 1853, Nueva York era la ciudad más importante del país, la segunda ciudad comercial del mundo después de Londres y la tercera en población del orbe. En consecuencia, ya en aquella fecha ostentaba una posición de primacía respecto de las demás, condición que mantuvo durante todo el transcurso del siglo XIX.

Todas las ciudades antes mencionadas eran puertos comerciales activos y, debido a su carácter mercantil, rebosantes de tráfico, movimiento y bullicio. Estaban equipadas con considerables instalaciones portuarias y bodegas y sus muelles siempre estaban repletos de barcos, de todos los tipos y tamaños imaginables. Otras embarcaciones, de menor envergadura, trasladaban las materias primas y manufacturas de las ciudades del interior y volvían con otras mercancías a ellas. Los buques eran descargados y vueltos a cargar por ejércitos de estibadores, ayudados por animales de carga y máquinas y, a consecuencia de esto, los muelles rebosaban de las más diversas mercaderías imaginables. Vicuña Mackenna señaló que la actividad portuaria era muy intensa en San Francisco durante el año 1853.⁵⁰ Le seguía en ímpetu Nueva Orleans, lo cual se debía en este caso a las características particulares de este puerto marítimo, ubicado en el “...centro de las producciones tropicales...”⁵¹ y parte de uno de los sistemas de

⁴⁶ Vicuña Mackenna. “*Terra Ignota*”..., p. 32.

⁴⁷ En efecto, Nueva York estaba situada en las desembocaduras de los ríos Hudson e East; en análoga ubicación se encontraban Filadelfia respecto al Delaware y Nueva Orleans en relación al Mississippi.

⁴⁸ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario*..., Vol. I, p. 211. Cursivas en el original.

⁴⁹ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión*..., Vol. I, p. 284.

⁵⁰ Vicuña Mackenna aseveró que llegaban mercaderías de todo el mundo a San Francisco en 1853, tales como seda de China, madera de Noruega, harina de Chile y artículos varios de Francia.

⁵¹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario*..., Vol. I, p. 116. Vicuña Mackenna apreció esta constante actividad cuando visitó la zona portuaria de aquella ciudad. El parapeto del muelle, observó, estaba cubierto de fardos de algodón y barriles de azúcar amontonados en grupos diferenciados por banderas de color, lo que indicaba la embarcación a la cual pertenecía la carga. El polígrafo indico que los buques fondeados en el puerto eran numerosos (unos 500) y ocupaban toda la extensión portuaria a lo largo de la ciudad, ordenados en fila de tres en fondo. Además, en ambos extremos de la ciudad, en la isla de Montalban, se encontraban a la espera unos 200 vapores de río.

navegación interior más extensos del país, el del Mississippi-Missouri que se desarrollaba por unas seis mil leguas.⁵²

En resumen, las ciudades “de primera magnitud” eran, sin duda, las ciudades más importantes y modernas del país. Se caracterizaban por ser prósperas y acaudaladas, concentraban grandes cantidades de población y tenían una gran infraestructura urbana. Además, como puede apreciarse, el intercambio de estos puertos con el resto de los países del mundo era amplio y considerable en volumen, lo que era indicativo de su importancia económica y mercantil.

Sin embargo, en las ciudades estadounidenses también se desarrollaban otras actividades económicas paralelas a las comerciales. Esta característica es aplicable también a las ciudades “de primera magnitud”, porque en ellas también se realizaban faenas de otros tipos, como las industriales, pese a su marcado carácter mercantil. De hecho, Vicuña Mackenna mencionó en sus notas que tanto en Washington D. C. como Nueva York existían instalaciones industriales, los arsenales, destinadas a la producción de armamento de guerra y pertrechos militares, además de astilleros navales que se dedicaban a construir embarcaciones de todos los tipos, incluidos barcos a vapor.

Las actividades industriales eran comunes a muchas poblaciones de la Unión, desde las urbes más importantes hasta los pueblos más pequeños. Según Vicuña Mackenna, la ciudad más representativa en este sentido era Boston, la cual era “...la capital de Estado más manufacturero de la Unión”⁵³, debido a que estaban establecidas numerosas instalaciones fabriles.⁵⁴ No obstante ello, las industrias, fábricas y talleres de manufacturas varias también era posible encontrarlas en otras partes a lo ancho y largo del extenso país.⁵⁵ En estas instalaciones se producían todo tipo de productos, desde artículos complejos y elaborados como calderas a vapor, hasta otros más simples como zapatos.

⁵² Los ríos fueron fundamentales en el proceso de desarrollo urbano y económico de la Unión Americana. El tráfico naviero en los principales ríos navegables como el Mississippi, el Missouri, el Ohio, el Delaware, el Sacramento y el Hudson era intenso en 1853. Vicuña Mackenna señaló que sólo en el Mississippi y sus afluentes navegaban unos 1.500 vapores, dedicados al transporte de pasajeros, carga y remolque de otras embarcaciones. En determinado momento de su viaje por este río, refirió, pasaron junto a su navío 8 ó 10 vapores de pasajeros y 25 ó 30 balsas, que navegaban río abajo cargados con mercaderías y frutos del Norte. Después del Mississippi, seguía en importancia el Hudson que, al igual que el Mississippi, era una activa arteria comercial cuyas riberas estaban pobladas de nacies y prósperas poblaciones. Además, el movimiento de pasajeros a través de los ríos fue estimulado por el bajo costo del pasaje, cuestión que favoreció la inmigración al interior del país porque el transporte por agua, aunque más extenso en distancia y en tiempo que el viaje en ferrocarril, era por lo menos tres veces más barato. Vicuña Mackenna explicó que por esta razón en el Norte del país los inmigrantes preferían la ruta de los lagos para internarse en el Oeste.

⁵³ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 165.

⁵⁴ Las fábricas que estaban establecidas en este estado pertenecían a los rubros textil, alimenticio y maquinaria pesada, entre otros.

⁵⁵ Algunos ejemplos de lugares en los cuales se realizaban actividades industriales eran San Francisco y San José, en California; Argel y Nueva Orleans en Luisiana; Cincinnati en Ohio; Niágara y Buffalo en New York y Newark en New Jersey, por nombrar sólo algunas.

Otras zonas, con sus correspondientes localidades, tenían el énfasis centrado en la producción agropecuaria. En estos lugares se producían todo tipo de productos agrícolas, incluyendo los tropicales, además de la cría de ganado en todas sus variedades. La industria de estas zonas estaba orientada, como es lógico, al procesamiento de los productos agropecuarios resultado del trabajo humano. Ejemplos representativos de estas ciudades eran Menfis, en Tennessee y Cincinnati, en Ohio.

Sin embargo, paralelo a esta evolución económica, algunas ciudades desarrollaron algunos matices que las diferenciaron de las demás. Vicuña Mackenna tuvo la oportunidad de visitar urbes que tenían un marcado carácter cultural, histórico y religioso. En ellas vivían importantes notabilidades intelectuales y había importantes instituciones de educación pública, bibliotecas, universidades e instituciones culturales, científicas y literarias. La más conocida de estas ciudades era Boston, pero también quedaban incluidas dentro de esta categoría tanto Filadelfia como Cincinnati. Otras ciudades, como Washington D. C., tenían un evidente carácter político, por cuanto esta metrópoli había sido planificada y construida de manera específica para ser la capital del país. Por otra parte, algunas se transformaron en sitios turísticos, de descanso y diversión a causa de sus maravillas naturales, monumentos históricos y características climáticas. Eran muy frecuentadas en ciertas épocas del año y en ellas se obtenían altos ingresos por concepto de entradas y demás negocios derivados de la actividad turística. Se encontraban incluidas dentro de esta categoría ciudades como Niágara, Saratoga, Filadelfia y Nueva Orleans.⁵⁶

Sin duda Vicuña Mackenna fue capaz de percibir que el desarrollo y gradual esplendor de las ciudades tenía relación, en gran medida, con la ubicación geográfica y con las actividades económicas que se realizaban en ellas, aún para aquellas que se encontraban tierra adentro. Sin embargo, había otros factores adicionales que contribuyeron a dar fuerza al desarrollo urbano.

Una de las características de las ciudades estadounidenses que maravilló a Vicuña Mackenna era el hecho que “Todos los grandes descubrimientos de la época estaban ya ahí sirviendo.”⁵⁷ Y en efecto así era, pues en ellas los principales avances tecnológicos de mediados del siglo XIX estaban presentes. Así, don Benjamín verificó que el gas era utilizado en la iluminación de sus calles y en los puertos era usado en los faros para guiar a los buques en la oscuridad; el telégrafo era empleado para comunicarse con zonas distantes; y el vapor, aplicado en forma masiva a las máquinas, reemplazaba al hombre y al caballo y era utilizado en las más diversas actividades

Una de estas era el transporte de personas y carga. Como lo comprobó Vicuña Mackenna, para viajar dentro de territorio norteamericano había más de una alternativa

⁵⁶ Niágara recibía entre 28 mil a 30.000 visitantes cada año, que acudían a visitar las célebres cataratas. Por otra parte, en los lugares donde había edificios y monumentos históricos existía cierta preocupación por su conservación y cuidado porque los norteamericanos, con su sentido práctico para los negocios, obtenían pingües beneficios de ellos. A modo de ejemplo, el *State House* de Filadelfia, edificio en donde se proclamó la independencia del país, recibía no menos de 200.000 visitantes al año, según datos aportados por el propio Vicuña Mackenna.

⁵⁷ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 25.

en cuanto a rutas. Y para el modo o medio de viajar también. El carruaje a caballo era el medio de transporte clásico y común. Pero para aquel que pudiese costearlo y deseara recorrer una distancia mayor con rapidez y de manera más cómoda, existía la posibilidad de abordar un tren o un buque de vapor según donde se deseara ir, porque en 1853 ya existían locomotoras y navíos a vapor en gran número. Cuando estas nuevas formas de desplazamiento se masificaron y aumentaron en escala, los beneficiados fueron los viajeros, que viajaron más y en mayor cantidad. Además, había otros beneficios adicionales. Según don Benjamín, entre 1850 y 1870 disminuyó en forma paulatina el tiempo de desplazamiento desde y hacia la Unión y dentro del país mismo. Además, al mismo tiempo se produjo una reducción general del costo de la tarifa de viaje, fruto de "...una competencia "a la yankee", es decir, a "muerte", como la de 1853 a 1868..."⁵⁸

El traslado de carga y mercaderías también se benefició con esta evolución. La navegación a vapor, extendida tanto por la costa y los ríos interiores de Estados Unidos como a ultramar, facilitó las comunicaciones y las relaciones económicas entre las distintas ciudades y estados, entre la costa y el interior, entre las distintas zonas productivas del país y entre éste y el extranjero. A una escala más limitada, lo mismo puede decirse de la progresiva ampliación de la red ferroviaria en tierra firme. En consecuencia, a la larga tanto el ferrocarril como la navegación a vapor favorecieron el desarrollo y progreso urbano. En 1853, recorriendo el río Sacramento en el vapor Senator, Vicuña Mackenna se dio el tiempo de reflexionar y advertir la importancia que tenía este tipo de embarcación, como medio de transporte y comunicación, en el crecimiento y prosperidad general de las poblaciones de California:

"Era grato pensar en la abundancia que iban a distribuir por todas las poblaciones del litoral esas embarcaciones destinadas cada una a una ciudad que ayer era un desierto al borde del agua: San José, Stockton, Sacramento, Marysville y los distritos mineros."⁵⁹

Otro factor que contribuyó al desarrollo de las ciudades estadounidenses fue el crecimiento evidente de la población urbana entre los años 1800-1880. Este cambio se explica por varias razones. En primer lugar, desde el siglo anterior la población del país había estado creciendo de manera constante y progresiva. Don Benjamín refirió que en el año 1790 la población de Estados Unidos era de 4.000.000 de personas; cuarenta años después, en 1830, dicha cantidad se había triplicado (12.000.000 personas) y en 1853 la población alcanzaba 25.000.000, es decir, se había doblado respecto de 1830. En las décadas siguientes el crecimiento general de la población estadounidense prosiguió y en 1878 la población total había llegado a los 40.000.000 de habitantes.

El incremento de la población urbana es parte del proceso antes mencionado. En general, la población de las ciudades norteamericanas aumentó de manera más o menos constante en el siglo XIX.⁶⁰ Una causa de este cambio fue el crecimiento vegetativo natural de la población. En efecto, como pudo constatar Vicuña Mackenna, si bien las defunciones por diferentes causas eran comunes y cosa de cada día en la Unión, la natalidad era elevada y estaba bastante extendida. En algunos lugares, como California,

⁵⁸ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"... , p. 14.

⁵⁹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 36.

la población era tan prolífica que don Benjamín observó que los niños "...se dan en ciertos climas como en el de California y el de Chile, como las uvas... en racimos."⁶¹

Otra razón que contribuyó al crecimiento natural de la población fue la salubridad pública. Vicuña Mackenna no entregó muchos antecedentes al respecto, pero señaló que en 1853 algunas ciudades estadounidenses contaban con instalaciones que proveían de agua potable a sus residentes mediante complejos mecanismos, estanques, acueductos y un extenso sistema de cañerías.⁶² Entre estas "obras hidráulicas" como las denominaba, destacaban el acueducto de Croton en Nueva York y las obras de Fairmount en Filadelfia. Ambas fueron visitadas por el viajero.⁶³ Las referencias a los sistemas de alcantarillado fueron más tardías y las encontramos en 1878, cuando indicó que la ciudad de San Francisco contaba con un sistema de cloacas de desagüe que había costado un millón de pesos. Además, en general, salvo excepciones que don Benjamín hace notar en sus escritos, había una cierta preocupación por el aseo y ornato de las ciudades.

No obstante la falta de datos al respecto, se infiere que estas medidas, a la larga, influyeron de alguna manera u otra en el crecimiento natural de la población. En efecto, don Benjamín mencionó que los californianos, a fines de la década de 1870, se jactaban de que San Francisco era la segunda ciudad del mundo en salubridad. En este aspecto, indicó, sólo eran superados por Cristianía en Suecia, "...porque allí, sólo mueren cada año diez y seis personas entre mil y en San Francisco veinte en la misma proporción."⁶⁴

En síntesis, se desprende de lo afirmado por Vicuña Mackenna que en el periodo 1853-1878 la población total del país se estaba incrementando y lo mismo estaba sucediendo respecto de la población urbana. Esta última estaba creciendo de forma natural y a causa de la inmigración. Por otra parte, la evidencia indica que las tasas de natalidad y mortalidad también estaban variando durante el mismo periodo. La primera

⁶⁰ Vicuña Mackenna ofreció algunos ejemplos representativos para graficar y contrastar este crecimiento: Cincinnati tenía 750 habitantes en el año 1800 y 116.000 en 1850; Buffalo tenía dos casas en 1813 y más de 60.000 habitantes en 1853. Filadelfia albergaba casi medio millón de habitantes en 1853, de los cuales 153.000 correspondían al incremento poblacional registrado en el decenio 1843-1853, en su mayor parte emigrados. Baltimore era una aldea de 50 casas en 1763 y cien años después, en 1853, reunía 160.000 habitantes. San Francisco contaba con 750 habitantes en 1847; 50.000 en 1852; 115.000 en 1860; 188.000 en 1874. En 1878, según las estimaciones de Vicuña Mackenna, esta última urbe contaba con 250.000 habitantes, pero las publicaciones periódicas norteamericanas mencionadas por él situaron la cifra final en cerca de 300.000 personas. Por otra parte, ciudades más pequeñas como Oakland contaban con 6.000 pobladores en 1868 y 35.000 en 1878; otros pueblos, como Alameda, tenían 3.000 habitantes en 1875 y 6.000 en 1876. Mención aparte merece Nueva York, que en 1853 era la ciudad más poblada de la Unión y la tercera en número de habitantes del mundo, con cerca de 600.000 habitantes.

⁶¹ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"... , p. 29.

⁶² Para más detalles, véase: Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, pp. 173; 211-212.

⁶³ En 1853 Vicuña Mackenna también visitó las instalaciones que proveían de agua potable a Boston. Dichas obras, que habían costado \$3.000.000 de pesos, suministraban 10 millones de galones de agua potable diarios a la ciudad.

⁶⁴ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"... , p. 29.

tasa era alta y la segunda estaba comenzando a reducirse, por lo menos en algunas partes, a fines del siglo XIX.

Otra causa del incremento de la densidad poblacional en las ciudades fue el proceso de inmigración extranjera.⁶⁵ En 1853, Vicuña Mackenna observó que este fenómeno, que databa de décadas anteriores, estaba en pleno desarrollo, era masivo y se desbordaba por todas partes, con una intensidad tal que en un sólo mes vio llegar 19 barcos cargados con treinta y un mil inmigrantes a Nueva York.⁶⁶ En consecuencia, las ciudades puertos del Este fueron las principales proveedoras de inmigrantes al interior del país; urbes como Cleveland, Buffalo, Chicago y San Luis fueron las principales receptoras de la nueva población. La importancia de las tres primeras se debía a que eran "...las tres grandes posadas de la migración al gran Oeste."⁶⁷; por otra parte, la última era "...el punto de partida de la emigración terrestre a California."⁶⁸

Asociado de manera estrecha tanto al incremento general de la población total del país, como al crecimiento natural propio de la población citadina, la contribución de los inmigrantes al proceso de desarrollo urbano en Estados Unidos no fue menor. Una parte de esta nueva masa humana pasó a constituir un porcentaje importante de la población total de las principales ciudades y pueblos estadounidenses, desde la costa Este hasta el río Mississippi. Debido a ello, en varias ciudades más de la mitad o casi la totalidad de su población estaba formada por inmigrantes.⁶⁹

No obstante lo anterior, una parte importante inmigró al Oeste del país y se estableció más allá de este último río, ayudando a aumentar de manera significativa la densidad de población.⁷⁰ La contribución de los inmigrantes al desarrollo urbano fue más allá de la ocupación física de un lugar en la ciudad, porque venían a América buscando nuevas perspectivas, sobre todo laborales y, por lo tanto, con su trabajo en diversas actividades económicas contribuyeron al desarrollo económico de los lugares en donde se establecieron. En suma, contribuyeron al desarrollo de los nuevos polos de desarrollo

⁶⁵ Como dato anecdótico, cabe mencionar que Vicuña Mackenna utilizaba el término "emigración" y "emigrante" como sinónimos de "inmigración" e "inmigrante", sin hacer la distinción de significado y matiz existente entre los derivados de la palabra migración.

⁶⁶ Según Vicuña Mackenna, el total de inmigrantes que llegaron a Estados Unidos durante el año 1853 alcanzó la cifra de 307.639 personas.

⁶⁷ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 129.

⁶⁸ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 129.

⁶⁹ En algunas ciudades, como Cincinnati por ejemplo, la mayoría de sus residentes eran extranjeros. Contaba ésta con 116.000 habitantes en 1850, de los cuales no menos de 25.000 eran alemanes. Las cifras de irlandeses y escoceses en dicha ciudad eran similares. Por otra parte, en Filadelfia se establecieron 153.000 moradores adicionales, en su mayor parte inmigrantes, durante los 10 años anteriores a 1853. En ese año su población alcanzaba casi medio millón de habitantes.

⁷⁰ El estado de California tenía 600.000 habitantes en 1870 y cerca de un millón en 1878; en este último año se proyectaba que dicha cifra se incrementaría en medio millón más para el censo decenal de 1880. Don Benjamín atribuyó este incremento al crecimiento natural propio del estado y a la masiva llegada de inmigrantes.

urbano y económico en el área comprendida entre el Mississippi y California.

La llegada a los Estados Unidos de sucesivas oleadas de inmigrantes provenientes de los más variados países de Europa y Asia transformó la fisonomía cultural de sus ciudades y las transformó en urbes cosmopolitas, donde era posible encontrar casi todas los idiomas y razas que habitaban el mundo.⁷¹ Además, esta transformación cultural fue más allá de la raza o idioma, puesto que estos inmigrantes conservaron su sello característico en la vida urbana cotidiana típica de la época con su modo de ser, costumbres y tradiciones propias en el medio geográfico norteamericano.

La presencia de inmigrantes modificó en alguna medida la arquitectura de algunas ciudades porque estos tendían a agruparse en sus propios barrios y tenían sus propios lugares de diversión y esparcimiento. Algunos lugares adquirieron un aspecto europeo evidente, como es el caso de Cincinnati. Sin embargo, después de Nueva York y San Francisco, Vicuña Mackenna refiere que en ningún otra parte el elemento cosmopolita de la cultura urbana estadounidense era más notorio que en Nueva Orleans, antigua colonia francesa y más tarde española y nuevamente francesa, en la cual predominaba obviamente con fuerza el elemento francés. En 1853, cuando estuvo en esta ciudad, afirmó que había algo en su alegría, actividad y costumbres que la hacía semejante a París. Cabe agregar, además, que en Nueva Orleans no sólo se reflejaba al visitante el elemento predominante de su población, sino también se modificaba en alguna medida el carácter general del “yankee”. Para nuestro personaje, Nueva Orleans era un:

“...pueblo cosmopolita donde el elemento puramente yankee del Norte está habituado a otras costumbres y tradiciones que lo hacen menos áspero sin quitarle su impulso y su acción... El temperamento es muy suave entonces...”⁷²

Además, como hemos indicado antes, a nivel individual y específico todas las ciudades tenían características que las diferenciaban y, al mismo tiempo, otras que las hacían semejantes. Pero, a un nivel más general, Vicuña Mackenna también percibió una clara distinción entre las ciudades que estaban la zona norte o sur. Notó esta diferencia cuando se trasladó desde la “...ligera, aristocrática y esclava...”⁷³ Nueva Orleans a Cincinnati, primera ciudad libre que pisó y a la que caracterizó como “...foco de la civilización, del progreso y del trabajo.”⁷⁴ El matiz que hace entre ambas, que representan zonas distintas del país, es evidente. Además, se desprende de lo señalado que esta diferencia cultural entre ambas zonas era perceptible en el ambiente en un sentido material al recorrer las calles de Cincinnati.

El desarrollo urbano, reflejado en el progreso económico, en el crecimiento de la

⁷¹ Vicuña Mackenna mencionó que en 1878 la ciudad de Nuestra Señora de los Ángeles estaba habitada por americanos del norte, franceses, hebreos, malteses, españoles, egipcios y otras razas que habitaban en un clima similar al de esta ciudad en el sur de Europa.

⁷² *Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, pp. 116-117.*

⁷³ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 132.*

⁷⁴ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 133.*

población urbana y en la mayor urbanización de las poblaciones, fue continuo y progresivo. Se puede afirmar, en general, que la mayoría de las ciudades y pueblos estadounidenses crecieron, en alguna medida, durante el siglo XIX: las ciudades más importantes se transformaron en metrópolis, como Nueva York; las ciudades medianas, como Cleveland y Buffalo, adquirieron una mayor importancia relativa; los pueblos que a principios o mediados de siglo se hallaban "...en embrión..."⁷⁵, como San Diego, Sacramento y Oakland, crecieron y muchos se transformaron en urbes; y, por supuesto, surgieron poblaciones nuevas. Sin embargo, este crecimiento fue desigual en ritmo y en proporción, característica que es evidente, sobre todo, en el caso de la ciudad de San Francisco de California. En efecto, en 1853 Vicuña Mackenna señaló que dicha ciudad había evolucionado desde una aldea de pescadores hasta una urbe de 50.000 habitantes en un lapso de pocos años (1847-1852), lo que sugiere un desarrollo muy rápido. Años después, en 1878, don Benjamín insinuó que la misma ciudad seguía desarrollándose, pero también destacó que había urbes, como Chicago, San Luis, Denver y aquellas comprendidas en el área que se extendía entre el río Missouri y el Sacramento, conocida con el nombre de la "Nueva América"⁷⁶, que estaban creciendo en una proporción mayor que San Francisco en la misma época.

El desarrollo de las ciudades durante esta época también se vió reflejado en el perfeccionamiento y ampliación de su infraestructura y en la expansión física de estas, proceso conocido en la actualidad con el nombre de urbanización. Este fenómeno en lo absoluto fue planificado; más bien se produjo de manera espontánea. Vicuña Mackenna mencionó que la única ciudad de la Unión Americana planificada como tal fue Washington, construida de manera expresa para servir de capital política al país y "...edificada bajo un plan para contener futuros millones..."⁷⁷. En 1853 esta urbe estaba inconclusa desde el punto de vista urbanístico y seguía así, con pocas variaciones, en 1866, cuando volvió a visitarla de nuevo. Por esta razón, teniendo en cuenta esta característica distintiva de la capital norteamericana, don Benjamín llegó a aventurar que "...solo verá en futuros siglos desarrollado su plan primitivo y terminadas sus inconclusos monumentos."⁷⁸

En un territorio tan extenso como el de Estados Unidos se encontraban poblaciones de todos los tamaños, desde aldeas y pueblos como Evansville (Indiana, 500 habitantes); un amplio rango de ciudades medianas, como Newark (New Jersey, 38.000 habitantes), Louisville (Kentucky, 40.000 habitantes), Washington D. C. (Distrito de Columbia, 43.000 habitantes), San Francisco (California, 50.000 habitantes), Albany (New York, 50.000 habitantes), Buffalo (New York, 60.000 habitantes); ciudades grandes, como Cincinnati (Ohio, 116.000 habitantes) y Baltimore (Maryland, 160.000 habitantes); unas pocas ciudades muy grandes, que alcanzaban casi medio millón de habitantes, como Filadelfia

⁷⁵ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 37.

⁷⁶ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"..., p. 29. Comillas en el original.

⁷⁷ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 181.

⁷⁸ Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 392.

y una sola metrópolis, New York, que sobrepasaba esa cifra y rozaba los 600 mil.⁷⁹

Por lo general, la población se concentraba en la costa Este. De hecho, las ciudades más pobladas se encontraban en esta área o cerca de ella. Pero, como bien notó Vicuña Mackenna, la mayor concentración de población y, por ende, la mayor zona urbanizada, estaba en la ciudad de Nueva York y en los distritos aledaños a ésta. En efecto, la ciudad en sí misma era inmensa, pero además alrededor de ella se habían desarrollado una serie de "...veinte ciudades y aldeas que la rodean, como satélites de un planeta de primera magnitud..."⁸⁰. Estas localidades estaban separadas de la metrópolis por algunos ríos y pese a que estaban en otros estados y se regían por otros gobiernos, en el fondo, afirmó don Benjamín, no eran más que barrios de Nueva York. Algunos de estos suburbios o ciudades satélites eran Brooklyn (96.000 habitantes), Williamsburg (30.000 habitantes) y New Jersey (15.000 habitantes), en el estado del mismo nombre. Para pasar a ellos había que abordar un vapor porque hasta 1853 no se había iniciado la construcción de un puente. Vicuña Mackenna, con su toque personal característico, añadió que "Estos pueblos son como la *chimba* de Nueva York y los habitan los comerciantes y familias que gustan del retiro."⁸¹

Años más tarde, en 1878, afirmó lo mismo respecto de las ciudades que se encontraban en torno a la bahía de San Francisco. En esta área el crecimiento y expansión de la ciudad principal y los pueblos más pequeños que circundaban la bahía, estaba conformando una gran zona urbana. En consecuencia, en aquella época, Oakland se había convertido, en la práctica, en un suburbio de San Francisco y la ciudad de Alameda estaba sufriendo la misma transformación, respecto de Oakland.

Como puede apreciarse, las principales ciudades se estaban expandiendo. El crecimiento de Nueva York estaba absorbiendo las islas y pueblos vecinos a ella.⁸² Lo mismo sucedía con respecto a San Francisco, la cual, como hemos dicho antes, había tenido un desarrollo muy rápido en el lapso de unos pocos años. Cuando Vicuña Mackenna visitó esta ciudad el año 1853 pudo ver que sus habitantes estaban trabajando para ampliar y nivelar la superficie habitable a expensas del mar y de los cerros. Además, observó que se valían de la ayuda de máquinas a vapor para agilizar y facilitar el proceso. No obstante esto, con el transcurso de los años el espacio obtenido se hizo insuficiente, por lo que se incorporaron y urbanizaron los potreros y fincas vecinas a la población. Estos lugares estaban urbanizados y eran parte de la ciudad en 1878.⁸³

En general, la extensión y calidad de la urbanización variaba según el lugar y la época. Sin embargo, las ciudades norteamericanas, por lo menos las más importantes, se caracterizaban por disponer de una infraestructura urbana adecuada, desarrollada y

⁷⁹ Las cifras citadas corresponden al año 1853.

⁸⁰ Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 182.

⁸¹ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 216. Cursivas en el original.

⁸² Vicuña Mackenna señaló que cuando visitó Nueva York en 1853, tanto el Arsenal como el cementerio de la ciudad se encontraban en la localidad de Brooklyn, en la ribera opuesta del río East.

perfeccionada durante el transcurso del siglo XIX. Además, como característica adicional, en algunos aspectos eran bastante más avanzadas que sus congéneres de otros países durante la misma época, cuestión que Vicuña Mackenna resaltó a todas luces.

La ciudad estadounidense típica era espaciosa y ordenada; estaba dotada de calles muy anchas, largas y en línea recta, las cuales eran intersectadas de forma perpendicular por otras, por lo que su disposición común le daba a las ciudades un aspecto de cuadrícula o tablero de ajedrez al ser observadas desde un sector más alto, como era el caso de Filadelfia y San Francisco. Salvo excepciones puntuales, como en el caso de Nueva Orleans o Baltimore, no había calles angostas y atravesadas. La predisposición de los “yankees” a construir vías amplias sorprendió a Vicuña Mackenna quien afirmó que “Los yankees, y especialmente los californienses, que son yankees más en grande, tratan a sus ciudades como nuestras abuelas trataban a sus hijos: les hacen la ropa crecedera.”

84

En las ciudades más importantes, como Nueva York y San Francisco, las calles solían tener una cierta diferenciación en función de las distintas actividades que se ejercían en ellas. En Nueva York, contaba Vicuña Mackenna, el sector residencial estaba representado por la Quinta Avenida. *Broadway* era la principal arteria del comercio de lujo y también en ella se encontraban los principales teatros y hoteles; los bancos, instituciones financieras y las oficinas de las principales firmas comerciales se encontraban en la calle *Wall*. Como detalle anecdótico, don Benjamín advirtió a los posibles viajeros que había que tener algo de cuidado en esta calle, pues en sus veredas “Bulle..., cuanto pillo de mano ligera existe en la ciudad; y así el que lleve dinero en el bolsillo, tápelo con sus dos manos al entrar en *Wall Street*.”⁸⁵

Todas las ciudades norteamericanas, observó Vicuña Mackenna, tienen “...ese deliciosos recreo de los árboles...”⁸⁶. En efecto, era frecuente encontrar sus calles ornamentadas con distintos tipos de árboles, como tilos, nogales y castaños de la India, los cuales muchas veces formaban una bóveda sobre la cabeza del transeúnte, característica que les daba gran belleza. Además, como particularidad adicional, algunas vías importantes gozaban de iluminación artificial, ya sea con antorchas o las más modernas lámparas a gas como sucedía en San Francisco en 1878 y Nueva Orleans en 1853.

Los árboles también se encontraban en abundancia en las plazas y parques dentro

⁸³ Según datos citados por Vicuña Mackenna, en 1878 la ciudad de San Francisco ocupaba una extensión de 26.000 acres o, como desglosó con su meticulosidad habitual, 6.250 cuerdas cuadradas con 137.000 lotes de terreno. Señaló que en la forma que tenía en aquella época la ciudad podía albergar 867.139 habitantes. Por otra parte, agregó que la ciudad de Chicago tenía 1.250 cuerdas menos de planta (21.000 acres) pero su población era el doble que la de San Francisco, situación que se mantuvo a través del tiempo.

⁸⁴ Vicuña Mackenna. *“Terra Ignota”*..., p. 16.

⁸⁵ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario*..., Vol. I, p. 212. Cursivas en el original.

⁸⁶ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario*..., Vol. I, p. 146.

de las mismas ciudades. Cuando don Benjamín recorrió las calles de las principales urbes de la Unión en 1853, más de alguna vez se encontró con áreas verdes y señaló como rasgo característico de éstas que el uso del término plaza o parque era indistinto, porque muchas veces las plazas "...por estar cubiertas de árboles, son llamadas parques..."⁸⁷. Las plazas más destacadas que tuvo la oportunidad de visitar fueron aquellas que hermooseaban Nueva York y Filadelfia. Sin embargo, el lugar que más llamó más la atención de nuestro personaje se encontraba en Boston. En efecto, esta ciudad contaba con el vasto *Common*, uno de los más extensos y venerables parques visitados por don Benjamín y en el cual sus habitantes festejaban el 4 de Julio. Las áreas verdes se encontraban en las principales ciudades en número variable, cuando las había. En su primera visita a San Francisco en 1853, Vicuña Mackenna no hace mención a la existencia de lugares de este tipo, pero años más tarde, en 1878, señaló que existían 10 plazas y tres parques grandes en dicha ciudad.

En las ciudades y pueblos de la Unión era común encontrar las calles sin pavimentar. La norma en la mayoría de las ciudades del periodo 1853-1878 era la calle de tierra desnuda y sin ningún tipo de recubrimiento, polvorienta en la época seca y un barrial cuando llovía. Vicuña Mackenna rememoró en sus notas de viaje que las primeras veces que recorrió las calles del San Francisco de 1853, lo hizo "...con el barro hasta el tobillo."⁸⁸ Sin embargo, la pavimentación de las vías comenzó a imponerse con el transcurso de los años, sobre todo en las ciudades más importantes. Hacia finales de siglo, en 1878, varias ciudades tenían pavimentadas sus calles con diferentes materiales disponibles en la época, como la madera y el adoquín. En aquella época, explicó Vicuña Mackenna, las calles de San Francisco estaban enmaderadas, como las calles de Chicago; y recubiertas con adoquines, como las calles de Nueva York. Añadió que el primer sistema era el más común porque estaba favorecido por el clima y por la abundancia y bajo precio de la madera. En cuanto al segundo, era más oneroso y con frecuencia sólo era aplicado en el centro de la ciudad. Fuera de este sector, el entablado o enmaderamiento era la regla.

En las calles el tráfico peatonal era intenso e incesante. Debido a ello, en algunos lugares, como San Francisco, las aceras de las calles también estaban pavimentadas. Para recubrirlas se utilizaron los más diversos materiales tales como madera, cimient, granito, pizarra. Sin embargo, don Benjamín agregó que en aquella época estaba empezando a imponerse el asfalto, tal como sucedía en las principales ciudades europeas, como Paris y Londres, en las cuales llueve y hace frío.

Por lo general, las ciudades y pueblos de la Unión Americana estaban contruidos de tres materiales básicos: madera, ladrillo y piedra. De estos, el que predominaba era el primero. Había ciudades que estaban contruidas casi en su totalidad con este material, como San Francisco en 1853. Según Vicuña Mackenna, esta curiosa y extraordinaria ciudad era en aquella época "...una Venecia de madera de pino en lugar de mármol."⁸⁹

⁸⁷ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 212. En términos prácticos, se desprende de los antecedentes entregados por nuestro personaje que la diferencia entre ambas estaba dado por el tamaño: los parques eran más grandes que las plazas.

⁸⁸ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 26.

⁸⁹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 26.

Sin embargo, al recorrer las distintas ciudades del país, era común encontrar construcciones en las cuales se utilizaban indistintamente los materiales de construcción mencionados con anterioridad.

Como muchos aspectos de las ciudades norteamericanas, el número de casas era relativo. Variaba desde los pueblos pequeños con pocas casas hasta las grandes ciudades que tenían miles. En 1853, por ejemplo, San Diego tenía unas 20 casas, Cincinnati tenía 10.000 en la misma fecha y San Francisco 20.000 en 1878.⁹⁰ En la construcción de viviendas la madera se utilizaba en forma masiva, característica que, con el transcurrir de los años, redundó en la gran perfección arquitectural de las edificaciones que utilizaban este material. Pero también era posible encontrar casas edificadas con ladrillo y, en menor medida, de piedra. El primer tipo de casas, por lo demás, era bastante común y se hallaban en muchas partes, como en Nueva Orleans, Buffalo, Baltimore, Nueva York y, por supuesto, la misma San Francisco, por nombrar algunos ejemplos.

La edificación de viviendas de piedra y ladrillo tenía una razón de ser importante. En las ciudades donde las construcciones de madera predominaban, los incendios eran frecuentes y causaban grandes estragos. Cuando Vicuña Mackenna visitó la ciudad de Sacramento en 1853, esta recién se estaba recuperando de los efectos de un devastador incendio, que fue seguido poco después por una gran inundación. En San Francisco los incendios, tanto intencionales como accidentales, también eran habituales y debido a ello el uso de ladrillo y piedra comenzó a imponerse. En efecto, según don Benjamín, en 1878 no existían construcciones de madera en el centro de la ciudad, la cité de San Francisco, porque habían sido erradicadas por ley de aquel lugar. Esta área era conocida como “la ciudad de fuego”⁹¹ y en ella estaban prohibidas todas las edificaciones que no fueran de hierro, piedra y ladrillo.

Las ciudades también contaban con una serie de edificios principales e importantes, tanto públicos (gubernamentales y estatales) como particulares, ubicados en el sector central de las mismas. La mayoría de estos establecimientos estaba construida de piedra y, en algunos casos, mármol. Si bien variaban en estilo y tamaño de una ciudad a otra, por lo general y salvo excepciones, solían ser hermosos y de dimensiones colosales. Eran comunes en mayor o menor medida a la mayor parte de las urbes y estaban destinados a múltiples finalidades, entre las que destacan: aduanas, bolsas de comercio, casas de moneda, bancos, correos, escuelas, universidades, iglesias, bibliotecas, institutos de ciegos y sordomudos, sanatorios, hospitales, arsenales, penitenciarias, mercados, hoteles, teatros y museos, entre otros. Los edificios más notables que Vicuña Mackenna conoció se encontraban en Nueva Orleans, Boston y Filadelfia. Los menos lúcidos los encontró en Baltimore y Nueva York.

La capital de la Unión, Washington D. C., merece una mención especial. Al visitar la ciudad en 1853, Vicuña Mackenna se encontró con una serie de edificios públicos a los cuales calificó de “...todos modernos y muy costosos.”⁹² Sin embargo, le sorprendió la sobriedad y sencillez de la Casa Blanca, el hogar de los presidentes norteamericanos, la

⁹⁰ Una parte importante del total de casas de San Francisco mencionado antes, 15 mil, eran de madera.

⁹¹ Vicuña Mackenna. “Terra Ignota”..., p. 21. Comillas en el original.

cual contrastaba con la "...magnificencia oficial..."⁹³ de las otras edificaciones. Respecto de ella escribió:

"Es la mansión de un gentleman, sin nada de regio, pero agradable y rodeada de jardines donde algunas veces tocaban por la tarde piezas militares que atraían mucha concurrencia..."⁹⁴

Los hoteles también llamaron la atención de nuestro personaje. Durante su estancia en la Unión en 1853 tuvo la oportunidad de alojar en los principales hoteles de las distintas ciudades que recorrió y en sus notas de viaje les dedicó bastante espacio y tiempo. Este interés de Vicuña Mackenna por los hoteles se explica por varias razones. En primer lugar, desde el punto de vista urbanístico, muchos de estos eran verdaderos palacios que embellecían el entorno del lugar en que estaban emplazados con su elaborada arquitectura. También destacaban por su tamaño, lujo y refinamiento casi oriental, cualidades que llamaban la atención de los viajeros y que los convirtió en una curiosidad digna de visitar. Por otra parte, eran el lugar de reunión para lo más selecto de la sociedad norteamericana porque muchas de sus personalidades públicas concurren a ellos. Don Benjamín tuvo la oportunidad de conocer a varias notabilidades políticas, intelectuales y militares en los hoteles de la Unión.

Vicuña Mackenna opinaba que, en general, la arquitectura de las ciudades yankees no se destacaba por su variedad ni por su elegancia, salvo excepciones notables como las señaladas antes. La ciudad que tenía una mayor diversidad en este aspecto era Cincinnati, la cual le pareció "...la ciudad más europea de la América del Norte..."⁹⁵. Sin embargo, también subrayó el hecho que casi la totalidad su población era extranjera. La carencia de variedad arquitectural y elegancia se apreciaba con claridad en las aquellas ciudades cuyas edificaciones estaban hechas de ladrillo rojo sin estucar, las cuales, a la larga, formaban un panorama que "...fatiga y hiere la vista..."⁹⁶ del viajero. La ciudad de Buffalo era un ejemplo evidente de este hecho y por eso, tras visitarla en 1853, Vicuña Mackenna escribió:

"Pocas cosas hay más fáciles en la vida que aburrirse en una ciudad americana: todas son uniformes y parecidas entre sí, como los gemelos de una misma madre que han crecido juntos; así es que habiendo visto un pueblo, particularmente en el Norte, es como haberlos visto a todos."⁹⁷

En consecuencia, las construcciones tendían a una cierta uniformidad relativa que, como es lógico, las hacía parecidas entre sí y volvía algo monótonas las ciudades. Sin

⁹² Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 182.

⁹³ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 182.

⁹⁴ ***Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 182. Cursivas en el original.***

⁹⁵ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 133.

⁹⁶ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 146.

⁹⁷ ***Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 146.***

embargo, en ellas había otros aspectos y detalles destacados que llamaron la atención de nuestro personaje.

Algunas ciudades de la época estaban dotadas con servicios básicos. Como hemos afirmado antes, contaban con servicio de agua potable, la cual era extraída, represada y almacenada de su fuente por máquinas hidráulicas y bombas, como las de Fairmount en Filadelfia, siendo conducida a través de acueductos, como el de Croton en Nueva York, para ser distribuida en la ciudad a través de un sistema de cañerías. Los sistemas de alcantarillado al parecer fueron más tardíos y los encontramos en 1878, cuando Vicuña Mackenna hace referencia explícita de la existencia de este tipo de instalaciones en San Francisco. En esta misma época, refiere don Benjamín, también era posible encontrar en esta ciudad viviendas muy avanzadas que disponían de cañerías que proveían de agua caliente y fría según se necesitara, calefacción e iluminación a gas.

Estas progresivas y sobresalientes mejoras en la sanidad y bienestar urbano se vieron realizadas por un aspecto más antiguo, más pedestre pero igual de importante: el aseo y ornato de las ciudades. En aquella época existía una cierta preocupación por la limpieza de las calles de las ciudades. Salvo excepciones que Vicuña Mackenna hace notar, como es el caso de Filadelfia en 1853, lo que predominaba era una limpieza relativa. Nuestro personaje refiere, por ejemplo, que el aseo y ornato de las calles era un aspecto no menor que estaba considerado dentro del presupuesto municipal anual de San Francisco en 1878.

Para aquellos que no disponían de su propio caballo o carruaje el desplazamiento dentro de las ciudades se vió facilitado por la existencia de sistemas de transporte urbano. En las calles era habitual encontrar omnibuses y tranvías tirados por caballos o carros de sangre que movilizaban gran cantidad de pasajeros cada año.⁹⁸ A veces el tráfico era tan intenso que se producían tacos, como le sucedió una vez a Vicuña Mackenna mientras recorría Nueva York en 1853. En aquella ocasión fue detenido al menos media hora por una gran congestión de carros, coches y ómnibus en la calle *Broadway*, frente al Museo de Barnum. Por otra parte, cuando era necesario ir más lejos, a los suburbios, la conexión de estos con la ciudad principal estaba asegurada mediante vapores de río y ferrocarriles, como era el caso de Nueva York en 1853 o San Francisco y los pueblos que circundaban la bahía en 1878.

La necesidad de movilizar a una población citadina que crecía cada vez más con el transcurso de los años estimuló el ingenio y originó algunas innovaciones en el transporte urbano. En 1878 se inauguró en San Francisco un ingenioso sistema de ferrocarril de alambre subterráneo remolcado por máquinas a vapor, para poder acceder a las partes más altas de la ciudad. Además, en el mismo lugar se estaba poniendo a punto un sistema de ascensores y elevadores para ser utilizados en los cerros. Por su parte, en la misma época y como contrapartida del ferrocarril subterráneo londinense, en Nueva York se puso en funcionamiento el ferrocarril aéreo, que corría sobre una vía construida sobre las aceras de las calles y sostenida por pilares.

⁹⁸ Vicuña Mackenna aseveró que los norteamericanos se habían acostumbrado en tal medida a trasladarse de un lugar a otro en "carritos", que tan sólo en Nueva York estos habían movilizadо unos 166.402.018 pasajeros en 1878. Una sola línea, la de la 3ª Avenida, había trasladado a 31.000.000 de personas durante ese mismo año.

En Estados Unidos, la urbanización estaba facilitada por un "...sistema de construir ciudades en que la industria individual es todo, la autoridad nada..."⁹⁹. Según Vicuña Mackenna, en 1853 era común encontrar empresas privadas dedicadas al rubro de construcción de viviendas a pedido y con valores diferenciados. En California, durante el año 1878, estas empresas realizaban la urbanización completa de un sector determinado, desde el pavimentado de las calles y aceras, la apertura de desagües e instalación de cañerías para servicios básicos, a la edificación de las casas. Entregaban el producto terminado, listo para el uso.¹⁰⁰ A veces, indicó don Benjamín, incluso construían pueblos enteros como fue el caso de Oakland, edificado bajo este sistema.

En algunas partes, la empresa privada también controlaba y administraba los servicios básicos como el gas o el agua potable, como era el caso de la *Spring Valley Water Company* de San Francisco en 1878. Don Benjamín agregó que lo mismo sucedía respecto del transporte urbano, servicio que en una ciudad con abundante población generaba importantes dividendos, con lo cual las empresas recuperaban con creces la inversión inicial.¹⁰¹

Por último, los hoteles también figuraban entre los aspectos destacados de la ciudad estadounidense típica del periodo. La característica más notable de ellos, según el parecer de Vicuña Mackenna, era que estaban provistos "...de todas las conveniencias del confort más refinado."¹⁰² El viajero podía encontrar en estos lugares todas las comodidades materiales que existían en las ciudades reunidas en un solo sitio. No hay que olvidar que para hacer más grata la estadía del viajero, es decir, para conseguir el confort y comodidad que tanto se resaltaba de ellos, incorporaban la última tecnología disponible en la época, como las calderas a vapor y la electricidad, entre otros adelantos técnicos. El hotel San Carlos de Nueva Orleans, por ejemplo, en el que alojó en 1853, disponía en todos sus pisos de un aparato eléctrico para solicitar atención, iluminación a gas, calefacción artificial, agua caliente y fría, comodidades a los cuales se podía acceder apretando un botón o moviendo una llave. Para don Benjamín, que había conocido muchos hoteles, ninguno era superior al San Carlos.

Vicuña Mackenna afirmaba que en este aspecto la ventaja de los norteamericanos sobre otros pueblos era evidente e indiscutible, a tal punto que, describiendo los hoteles, se preguntó a sí mismo:

"...Qué otro deseo pude imaginar el capricho de las comodidades y del confort,

⁹⁹ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"..., p. 25.

¹⁰⁰ Estas empresas realizaban todo tipo de construcciones por encargo: casas, hoteles y mansiones, entre otras, con un valor que fluctuaba entre los 1.000 a 100.000 pesos. El tiempo máximo que había que esperar para la entrega de la construcción era 6 meses; el mínimo, un mes. Según Vicuña Mackenna, estas compañías también trasladaban casas y barrios completos de un lugar a otro con maquinaria pesada especializada, aunque estas fueran construcciones de piedra o ladrillo.

¹⁰¹ En San Francisco, la compañía que administraba el transporte de la calle Clay, con un capital de 60.000 pesos, ganaba 3.000 pesos en oro al mes en 1878. Vicuña Mackenna señaló que la ganancia de ese año era más del 50 por ciento de su capital.

¹⁰² Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 114.

que no se encuentre realizado en este país del refinamiento del materialismo y del goce de los sentidos? Cuán vieja me pareció después a este respecto y cuán pobre y atrasada la ponderada Europa!”¹⁰³

Sin embargo, la urbanización también originó algunos efectos negativos. Una de ellas era la contaminación ambiental, pues Vicuña Mackenna refiere que las casas de ladrillo de San Francisco estaban ennegrecidas con el humo de las fábricas en 1878. Otra era la especulación de los terrenos, pues en el centro de Nueva York se pensaba ya en trasladar el cementerio que estaba ubicado al costado y frente a *Wall Street* para edificar almacenes y bodegas en 1853. El argumento para realizar este cambio era monetario, pues en esa área de la ciudad el valor de los alquileres era en extremo oneroso y, por lo tanto, se producían grandes ganancias por concepto de arriendos.¹⁰⁴

La visión panorámica de las ciudades de la Unión que Vicuña Mackenna tuvo la oportunidad de realizar le provocó variadas sensaciones, reacciones e impresiones. No todas estas fueron favorables pues a nivel específico se topó con muchos aspectos de ellas que no le agradaron. Lo mismo puede decirse a nivel general. La mayoría de las ciudades, a su juicio, eran hermosas, majestuosas e imponentes. Otras, la minoría, se caracterizaban por su monotonía y uniformidad, por lo que no eran pintorescas ni agradables a la vista. En este aspecto, las urbes que más le agradaron fueron la hermosa y cosmopolita Nueva Orleans, la pintoresca y variada Boston y, por supuesto, San Francisco, la “Venecia de madera de pino”¹⁰⁵. La ciudad más fea, deslucida y pobre que conoció fue Baltimore.

Caminando por las calles de las ciudades estadounidenses, un trotamundos como Benjamín Vicuña Mackenna encontró grandes contrastes: el refinamiento y elegancia de las vestimentas, la superficialidad de las conversaciones, la desigualdad de las fortunas y el bullicio y actividad de los lugares de diversión. Además, pudo apreciar que contaban con todas las comodidades materiales imaginables en aquella época. En las ciudades había de todo, porque sus calles estaban repletas de tiendas y negocios que ofrecían todos los bienes y servicios imaginables, tanto en calidad, cantidad y variedad, a gusto del interesado y a condición de disponer de dinero para pagar.

Ante tal panorama, el viajero que llegaba a ellas quedaba anonadado e impresionado. Sin embargo, detrás de esta “...vorágine deslumbradora pero efímera...”¹⁰⁶ típica de las ciudades “yankees”, don Benjamín fue capaz de ver más allá y advirtió que la característica fundamental de éstas era su progreso, modernidad y refinamiento, impresión que plasmó en sus notas de viaje. Admirado, sintetizó lo que opinaba de ellas

¹⁰³ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 139.

¹⁰⁴ Según Vicuña Mackenna, una edificación llamada *Trinity Buildings*, anexa al cementerio, producía 80.000 pesos de arriendo al año. Agregó que por el alquiler de una deslucida y pequeña oficina, los valores fluctuaban entre 1.000 y 1.500 pesos. Una habitación mediana, algo más grande que una oficina, podía llegar a costar entre 2.000 a 3.000 pesos de arriendo en las calles laterales de *Broadway*.

¹⁰⁵ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 26.

¹⁰⁶ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 395.

en la siguiente reflexión:

“En estas ciudades modernas de la Unión Americana, nacidas con el siglo y con su progreso y refinamiento, es donde puede admirarse más de cerca el grado de perfección a que el materialismo puede prestarse para los goces del hombre. En tal sentido las ciudades de la Europa me parecieron viejas y caducas. Aquí todo es fresco, mecánico, todo está a la mano, todo se mueve como un reloj a la voluntad del que tenga la llave del oro que regula los placeres materiales.”¹⁰⁷

En consecuencia, la impresión final respecto de las urbes de la Unión Americana era favorable. Pese a sus defectos, la ciudad estadounidense típica le pareció “...fresca, nueva, hermosa en sus proporciones y provista de todas las comodidades mecánicas que estos pueblos de ayer, tan ricos y vigorosos, han sabido proporcionarse...”¹⁰⁸. En esta última característica residía el progreso y modernidad que atribuyó a las ciudades de la Unión Americana. A nuestro juicio, el grado de comodidad material y perfección mecánica era para Vicuña Mackenna un referente o indicador del progreso alcanzado por las ciudades y por el país en general y por eso resaltó esta característica cada vez que le fue posible.

¹⁰⁷ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 214.

¹⁰⁸ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 146.

CAPITULO III. LA AGRICULTURA, LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA VISION DE VICUÑA MACKENNA, 1853-1878.

“¿Qué son los Estados Unidos? Una nación que está apostando carrera con todo el mundo.”¹⁰⁹

Benjamín Vicuña Mackenna, 1878.

Al llegar a la ciudad de San Francisco en los primeros días de 1853, Vicuña Mackenna no sólo se dedicó a recorrer y observar aquel peculiar lugar y sus alrededores, sino que también estuvo dedicado a un asunto exclusivo, en el cual ocupó un buen tiempo. Como hemos mencionado antes, nuestro personaje salió de Valparaíso en el bergantín Francisco Ramón Vicuña, embarcación propiedad de su padre, que estaba cargado con dos mil sacos de harina que debían ser vendidos en aquel puerto. Como es lógico, la tarea de hacerlo recayó en don Benjamín.

A través de un consignatario, la carga de harina del bergantín se vendió a las pocas horas de su llegada al puerto. Sin embargo, Vicuña Mackenna pronto se dio cuenta que

¹⁰⁹ *Vicuña Mackenna. “Terra Ignota”..., p. 85.*

comerciar con los “yankees” era una experiencia nueva, desagradable y frustrante para un principiante como él, al punto que reconoció que “...yo, que creía saber tanto de lo que era San Francisco, me encontré con que no sabía nada.”¹¹⁰ En efecto, los contratiempos empezaron casi de inmediato. El práctico que conducía el buque perdió dos anclas al penetrar en la bahía, las cuales tuvo que pagar. También tuvo que cancelar el costo del remolque, que fue excesivo para un recorrido de unas pocas millas. Además, de adrede fue llevado a un muelle particular, cuyo dueño era un carnicero, que no puso otra condición para el atraque que adquiriese carne para la tripulación. El detalle fue que después de descargado el buque y de una demora de un mes, el carnicero entregó una elevada cuenta que hubo que cancelar. También tuvo que sufragar los gastos del inspector de la Aduana.

Pero los problemas de don Benjamín no habían terminado allí. Al revisar la harina para catalogarla según su estado, los probadores calificaron una parte considerable de la carga como muy mala, lo que significó una disminución considerable de la ganancia obtenida bajo el precio original al que fue vendido el cargamento porque, como es lógico, la harina en precario estado valía mucho menos. Según Vicuña Mackenna, el probador estaba en connivencia con el comprador de la carga y, además, era una práctica habitual de la época calificar las cargas de harina como malas cuando el precio estaba muy alto.

Los reclamos de don Benjamín por lo injusto de la situación cayeron en oídos sordos y no sirvieron de nada. El polígrafo tuvo buen cuidado de no iniciar un altercado mayor con los funcionarios estadounidenses, cuestión que era habitual y que se castigaba con una fuerte multa y la retención de la nave. Además, el precio de la harina cayó y el comprador se rehusó a pagar la mitad del cargamento. “El negocio por todas partes encontraba escollos”¹¹¹, recordó, y las gestiones para entablar un juicio contra el comerciante norteamericano no prosperaron. En resumen, al final consiguió vender la harina al comprador primitivo, pero tuvo que resignarse a la estafa y a la pérdida de una parte importante de la ganancia original. Como puede apreciarse, el negocio resultó oneroso, pero comparado con otros casos similares, razonó Vicuña Mackenna, este fue “...un maravilloso resultado.”¹¹²

Más allá del mal rato sufrido por nuestro personaje y de las prácticas comerciales abusivas de los funcionarios y comerciantes “yankees”, esta anécdota es ilustrativa porque revela que para el norteamericano medio “...todo es negocio...”¹¹³. A los ojos de Vicuña Mackenna, los americanos del norte eran comerciantes por naturaleza, siempre a la búsqueda de la oportunidad de ganancia y prestos a realizar negocios en los cuales ponían el cuerpo y alma. Cuando la suerte les era esquiva, añadió, no dudaban en levantarse y rehacer su fortuna cuantas veces fuese necesario. Según Vicuña Mackenna,

¹¹⁰ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 33.

¹¹¹ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 34.

¹¹² Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 34.

¹¹³ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 34.

este deseo intrínseco de hacer negocios escondía un profundo, arraigado y desproporcionado interés por el dinero, que atribuyó como propio de todos los pueblos mercaderes y, en especial, de los anglosajones. Advirtió que el norteamericano trabajaba duro en la labranza, en la minería, en la industria, en todo tipo de actividades, porque buscaba conseguir "...el progreso que ellos simbolizan en la riqueza que viven hidrópicos."¹¹⁴ Por lo tanto, era obvio que para el "yankee" el dinero era su referente más importante y sinónimo de progreso.

Como hemos dicho antes, el interés por el dinero era desproporcionado. Con el tiempo se deformó, saliéndose de su cauce e impregnando la sociedad norteamericana en todo su espectro. Cuando Vicuña Mackenna recorrió el país en 1853, constató con evidente desagrado que "Esta horrible sed de dinero cunde en todas partes, en todas las edades, en todas las profesiones..."¹¹⁵ y estaba tan interiorizada en la idiosincrasia de los americanos del norte que eran capaces de realizar las transacciones comerciales más extravagantes posibles con tal de hacer negocios y obtener ganancias. Este afán también los llevó a sumergirse en una actividad devorante, difícil de creer sin verla según nuestro personaje; parecían casi sofocados por un exceso de vida, embarcados en una apresurada e incesante carrera en la búsqueda de "...la cúspide elevada en donde el aire y la vista de un nuevo y desconocido universo viniera a saciar su sed de predominio."¹¹⁶

Sin embargo, el afán de hacer dinero estaba entrelazado con algunas características más positivas, como la perseverancia en el trabajo. Según Vicuña Mackenna, el norteamericano promedio era un trabajador sobrio y un ser de "... industria y trabajo..."¹¹⁷ como el chileno. Sin embargo, hablando del "yankee" californiano, afirmó, con cierto atisbo de ironía, que la diferencia entre ambos estaba dada por dos aspectos fundamentales que pueden aplicarse a todos los estadounidenses en general: primero, que el "yankee" californiano le gusta hacer todo por sí mismo; segundo, que nunca deja para otro día lo que puede hacer en el momento. El chileno, en cambio, "...es siempre "hombre de mañana", es decir de infinito y eterno aplazamiento."¹¹⁸

La laboriosidad y la iniciativa personal del "yankee" estaban unidas a una mentalidad emprendedora y a un gran genio creador. Según Vicuña Mackenna, los norteamericanos siempre estaban pensando en idear algo, "Un invento, un ardid, un tornillo, un plan para sacar a la tierra su sustancia, al oro sus quilates, al sol su luz, al espacio sus sonidos"¹¹⁹. Con el transcurso de los años, este genio, afán y capacidad inventiva originó una serie de nuevos inventos, métodos y técnicas, las "*yankee notions*" como las llamó don Benjamín,

¹¹⁴ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"..., p. 137.

¹¹⁵ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 248.

¹¹⁶ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 245.

¹¹⁷ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"..., p. 80.

¹¹⁸ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"..., p. 80. Comillas en el original.

¹¹⁹ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"..., p. 105.

que facilitaron en gran medida las diversas actividades económicas. Además, tenían la amplitud de miras y la aptitud de "...dar a sus inventos una forma popular, portátil y susceptible de fácil cambio en el comercio universal..."¹²⁰, es decir, creaban cosas útiles pero a la vez las adaptaban para el uso cotidiano, lo que implicaba que eran factibles de ser introducidas con rapidez en el mercado, de lo cual resultaba su masificación en un amplio rango de labores.

En opinión de Vicuña Mackenna, todas las actividades económicas, tanto agropecuarias, industriales y comerciales, así como el trabajo y la producción se vieron potenciados por la independencia de los trabajadores "yankees", los cuales, como sucedía en el caso de la agricultura, "...no obedecen ni a tradiciones, ni a fiscalismos, ni a ejemplos serviles."¹²¹ Afirmó que estos sólo buscaban "...las condiciones naturales del clima, del suelo, del consumo y del rendimiento"¹²², es decir, el contexto básico necesario para trabajar y producir. Una vez inmersos en una actividad determinada, "...siempre regulan sus empresas por el centavo y por el dollar."¹²³ Esto venía a significar que en definitiva, ya sea de forma individual o colectiva, los norteamericanos funcionaban siempre bajo un patrón de conducta comercial y utilitarista; eran productores y trabajadores pragmáticos: producían aquello que les convenía y que les otorgaba los mayores beneficios y ganancias. Esta característica era aplicable y válida para todas las actividades económicas que realizaban y, en términos prácticos, esta cualidad los hacía flexibles a la hora de trabajar y producir porque, con tal de hacer negocios y ganar dinero, eran proclives a asumir riesgos que otros no estaban dispuestos a tomar y también a innovar en un amplio espectro de áreas.

El progreso económico operado entre 1853 y 1878, recibió un impulso adicional a causa de dos factores que están relacionados de manera estrecha entre sí y con aquellos ya mencionados. Como hemos dicho antes, cuando Vicuña Mackenna recorrió las principales ciudades norteamericanas en 1853 se maravilló al ver que los principales descubrimientos de la época, como el uso del gas, la electricidad y el vapor, estaban siendo utilizados en ellas. Desde el punto de vista económico, el más importante de estos avances técnicos era el aprovechamiento del vapor, porque era el invento que tenía la mayor cantidad de aplicaciones potenciales. En Estados Unidos, el empleo de ingenios a vapor era tan masivo e intenso que, describiendo a la ciudad de San Francisco de principios de la década de 1850, escribió:

"En ninguna parte he visto después el vapor aplicado a tantos usos y con tanta actividad, como en San Francisco, por que en ningún otro país esta acumulada una mayor suma de poder y de genio industrial, y porque aquí el trabajo de mano es el más caro..."¹²⁴

En efecto, el siglo XIX estaba asistiendo a una revolución tecnológica cuya clave fue la

¹²⁰ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"... , p. 77.

¹²¹ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"... , p. 137.

¹²² Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"... , p. 137.

¹²³ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"... , p. 60.

aplicación de la energía derivada del vapor a todo tipo de artefactos y maquinarias. Con el transcurso de los años, la consecuencia lógica de este hecho fue la mecanización de la economía estadounidense. Esta asociación entre hombre y máquina fue descrita en forma vívida y detallada por Vicuña Mackenna mientras era testigo privilegiado de las distintas faenas desarrolladas en el puerto de San Francisco en 1853:

“Vi que por todas partes había ruido y movimiento..., los buques, los más grandes buques que jamás he visto, descargaban sus mercaderías de todo el orbe..., Apenas un bulto caía sobre el muelle, un jornalero lo echaba sobre un carro y el conductor partía al galope. Donde no hombres a carrera y caballos al trote, veía máquinas de vapor reemplazando al hombre y al caballo. La descarga de los buques se hacía por una maquinita de la forma y tamaño de una estufa, que levantaba en el aire un cajón de considerable tamaño. En otra parte se enterraban partes, pinos enteros del Oregón, por un martillo a vapor. En medio de la ciudad, un molino para descortezar el arroz de la China, aturdía con los chillidos de su máquina. En otro lugar vi un aparato a vapor que funcionaba con la misma precisión que el brazo de un hombre, en un terreno que se estaba nivelando. Era una gran tarasca armada de dientes de fierro y con un gran saco en forma de buche. La tarasca abría sus quijadas, enterraba una, dos o tres veces sus dientes en el flanco de las colinas...”¹²⁵

Como puede apreciarse, los beneficios del uso de las máquinas a vapor eran evidentes. En primer lugar, fueron desarrolladas para actividades específicas y diferenciadas, como las grúas para descargar y cargar los barcos, el martillo mecánico para enterrar postes de pino, el molino para descortezar arroz, la retroexcavadora mecánica utilizada para horadar la tierra, la imprenta a vapor, las máquinas para elaborar zapatos y aquellas para procesar madera, mencionados por don Benjamín en sus notas. En segundo lugar, eran utilizadas en un sinnúmero de tareas productivas agrícolas, industriales y comerciales, pero también su uso era extensivo a otras áreas anexas como la construcción, urbanización, transporte y navegación, entre otras. Por lo tanto, los beneficios de su utilización se extendían más allá de las actividades económicas genéricas como las reseñadas antes. Por último, eran utilizadas para complementar y reemplazar al hombre y a las bestias en las tareas más pesadas, penosas y complejas. Por lo tanto, tanto el trabajo como la producción económica se vieron beneficiados porque el proceso productivo se hacía más fácil y se realizaba con mayor rapidez.

Relacionado con el fenómeno antes mencionado, el desarrollo y perfeccionamiento de los medios de comunicación y transporte también tuvo una influencia benéfica en el progreso económico de los Estados Unidos. Máquinas como la locomotora y el barco a vapor revolucionaron el desplazamiento de las personas y el traslado de las mercaderías dentro y fuera del territorio de la Unión. Algo se ha mencionado en el capítulo anterior respecto del proceso de desarrollo de las ciudades, pero es necesario agregar otros antecedentes que complementan lo señalado antes.

Como era de esperar de un país de comerciantes, el transporte de mercaderías y

¹²⁴ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 27.

¹²⁵ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, pp. 26-27.

personas se organizó bajo lineamientos comerciales al igual que muchas otras actividades de las cuales se podía sacar algún provecho. Se crearon compañías de ferrocarriles y líneas de vapores que movilizaban pasajeros y carga dentro y fuera del país. En un mercado en expansión y con gran demanda de movilización, el resultado lógico fue una despiadada competencia entre las compañías. Según Vicuña Mackenna, en los primeros años de la década de 1850, la rivalidad entre las compañías navieras que trasladaban pasajeros entre San Francisco y Nueva York, vía Panamá, era intensa: en forma permanente buscaban desplazar y arruinar a sus similares en las principales rutas de navegación. Los principales beneficiados de este proceso fueron los usuarios porque la dura competencia que se suscitó entre las líneas durante los años 1850-1870 produjo una baja general de las tarifas de viaje. Don Benjamín refirió que la línea en que viajó de San Francisco a Acapulco en 1853, había bajado el costo del pasaje en primera cámara de 500 a 100 pesos. En 1868, agregó, los precios habían bajado tanto en el trayecto San Francisco-Nueva York, que era posible encontrar pasajes en primera cámara por 20 pesos.

La competencia entre las empresas de transporte naviero tuvo otras consecuencias positivas para los viajeros. Uno de ellas fue el servicio a bordo, el cual no se vió afectado por la competencia. Pese a las pérdidas, las compañías navieras mantuvieron la calidad del servicio a bordo como un medio de diferenciarse y de atraer pasajeros.¹²⁶ Además, como "...lo barato es abundante..."¹²⁷ a decir de nuestro viajero, el barco estaba atiborrado con no menos de 600 pasajeros, la mayor parte de los cuales viajaba en segunda cámara, cuyo pasaje costaba sólo 50 pesos.

La fusión de la maquinaria a vapor con los buques originó embarcaciones más modernas y rápidas que sus similares a vela. Los buques a vapor, además, fueron perfeccionados de manera constante en el transcurso del siglo XIX y cada vez tenían un mejor rendimiento. Por lo tanto, se viajaba más rápido y en menos tiempo. Vicuña Mackenna explicó que los vapores del Mississippi realizaban en 26 días la travesía de Cincinnati a Nueva Orleans en el año 1823. Treinta años después, en 1853, vapores más modernos realizaban el mismo itinerario en 4 días y algunas horas. "Es así, *por segundos* y *por átomos* como se mide el progreso en Estados Unidos!"¹²⁸ afirmó, maravillado por estos avances en la navegación e ingeniería naval.

La actividad comercial también se vió beneficiada con esta evolución. La producción agrícola e industrial de las zonas interiores de Estados Unidos era trasladada a los principales puertos por vía fluvial, aprovechando la existencia de un extenso sistema de ríos que facilitaba las comunicaciones. Los vapores y balsas eran muy utilizados para estas tareas y tenían una gran capacidad para el transporte de carga. Sólo en los ríos del

¹²⁶ Don Benjamín recordó que, entre otros detalles destacados, el servicio en el buque en que viajaba a México en el año 1853 era excelente, pues había a bordo 50 criados e incluso entre las provisiones se contaban 12 vacas vivas para proveer a los comensales con carne fresca.

¹²⁷ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 43.

¹²⁸ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 125. Cursivas en el original.

Oeste del país, señaló Vicuña Mackenna en 1853, había unos 1.500 vapores, valuados en 20 millones de pesos, además de 400 balsas, los cuales contaban con unos 4 millones de toneladas de capacidad cúbica disponibles para el transporte de todo tipo de productos. Una vez en los puertos marítimos las mercaderías eran cargadas en barcos para ser enviadas a otras regiones del país o al extranjero.

A principios de la década de 1850, los barcos existentes, tanto a vapor como a vela, podían llegar a casi todas partes del mundo desde los principales puertos de la Unión. Nueva York por ejemplo, "...el punto estratégico más importante..."¹²⁹ según Vicuña Mackenna, tenía comunicación expedita por vapor casi diaria con Europa, que quedaba a 9 días; Perú estaba a tres semanas de distancia y Chile cuatro, vía Panamá; además, había comunicación mensual con Brasil y Argentina. Por otra parte además, otros medios de comunicación adicionales también contribuyeron a reducir las distancias. Este es el caso del telégrafo y, más tarde, del tendido del cable submarino, los cuales modificaron en gran medida la forma de relacionarse con otros lugares del mundo, pues con ellos se suprimieron "...la mitad al menos de las relaciones políticas que nuestro continente mantenía por diversa y más tortuosa vía con el viejo mundo."¹³⁰

Las premisas enunciadas antes también pueden aplicarse a los ferrocarriles, pero a una escala más reducida porque estos operaron dentro del territorio continental de la Unión y no tenían la proyección a ultramar que encontramos en los navíos. Vicuña Mackenna conoció los ferrocarriles norteamericanos y los utilizó con frecuencia durante su estadía en Estados Unidos, pero es evidente que no se refirió a ellos con el detalle que lo hace con el transporte naviero. Independiente de la novedad de los trenes, es probable que la menor importancia que le adjudicó al transporte ferroviario respecto del naviero, en un principio, pueda explicarse en función de su extensión y alcance. En 1853 es indudable que, pese a sus limitaciones, el segundo estaba más desarrollado y extendido que el primero, porque además de tener la posibilidad de llegar al cualquier parte del mundo, dentro de la Unión misma aprovechaba los inmensos sistemas de ríos navegables. En aquella época la red ferroviaria estaba recién extendiéndose, no estaba presente en todas partes y no tenía la capacidad de unir los extremos del país, es decir, los estados de la costa Este con California. Por lo tanto, durante un tiempo el ferrocarril estuvo más limitado en sus capacidades.

Pero esta limitación no se extendería por mucho tiempo en opinión de Vicuña Mackenna. En 1853 advirtió el potencial futuro del ferrocarril en el comercio mundial y predijo que tarde o temprano "...los americanos construirán el camino de hierro a California..."¹³¹, uniendo y facilitando la comunicación entre ambas costas y aminorando la distancia existente entre Europa y China. Años después, esta predicción se había hecho realidad. En 1878 señaló que los californianos enviaban frutas y otros productos a las ciudades de la costa atlántica, a través del ya construido ferrocarril transcontinental, el

¹²⁹ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 284.

¹³⁰ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 284.

¹³¹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 126.

cual estaba desplazando de esos mercados a las similares provenientes de Europa y el Caribe. Por lo tanto, la expansión de la red ferroviaria con el transcurso del siglo y la construcción del ferrocarril transcontinental no sólo facilitaron las relaciones comerciales entre los estados de la costa pacífica y atlántica, sino también con Asia y Europa.

En resumen, el progresivo desarrollo y expansión de los medios y de las vías de comunicación terrestres, fluviales y marítimas dentro y fuera de la Unión Americana, permitió no sólo el desplazamiento expedito de grandes cantidades de personas y carga dentro y fuera del país, sino que también simplificó en gran medida las comunicaciones y relaciones políticas con otros lugares distantes. En términos económicos esta evolución favoreció el progreso económico norteamericano porque facilitó el intercambio comercial dentro del propio país y de este con Europa y Asia. En términos prácticos, para una nación de comerciantes como la norteamericana, esto significó un incremento de las posibilidades de comerciar y hacer negocios.

El desarrollo y expansión de la economía estadounidense durante el siglo XIX disfrutó de algunas ventajas inherentes a la naturaleza del país que no estaban disponibles para la gran mayoría de sus rivales. En efecto, Vicuña Mackenna destacó que en un país con un territorio tan extenso en latitud y longitud como la “Gran República”, era posible encontrar climas y suelos de distinta naturaleza. Esta diversidad geográfica del país resultó en una gran abundancia de recursos naturales y, con el transcurso de los años, en una “...variedad infinita de producciones según el clima, el suelo...”¹³², que era difícil encontrar en otros lugares. Pero los beneficios de la extensión territorial y la variedad climática y geográfica del país quedaron en evidencia sin discusión cuando se incorporaron los nuevos territorios a la Unión Americana provenientes del resultado de la guerra con México (1846-1848) sancionados en el Tratado de Guadalupe - Hidalgo. Este hecho no sólo significó incrementar la extensión total del país en dos años, desde 2.055.163 a 3.230.571 millas cuadradas, sino también acrecentar las existencias de recursos disponibles a futuro. Las nuevas áreas incorporadas, explicó don Benjamín en 1853, contribuyeron con nuevos recursos naturales y también con nuevas posibilidades de explotación y producción a la economía nacional y a la riqueza total del país: Oregón aportó sus inagotables bosques de madera para la construcción; California, oro y otros minerales; Nuevo México, sus praderas para la crianza de animales y Texas, sus producciones tropicales, por mencionar solo algunos.

En consecuencia, se desprende el potencial económico del país era enorme y abrumador a mediados del siglo XIX. Todos los recursos y posibilidades para el desarrollo económico del país en el futuro inmediato estaban disponibles para sus ciudadanos en forma latente. Sólo había que explotar estos recursos a través del trabajo, expandiendo la abundante riqueza que se encontraba en esta tierra.¹³³ En este sentido, el conjunto de ventajas de los norteamericanos sobre otros pueblos era tan marcado que Vicuña

¹³² Vicuña Mackenna. “Terra Ignota”..., p. 138.

¹³³ Al hacer esta afirmación hay que tener en consideración que don Benjamín mencionó que, además de disponer de este potencial económico, otras áreas anexas igual de importantes en el desarrollo general del país, como la población, agricultura, industria y comercio, estaban evolucionando de forma favorable en 1853.

Mackenna intuyó que había una influencia o favor divino en la suerte de los “yankees”; parecían haber sido favorecidos de manera especial por la naturaleza y el Creador:

“...hay algo de providencial en la misión de este pueblo. Nunca la naturaleza combinó de un modo más completo la variedad de sus elementos para producir tan magníficos resultados.”¹³⁴

No obstante esta posible influencia de la providencia en el devenir de los estadounidenses, lo cierto es que en la Unión Americana se desarrollaban muchas actividades económicas. Estas abarcaban un amplio rango de labores que iban desde aquellas primarias extractivas como la minería, pesca y la tala de árboles; agropecuarias, como la producción de cereales y la cría de cerdos; secundarias industriales, como la fabricación de alcohol y clavos para herraduras y terciarias como el comercio y las funerarias.

Respecto de las actividades extractivas, Vicuña Mackenna no aportó muchos datos relevantes que, por lo demás, son mencionados de pasada. Sólo destacó aquellas más importantes de la época en función de sus proyecciones. Los minerales eran abundantes en todo país, pero el lugar que Vicuña Mackenna más resaltó en cuanto a producción minera fue el Estado de California, a causa del auge económico producido por el descubrimiento de oro en 1848. La riqueza minera que este descubrimiento generó era legendaria en la época y dio origen al *Gold Rush* o “Fiebre del oro”, que se prolongó por varios años. Entre 1853 y 1878 el principal producto minero de la región seguía siendo el oro, pero también se extraían otros minerales como la plata y hierro, este último muy demandado porque era utilizado en gran cantidad en faenas industriales, sobre todo en la industria pesada.¹³⁵

Otras actividades extractivas que Vicuña Mackenna destacó, a propósito de California, fueron la pesca de salmón, tiburón y la caza de ballenas, productos que, como es lógico, solían ser procesados, obteniéndose de esta manera diversos subproductos, a fines de la década de 1870. Lo mismo sucedía respecto de la madera. Este artículo era abundante en la norte del país, sobre todo en estados como Oregón, región que rebosaba en florestas de pino, constituyendo un recurso que en la práctica era inagotable. Como hemos dicho antes, debido a su abundancia la madera era barata y, por lo tanto, una vez cortada era destinada con preferencia a la construcción, aunque también se utilizaba en otras actividades como la mueblería.

En la Unión también se criaban animales o ganado de varios tipos, ya sea como bestias de tiro o para alimentación. En 1853, Vicuña Mackenna mencionó en sus notas de viaje que en todo el país había unos 22 millones de carneros, 8 millones de vacas, 5 millones de caballos y asnos y unos 30 millones de cerdos, cifra considerable cuyo valor total estaba tasado en \$543.832.000 de pesos. Además, destacó que del total de marranos que había en Estados Unidos, la gran mayoría se encontraban en el estado de

¹³⁴ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 246.

¹³⁵ Tanto el oro como la plata se destinaban a la exportación. No hay información disponible para la plata, salvo su producción mensual, que ascendía a unas 40 toneladas por mes en 1878. La exportación de oro, según datos aportados por Vicuña Mackenna, estaba evaluada en casi \$10 millones pesos en 1876.

Ohio y que en los galpones que rodeaban la ciudad de Cincinnati se sacrificaban más de 400.000 de estos todos los años, por lo que en los muelles de dicha ciudad era habitual ver gran cantidad de derivados semielaborados como barricas de jamones y tocino. Además, se confeccionaban sillas de montar con el cuero, el cual era tan abundante en la región como "...para ensillar todos los caballos de Sud-América."¹³⁶

Sin embargo, pese a lo anterior, Vicuña Mackenna aseveró que la actividad económica predominante en el país en el periodo 1853-1878 era la agricultura. Estados Unidos fue un país agrario durante casi todo el siglo XIX y las cifras correspondientes al valor de la producción agrícola e industrial del año 1853, citadas por nuestro personaje, refrendan estos asertos: la producción agraria del año en referencia estaba tasada en \$3.226.926.000, el triple de la producción fabril, que alcanzó \$1.020.000.000 ese mismo año. "Tal es la inmensa superioridad de la agricultura sobre la industria, aun en el país segundo sólo a la Inglaterra en actividad fabril"¹³⁷, concluyó.

Entre todos los factores que influyeron en el desarrollo agrícola norteamericano y que fueron mencionados por Vicuña Mackenna, uno de los más importantes fueron las condiciones naturales y la gran extensión del propio país. En un país tan grande como los Estados Unidos, que se extendía desde los trópicos al polo, era posible encontrar todos los climas. Además, el agricultor "yankee" sacaba amplio partido de la naturaleza de cada tipo de suelo. Cuando don Benjamín atravesó el centro del país, lo que hoy se denomina el Medio Oeste y llegó al lago Erie en 1853, pudo notar que las distintas zonas climáticas del país se correspondían con producciones agrícolas determinadas. Así, indicó, en la región tropical se producían artículos típicos de las zonas calurosas, como el azúcar y el arroz; en la zona central, que se correspondía con las regiones más templadas, se encontraban el tabaco y algodón; la zona norte era el área del maíz y los cereales y el extremo norte era el lugar de las grandes florestas de pinos. Por lo tanto, desde el punto de vista agrícola, la consecuencia natural de este hecho fue una variedad productiva sin igual en función de los distintos suelos, climas y de la demanda: se producía de todo. A principios de la década de 1850, los agricultores estadounidenses, afirmó Vicuña Mackenna, ya producían "...los más valiosos artículos de consumo universal..."¹³⁸, tales como cereales, azúcar, arroz, tabaco y algodón.

Además de los factores ya mencionados, en el país existían otras condiciones ventajosas para la producción agrícola que es necesario mencionar. Una de ellas era la fertilidad del suelo. Vicuña Mackenna señaló que la fecundidad y riqueza del suelo era tal que en California, en el verano de 1853, no se cosecharon las grandes sementeras de cebada que se habían sembrado por el bajo precio de esta en el mercado. Por otra parte, el hacendado J. Manuel Ramírez, de Marysville, aseguró a Vicuña Mackenna que había enviado sandías a la feria agrícola de Sacramento que pesaban no menos de 50 libras cada una.¹³⁹ Otro aspecto que favoreció las labores agrarias fue la mecanización.

¹³⁶ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 134.

¹³⁷ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 134.

¹³⁸ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 247.

Cuando nuestro viajero visitó California en 1853, observó que la maquinaria agrícola había sido introducida en gran número en ese lugar y que, por lo tanto, las labores en el campo se habían visto facilitadas en gran medida por esta importante ayuda técnica. La aplicación de la maquinaria a vapor a la labranza era transversal, es decir, la siembra y la cosecha se hacían a máquina con un rendimiento asombroso para la época. En California por ejemplo, las máquinas trilladoras del sistema de Garr procesaban 800 bushels (268 fanegas) de trigo en 1 hora 20 minutos, en 1878. Por último, también influyó en el desarrollo agrícola la evolución y perfeccionamiento de los medios de comunicación, tales como las embarcaciones a vapor y el ferrocarril y los sistemas de ríos navegables y las vías férreas, aspectos de los cuales hemos hablado antes con algún detalle.

En los campos a lo largo y ancho de la Unión se producía de todo y nuestro personaje resaltó algunas producciones agrícolas típicas de las regiones por las cuales transitó. En la zona sur del país predominaban los productos tropicales como el arroz y el azúcar, siendo este último el producto más representativo de la zona. Mientras remontaba el Mississippi rumbo a Nueva Orleans, en el Estado de Luisiana, Vicuña Mackenna tuvo la oportunidad de visitar una plantación de caña de azúcar y ver esclavos negros trabajando la tierra y reparando un ingenio de azúcar junto a su dueño. El rendimiento de la economía de plantación que predominaba en el Sur de Estados Unidos era bueno y producía grandes utilidades a los sostenedores del sistema esclavista. Intrigado, averiguó que en una plantación determinada, de unas 20 cuadras de extensión y en la que trabajaban unos 40 esclavos, producía \$13.000 pesos de azúcar al año. Se necesitaban al menos dos esclavos negros para cultivar una cuadra, agregó. Además, en la mayor parte de los casos y como sucedía en muchas otras actividades económicas agropecuarias, los cultivos estaban asociados de forma estrecha al procesamiento y elaboración de la materia prima, es decir, con la actividad industrial. En el caso de la caña de azúcar, la mayoría de las plantaciones contaban con instalaciones donde se refinaba la caña y se producía el azúcar la cual, lista para el consumo, era enviada a otros lugares a través del puerto de Nueva Orleans, punto focal de las producciones tropicales.

Más al norte era posible encontrar producciones correspondientes a las regiones más templadas del centro del país. De estas destacaba, sin lugar a dudas, el algodón, el cual era producido en grandes cantidades en el estado de Tennessee. Vicuña Mackenna aseveró que la ciudad de Memphis exportaba unos 5 millones de pesos de esta materia prima en el año 1853. Este producto muchas veces se enviaba a otros estados, como Massachussets, donde existían fábricas que lo procesaban y elaboraban. Parte de la producción también salía por Nueva Orleans, hacia ciudades cercanas, más al sur, en el curso inferior del río Mississippi; era habitual encontrar sus muelles llenos de fardos de esta mercancía.

Al noreste de Memphis, en el estado de Ohio, también se desarrollaban otras actividades económicas de carácter agropecuario. Mientras atravesaba este estado de sur a norte, durante su primer viaje por la Unión, Vicuña Mackenna se fijó que además de los cerdos, se criaban ovejas en cantidad considerable en las praderas de la zona. Además, advirtió que allí se sembraba la mayor parte del trigo que, una vez molido en

¹³⁹ Una libra es equivalente a medio kilogramo (450 gr.), por lo tanto las sandías en cuestión pesaban unos 22 Kg.

Oswego o Rochester, era exportado a Europa. También se producía este cereal en algunos de los estados de la costa Este, como Maryland. El trigo producido en sus ricas llanuras era convertido en harina fina en los molinos que existían en la ciudad de Baltimore y exportado con preferencia a Europa, aunque también a América del Sur, a Brasil y Argentina.

Otros estados destacaban por su producción frutícola porque tenían extensas áreas plantadas con árboles frutales. A finales del siglo XIX, el estado de Georgia estaba incluido dentro de esta categoría. En los inmensos duraznales de este último se cosechó una producción evaluada en \$1.500.000 pesos en 1877, rendimiento que, por lo que señaló nuestro personaje, era bastante común en el país en lo que se refiere a este rubro.

Sin embargo, a despecho de las producciones de otras áreas, Vicuña Mackenna afirmó que, alrededor de 1850, la zona agrícola por excelencia de Estados Unidos era el gran Oeste americano. Pese a que la región no estaba cultivada en su totalidad en aquella fecha, su rendimiento agrícola era impresionante: 39 millones de fanegas de trigo, 66 millones de fanegas de avena, 234 millones de fanegas de maíz, 139 millones de libras de tabaco, 500 millones de libras de algodón y 183 millones de libras de azúcar, "...productos todos fabulosos..."¹⁴⁰ según nuestro personaje. Este resultado es aún más notable si se toma en consideración un antecedente adicional: a principios del siglo XIX la región era un desierto, pero a mediados de la centuria estaba habitada por unos 6 millones de habitantes, muchos de ellos productores a gran escala. Esta considerable producción agrícola era transportada a otros lugares mediante una considerable flota de vapores y balsas, aprovechando el sistema de ríos navegables de la zona. Según don Benjamín, el total de la producción agrícola del Oeste americano en 1850 estaba evaluado en \$262.845.600 pesos, cifra a la que había que sumar la resultante del comercio, \$43.000.000 de pesos adicionales, siendo el total resultante \$305.000.000 pesos, aunque con toda probabilidad, indicó, la cifra real era superior por el mayor cultivo y la constante inmigración desde esa fecha.

El potencial agrícola del Oeste era inmenso en 1850, como quedó en evidencia en el párrafo anterior y seguiría incrementándose con el correr de los años. En aquel año ya era posible encontrar productos que pertenecían a las otras zonas climáticas del país como los distintos tipos de cereales, el tabaco, el algodón y el azúcar. De las abultadas cifras de producción citadas por Vicuña Mackenna se infiere que estos cultivos fueron introducidos con prontitud y se aclimataron bien al clima y suelo de la región. Fue a causa de todas estas razones que Vicuña Mackenna denominó al gran Oeste americano como el "...futuro *Nuevo Mundo*..."¹⁴¹ en 1853.

En muchos aspectos, el Estado de California era la zona más importante dentro del mismo Oeste norteamericano y un referente agrícola e industrial para el resto del país. Vicuña Mackenna le dedicó una atención preferencial en sus notas de viaje y siempre resaltó sus logros y avances. En un principio una región cuya actividad económica más importante era la minería, durante el periodo 1853-1878 fue evolucionando para

¹⁴⁰ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 127.

¹⁴¹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 127. Cursivas en el original.

convertirse en un estado con un carácter agrario predominante. En términos agrícolas, California tuvo un desarrollo rápido desde 1853 y, por lo tanto, años después tenía algunas producciones destacadas.

Sin embargo, antes de proseguir, en este punto es necesario dejar establecido que los antecedentes que Vicuña Mackenna entrega en relación a California en el periodo posterior a su viaje de 1853, provienen de informaciones recogidas en diferentes fuentes, no en su observación directa. Muchas de estas impresiones indirectas están contenidas en su libro “Terra Ignota”. O sea, viaje del país de la crisis al mundo de las maravillas (Simples notas a vuelo de ave sobre California, los Estados de la “Nueva América” y la Australia, vía Japón y la China, según el itinerario del viajero chileno don José Sergio Ossa en 1874-1876).

El viajero que navegase por el río Sacramento en 1878, observando la campiña californiana, con seguridad se encontraría con leguas y leguas de árboles frutales. En efecto, con el transcurso de los años se produjo un amplio crecimiento en extensión y rendimiento de la actividad frutícola en California, que se vio aun más incentivada a causa de los altos beneficios monetarios obtenidos del comercio de fruta en bruto y sus derivados industriales. El auge comercial de la fruticultura en la región fue tal, refiere Vicuña Mackenna, que las tierras en las inmediaciones del río Sacramento aumentaron en extremo su valor, sobre todo si se hallaban protegidas de las inundaciones.¹⁴² A mediados de la década de 1870, agregó, los californienses habían plantado unas 40.000 cuadras (100.000 acres) con árboles de todos los tipos, los cuales sumaban unos 37.000.000 de árboles frutales en 1874.¹⁴³ Aseveró que, con toda probabilidad, esta cifra se había doblado o triplicado para 1878.

La mayor parte de estos frutales correspondía a viñas. Según datos citados por Vicuña Mackenna en 1874 existían 27.000.000 de parras que, con toda probabilidad, aumentaron a no menos de 40.000.000 en 1878. La importancia de la expansión de este cultivo en los veinte años anteriores a 1878 reside en que originó una importante y lucrativa industria productora de vinos y licores en California. Dada la facilidad con que se aclimataron y crecieron las viñas en la región, añadió don Benjamín, era inevitable que los californianos declararan en forma categórica a todo el que quisiese oírles que California era “el primer país del mundo para la viña”. (“The best grape country in the world”).¹⁴⁴

California también destacaba por su producción cerealera. Según Vicuña Mackenna, hacia 1878 la riqueza de este estado no era el oro, sino los cereales. Una considerable parte de los terrenos del estado estaban sembrados con trigo, cebada, avena, trigo sarraceno y maíz. La exportación de cereales, afirmó, alcanzó \$21.000.000 de pesos en

¹⁴² Vicuña Mackenna aseguró que un terreno protegido podía llegar a valer hasta 3.000 pesos por cuadra (800 pesos el acre) en California.

¹⁴³ La cifra citada antes se desglosa así: 2.446.000 manzanos; 835.000 duraznos; 356.000 perales; 243.000 ciruelos; 122.000 cerezos; 59.000 almendros; 58.000 nogales; 38.000 naranjos; 38.000 olivos; 7.000 limoneros y 26.000.000 plantas de vid.

¹⁴⁴ Vicuña Mackenna. “Terra Ignota”..., p. 110. Comillas e idioma inglés en el original.

1876, mientras que la explotación de oro no superó los \$10.000.000 de pesos el mismo año. Por lo tanto, la superioridad de la agricultura y los cereales sobre la producción minera era evidente, a tal punto que señaló que sus campos eran "...un verdadero emporio de cereales..."¹⁴⁵ en 1878.

En efecto, corroborando el aserto anterior, la producción de trigo aquel año alcanzó los 10.000.000 de fanegas (115.000.000 de centales), de las cuales una parte importante se destinó a exportación.¹⁴⁶ Añadió que esa había sido la producción de un "año de intensa sequedad."¹⁴⁷ Estas cifras de producción eran, a su juicio, "...verdaderamente enormes..."¹⁴⁸ y es por eso que señaló que los hacendados californienses, con un orgullo rayano en soberbia, llamaban a sus campiñas "...the Wheat fields of the world": "los campos de trigo", o más bien, "los trigales del mundo"¹⁴⁹, en oposición a los de Rusia Central.

En la zona también se sembraban y cosechaban otros cereales como la cebada, una parte de la cual era destinada a exportación y el resto, el mayor porcentaje, a consumo interno. En 1876 se cultivaron 678.957 acres (más de 160.000 cuadras) cuyo producto fue 13.224.060 bushels ingleses (unas 5.000.000 de fanegas chilenas), que fueron destinadas a abastecer a 182 cervecerías. Aquel mismo año se sembraron unas 30.000 cuadras (125.442 acres) de avena, que produjeron 1.958.737 bushels. La avena era utilizada con preferencia como forraje en California y una pequeña parte se exportaba. En la misma fecha, también se cultivaron 78.511 acres (menos de 20.000 cuadras) con mías, cuyo rendimiento fue de 700.000 fanegas chilenas (2.000.000 de fanegas inglesas), tanto en grano como en harina. Por último, el centeno estaba sembrado en 12.517 acres (tres mil cuadras) que dieron 206.638 bushels cosechados y el trigo negro en 300 cuadras (1.629 acres) que rindieron 45.010 bushels. Como puede apreciarse, la producción de cereales y, sobre todo, trigo, era enorme a mediados de la década de 1870 en California. Pero esta observación era aplicable también al resto del país porque Vicuña Mackenna no se olvidó de mencionar que la producción total de trigo en la Unión en el año 1878 fue de 350.000.000 de bushels (más de 100.000.000 de fanegas chilenas), a lo que hay que sumar 1.280.000.000 bushels de maíz de 56 libras.

Como muchas otras actividades económicas en la Unión, las actividades agrarias se

¹⁴⁵ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"..., p. 169.

¹⁴⁶ La cifra que corresponde a la exportación de trigo del año 1878 es de 6.250.000 de centales o más de 4.000.000 de fanegas, incluida en esta cifra harina ya elaborada, según datos aportados por Vicuña Mackenna. Esta producción se distribuyó por Nueva York, Gran Bretaña, China, Japón, las Islas Sandwich, Columbia Británica, México, América Central, Panamá, Tahití, Rusia (Provincias asiáticas), Alemania, Manila, Islas Marquesas, Islas de los Navegantes, Australia, Nueva Zelanda, América de Sur, Penang, África y Guam. En general, salvo variaciones temporales, la exportación de trigo de California aumentó durante la década de 1870. Para más detalles, véase: Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"..., p. 170 y ss.

¹⁴⁷ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"..., p. 171.

¹⁴⁸ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"..., p. 171.

¹⁴⁹ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"..., p. 169. Comillas e idioma inglés en el original.

organizaron bajo lineamientos comerciales y, por lo tanto, se cultivaba aquello que era más lucrativo y producía las mayores utilidades. Pero, además de esta característica, había otra notable a señalar, muy ligada a la anterior. Vicuña Mackenna explicó que la agricultura norteamericana no se desarrollaba sólo por el esfuerzo y genio individual de los agricultores, sino también "...por el esfuerzo colectivo de numerosas compañías agrícolas..." ¹⁵⁰ y, por ello, proliferaron diversos tipos de empresas agrícolas que aplicaban criterios industriales a la explotación y procesamiento de los productos de la tierra y a las actividades anexas a esta, tales como las compañías de irrigación y de saneamiento de tierras. En consecuencia, en este punto el desarrollo agrícola y el industrial eran complementarios y estaban relacionados de manera estrecha. Las compañías agrícolas facilitaban la explotación, procesamiento y elaboración de los productos agropecuarios, pero una escala mucho mayor a la que era posible con el trabajo individual del campesino.

En California existían numerosas compañías agrícolas que tenían sus propios cultivos, cosechaban el producto y lo elaboraban para después venderlo dentro del mismo estado, en el resto del país o para exportarlo al extranjero. Uno de estos productos era la remolacha, destinada a la fabricación de azúcar. Esta se plantaba en los valles del Sacramento y San Joaquín. Refiere don Benjamín que una compañía en particular, la *Sacramento Beet Sugar Company*, había plantado unas 400 cuerdas de remolacha en 1875, de cuya cosecha se esperaba un rendimiento de 40 toneladas por cuerda. ¹⁵¹ En 1876, la cosecha de remolacha en la región alcanzó un total de 14.152 toneladas de bulbos. También se habían establecido compañías que explotaban los abundantes cultivos de vid, como la *Factory Wine*, la cual estaba ubicada en las viñas mismas, tanto en Sonoma como el distrito de Santa Elena y cuyas vendimias produjeron 750 mil galones equivalentes a cerca de tres millones de botellas.

Las compañías agrícolas comerciales jugaron un papel importante a la hora de innovar y experimentar, introduciendo cultivos agrícolas nuevos en el país, algunos de cuales se aclimataron sin mayores problemas. En California, durante 1878, eran varias las producciones que se estaban ensayando, algunas con mejores resultados que otras, aunque todas en pañales para aquella época. Una de estas nuevas producciones fue el tabaco, producto que la *Consolidated Tobacco Company* eligió plantar en el sur del estado, en las localidades de San Felipe y en San Bernardino, con buenos resultados. En California se sembraron un total de 75 cuerdas con tabaco en 1876, las cuales produjeron 201.300 libras de hoja de buena calidad. Este producto era enviado en bruto a otros estados, como Kentucky, compitiendo con las propias cosechas de esa zona. Otro cultivo introducido y ensayado en la misma época por las compañías agrícolas fue el oblón, del cual sembraron unas 400 cuerdas (1.573 acres) en la zona norte de California, cosechando 2.666.648 libras de esa planta trepadora. Por último, en 1877, se introdujo el cultivo del azúcar de caña en el condado de Kern, la cual se aclimató sin ningún

¹⁵⁰ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"..., p. 139.

¹⁵¹ En contraste, el rendimiento por cuerda en Francia era de 60 toneladas en la misma época. Sin embargo, Vicuña Mackenna auguraba que los californianos no se demorarían mucho tiempo en alcanzar un rendimiento superior, unas 80 toneladas con toda probabilidad.

problema.

Sin embargo, a despecho de estos resultados, las cosas no siempre salían bien porque, como observó de forma atinada nuestro personaje, “Los americanos en materia de innovación, están ocasionados a un peligro del cual hallase libre nuestro apacible cielo..., a la imprudencia llevada a la temeridad.”¹⁵² En efecto, durante la década de 1870, las compañías agrícolas californianas realizaron intentos prácticos de producir seda con resultados pobres debido al carácter familiar de este cultivo y otros problemas anexos. Sin embargo, los californianos persistieron en su intento y, hacia 1877, la Fábrica de Seda de San Francisco había logrado adaptar esta producción familiar a nivel industrial con cierto éxito y estaba en condiciones de elaborar pequeñas cantidades de ese producto. Lo mismo sucedió en el caso del té en California, intento que fracasó por razones análogas al caso de la seda. No obstante ello, seducidos por la posibilidad de arruinar el comercio inglés y de obtener altos ingresos debido al alto consumo y demanda de té en Estados Unidos y en el resto del mundo, los agrónomos norteamericanos estaban realizando nuevos intentos de producir esta planta en suelo californiano en 1878.¹⁵³ Tentativas similares también se estaban realizando en otros estados de la Unión, como Virginia, Georgia y Delaware, con cierto apoyo y recomendaciones oficiales de la Superintendencia de Agricultura de Washington.

California es sólo un ejemplo, el más representativo, de la diversidad productiva agrícola que, con el paso del tiempo, fue posible encontrar en un estado determinado. Y en la Unión Americana había muchos estados más. Por lo tanto, lo que sucedía en aquella época en aquel estado, sin duda se podía extrapolar a los demás. Ahora bien, es necesario hacer una salvedad importante en relación a la agricultura en California y en la Unión. Como hemos visto la producción agrícola del país era enorme. Los agricultores estadounidenses eran muy productivos, pero no utilizaban medida alguna que protegiera y aumentara el rendimiento de sus campos, lo cual era notorio en las áreas que, en relación con las demás, habían sido colonizadas hace pocos años, como California y el Oeste en general. Según Vicuña Mackenna, por ejemplo, los agricultores californienses no cerraban sus potreros, no hacían barbechos, no abonaban la tierra y estaban en la infancia del arte de la irrigación por canales. Por lo tanto, una vez que los californianos adoptasen todas esas mejoras, añadiesen otras adicionales y, con el tiempo, regularizaran sus cultivos, don Benjamín profetizó que la producción agrícola de California iba a aumentar a un nivel mucho mayor que el de 1878, en todos los rubros.

Por otra parte, en un país que a comienzos de la década de 1850 tenía un carácter agrario predominante, la industria era secundaria.¹⁵⁴ Sin embargo, no por eso el rubro

¹⁵² Vicuña Mackenna. “Terra Ignota”..., p. 144.

¹⁵³ Según Vicuña Mackenna, sólo en Estados Unidos se consumían unos \$20.000.000 de pesos en té anualmente a fines de la década de 1870. Lo mismo sucedía respecto de la seda, cuya demanda anual alcanzaba una cifra de \$30.000.000 de pesos.

¹⁵⁴ Según datos aportados por Vicuña Mackenna, el valor de la producción industrial de Estados Unidos en el año 1853 era de \$1.020.000.000 pesos. La producción agrícola estaba avaluada en \$3.226.926.000 de pesos, es decir, tres veces la producción fabril. La superioridad de la agricultura sobre la industria era evidente.

fabril era menos importante. A todas luces, la producción industrial de la Unión no era menor en cantidad y calidad a principios de la década de 1850, sobre todo teniendo en cuenta que el país ocupaba el segundo lugar en actividad fabril del mundo, sólo superado por Inglaterra, en aquella época.

La actividad manufacturera que era posible encontrar en el país en la época del primer viaje de don Benjamín era variada en todos los sentidos. El viajero podía toparse con simples talleres, con unos pocos operarios y que trabajaban de una manera artesanal, hasta enormes instalaciones industriales, organizadas bajo criterios empresariales como compañías y sociedades, dotadas de maquinaria especializada y en las cuales trabajaban cientos de obreros. En lugares como estos se fabricaban desde las más insignificantes baratijas hasta los más elaborados y complejos objetos. En general, abarcaban todos los rubros: agropecuario, minero, forestal, alimenticio e industria pesada, entre otros. De los antecedentes aportados por Vicuña Mackenna se deduce que las instalaciones industriales más complejas desde el punto de vista de su producción y, por lo tanto, más importantes, estaban ubicadas en las ciudades de la costa noreste. Sin embargo, como podrá apreciarse, de los mismos datos se infiere que las actividades industriales eran extensivas, en mayor o menor medida, a todos los estados de la Unión y, por lo tanto, podían encontrarse fabricas, industrias y talleres en todas partes.

Las actividades fabriles que se realizaban más allá de la costa Este muchas veces estaban asociadas de manera estrecha, como hemos dicho, a las distintas actividades agropecuarias y extractivas que se realizaban en aquellos lugares y, en consecuencia, parte de los productos solían ser procesados y elaborados en fábricas ubicadas en el lugar de origen. Este era el caso de algunas producciones agrícolas tropicales como el azúcar. En la zona sur de Estados Unidos, en Louisiana, a principios de la década de 1850, era común encontrar en las plantaciones ingenios industriales destinados a elaborar la materia prima, la caña, para transformarla en azúcar, lista para el consumo. Lo mismo sucedía en el caso de otros productos agrícolas, como los cereales. La industria de la harina se hallaba muy desarrollada en el estado de Maryland. El trigo que se producía en las ricas llanuras de este estado era convertido en harina en alguno de los 60 molinos que existían en Baltimore o en las orillas del río Patapsco.

Algunas actividades agropecuarias originaron industrias muy prósperas. El masivo cultivo de árboles frutales dio paso a una rentable industria de frutas verdes, secas y en conserva en California en los años anteriores a 1878, las cuales exportaban su enorme producción a los estados de la costa este, en donde derrotaban por su calidad y bajos precios a producciones similares provenientes de Europa, Cuba y las Antillas. Por otra parte, el masivo cultivo de la vid dio un fuerte impulso a la fabricación de las bebidas alcohólicas. En 1853 estaban ocupados en estas actividades unos 5.489 operarios y se habían invertido \$8.334.254 pesos en una industria que produjo ese mismo año cerca de 50.000.000 de galones de aguardiente, de ron y más de un millón de barriles de cerveza. Sin embargo, en la década de 1870, el cultivo de la viña y la fabricación y exportación de vinos y licores crecieron y se desarrollaron aún más en estados como California. En este lugar, las compañías vineras californianas habían perfeccionado y pulido sus técnicas de producción y hacia 1878 fabricaban todos los tipos de vinos europeos mediante procedimientos naturales y sin recurrir a la falsificación. Pese a la sequía de aquel último

año, los californianos produjeron 5.000.000 de galones de caldos y aguardientes, rendimiento que fue cerca de tres millones inferior a la producción de 1876. El vino producido era destinado a consumo interno, en otros estados o dentro de la misma California, además de ser exportado. Cuando esto último era el caso, se enviaban vinos y champaña a las ciudades del Oeste y de la costa Atlántica, pero también a Oceanía, Japón, Australia y Perú. En aquella época, incluso una pequeña partida de vinos llegó hasta Hamburgo, Alemania.

Existían otras actividades agropecuarias prósperas. Una de ellas era la producción de algodón. Esta materia prima, propia de los estados del centro y sur de Estados Unidos, muchas veces era procesada y elaborada en los estados del Norte, como Massachussets, lejos de su lugar de origen. A principios de la década de 1850 esta industria estaba bastante extendida por el país. Vicuña Mackenna indicó que en todo Estados Unidos existían 1.094 fábricas de algodón que empleaban 83.000 operarios. Estas industrias giraban un capital de \$74.501.000 pesos y producían \$61.688.000 pesos en mercaderías. En California, por otra parte, durante el decenio de 1870, la introducción de la remolacha hizo surgir varias industrias que se dedicaron a plantar y fabricar azúcar con buenos rendimientos. La inversión de estas empresas realizaban para producir azúcar no era menor; el ingenio para fabricar azúcar de una compañía azucarera determinada de Sacramento había costado \$225.000 pesos. Lo mismo sucedía respecto de la producción pecuaria en el estado de Ohio durante 1853. En Cincinnati, por ejemplo, las fabricas y talleres aledaños a la ciudad elaboraban jamones y tocino con los cerdos sacrificados y con el cuero obtenido de este proceso se confeccionaban sillas para montar y zapatos. Mucha de esta producción era exportada y salía por el muelle de aquella ciudad.

En la década de 1870, la industria pesquera tuvo un gran desarrollo en la costa Oeste. La abundancia del salmón en el área comprendida entre los ríos Sacramento y Columbia estimuló el establecimiento de compañías dedicadas al enlatado de ese producto y su posterior exportación. Sin embargo, con la excesiva explotación el salmón comenzó a hacerse escaso. La ingeniosa solución al problema fue el desarrollo de los criaderos artificiales en ríos, lagos y pantanos de la región, los cuales producían salmones por millones hacia 1878. El salmón en conserva también era exportado e invadía todos los mercados, incluso el chileno. En 1878, Vicuña Mackenna acusó que en Santiago se vendía el salmón empaquetado por la Compañía de Columbia River. Otra actividad relacionada con la anterior era la pesca de tiburón, que se realizaba en localidades como Anaheim, al sur del estado de California. Cada pescador capturaba 30 a 40 tiburones por día, de los cuales se obtenían 2 galones de aceite por pieza, que se vendía a 50 centavos el galón. Por último, destacaba la industria ballenera. La flota ballenera que había arribado a San Francisco a principios de noviembre de 1878, trajo consigo 2.418 barriles de aceite, 10.000 libras de marfil de ballena y 10.000 libras más de hueso del mismo animal.

El grado de desarrollo industrial existente en la Unión a principios de la década de 1850, alentó la producción de todo tipo de manufacturas en fábricas y talleres que, a menudo, se ayudaban de maquinaria a vapor para facilitar y acelerar la producción de artículos que después eran enviados a otros lugares. En Cincinnati, por ejemplo, hacia

1853, era posible encontrar varios talleres que, ayudados por unas 250 máquinas a vapor, elaboraban toda clase de bienes que después eran exportados a los mercados rurales del Oeste. La zapatería a vapor de *Messrs Boyd y Cosey*, ubicada en la misma ciudad y en la cual trabajaban unos 300 operarios producía 800 pares de zapatos por día. En el mismo lugar se procesaba madera mediante maquinaria a vapor. Como dato anecdótico, a propósito de este último hecho, la introducción de máquinas alimentó rumores algo fantasiosos sobre sus capacidades, que Vicuña Mackenna recogió y consignó en sus notas de viaje; uno de ellos decía que "...aquí [en Cincinnati] es donde dicen que echándose un tronco de árbol por el extremo de una máquina va a salir una silleta perfecta al otro extremo..."¹⁵⁵.

En algunas partes las actividades industriales eran las predominantes. Este era el caso de Massachussets en 1853, del cual Vicuña Mackenna afirmó que era el "...Estado más manufacturero de la Unión."¹⁵⁶ En sus pueblos y ciudades había numerosas fábricas y talleres, entre ellas industrias de manufacturas de algodón, fábricas de loza y refinerías de azúcar, entre otras. En otros estados como California, región de carácter agrícola, se elaboraban grandes cantidades de manufacturas. La producción fabril de los californianos durante el año 1878 estaba avaluada en \$30.000.000 de pesos.

Sin embargo, con el transcurso del tiempo, las actividades fabriles no sólo se expandieron por todo el país, sino que también se diversificaron y concentraron. Debido a esto, en áreas cada vez más específicas era posible encontrar gran variedad de industrias. El ejemplo más representativo lo encontramos en el distrito de San José, California. En esta ciudad y sus alrededores se instalaron varias industrias que procesaban y elaboraban los productos agrícolas y mineros obtenidos en la zona, además de confeccionar diversos artículos manufacturados. En enero de 1878, explicó Vicuña Mackenna, el distrito contaba con los siguientes establecimientos industriales: una fábrica de paños, tres molinos de harina, tres fundiciones de hierro, tres destilerías de granos, tres fábricas de cerveza, tres ingenios para aserrar madera, cinco fábricas de carruajes, una fábrica de muebles dotada de maquinaria a vapor, un molino a vapor para moler café, una fábrica de almidón, una fábrica de guantes y una fábrica de escobas. También había varias industrias de fruta verde, seca y en conserva en aquel distrito. Sólo estas últimas industrias generaron utilidades superiores a \$1.000.000 de pesos a la comarca de San José durante 1877.

La industria pesada más importante estaba concentrada en Nueva York y Washington. Entre estas instalaciones destacaban los Arsenales y Astilleros, en los cuales se construían navíos y armas de todos los tipos. En 1853, el Encargado de Negocios de Chile en Washington, don Manuel Carvallo, llevó a Vicuña Mackenna visitar el Arsenal y el Astillero de aquella ciudad, a las orillas del río Potomac. Ambos recintos destacaban en la época por su producción de armamento de guerra. El Astillero estaba trabajando en forma parcial cuando lo visitó y había algunas máquinas funcionando. Estas fabricaban balas, fulminantes y metralla. También se fundían cañones, anclas y se

¹⁵⁵ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 133.

¹⁵⁶ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 165.

laminaba cobre. En su visita al Arsenal pudo ver unos 64.000 fusiles nuevos ordenados en un salón pequeño y en los patios del mismo recinto estaban apilados 700 cañones y pertrechos de guerra suficientes para equipar a 100.000 hombres. Más tarde, durante ese mismo año, recorrió el Arsenal de Nueva York, a orillas del río East, en el que también se producía armamento. Cuando lo visitó, había dos o tres buques en construcción, cerros de balas, cables y otros artilugios. En la misma ciudad también tuvo la oportunidad de pasar por la fábrica de vapores de *Messrs Stearn y Allen*, el más importante establecimiento de ese género en Nueva York, según nuestro protagonista. En este lugar se interiorizó de todas las etapas necesarias para diseñar y construir maquinaria a vapor y asistió al galpón en donde se derretía el hierro y cobre para llenar los moldes que conformaban las piezas. Anexo también había un astillero en donde se construían vapores a los cuales se les colocaba la maquinaria una vez que eran botados al agua. Don Benjamín escribió en sus notas de viaje que la incesante actividad y ruido de esta fábrica era "...lo más infernal que ha herido mis oídos." ¹⁵⁷

El genio inventivo del "yankee" y la capacidad industrial para fabricar armas se expandieron y diversificaron aún más todavía con ocasión de la Guerra de Secesión (1861-1865), guerra "...fecunda en los inventos de la muerte..." ¹⁵⁸ como la llamó Vicuña Mackenna, con justa razón. Con ocasión de la misión confidencial de 1865-1866, tuvo la oportunidad de comprobar la "...gran abundancia de armas y municiones propias para un ejército de tierra" ¹⁵⁹, tales como fusiles y cañones, disponibles a precios módicos para aquel que quisiera adquirirlas. Pero en la Unión Americana se producía armamento más avanzado y complejo. Una de las armas más importantes fabricadas durante la contienda fueron los torpedos, invento debido al genio natural del estadounidense y a las necesidades propias de la situación militar de los Estados Confederados. A juicio de nuestro personaje, era un descubrimiento que "...ha revolucionado la guerra marítima..." ¹⁶⁰. Los buques de guerra también quedaban incluidos dentro de esta categoría. Con el estallido de la guerra civil, el Gobierno Federal destinó ingentes recursos a la expansión y fortalecimiento de su poderío naval. Se compraron o alquilaron buques de todos los tipos y se mandaron a construir adicionales en astilleros particulares y otros edificadas por el gobierno federal. El resultado natural de esta actividad fue un auge de la industria naval durante este período, la cual, al concluir el conflicto, estaba en condiciones de construir cualquier tipo de embarcación de guerra, a vela o a vapor, incluidos los más modernos buques blindados.

Vicuña Mackenna observó que en todos los tipos de armas antes mencionados "...los Estados Unidos son una verdadera especialidad..." ¹⁶¹. En consecuencia, se desprende

¹⁵⁷ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 219.

¹⁵⁸ Vicuña Mackenna. Una excursión..., p. 21.

¹⁵⁹ Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 340.

¹⁶⁰ Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 342.

¹⁶¹ Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 342.

que entre 1853 y 1865 el país había desarrollado y perfeccionado la capacidad industrial que le permitía fabricar armamento de guerra simple y complejo, obteniendo de esta manera una autosuficiencia en este rubro que muy pocos países en la época podían conseguir e igualar, salvo aquellos que eran potencias mundiales.

La industria pesada norteamericana fabricaba muchos otros artículos necesarios para las actividades cotidianas, ya sean agropecuarias o industriales. Así, hacia 1878 en las fundiciones que se establecieron en California se elaboraba la totalidad de la maquinaria que dicho estado u otras zonas requerían, desde las perforadoras de diamante utilizadas en las faenas mineras de Nevada, hasta la maquinaria destinada a faenas agrícolas. En el caso de estas últimas, el grado de perfección técnica que se había alcanzado era tal, que muchas veces tenían un rendimiento superior a sus similares inglesas. Además, a finales de siglo esta industria se había desarrollado y especializado tanto que era posible encontrar en el estado antes mencionado una industria cuyo único giro era producir clavos para herraduras. Vicuña Mackenna añadió que en Rhode Island existían fábricas que producían tornillos de todos los tipos, desde los más pequeños para los relojes hasta los más grandes para los vapores. Otras hacían candados y herraduras, entre otros productos.

El desarrollo de la industria pesada estadounidense estaba relacionado en forma directa con el hierro. Según cifras de 1853, citadas por Vicuña Mackenna, en la explotación del hierro y elaboración de artículos de ese metal, en su mayor parte maquinaria, estaban invertidos más de \$50.000.000 de pesos, cifra que aumentó con toda probabilidad en los siguientes años. Esta estrecha relación explica además el auge de las fundiciones e industria pesada en California, región minera además de agrícola, durante la segunda mitad del siglo XIX. La materia prima necesaria para el desarrollo de esta industria estaba disponible en el mismo lugar.

No obstante la parcialidad de los datos que encontramos en las notas de viaje de Vicuña Mackenna, puede deducirse de los ejemplos expuestos que el desarrollo y expansión de las actividades agrícolas e industriales fue considerable entre 1853 y 1878. Se infiere que existía un ambiente colectivo, derivado de la idiosincrasia de la gente que vivía en el país, que favorecía el trabajo y las actividades productivas de todo tipo en dicho período. Resulta obvio que las actividades económicas en general, tanto agropecuarias, industriales y comerciales, se beneficiaron no sólo de las cualidades personales del estadounidense como hombre de iniciativa, genio inventivo y trabajo, sino también las características naturales propias del país, como las gradaciones del clima y la riqueza del suelo, además de la cooperación de la industria y el auxilio de la ciencia y la máquina en la producción económica.

Del desenvolvimiento conjunto de todos los aspectos antes referidos, resultaron dos consecuencias trascendentales para la evolución económica del país. Por una parte, en términos productivos los norteamericanos desarrollaron "...una variedad infinita de producciones según el clima, el suelo y la demanda..."¹⁶², diversidad que, por lo demás, era difícil de encontrar en otros lugares y que, en nuestra opinión, no sólo constituía la verdadera riqueza agrícola e industrial de un estado determinado como California, como

¹⁶² Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"..., p. 138.

afirmó Vicuña Mackenna, sino también la del país entero, porque los demás estados también tenían sus producciones características, que no fueron mencionadas por el autor. En términos comerciales, esta era una ventaja decisiva. Por otra, tenemos el progreso económico general de la Unión Americana. Don Benjamín aseveró que el “yankee” siempre estaba buscando las condiciones básicas para poder trabajar y producir; una vez que las encontraba, todo el resto sólo era “...progreso y lucha, inventos y prodigios.”¹⁶³

Esta expansión económica estadounidense fue premeditada. No sólo se debió al esfuerzo individual de las personas o colectivo de las compañías agrícolas e industrias. Algunos estados fomentaron y promocionaron de forma deliberada el establecimiento de las actividades agrícolas e industriales más destacadas y rentables en su territorio. El resultado fue que estos lugares prosperaron y consiguieron una autosuficiencia económica en muchos tipos de productos agrícolas e industriales, como fue el caso de California a finales de la década de 1870. Sin embargo, a nuestro juicio esta autosuficiencia estatal era relativa porque, dada la extensión geográfica del país y la variedad climática resultante en zonas geográficas determinadas, ningún estado podía producir todo lo que necesitaba y, por lo tanto, se veía obligado a recurrir a los demás. Este aserto fue refrendado por el mismo Vicuña Mackenna quien, en fecha tan temprana como 1853, advirtió que tanto el Norte como el Sur estaban “...ligados de un modo tan estrecho por mutuas necesidades...”¹⁶⁴ y lo mismo sucedía respecto del Oeste. Por lo tanto, el desarrollo económico de las distintas regiones era complementario; cada zona dependía de la otra y esta característica explica el activo comercio existente al interior de la Unión. En consecuencia, sería más adecuado decir que en el lapso temporal transcurrido entre 1853 y 1878 fue el país, considerado en su totalidad, el que logró un cierto grado de autosuficiencia agrícola e industrial.

Ahora bien, en relación al fomento y promoción de las actividades económicas agrícolas e industriales cabe dejar establecido, antes de proseguir con el resto, que estas recibieron cierta protección oficial, tanto de los estados como del Gobierno Federal. Durante la mayor parte del siglo XIX se promovió y rigió una política económica de carácter proteccionista en relación al comercio exterior del país. Desde el principio se establecieron fuertes barreras aduaneras a la internación de productos de otros países, con aranceles que alcanzaban hasta el 70 por ciento del valor de la mercancía, siendo lo usual un 35 a 40 por ciento. Estas barreras tenían por finalidad proteger la economía del país, favoreciendo y fortaleciendo el desarrollo agrícola e industrial dentro de él. En opinión de Vicuña Mackenna, si bien la protección y amparo fiscal tenía sus defectos, con el transcurso del tiempo las ventajas también fueron evidentes y considerables. Entre estas, la que más destacó fue el adelanto, perfección y bajo costo que alcanzaron los artefactos producidos por sus industrias en los últimos años de la década de 1878. Añadió que en este rubro la superioridad industrial de americanos del norte era notable y “...han llegado... a dejar muy atrás a los ingleses en mil géneros de artefactos...”¹⁶⁵. En consecuencia, teniendo en cuenta esta última observación, se infiere que a fines del siglo

¹⁶³ Vicuña Mackenna. “*Terra Ignota*”..., p. 137.

¹⁶⁴ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario*..., Vol. I, p. 219.

XIX la política económica proteccionista había cumplido en cierta medida con las finalidades para los cuales había sido establecida.

Sin embargo, la política proteccionista no impidió el desarrollo del comercio. La evolución de las actividades mercantiles fue paralela a la de la agricultura y la industria; en la medida en que estos crecieron y produjeron excedentes, también lo hizo el intercambio comercial, que comenzó a adquirir una importancia creciente con el paso de los años. Como ha quedado establecido en este capítulo y en los anteriores, los norteamericanos comerciaban de forma activa con el resto del mundo y destinaban parte de su considerable producción agrícola e industrial a la exportación, tanto al mercado interno de los demás estados de la Unión como a países de ultramar. No en vano Vicuña Mackenna apuntó en sus notas de viaje que el comercio había generado ingresos por \$584.000.000 de pesos en 1853, suma notable para la época.¹⁶⁶ Lo mismo puede afirmarse de sus rentas, que alcanzaron los 65.000.000 de pesos y que dejaron un sobrante de 5.000.000 de pesos al país en 1854.

El intercambio comercial de la Unión con el resto de los países del mundo era considerable entre los años 1853-1878. Esto explica el intenso tráfico naviero y la actividad de los principales puertos del país que Vicuña Mackenna tuvo la ocasión de observar en las dos ocasiones que visitó el país. También explica los ingentes ingresos obtenidos por el movimiento y comercio de mercancías en los muelles, tanto para importación como para exportación. Sólo el puerto de Nueva Orleans exportaba productos avaluados en más de \$100.000.000 de pesos en 1853. Otro puerto mercantil prospero y muy concurrido en aquella época era Filadelfia, cuyo comercio superaba los \$20.000.000 de pesos. Lo mismo sucedía respecto de Nueva York, aunque Vicuña Mackenna no citó cifras para refrendar este aserto. Sin embargo, de los antecedentes aportados el viajero puede inferirse que las entradas producidas por concepto de comercio eran considerables.¹⁶⁷ El movimiento y animación desplegada en los puertos estadounidenses impresionó y abrumó a don Benjamín quien, al ver con sus propios ojos la incesante actividad de los muelles de Nueva Orleans en 1853, escribió:

“El conjunto de este panorama que podía abrazarse de un golpe de vista desde el centro de la media luna era el más extraordinario; parecía el vivac de la moderna humanidad comerciante, activa y emprendedora, pronta a lanzarse a la conquista de la tierra por la civilización y la abundancia.”¹⁶⁸

Esta última observación, que los “yankees” estaban aprestándose a “la conquista de la

¹⁶⁵ Vicuña Mackenna. *“Terra Ignota”*..., p. 285.

¹⁶⁶ La expresión “comercio” utilizada por Vicuña Mackenna es algo ambigua, porque no indica si este término esta siendo usado en su acepción más general y amplia, como intercambio económico que incluye la salida y entrada de productos y mercancías, o sólo como sinónimo de exportación o venta.

¹⁶⁷ Baste decir que afirmó que era la segunda ciudad comercial del globo en 1853, la cual, en virtud de su ubicación estratégica, monopolizaba el movimiento intermediario entre las dos Américas y entre estas con Europa. Además, señaló que sus malecones siempre estaban repletos de buques y su tráfico de frutas y mercaderías en bruto era extraordinario.

¹⁶⁸ *Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 116.

tierra por la civilización y la abundancia”, no estaba desencaminada en lo absoluto. Conforme la economía estadounidense progresó en el período 1853-1878, favorecida por los aranceles proteccionistas, el país se fue haciendo cada vez más autosuficiente en lo que se refiere a producción agrícola e industrial y, hacia fines de la década de 1870, los productores y comerciantes estadounidenses se volvieron más agresivos y ambiciosos. En lugares como California, por ejemplo, éstos se dedicaron a abastecer los mercados propios y los regionales utilizando el ferrocarril transcontinental. Al poco, las producciones nacionales comenzaron a desplazar a las foráneas, reduciendo de forma sensible la internación de algunos productos extranjeros y la consiguiente salida de divisas por concepto de pago. Los beneficios de la autosuficiencia eran evidentes. A juicio de Vicuña Mackenna, su ventaja radicaba en que, a la larga, significaba una progresiva emancipación del estado y el país de “...todo vasallaje tributado al capital extranjero...”

169 .

En forma paralela, a la vez que se abastecían a sí mismos, los comerciantes estadounidenses fijaron cada vez más su atención en los mercados externos, los cuales deseaban abrir y expandir aún más para poder exportar parte de su gigantesca producción agrícola e industrial. Para conseguir este objetivo, en primer lugar comenzaron a promocionar en forma activa y decidida sus producciones más destacadas en ferias y exposiciones nacionales e internacionales, como la Exposición de París, o enviando muestras gratuitas y catálogos a casi cualquier parte del mundo.¹⁷⁰ Por otra parte, enviaron agentes comerciales a varios países, incluido el nuestro, a realizar gestiones que permitieran abrir y ampliar nuevos mercados.¹⁷¹ Por último, manifestaron su interés en cambiar el régimen económico proteccionista imperante a uno basado en el libre cambio porque consideraban que este sistema ya había cumplido con su propósito primario: proteger la producción industrial del país.

El debate acerca de la factibilidad y necesidad de modificar las tarifas aduaneras se realizó a través de los periódicos. En el News Setter de San Francisco (Diciembre de 1878), citado por Vicuña Mackenna, se argüía que, dado que los altos aranceles ya habían producido el efecto para el cual habían sido establecidos, esto es, afianzar la prosperidad fabril del país, había llegado el momento de “...lanzarse en demanda de nuevos mercados para los productos de nuestras factorías...”¹⁷² . Por lo tanto, basados en el principio de reciprocidad, se abogaba por una reducción arancelaria que permitiese la entrada de ciertos artículos libres de derechos a los Estados Unidos porque ello

¹⁶⁹ Vicuña Mackenna. “Terra Ignota”..., p. 150.

¹⁷⁰ En la Pascua de 1878 se celebró un banquete con vinos de California, todos regalados, en un hotel de Leipzig, Alemania. Según afirmó Vicuña Mackenna, los vinos californianos recibieron comentarios favorables y fueron elogiados por su sabor y precio.

¹⁷¹ Las publicaciones periódicas nacionales y extranjeras de la época (1878), citadas por Vicuña Mackenna, hacían mención a la llegada de los agentes comerciales Mr. J. W. Fralik, el doctor Luis Blodget y Mr. H. Parthnan, que representaban a varias firmas de Nueva York y Filadelfia, a Valparaíso y Santiago, con la finalidad de abrir el mercado nacional a los productos de las firmas que representaban.

¹⁷² Vicuña Mackenna. “Terra Ignota”..., p. 165.

“...permitiría llevar nuestras producciones libres también a ciertos mercados...”¹⁷³, como el mexicano y el canadiense, previa firma de los respectivos tratados de comercio.

En consecuencia, a esa finalidad se encaminaron las reformas aduaneras que se empezaron a considerar a fines de la década de 1870: liberalizar y facilitar el comercio para acceder a nuevos mercados. Vicuña Mackenna afirmó que, a partir del 1 de enero de 1879, con toda probabilidad iba a regir una nueva reglamentación aduanera en Estados Unidos, con una marcada propensión “...a facilitar la salida de los productos nacionales, favoreciendo la navegación y libertándola de las mil trabas...”¹⁷⁴ que la entorpecían. La esencia de esta reforma, explicó, consistía en liberar de gravamen unos dos mil artículos, dejando unos quinientos afectos a impuesto y de estos, recargar algunos centavos el derecho sobre algunos productos exóticos, como el café y el té. Destacó que entre los artículos que entrarían libres al país estaban las materias primas, las cuales elaboradas en las industrias, volverían a salir exportados del país con valor agregado. Así, concluyó, con estas medidas tanto el comercio, las industrias y el fisco del país se veían beneficiados.¹⁷⁵

Este interés de los estadounidenses en expandir su comercio y mercados externos no era nuevo sino que era un deseo que estaba arraigado en el país desde muchos años antes. En 1853, durante su primera estadía en la Unión, Vicuña Mackenna advirtió que los norteamericanos deseaban controlar y monopolizar el comercio con la China. La supremacía naval norteamericana en el Pacífico Norte que se observó en la misma época estaba supeditada a esa misma finalidad.¹⁷⁶ Por lo tanto, don Benjamín aventuró que, tarde o temprano, la “...supremacía de los americanos en el Norte del Pacífico, secundada por la liga del Japón, hará que el comercio de la China pase a sus manos”¹⁷⁷, desplazando a sus rivales, entre ellos Inglaterra. Además, iniciativas como la futura construcción del ferrocarril transcontinental también estaban relacionadas con finalidades comerciales más allá de las costas americanas. Cuando nuestro personaje predijo la construcción de la línea férrea que uniría ambos extremos del país en 1853, no olvidó mencionar que, con esta medida, “...la China quedará a dos meses de camino de cualquier punto de Europa.”¹⁷⁸

Ya por aquellas fechas, señaló Vicuña Mackenna, los ingleses estaban preocupados por la supremacía que los norteamericanos ejercían en el Pacífico Norte. Y con justa

¹⁷³ Vicuña Mackenna. “Terra Ignota”..., p. 165.

¹⁷⁴ Vicuña Mackenna. “Terra Ignota”..., p. 286.

¹⁷⁵ Vicuña Mackenna proyectaba que, con todas estas medidas, la renta aduanera de Estados Unidos se incrementaría de \$138.000.000 de pesos en 1878 a \$154.000.000 de pesos en 1879.

¹⁷⁶ Vicuña Mackenna señaló que los *Clippers* de San Francisco hacían un viaje redondo al puerto de Cantón, en China, en 80 días.

¹⁷⁷ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 126.

¹⁷⁸ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 126.

razón pues, aparte de sus intereses en China, estaban inmersos en un proceso de expansión de su influencia en las costas del sur del continente americano. Pero la preocupación británica por el progreso industrial y competencia comercial norteamericana se transformó en rivalidad y temor abierto a fines de la década de 1870, porque los puertos de California, en especial San Francisco, estaban monopolizando de forma progresiva la navegación a vapor de los principales mercados ingleses: China, India y Australia.¹⁷⁹ La intención de los norteamericanos era evidente: apoderarse de los principales mercados británicos. Iniciativas como la introducción de cultivos de seda y té en California y otros estados de la Unión, apuntaban a la misma finalidad, "...arruinar el comercio inglés en la Asia..."¹⁸⁰.

El potencial agrícola, industrial y comercial del país era tal que los estados individuales de la Unión Americana también eran capaces de competir por si solos con Inglaterra a finales de la década de 1870. Este era el caso de California que competía con los británicos en sus propias colonias de Australasia, aprovechando la comunicación directa que tenían sus puertos con aquellos territorios. El Times de Londres (6 de Diciembre de 1878), citado por Vicuña Mackenna, informaba que, si bien el comercio inglés con Australia y Nueva Zelanda estaba creciendo, gran parte de los pedidos de estas colonias se dirigían a Estados Unidos en aquella época. Además, al mismo tiempo, el periódico agregó que las exportaciones de Birmingham y de Sheffield se habían reducido de forma considerable en los tres años anteriores a 1878 y que los pedidos de Australia a Estados Unidos en el ramo de ferretería habían aumentado un 20 por ciento en el mismo periodo.

Ahora bien, no sólo los ingleses estaban sufriendo los efectos de la competencia con los "yankees" a fines de la década de 1870, sino también naciones europeas como Suiza y Alemania, entre otras. En la misma fecha, la competencia comercial norteamericana también se estaba haciendo sentir en los mercados del Pacífico y uno de los países afectados por este hecho, a propósito de las exportaciones de trigo, fue Chile, porque comenzó a ser desplazado del comercio de este cereal. Vicuña Mackenna, con su perspicacia habitual, había advertido que esto sucedería en fecha tan temprana como 1853. Al visitar California aquel año, observó que esa región "En el sentido de las producciones será sin disputa un rival temible para Chile..."¹⁸¹ porque estaba ubicada en la misma latitud y poseía los mismos cultivos que nuestro país. En 1878 el presagio de nuestro personaje se había hecho realidad y el fenómeno estaba "...allí vivo, progresivo, amenazante, normalizándose en su propio riguroso desarrollo..., avanzando hacia nuestros puertos, hacia nuestras ciudades..."¹⁸².

Por lo tanto, es patente que, desde el principio, los norteamericanos no sólo

¹⁷⁹ Vicuña Mackenna utilizaba el termino "Australasia".

¹⁸⁰ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"..., p. 144.

¹⁸¹ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 38.

¹⁸² Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"..., p. 174.

buscaron enriquecerse mediante el comercio, sino también abrir y conquistar nuevos mercados y desplazar de ellos a la competencia, en especial a los ingleses, para controlarlos y adquirir así una posición comercial hegemónica. En 1853 Vicuña Mackenna veía venir esta situación y, considerando la rapacidad y la sed de dinero y negocios característica de los norteamericanos, no dudó en profetizar que Estados Unidos se convertiría en el próximo "...azote de la tierra, hasta que a su vez una nueva Roma destruya esta altanera Cartago de la edad moderna."¹⁸³

No obstante esta lúgubre predicción y las desfavorables perspectivas de la incipiente competencia comercial norteamericana, desde los primeros años de la década de 1850 Vicuña Mackenna abogó por fomentar e incrementar el intercambio comercial con la Unión Americana. Esta situación, algo paradójica, se explica por dos razones. En primer lugar, desde un punto de vista mercantil, por las ventajas inherentes para un país como Chile de entablar relaciones comerciales en un ámbito poco explorado con la nación que en aquella época era considerada como el "...taller gigantesco del orbe..."¹⁸⁴. En segundo lugar, porque detrás de este contacto había un trasfondo político. Vicuña Mackenna recelaba de los ingleses y rechazaba en forma vehemente la influencia que habían establecido en los países del Pacífico Sur, entre ellos Chile, desde la época de la Independencia. Por lo tanto, años después, en 1866, siendo esta influencia un hecho consumado, nuestro personaje vislumbró el contacto mercantil con los Estados Unidos como una alternativa, un medio para liberar a nuestro país de la tutela financiera británica. Sin embargo, en nuestra opinión, Vicuña Mackenna, tal vez influenciado por su ojeriza hacia los británicos, no advirtió o no quiso advertir las ramificaciones negativas de un razonamiento como este para un país como Chile. Dado que ambos países estaban mucho más adelantados que el nuestro en materia económica, estaba claro que este hecho, a la larga, sólo significaba cambiar una dependencia por otra.

Por último, como corolario final de los antecedentes antes expuestos, puede verse que, a pesar a los vaivenes producidos por las crisis económicas que afectaron al país durante la década de 1870, el progreso económico de los Estados Unidos en todos los rubros era considerable por esos años. También se infiere que la economía norteamericana, considerada en su globalidad, estaba en un proceso de franca expansión. En su constante búsqueda del predominio mundial, los americanos del norte habían logrado una cierta autosuficiencia económica gracias a sus ventajas y estaban pasando a la siguiente etapa: buscar y ampliar sus mercados para enriquecerse aún más y desplazar a sus rivales en la competencia por los mercados más atractivos y lucrativos.

¹⁸⁵

Sin embargo, nada de esto era nuevo. El próspero desarrollo general de la nación

¹⁸³ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 247.

¹⁸⁴ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 6.

¹⁸⁵ Con el término "ventajas" nos referimos tanto a aquellas derivadas de las condiciones naturales del país como a las que tienen su origen en la idiosincrasia de su gente, como la laboriosidad, genio inventivo, iniciativa individual, cooperación industrial, auxilio de la ciencia y la máquina en la producción, además de la necesaria protección legal, que ya han sido mencionadas con detalle.

norteamericana había sido anticipado por Vicuña Mackenna al visitar California en 1853. Mientras navegaba por el río Sacramento y admiraba la extensión y riqueza de las praderas adyacentes a esta arteria fluvial, no le fue posible dejar de pensar en

“Cuán rápido y seguro será el desarrollo de este país poblado por una raza joven y varonil, que cuenta con los recursos de la naturaleza en tan grande escala; el clima, las minas, la fertilidad de los llanos, las montañas del interior, su sistema de ríos navegables!... Aquí se han introducido ya todas las máquinas agrícolas modernas y la fertilidad del terreno es tal...”¹⁸⁶

Es evidente que Vicuña Mackenna consideraba que los Estados Unidos habían tenido un progreso rápido y a una escala colosal, en todos los sentidos de la palabra, a principios de la década de 1850. Sin embargo, en la misma época y hablando en términos económicos, también pensaba que el país tenía todas las condiciones y ventajas necesarias para desarrollar un considerable potencial económico en el futuro inmediato. En nuestra opinión, es innegable que los norteamericanos disponían en ese entonces de la base material que necesitaban para realizar la expansión económica y comercial que proseguiría después. Por lo tanto, la evolución económica favorable que encontramos en el país en 1878 es una clara proyección de la bonanza económica que Vicuña Mackenna percibió en el país durante su visita de 1853, amplificada y extendida con el transcurso de los años. En esta última fecha, el progreso y desarrollo que la Unión Americana había logrado era tan evidente y decisivo que, a decir de nuestro personaje, el país estaba sobrepasando a otros que eran considerados mucho más avanzados:

“La civilización material sí es portentosa, inconcebible, inaudita aquí; la Europa, apoyada en los cetros que le sirven de muletas, se ve caduca y pobre en comparación de esta democracia de ayer...”¹⁸⁷

En consecuencia, se infiere que los Estados Unidos estaban en una situación privilegiada a mediados del siglo XIX, incluso equiparable a la posición de las principales potencias mundiales de la época y condición que, en términos económicos, seguirían fortaleciendo durante el resto de la centuria. Sin embargo, Vicuña Mackenna fue más allá y, con la agudeza que lo caracterizaba, anticipó que el futuro de los norteamericanos era la hegemonía mundial. En 1853, después de recorrer el país, observar su desenvolvimiento económico y analizar la idiosincrasia de los norteamericanos, reflexionó sobre el porvenir futuro de los Estados Unidos y sintetizó la conclusión a la que había llegado en una pregunta cuya respuesta era obvia: “¿Cómo no ha de ser grande este país, cómo no ha de ser prospero, progresista, el señor del mundo en tiempos no lejanos?”¹⁸⁸

¹⁸⁶ Vicuña Mackenna, *Páginas de mi diario...*, Vol. I, pp. 38-39.

¹⁸⁷ Vicuña Mackenna, *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 245.

¹⁸⁸ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 247.

CAPITULO IV. LA SOCIEDAD E IDIOSINCRACIA ESTADOUNIDENSE EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX SEGUN VICUÑA MACKENNA.

“Todo se contamina aquí con este virus sacrus de la ganancia y del money making, como los americanos dicen.”¹⁸⁹

“...esa raza indefinida... esa aglomeración de todas las razas humanas que se llama el yankee.”¹⁹⁰

Benjamín Vicuña Mackenna, 1853 y 1866.

A fines de julio de 1853, Vicuña Mackenna estaba haciendo los preparativos para dejar Estados Unidos y zarpar rumbo a Europa. Después de una estadía que se prolongó por varios meses, estaba algo contrariado y desilusionado. Como el mismo reconoció, llegó al país pleno de “...un simpático y ardiente entusiasmo...”¹⁹¹ y lo dejaba con “...el

¹⁸⁹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 251. *Cursivas en el original.*

¹⁹⁰ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 191.

¹⁹¹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 243.

desengaño en el corazón.”¹⁹² Gran parte de esa decepción tenía una relación directa con el conocimiento de primera mano que tuvo de la idiosincrasia de los norteamericanos y su sociedad. Muchos aspectos de ésta le sorprendieron y enfriaron las expectativas que se había formado desde la distancia. En consecuencia, se vió obligado a modificar muchas de las percepciones preconcebidas que tenía respecto de este pueblo, entre ellas la grandeza social que les atribuyó, aserto que en realidad carecía de fundamento en opinión del polígrafo .

El punto fundamental fue que los Estados Unidos que Vicuña Mackenna visitó en los primeros años de la década de 1850 era una nación de contrastes y contradicciones muy marcadas. Como hemos visto antes, el progreso material del país era generalizado además de notable y también se infiere que su sociedad tenía características avanzadas para la época. Pero, como contrapartida, también se desprende de los mismos antecedentes que este progreso generalizado contrastaba y se contradecía con fuerza con aquellos aspectos más negativos derivados del propio desarrollo material y social de los norteamericanos, como el materialismo de su sociedad y la esclavitud por ejemplo, cuestiones de importancia capital y que tendrían graves repercusiones en el futuro inmediato del país.

Estos contrastes y contradicciones eran inherentes a la conformación y desarrollo del país mismo y de su sociedad. No podía ser de otro modo. La evidencia contenida en las notas de viaje de Vicuña Mackenna sugiere que la sociedad norteamericana de la época (1853-1878) carecía, en cierta medida, de cohesión y homogeneidad interna, cuestión que se apreciaba con claridad en el desenvolvimiento de los grupos humanos que la componían. En efecto, uno de los primeros detalles característicos de la sociedad estadounidense que Vicuña Mackenna advirtió, durante su primera visita a la Unión Americana en 1853, fue la multiplicidad de nacionalidades y culturas que convivían en el país. Al recorrer San Francisco a principios de aquel año recordó que ésta era “...una aglomeración de ciudades, una Babilonia de todos los pueblos...”¹⁹³ donde era posible escuchar todas las lenguas del orbe, desde China a San Petersburgo y desde Noruega a las Islas Sandwich. Se veían todos los tipos de vestimenta del mundo y había sastres para todos los gustos, añadió. Lo mismo ocurría en otras ciudades como Nueva Orleans y Nueva York.

La sociedad norteamericana de la época, como puede apreciarse, tenía un carácter cosmopolita evidente. El estadounidense por esencia, el “yankee” anglosajón, convivía con asiáticos, latinoamericanos, europeos y africanos, es decir, grupos humanos originarios de todas partes del mundo y que tenían una cultura e idiosincrasia propia, diferente de la anglosajona. Además, gran parte de aquellos recién llegados se establecían en las ciudades y esto explica que fuese posible advertir en ellas diferentes idiomas, costumbres, vestimentas y una arquitectura característica, propia de las distintas razas y culturas que habitaban el país.¹⁹⁴

En 1853 estaban arribando gran cantidad de inmigrantes a los Estados Unidos. En

¹⁹² Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 243.

¹⁹³ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 27.

aquella fecha, estos estaban llegando al país por los puertos de la costa Oeste, Este y Sur, en oleadas sucesivas y en tal número que Vicuña Mackenna aseguró que "...la emigración se desborda por todas partes sobre este país"¹⁹⁵. Los inmigrantes provenían de todo el mundo: Asia, Europa y América Latina. En los primeros años de la década de 1850, nuestro viajero advirtió la presencia de chinos, mexicanos, chilenos, franceses, noruegos, suecos, rusos, irlandeses, alemanes, escoceses, italianos y holandeses, además de la población de raza negra y, por supuesto, los "yankees" anglosajones. Años más tarde, en 1878, constató que seguían llegando inmigrantes de todas las razas del mundo al país, destacando sobre todo aquellos provenientes de zonas con clima análogo al sur de Europa, tales como hebreos, malteses, españoles, egipcios y otros.

Si sobrevivían al viaje desde sus tierras originarias y una vez en América, los inmigrantes o se establecían en la costa Este o marchaban hacia el Oeste por distintos caminos.¹⁹⁶ Debido a este flujo constante de personas, las ciudades que estaban ubicadas a lo largo de las principales rutas de migración al Oeste, las célebres "*Trails*", prosperaron. Pero, ya sea en la costa Este o en el interior del país, muchas ciudades vieron incrementada su población total por el significativo aporte de la población extranjera que se estableció en ellas. Como hemos referido antes, en algunos lugares, los pobladores de origen foráneo constituían la mitad o casi la totalidad de los residentes, como era el caso de Cincinnati en 1853. Esta ciudad tenía un aspecto europeo patente a juicio de Vicuña Mackenna, quien, en resumidas cuentas, afirma que la urbe era el reflejo del origen de sus residentes: la mayor parte de estos alemanes, irlandeses y escoceses.

El punto anterior es fundamental porque demuestra que los inmigrantes imprimían su sello propio a los lugares que habitaban. Según observó Vicuña Mackenna, estos no sólo hablaban sus propios idiomas o llevaban sus vestimentas a la usanza de sus respectivas nacionalidades, sino que solían agruparse en sus propias comunidades étnicas, como es el caso del barrio chino de San Francisco que visitó en 1853. También tenían sus propios lugares de diversión y esparcimiento, tales como cafés, teatros, restaurantes, salas de opio y salones de juego.¹⁹⁷ Como es obvio, estos lugares tenían el toque arquitectónico característico de la gente que los habitaba. Por lo tanto, se infiere de lo expuesto que los

¹⁹⁴ Este carácter cosmopolita de la sociedad norteamericana era evidente también en las condenas por delitos. Vicuña Mackenna explicó que el número de presos en 1853 era de 6.700. Sin embargo, los condenados por distintos delitos en todo el país fueron 27.000, de los cuales 13.000 eran nacionales y 14.000 extranjeros.

¹⁹⁵ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 138.

¹⁹⁶ El viaje a los Estados Unidos en lo absoluto era la panacea. La tasa de mortalidad era alta durante el transcurso de la travesía. Vicuña Mackenna refirió en sus notas de viaje que de 13.000 emigrantes despachados desde Liverpool en 1853, fueron lanzados al agua 1.483 fallecidos, un diez por ciento del total, diezmados por la peste, el hambre y a desesperación, en un periodo de tres meses. En su opinión, esto no era más que el tributo pagado a las especulaciones modernas, en las cuales la vida humana se transformaba en una mera mercancía y carecía de todo valor para los comerciantes y especuladores, a quienes consideraba responsables de estas tragedias.

¹⁹⁷ En San Francisco, ciudad que Vicuña Mackenna recorrió en 1853, habían varios teatros, incluidos uno chino y otro francés. También había un café francés y una casa de juego regentada por los propios chinos.

inmigrantes tendían a conservar su idiosincrasia e identidad nacional y que había un cierto grado de segregación, voluntaria o forzada, por lo menos en una primera etapa.

Los inmigrantes dejaban sus países de origen y llegaban a la Unión Americana por varias razones, siendo la más común entre estas la persecución política. Este era el caso de los 300 franceses deportados por Luis Napoleón que Vicuña Mackenna vió desembarcar en San Francisco a principios de 1853. Pero, sea cual fuera la razón que los había llevado a emigrar de sus lugares de origen, la suerte de los inmigrantes era disímil una vez que estaban en los Estados Unidos. Algunos, los menos, lograban hacer dinero, por lo que tenían un pasar aceptable. Sin embargo, la mayoría no era tan afortunada y muchos de ellos se ganaban la vida a duras penas. A varios de los franceses deportados que mencionamos antes, don Benjamín los reconoció después limpiando zapatos en las calles de la ciudad.

Para sobrevivir, los inmigrantes trabajaban en cualquier actividad, incluidas tareas serviles y faenas libres, aunque su suerte mejoraba si desplegaban alguna habilidad especial. Así, en 1853 por ejemplo, los chinos de San Francisco estaban dedicados a labores domesticas, como el lavado y planchado de ropa. También trabajaban en almacenes y, a decir de Vicuña Mackenna, estaban dotados de un talento especial para actuar de banqueros y cambistas, por lo que algunos eran bastante ricos. En otros lugares como Cincinnati, los alemanes trabajaban en talleres y fábricas, los irlandeses en las caballerizas y los escoceses se dedicaban a criar cerdos. Don Benjamín agregó que la mayor parte de los sirvientes en los Estados Unidos eran irlandeses o alemanes, porque los yankees "*thoroughbred*"¹⁹⁸ o de sangre pura se negaban a aceptar esta posición y menos el salario de un sirviente, que era de 5 ó 6 pesos diarios.

Sin embargo, el carácter cosmopolita de la sociedad norteamericana, en un principio, no implicaba integración o fusión cultural de los distintos grupos humanos que la componían en una identidad nacional única. Este aserto esta implícito en la cita hecha al principio del capítulo y que data de 1866. En esta, Vicuña Mackenna llamó a los norteamericanos "esa raza indefinida" o "esa aglomeración de todas las razas". Nótese que utilizó expresamente el término "aglomeración", el cual no implica necesariamente fusión o mezcla de sus componentes, sino sólo reunión de ellos. El hecho que los inmigrantes de diferentes nacionalidades tendiesen a segregarse en sus propios barrios y mantener sus costumbres e idiosincrasia también confirma, de alguna manera, la idea expuesta. Por lo tanto, se infiere que ya en 1853 existía un cierto grado de fraccionamiento social en el país debido al mismo carácter cosmopolita de la sociedad norteamericana, situación que se mantendría y acrecentaría durante el transcurso del siglo XIX. No había cohesión social entre los componentes de la sociedad "yankee", por lo menos en una primera instancia.

La falta de cohesión derivó pronto en dificultades y los problemas no se hicieron esperar. Desde el principio la masiva presencia de inmigrantes provocó tensiones dentro del país, dando origen a problemas sociales cuyas ramificaciones y consecuencias se extienden hasta el presente día. Una de estas problemáticas era el racismo, discriminación y animosidad contra los inmigrantes y negros. En el caso de los

¹⁹⁸ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 211. Cursivas en el original.

inmigrantes, los más afectados por este problema eran los chinos, dando origen a lo que Vicuña Mackenna denominó la “Cuestión China”. Sin embargo, los expatriados de otras nacionalidades tampoco estaban excluidos de este problema. Al visitar California en 1853, Vicuña Mackenna advirtió que la población china era despreciada por los americanos del norte, vivía en condiciones deplorables y realizaba labores serviles porque en su opinión parecían incapaces de hacer otra cosa. En la ciudad de Sacramento, agregó, los chinos vivían en una vega en donde el agua les llegaba hasta el tobillo, confinados en ese lugar “...por la odiosidad de los americanos.”¹⁹⁹ No obstante esto, habían detalles más siniestros. Don Benjamín señaló que los chinos estaban sujetos a contratos forzosos por más de 8 ó 10 años, cuestión que en la realidad constituía una esclavitud positiva que las leyes del país no autorizaban, pero que en la práctica eran letra muerta porque nadie las respetaba.

En las observaciones que Vicuña Mackenna hace en 1878, la situación de los chinos no había variado en líneas generales. En estados como California esta cuestión más bien se había agravado y se había transformado en un problema político y social de difícil solución. En aquel estado, afirmó, tanto negros como chinos eran aborrecidos con igual intensidad por la población blanca, en especial por los irlandeses. Parte del problema tenía una motivación económica. Don Benjamín explicó que los irlandeses veían en los negros y chinos competidores más baratos en los trabajos serviles o faenas libres que realizaban “...y de aquí el mortal odio que los agita...”²⁰⁰. Sin embargo, esto no significaba que los irlandeses estuviesen en una mejor situación respecto de los chinos y negros en aquella época. De hecho, tanto los unos como otros eran objeto de igual discriminación y aborrecidos por el resto de la población y nuestro personaje recurrió a una poco ortodoxa pero ilustrativa analogía para graficar esta situación. Según Vicuña Mackenna “Lo que es hoy día, y antes que comience la contienda a balazos, los irlandeses son en California los perros, los chinos los gatos, y los negros... los ratones.”

201

Los negros eran el tercer gran grupo humano, aparte de los inmigrantes y los “yankees” anglosajones, que conformaba la sociedad estadounidense. Sin embargo, era en relación a este sector de la población que las contradicciones y contrastes de la sociedad norteamericana se manifestaban con mayor fuerza. En efecto, como se desprende de los párrafos anteriores, los afroamericanos no sólo eran despreciados y discriminados por el resto de la población, sino que además la mayor parte de ellos estuvo sometido a un régimen de esclavitud formal, que finalizó en 1865, a poco de terminar la Guerra de Secesión. Por lo tanto, cuando Vicuña Mackenna arribó a las costas norteamericanas por primera vez, a principios de 1853, ocho años antes del estallido de la Guerra Civil, el régimen esclavista imperante en la zona sur del país estaba en su máximo apogeo.

¹⁹⁹ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 38.

²⁰⁰ Vicuña Mackenna. “Terra Ignota”..., p. 43.

²⁰¹ Vicuña Mackenna. “Terra Ignota”..., p. 43.

Aquel año, mientras navegaba río arriba por el Mississippi rumbo a Nueva Orleans, don Benjamín tuvo la oportunidad de observar a los negros esclavos y libertos en su cotidianidad. Nunca antes había alternado con éstos y, por lo tanto, este hecho constituía una novedad para él. Poco antes de llegar a la capital del estado de Louisiana, conoció a Mr. Spring, dueño de una plantación de caña de azúcar que poseía esclavos, quien lo recibió en su casa y le permitió recorrer la propiedad. Observador agudo, de inmediato advirtió que, entre los esclavas negras, "...algunas tenían cierta belleza melancólica y enfermiza."²⁰² En cuanto a su aspecto, los esclavos que vió en la plantación dejaban mucho que desear y su vestimenta era pobre, raída y somera.²⁰³ Los negros, tanto hombres como mujeres, realizaban múltiples labores. En aquella ocasión, los esclavos hombres estaban ayudando a su patrón en la refacción de un ingenio para moler la caña y producir azúcar y las mujeres jóvenes realizaban labores agrícolas presididas por un caporal premunido de una hachuela y un rebenque. Estos instrumentos en manos del supervisor tenían una razón de ser. Vicuña Mackenna explicó que para el plantador de Luisiana, el negro y el azadón con el cual éste trabajaba no eran sino dos herramientas y, por lo tanto, si el azadón se descomponía, el caporal tenía la hachuela; si el negro detenía la labor por estar fatigado, el caporal golpeaba su cabeza con el rebenque.

Don Benjamín estaba intrigado y deseoso de conocer la percepción que el propio esclavo negro tenía acerca de su condición y oportunidades para formarse una opinión no le faltaron. Durante la visita a la plantación de Mr. Spring, éste llamó a un esclavo y le preguntó en presencia del polígrafo si estaba contento y si comía bien. Según Vicuña Mackenna, el negro se sonrió, "...yo no sé si con una tristeza habitual, y sólo dijo: "*¡Oh! ¡Yes sir!*"²⁰⁴ En otra ocasión nuestro personaje y sus acompañantes encontraron a un negro que cargaba un cesto de pan. Lo detuvieron y le preguntaron si tenía buen patrón, si estaba contento y si era feliz, a lo que el aludido contestó de forma afirmativa. Extrañados, le preguntaron si el ser esclavo no le pesaba, a lo que este respondió en francés que sí, pero agregó con satisfacción que "...él no era del todo esclavo, pues tenía *un día* de libertad a la semana..."²⁰⁵. Sin embargo, no obstante estas situaciones algo ambiguas, nuestro personaje advirtió que el aire melancólico habitual de los negros contrastaba con la alegría, desplante y risotadas que desplegaban cuando acudían a la misa dominical, vestidos de gala. El día domingo los esclavos negros no trabajaban. Emocionado, escribió:

²⁰² Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 108.

²⁰³ Consistía esta en un camisón angosto, ceñido al cuerpo, botines de gamuza color amarillo y un pañuelo atado a la cabeza con forma de turbante para las mujeres. En el caso de los hombres, estos llevaban un traje de lienzo blanco, sucio y despedazado.

²⁰⁴ Vicuña Mackenna. "*Terra Ignota*"..., p. 108. Comillas y cursivas en el original. A nuestro juicio, esta claro que el esclavo estaba acostumbrado a que le hicieran tal pregunta, de ahí la sonrisa impregnada de tristeza y de un cierto matiz de ironía que Vicuña Mackenna advirtió. El negro sabía lo que tenía que responder. Por otra parte, ningún esclavo en su sano juicio hubiese respondido la pregunta en forma negativa.

²⁰⁵ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 111. Cursivas en el original.

“Eran esas alegres figuras las mismas que yo había visto encorvadas y silenciosas bajo el látigo; pero ahora que una ráfaga de libertad pasaba por su marchita vida, el corazón se dilataba y se entregaban de lleno a la alegría. Que todos los hombres fueran libres de todas las opresiones del espíritu y del alma que ellos mismos se han creado, y el mundo se transformaría por encanto!”²⁰⁶

Según Vicuña Mackenna, ya sea por hábito o por influjo del interés propio característico de los norteamericanos, en los Estados Unidos de principios de la década de 1850, el esclavo negro no era considerado como ser humano, sino que más bien se le equiparaba a una bestia, similar al caballo o al buey. En la práctica era un bien mueble, una herramienta de trabajo similar a las bestias de tiro y, en consecuencia, se le trataba como a tal, mejor o peor según su valor y su estado físico. Pero esto no era todo. En los estados esclavistas, afirmó horrorizado, era común contratar hombres blancos en buen estado físico, los cuales “...eran previamente alimentados *ad hoc* y puestos *en cruza*...”²⁰⁷ con mujeres negras, es decir, eran utilizados como sementales para producir mulatos, trabajador que era considerado más inteligente y activo que el negro. Además, al ser vistos como meras herramientas o animales, los esclavos eran susceptibles de ser enajenados a cualquier edad y separados de su grupo familiar. En un café de Nueva Orleans asistió a un remate público de un niño negro de 10 años. Enfadado, vió como el infante era puesto sobre una mesa, para que los interesados pudiesen tocar y revisar al chico y cerciorarse de su estado de salud, antes de hacer su oferta. Mientras tanto, el vendedor pregonaba las ventajas de su mercancía. Al final el niño negro fue adjudicado a un comprador que pagó por él la suma de 400 pesos. Asimismo, cuando los esclavos llegaban la vejez su suerte no variaba en lo absoluto porque la senectud no eximia al esclavo del trabajo. En una ocasión, Vicuña Mackenna vió a unas esclavas negras octogenarias trabajando en un cercado vigiladas por un mayordomo. Por intermedio de éste, averiguó que por tres de ellas habían ofrecido 100 pesos, pero añadió que en realidad las esclavas no valían mucho a causa de su avanzada edad, su sobrepeso evidente y porque, casi con toda certeza, lo que comían valía mucho más que su trabajo.

En 1853, la mayor parte de la población de raza negra de Estados Unidos, unos 3.175.580 individuos, estaba sometida al régimen de esclavitud. Pero también había negros libres, que ascendían a 419.173 libertos. Vicuña Mackenna mencionó con optimismo que estos últimos, aunque tenían igual color que sus hermanos esclavos, trabajaban como seres inteligentes, vivían felices y servían a la humanidad. Sin embargo, pese a este positivo panorama, debido al anatema y estigma social que los afectaban, para los negros libertos las oportunidades de progresar eran escasas y, por lo general, estaban hundidos en la miseria. Vivían del cultivo de la tierra o trabajaban de criados y sirvientes en hoteles y vapores.

El desprecio social de la población blanca hacia el negro liberto y esclavo se manifestó a través del racismo y la segregación. Estas conductas eran habituales en los lugares públicos de los Estados Unidos en los primeros años de la década de 1850. Vicuña Mackenna refiere que en el teatro de Nueva Orleans la gente de color sólo era

²⁰⁶ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 112.

²⁰⁷ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 108. Cursivas en el original.

admitida en la “cazuela”, es decir, en la galería más alta, separados de los blancos. Lo mismo sucedía en Nueva York y fue por esta razón que declaró que en los teatros de la Unión reinaba una democracia perfecta, excepto para con los negros. De ello se infiere que las conductas racistas y segregacionistas estaban bastante extendidas en aquella época.

Sin embargo, además de su aspecto social, la esclavitud de la población afroamericana escondía una profunda problemática política y económica que tenía escindido al país en los primeros años de la década de 1850, cuestión que Vicuña Mackenna advirtió cuando recorrió el Sur y la costa Este del país. A juzgar por los antecedentes expuestos en sus notas de viaje, la esclavitud era un asunto candente y de relevancia pública en el país durante 1853. En aquella época, explicó don Benjamín, se discutía el aspecto político de esta institución. La parte económica del problema, relativa a la propiedad de esclavos, no se tocó porque se consideraba como un derecho incuestionable por parte de los estados sureños, defensores del sistema esclavista. Este era el meollo del problema como bien advirtió nuestro viajero.²⁰⁸

La esclavitud era un problema de nivel nacional, que involucraba y dividía a los estados de la Unión. De los 37 estados, 20 aceptaban la esclavitud, incluido Nebraska, que se incorporó sólo en 1854. Los restantes 17 eran estados libres. Estos últimos, por lo general, coincidían con aquellos ubicados en la región noreste y oeste de los Estados Unidos. Los estados esclavistas, por otra parte, eran los que estaban ubicados en la zona sur subtropical del país. Los estados que rechazaban la esclavitud, como puede apreciarse, se hallaban en minoría y en desventaja en lo que respecta a su influencia política e intereses. Pero más importante que esto era el hecho incontestable que el país ya se hallaba dividido entre aquellos estados que favorecían o rechazaban la esclavitud en 1853. Esta división tendría una influencia decisiva en el futuro inmediato del país.

Sin embargo, los antecedentes aportados por Vicuña Mackenna sugieren que en 1853 el problema de la esclavitud iba más allá de la cuestión política que se estaba debatiendo por aquellas fechas o de la propia abolición de la institución esclava. La evidencia apunta a que el problema había sobrepasado a la esfera política y económica y estaba remeciendo los cimientos de toda la sociedad norteamericana considerada ésta en su globalidad. No se explica de otro modo el revuelo que produjo en todo el mundo y

²⁰⁸ Si bien Vicuña Mackenna no entregó antecedentes adicionales en sus notas de viaje que aclaren el sentido de los aspectos políticos y económicos del problema de la esclavitud, se infiere que el primero tenía que ver con la extensión de esta práctica a los nuevos estados que se estaban incorporando a la Unión después de la Guerra con México (1846-1848). Por otra parte, el segundo decía relación con el derecho a tener esclavos, el derecho de propiedad sobre los negros, atribución o facultad que los estados esclavistas no estaban dispuestos a transar y que, por lo mismo, consideraban incuestionable, no susceptible de discusión porque en términos económicos la esclavitud era un buen negocio. En resumidas cuentas, el problema no tenía relación alguna con la abolición de la esclavitud en sí misma, por lo menos en un principio, porque a todas luces se daba por hecho que este sistema se mantendría. Por lo tanto, al aceptar el régimen esclavista, lo que se discutía era el derecho a extenderlo a otras zonas del país. Sin embargo, la separación de la parte política y económica del problema era engañosa, porque ambos aspectos estaban interrelacionados y eran las distintas caras de una misma moneda. A nuestro juicio, más allá de los intereses sociales, económicos y políticos en juego, la oposición de parte de ciertos estados de la Unión a extender dicho régimen presuponía un cuestionamiento implícito al derecho de los otros estados a poseer esclavos.

en los mismos Estados Unidos la publicación del libro La Cabaña del Tío Tom, de la escritora norteamericana Mrs. Harriet Elizabeth Beecher Stowe. Sin embargo, lo curioso era que en el Sur el libro no fue censurado y circulaba con entera libertad, al punto que Vicuña Mackenna se procuró un ejemplar en Nueva Orleans. Pero más trascendente, el libro de Stowe era rechazado por el sector plantador antiesclavista aristocrático que temía una rebelión de los esclavos negros. Según don Benjamín, el plan de una eventual sublevación de los negros consistiría en pasar a cuchillo a la población blanca que estaba en minoría respecto de éstos. Los rumores relacionados con una conspiración eran frecuentes en Nueva Orleans y pocos meses después de su visita se anunció un gran complot. Se produjeron muchos arrestos y gran parafernalia pero al final todo resultó ser una falsa alarma. Sin embargo, hay que señalar que, si bien estos temores eran infundados y desestimados por las autoridades como una perspectiva improbable y demasiado horrible para que se verificara, no por ello los sureños dejaban de creer estos rumores y temer a los negros.

Pero no sólo en el Sur estaban complicados con los negros. En el Norte se consideró y se evaluó la factibilidad de deshacerse de la población negra enviándolos de regreso a África. Vicuña Mackenna mencionó que en 1853 existían 7.457 negros americanos rescatados en la república africana de Liberia, de lo cual se infiere que esta solución se puso en práctica en pequeña escala. Pero también añadió que "...este recurso es sólo un consuelo y no una salvación."²⁰⁹ Está claro que para el polígrafo este proyecto no era viable y no solucionaba el fondo del problema, aunque por desgracia no consignó las razones. Por lo tanto, teniendo en cuenta este último punto, se infiere que el problema de la abolición de la esclavitud escondía una problemática más grande y de muy difícil solución: el qué hacer con la población negra del país. Las actitudes ambivalentes que los norteamericanos tenían frente a la esclavitud como institución y frente a los mismos negros sugieren que no sabían qué hacer con estos. En consecuencia, puede afirmarse que la abolición de la esclavitud era una parte, la más pequeña, de un problema mayor cuyas ramificaciones se extienden hasta el día de hoy. Además, estos antecedentes revelan la creciente importancia que el problema de la esclavitud había adquirido hacia 1853, durante la permanencia de Vicuña Mackenna en los Estados Unidos.

El rechazo a la esclavitud por parte de los estados nortños estaba impregnado de una alta dosis de cinismo y doble estándar. Como hemos afirmado antes, las actitudes racistas y segregacionistas, que denotaban la inferioridad social y racial del negro eran usuales en estos estados y estaban arraigadas en el tiempo pasado, aflorando con mayor fuerza hacia la década 1850-1860. Como es lógico, estas conductas estaban en abierta contradicción con el rechazo a la esclavitud de los negros como institución y como hecho positivo y la situación de los libertos. Pero Vicuña Mackenna, con su perspicacia habitual, había advertido el verdadero problema y atinó a afirmar que "...no se crea que es por caridad por lo que el Norte quiere echar a África los negros del Sud, sino por asco."²¹⁰ El tiempo le daría la razón a nuestro viajero. En 1853, los nortños rechazaban la esclavitud como concepto abstracto y como hecho concreto, pero también odiaban y despreciaban a

²⁰⁹ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 110. Vicuña Mackenna no señaló la razón de este aserto.

²¹⁰ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 225. Cursivas en el original.

los negros, igual que los sureños. Por lo tanto, el anatema y estigma social eran generalizados. Manifestaciones como la esclavitud, el racismo y la segregación, el “asco” a decir de Vicuña Mackenna, eran situaciones que escondían un profundo y arraigado sentido de superioridad racial del hombre blanco respecto del negro, cuestión que no acabaría con la libertad de estos últimos después de la Guerra Civil (1861-1865). En efecto, después de la contienda, a fines de la década de 1870, la situación de los negros se mantenía sin mayores cambios. Si bien eran libres, permanecían en el último peldaño de la escala social y eran despreciados por la población blanca, incluidos los inmigrantes. Al desprecio racial se había añadido la competencia y rivalidad por las oportunidades de trabajo con los inmigrantes más desfavorecidos. En consecuencia, la esclavitud y sus aspectos anexos, el racismo y la segregación, se convirtieron en un problema social cuyas ramificaciones se extendieron por muchos años más en los Estados Unidos, hasta el presente día.

Pero en 1853 esta perspectiva todavía estaba lejana en el tiempo y pertenecía al futuro. En aquellos días, mientras Vicuña Mackenna navegaba por el río Mississippi y observaba el paisaje del estado de Louisiana, con las cabañas de los negros esclavos rodeando las mansiones aristocráticas de los plantadores y aristocracia a la cual consideraba muelle e indolente, pasó por la ribera derecha del río el tren que iba de Nueva Orleans a Mobile. “Era el primer ferrocarril que yo veía a la puerta de la gran nación del progreso...”²¹¹ anotó en su diario de viaje. Pero la contradicción entre progreso y esclavitud era patente en esta vista panorámica también. Sorprendido y desilusionado por el contraste con lo que había visto en las plantaciones reconoció que “No son ciertamente los viajeros que entran al corazón de los Estados Unidos por el Mississippi los que pueden comprender desde el primer día el gran país de la edad moderna.”²¹²

El “yankee” anglosajón era el otro grupo humano componente de la sociedad americana, aparte de los negros e inmigrantes. De lo expuesto anteriormente se infiere que se hallaban en la cima de la escala social norteamericana. Sin embargo, este grupo en sí mismo no era del todo homogéneo desde el punto de vista social. Si bien existían padrones sociales y culturales comunes en cuanto a idiosincrasia se refiere, no es menos cierto que también existían grandes diferencias regionales dentro de este mismo grupo, que se debían a las enormes distancias, al propio desenvolvimiento histórico, económico y cultural de estas zonas y a la heterogeneidad social de sus componentes, cuestión que favoreció el desarrollo de características propias.²¹³ En efecto, más que hablar de una “sociedad” anglosajona a secas, sería más adecuado decir “sociedades”, en plural, porque Vicuña Mackenna, además de señalar los aspectos generales de la sociedad norteamericana de la época (1853), en varias oportunidades se refirió en sus notas de viaje al Oeste (en especial California), al Sur y al Norte de la Unión Americana como países, naciones o facciones en forma textual y no como regiones o zonas. Este aserto también se confirma al revisar el índice de materias en las mismas notas de su primer viaje, en las cuales habló en forma sucesiva de los “yankees” californianos, de la vida y

²¹¹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 113.

²¹² Vicuña Mackenna, *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 113.

sociedad a bordo de los vapores sureños, de la sociedad puritana de Boston, de la sociedad de Washington y la sociedad americana del campo, cada grupo con sus propios matices. La diferenciación que hizo el polígrafo es sutil pero evidente y real.

En el caso de California y del Oeste se advierte que era un mundo que funcionaba con sus propios códigos, distintos del resto del país. En 1853 este “país”, como lo llamó Vicuña Mackenna, todavía se estaba colonizando y desarrollando en un proceso que, hasta ese momento, había sido rápido, improvisado y violento. La ley del más fuerte era común en este lugar. Visitando un cementerio cerca de Misiones, en California, Vicuña Mackenna notó por la lectura de sus lapidas, el tinte agitado, trágico y violento que había tenido la colonización de California. En los epitafios había de todo: asesinatos, naufragios, muertes por inanición y enfermedades. Además, advirtió que la mayor parte de los fallecidos eran jóvenes de 20 ó 30 años.

En consecuencia, dado este lúgubre panorama, el ciudadano residente del Oeste, en particular el de California, había desarrollado un modo de ser especial individualista, independiente y autosuficiente, conformando con el tiempo un conjunto de “...ciudadanos *sui generis et sui juris* por excelencia...”²¹⁴. Fueron estas cualidades las que les permitieron a los californianos sobreponerse a las numerosas dificultades, improvisar una nación de la nada y reconstruir San Francisco tres veces consecutivas después de los grandes incendios que la asolaron. Ese mismo carácter era el que hacía que el pueblo tomase la justicia en sus propias manos, configurando en opinión de Vicuña Mackenna “...uno de los hechos más singulares en la época fenomenal en que vivimos.”²¹⁵ En efecto, en este lugar el mismo pueblo era la autoridad que dictaba la sentencia y

²¹³ Este fenómeno de diferenciación regional es conocido por la historiografía moderna con el nombre de “*Sectionalism*”. Las diferencias regionales eran inherentes al particular desarrollo del país y se retrotraen a la época colonial. En efecto, la administración colonial inglesa favoreció el desarrollo de colonias que tenían cierto grado de autonomía dentro del Imperio Británico y las posesiones inglesas en América del Norte no escaparon a esta evolución. Además de la autonomía, cada colonia se desarrolló como una entidad única, diferente de las demás desde un punto de vista político, económico, social y religioso, cuestión que en la práctica favoreció el desarrollo de particularidades propias. Así, a través de los años, fueron arraigando las diferencias que distinguirían a las colonias del Norte de las del Centro y Sur y viceversa. Con el tiempo esta progresiva diferenciación se acentuaría y se manifestaría en una progresiva tendencia de las colonias establecidas en una misma zona a identificarse con determinadas secciones geográficas del país y a hacer suyos sus intereses. Por lo tanto, con esta identificación seccional nacieron el Norte, el Sur, el Centro, el Noreste y el Oeste; y también las diferentes idiosincrasias y mentalidades asociadas a este proceso de diferenciación, conocido hoy como “*Sectionalism*”. Sin embargo, desde un principio, este fenómeno fue muy evidente y marcado en relación al Norte y Sur, cuyas diferencias pasaron a tener con el tiempo una preponderancia cada vez mayor dentro del conjunto de secciones, salvo el Oeste, preparando el camino para la polarización que a futuro desembocó en la Guerra Civil. Cabe señalar también que este fenómeno propio de la realidad norteamericana estaba reconocido en la organización política que los estadounidenses se dieron después de independizarse de Inglaterra. La Unión de Estados independientes que éstos conformaron, en efecto, no sólo reconocía la nueva realidad de la independencia de la Madre Patria, sino también una realidad previa, la existencia de entidades, sociedades y culturas distintas, las cuales se asociaron para conformar un solo país, conservando al mismo tiempo su individualidad.

²¹⁴ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 27. Cursivas en el original.

²¹⁵ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 28.

ejecutaba al culpable, siendo los principales comerciantes, los padres de familia más respetables, los que tomaban la sogá y empujaban al reo. Esta fue la suerte de los incendiarios de San Francisco, por ejemplo, que fueron sacados de la prisión por los mismos ciudadanos a punta de pistola y ahorcados a mano desnuda. Por lo demás, agregó don Benjamín, era un hecho indiscutible que la *Lynch Law* era el supremo código de California en aquella época.²¹⁶

Conforme la situación se regularizó con el tiempo y los californianos se dedicaron a actividades más pacíficas, San Francisco se convirtió en una próspera ciudad mercantil, carácter que impregnó el modo de ser del “yankee” californiano en su totalidad. Como nuestro viajero pudo constatar en carne propia, estos eran comerciantes agresivos y despiadados para los cuales todo era negocio, que no dudaban en abusar en sus tratos y capaces de realizar las transacciones más inverosímiles, incluidas la venta de personas. En consecuencia, la sociedad californiana era individualista, enérgica y con un marcado carácter práctico y utilitarista, tan fuerte que el resto pasaba a ser intrascendente.

En cierta medida, los cánones sociales más rígidos aplicados al resto del país no tenían efecto en el Oeste y en California en particular, al menos en un primer momento. En este lugar había una especie de relajamiento y desorden en todo orden de cosas, muy notorio y evidente sobre todo en las costumbres. Por ejemplo, en un principio los habitantes de San Francisco no parecían ser muy religiosos. Cuando Vicuña Mackenna visitó esta ciudad en 1853 no vió iglesias, excepto una aislada capilla protestante que casi no se distinguía de las demás construcciones. El ambiente era de disipación y juerga casi a toda hora del día. Abundaban las salas de juego, bares y cafés donde había música, bebida y mujeres en abundancia, lugares que por lo demás eran muy concurridos. Los californianos, además, no se distinguían por su decoro y buenos modales. Al contrario, la mala educación era generalizada. Relatando las múltiples incidencias de su viaje entre San Francisco y Acapulco, don Benjamín aseveró que la voracidad con que los pasajeros del vapor comían asemejaba un ruido muy similar al que hacía una máquina para aserrar madera.

Había otros detalles sabrosos en relación a los californianos. Salvo excepciones, las personas que Vicuña Mackenna encontró a bordo en su viaje a Acapulco no se destacaban en realidad por su respetabilidad. Todo lo contrario, la gran mayoría estaba formada, en su opinión, por desalmados, bribones y aventureros que en su tiempo libre se dedicaban a jugar el oro que traían en la cintura. De aquellos pocos que, a su juicio, no estaban incluidos dentro de este grupo, tampoco tenía una opinión más favorable. Además, todo el mundo estaba armado a bordo. Al parecer en California era habitual llevar un arma en el cinturón, ya sea un revolver o un puñal, por precaución y con los cuales eran muy hábiles. En vista de este amenazador panorama, nuestro viajero se preguntaba cómo no había ocurrido alguna desgracia entre tanto desalmado armado, “...porque gente de bien, yo no podía contar en conciencia, entre aquellos “galgos”²¹⁷ .

²¹⁶ A principios de la década de 1850 los delitos graves se pagaban con la muerte en los Estados Unidos. Vicuña Mackenna señaló que en un solo día, el 10 de Junio de 1853, se ahorcaron siete personas, entre las 8 de la mañana y las dos de la tarde, en todo el territorio del país.

²¹⁷ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 44. Comillas en el original.

Por el contrario, la sociedad del Sur de los Estados Unidos, como la de Nueva Orleans por ejemplo, había desarrollado características muy diferentes de la californiana y del resto del país. Como bien dijo Vicuña Mackenna, en esta región el carácter “yankee” por esencia norteamericano estaba habituado a otras costumbres y tradiciones que lo hacían menos fuerte, rudo y brusco, sin quitarle su impulso y su acción. Por lo tanto, en esta región se desarrolló un temperamento más suave, que era notorio en el trato con los sureños. Éstos eran menos circunspectos y más alegres en comparación con el resto de los norteamericanos. Nueva Orleans, afirmó el polígrafo, siempre parecía estar en ánimo de fiesta, sobre todo en invierno. Añadió que había algo en el ambiente de la capital de la Louisiana, en su alegría, actividad y costumbres, que la hacía semejante a la capital de Francia. En sus calles creyó ver, por la belleza de las mujeres, por el lujo oriental en los trajes, por las anchas avenidas de árboles y de lujosos cristales, por el idioma que escuchaba y por la animación general, un ambiente en miniatura de los bulevares parisienses.

En efecto, en consonancia con el carácter multicultural de toda la sociedad estadounidense, los habitantes de Louisiana eran casi todos descendientes de españoles y franceses y se caracterizaban por su amabilidad, cortesía y hospitalidad, cuestión que encantó a nuestro personaje. Al visitar las plantaciones de esclavos en la ribera del Mississippi recibió las típicas muestras de generosidad y deferencia que caracterizaban a la gente de la Louisiana, en una ocasión de parte del dueño de una plantación, que lo invitó a su casa, le ofreció refrescos y otras exquisiteces y le permitió recorrer su propiedad; en otra plantación, propiedad de una hermosa joven francesa casada con un plantador, se invitó a entrar a la casa a nuestro personaje y sus acompañantes para guarecerse de una fuerte lluvia que en cierto momento les pilló desprevenidos y al descampado, acto que Vicuña Mackenna interpretó como fina atención.

Sin embargo, la característica que definía por esencia a la sociedad del Sur de los Estados Unidos, además de la acérrima defensa del sistema esclavista, era su marcado carácter aristocrático. En 1853, la salida de Vicuña Mackenna de Nueva Orleans coincidió con la emigración de las familias pudientes hacia el Norte y, por lo tanto, se encontró navegando en el Mississippi en compañía de un grupo poco numeroso pero escogido de acompañantes, “...personas todas de educación y de amabilidad fácil e insinuante en que se traslucía el carácter de una raza meridional.”²¹⁸ La deferencia y decoro eran la regla a bordo y mencionó que con frecuencia recibió invitaciones de caballeros que no conocía para que bebiese con ellos una copa sólo por mera cortesía y educación.

En el Sur, tierra de pompa y fantasía según Vicuña Mackenna, se daba gran importancia a la posición social de la persona. Durante el mismo viaje, don Benjamín explicó que era una costumbre universal del lugar el hablar a las personas más por algún título que poseyeran que por su nombre de pila y así “...cada uno a bordo era o *Doctor*, o *Colonel*, o *Senador*, o *Judge*.”²¹⁹ Incluso notó que aquellos que habían ejercido cargos más modestos como subdelegados o escribanos, eran saludados por el nombre de su

²¹⁸ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 121.

²¹⁹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, pp. 121-122. Cursivas en el original.

empleo. Como era de esperarse al estar inmerso en esa atmósfera y relacionarse con los aristócratas sureños, Vicuña Mackenna también fue incluido dentro de este peculiar gremio de los republicanos del Sur, "...con una no pequeña graduación de su ejército."²²⁰

El suave y ligero temperamento, la esclavitud y el carácter aristocrático, elementos que por esencia definían a la sociedad del Sur de los Estados Unidos en 1853, estaban tan presentes en el ambiente meridional que Vicuña Mackenna advirtió de inmediato la diferencia una vez hubo arribado a Cincinnati, la primera ciudad libre que nuestro viajero pisó. Una vez que se hizo una impresión preliminar de este lugar, explicó que esta diferencia era perceptible en el ambiente en un sentido material. En sus notas de viaje escribió:

“Estábamos decididamente en un país muy distinto del que habíamos dejado. Las fisonomías, los trajes, el ruido de las máquinas que por doquier oía, los grandes edificios industriales, todo me lo revelaba...”²²¹

El “yankee” anglosajón, el norteamericano típico, era propio de los estados libres del Norte de la Unión Americana o, para ser más precisos en el Noreste. Vicuña Mackenna explicó que en estos lugares de los climas más fríos, propios de Nueva Inglaterra, era posible encontrar “...una sociedad circunspecta, corregida y morigerada por una educación severa...”²²², la cual se caracterizaba por su religiosidad, con un fuerte énfasis puritano, notorio en ciudades como Cincinnati y Boston. A decir de Vicuña Mackenna, la primera era una de las ciudades más religiosas de la Unión, porque era un pueblo de artesanos y trabajadores y, de hecho, fue en este lugar donde se produjeron incidentes religiosos poco después de su arribo. Boston, por otra parte, destacaba por la misma razón y era considerada en la época la ciudad más patriótica y puritana del país. Esta acentuada moral puritana tenía su reflejo en las costumbres locales. Vicuña Mackenna mencionó que el carácter religioso y aún fanático era tan fuerte en la sociedad bostonense que en la ciudad no habían teatros pero sí muchos templos de “...unitarios, trinitarios y aún de *cuaternarios*.”²²³ También agregó que era sabido que a causa de la misma severidad puritana no estaba permitido o al menos era una conducta mal vista el fumar en las calles. En cuanto a otras actividades reprochables desde el punto de vista moral y religioso, como la prostitución, estaban del todo prohibidas.

Sin embargo, esta impresión inicial acerca de la sociedad bostonense podía ser algo engañosa. Si bien esta ciudad se caracterizaba por su rígida moral religiosa y por la circunspección de su gente, no es menos cierto que nuestro viajero tuvo una calurosa acogida cuando fue introducido al interior de su sociedad. Vicuña Mackenna arribó a

²²⁰ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 122. El que los aristócratas del Sur se hayan referido a Vicuña Mackenna según las graduaciones militares de su ejército, siendo que éste no era militar de carrera, sugiere con fuerza que estos tuvieron algún conocimiento de su participación en la abortada Revolución de 1850 en Chile. Como se recordará, en aquella oportunidad don Benjamín comandó tropas y participó en algunos combates y escaramuzas contra las tropas del Gobierno.

²²¹ *Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 133.

²²² Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 155.

²²³ Vicuña Mackenna, *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 165. Cursivas en el original.

Boston acompañando a su amigo Mr. James Curtis, nativo de esta ciudad, el cual visitaba a su familia y de paso quería presentarles a su nuevo compañero de viaje.²²⁴ Así, el solitario Vicuña Mackenna fue invitado al hogar de una de las más respetables, hospitalarias y amables familias que, en su opinión, tuvo la oportunidad de conocer durante todo su viaje. El grupo familiar, encabezado por la madre, Mrs. Curtis, dio la bienvenida a don Benjamín estrechando su mano y hablándole en español, pues la señora había aprendido este idioma en su juventud. La familia estaba formada por cuatro señoritas más, que se hacían notar por su belleza, gracia y modestia y con las cuales tuvo el placer de departir.

Más tarde, al sentarse en la mesa, cada una de las señoritas dio la bienvenida a su hermano con palabras de afabilidad, observó Vicuña Mackenna, en lugar de un cumplimento, pues este último era un "...artículo muy escaso en estas sociedades puritanas..."²²⁵ como la de Boston. En la noche llegó a la casa gran parte del resto de la familia para celebrar y saludar al miembro recién llegado. Hubo mucha charla, bromas y chascarrros, además de abrazos y felicitaciones en gran cantidad, aunque lacónicas en opinión de Vicuña Mackenna. Toda esta celebración estaba amenizada por música, té y helados. En este sentido, razonó, las fiestas del corazón son todas iguales pues "...yo no encontraba diferencia alguna de esta recepción de un hijo, de las que había visto en mi propio país..."²²⁶.

Don Benjamín de inmediato se sintió a gusto con la calidez y amabilidad de los Curtis. En su diario de viaje escribió:

"Era tan franca la hospitalidad que me brindó aquella excelente gente, que desde el primer momento no pude menos de encontrarme como en familia, no sin que me sorprendiera el hallar tal fortuna en la capital de la Nueva Inglaterra, famosa por su frialdad y su reserva."²²⁷

En efecto, durante la semana que Vicuña Mackenna residió en Boston no hizo más que ser testigo y receptor del espíritu de hospitalidad que animaba a los bostonenses que conoció por intermedio de la familia Curtis. Lejos de su hogar, reconoció que mientras permaneció en Boston se sintió como en casa, pues durante un tiempo olvidó su hotel y

²²⁴ James Curtis, el amigo estadounidense de Vicuña Mackenna, era un joven de 26 años que viajaba con destino a Boston para visitar a su familia cuando éste último lo conoció en 1853. Cinco años antes había dejado su ciudad natal para marchar al Oeste junto con su hermano (fallecido durante la travesía). Recorrió toda la costa del Pacífico, las islas de Oceanía y China antes de establecerse en San Francisco, lugar donde acumuló una pequeña fortuna después de dos años de trabajo. Entre otros antecedentes familiares de Curtis, don Benjamín refirió que pertenecía a una de las familias más distinguidas e influyentes de Boston y su tío era Juez de la Suprema Corte de los Estados Unidos. Las relaciones de la familia también incluían personalidades del mundo político e intelectual norteamericano, algunos de los cuales tuvo la oportunidad de conocer durante su estadía en la ciudad. En efecto, a modo de ejemplo, cierta noche se encontró cenando junto con James en la casa de Mr. Charles Stevenson, senador de la Legislatura de Massachussets.

²²⁵ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 153.

²²⁶ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 154.

²²⁷ *Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 153.

vivió como en un pueblo en medio de sus antiguas relaciones. Por lo general, solía comer en casa de alguno de los parientes de su amigo Curtis y las noches lo encontraban en alguna animada reunión familiar. Agradecido de las gentilezas de esta gente, resaltó sus cualidades afirmando que

“...ha sido la única sociedad en que he encontrado cordialidad positiva y he visto y oído rasgos del alma, que lejos del suelo en que nacimos valen como la más exquisita música al oído, y son para los sentimientos un paraíso de recuerdos y de paz. En este sentido, la de Boston para mí es una sociedad venerable y mi memoria al menos conservará un respeto profundo por las bondadosas familias que conocí y cuyas atenciones se han prolongado más allá del tiempo y la distancia.”²²⁸

También existían algunos matices en esta caracterización. La sociedad de Washington de principios de la década de 1850, por ejemplo, a la que Vicuña Mackenna fue introducido por cortesía del Ministro de Chile en Washington, don Manuel Carvallo, tenía un carácter político evidente, por ser esta última ciudad la capital del país y estaba conformada por un escogido grupo de personalidades, entre ellas políticas, a las cuales Carvallo tenía acceso en virtud de su cargo diplomático. En efecto, en una de las recepciones a las que asistió mientras permaneció en la capital de la Unión se topó con el Secretario del Interior de los Estados Unidos en la época, Mr. Mac Lean, a quien vió ocupado mascando tabaco, “...rumiando algún proyecto de Estado”²²⁹.

Por otra parte, en la misma época y con ocasión de su visita a los baños termales de Saratoga, nuestro viajero se encontró con el sector aristocrático norteamericano, que disfrutaba de las bondades y comodidades del lugar, sitio de moda para los grupos más pudientes de la Unión. Vicuña Mackenna permaneció dos días en Saratoga, cuyo ambiente le desagradó porque los aristócratas que estaban allí llevaban la “...vida más insípida, monótona y ceremoniosa imaginable.”²³⁰ Observó que las señoras se despojaban de su sencillo y característico traje de viaje al llegar, después de lo cual se notaba un ostensible cambio de carácter: parecían dejar en sus aposentos todo su agrado y buen humor. La regla, señaló, era cambiarse de ropa tres veces al día según la ocasión. Por otra parte, las reuniones sociales no se caracterizaban por su animación y alegría. Todo lo contrario. Reconoció que nunca había visto una reunión de campo “...más circunspecta, más alhajada, más insociable, y aún diré más desparramada...” porque los asistentes estaban dispersos en los patios del hotel en una amplia zona, formando pequeños grupos, patrón de conducta que se repitió en otras recepciones a las que asistió, incluso en lugares cerrados. Como es lógico, el ambiente del lugar no destacaba por la diversión y sociabilidad de sus huéspedes. Tampoco por la belleza de sus mujeres. En su diario de viaje anotó:

“Verdad es que, y sea esto dicho sin agravio del país donde he visto mayor número de bellezas, que la aristocracia de Saratoga, como la que viera en

²²⁸ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, pp. 158-159.

²²⁹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 183. Cursivas en el original.

²³⁰ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 200.

Niágara, era un medio siglo de pelucas y arrugas.”²³¹

Este ambiente aburrido y desabrido también era extensivo al resto de Saratoga, fuera de los hoteles y la gente ocupaba el tiempo bebiendo el agua de las fuentes termales por las mañanas o en pasear por los bosques aledaños o el lago de la localidad en las tardes. Otros, observó, dormían, leían, jugaban al billar, a las bochas o se dedicaban a “...empinar el vaso en el *bar*...”²³². La vista de todo este panorama le hizo recordar a Vicuña Mackenna la alegría y cordialidad de los campos chilenos.

Sin embargo, más allá de estas diferencias regionales, el “yankee” norteamericano típico obedecía a un perfil determinado, es decir, un modo de ser característico reconocible en todas partes, propio de la idiosincrasia del país y acorde a la tradición y herencia anglosajona, por lo demás predominante. Algo hemos establecido ya en relación con este aspecto en el transcurso del presente capítulo y en el anterior. No obstante esto, se hace necesario agregar antecedentes adicionales que complementen lo afirmado antes, pues la prolongada estadía del polígrafo en la Unión Americana le permitió trazar un exhaustivo y detallado retrato de los “yankees”.

En general, los norteamericanos, como los describió Vicuña Mackenna, se caracterizaban por tener un carácter fuerte y brusco con sus interlocutores. Algo secos, parcos y lacónicos en su trato cotidiano, eran proclives a usar un lenguaje categórico cuando sostenían o afirmaban algo. Aunque no era una regla general, no destacaban por tener buenos modales y más bien se hacían notar por esa característica. En cuanto a los afectos, no se mostraban muy expresivos, sino más bien racionales, controlados y compuestos. Por ende, tampoco eran propensos a los sentimentalismos y menos aún se permitían demostrar debilidad, porque eran parte de una sociedad en la que predominaban los hombres y donde se valoraban los caracteres que por esencia definían a éstos, como la iniciativa, tenacidad, laboriosidad y la hombría. En resumidas cuentas, como bien señaló Mr. James Curtis a don Benjamín, un hombre era un hombre antes que todo en la Unión. El resto era secundario. Esto no significaba que los “yankees” no tuvieran emociones; si las tenían, sólo que las mantenían a raya por diversas razones y no las demostraban a los demás, salvo en la esfera privada. Vicuña Mackenna captó muy bien el control que los norteamericanos ejercían sobre sí mismos y escribió:

“Así es el carácter de los yankees: ellos han vencido a la naturaleza y se han vencido a sí mismos, el uno por cálculo, el otro por deber, todos por costumbre. El recuerdo de la familia no es para el yankee ni un placer ni un dolor, es simplemente una enfermedad, es home sickness, como ellos literalmente llaman este “mal del hogar”²³³

Es por esta razón que siempre parecían indiferentes y ecuanímenes. Los norteamericanos, notó Vicuña Mackenna, no se impresionaban con facilidad, aún ante las más grandes desgracias. En cierta ocasión, viajando en ferrocarril entre Cincinnati y Cleveland, sintió un pequeño remezón y la máquina se detuvo un instante. Su amigo James Curtis indagó

²³¹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 200.

²³² Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 201. Cursivas en el original.

²³³ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 152. Cursivas y comillas en el original.

la causa y le dijo que no era nada. Pero en realidad el ferrocarril había atropellado a una persona que dormía atravesada en la línea férrea. Estupefacto por la actitud de la gente que lo rodeaba, Vicuña Mackenna escribió:

“Este nada! que estaba escrito en los semblantes de todos, que conversaban y reían como antes, me aterró; pero, después vi realmente que aquello era nada en los Estados Unidos, donde sólo causan una ligera impresión las Whole sale butcheries o las matanzas por mayor...”²³⁴

Por lo demás, esta actitud indiferente ante los infortunios estaba bastante extendida en el país. Como en todos lados, las desgracias, ya sea por causas naturales o humanas, eran frecuentes en los Estados Unidos.²³⁵ Sin embargo, a Vicuña Mackenna le sorprendía y enfadaba la actitud general que veía en la gente ante estas situaciones. Si bien observó que en un primer momento había cierta alarma, esta carecía de sensibilidad, de caridad y de piedad religiosa; al final lo que predominaba la indiferencia absoluta. Los comentarios informando accidentes y las manifestaciones de pesar eran recibidos con glacial frialdad por los americanos con los cuales trató. Incluso la prensa periódica participaba en cierta medida de esta actitud generalizada, pues parecía sorda ante estos acontecimientos y, salvo excepciones notables, rara vez solía comentar la lista de calamidades diarias.

Como hemos afirmado con anterioridad, entre muchas otras cualidades ya mencionadas, el norteamericano destacaba por su laboriosidad, iniciativa personal, mentalidad emprendedora y genio creador, conjunto de características que reflejaban en gran medida a los “yankees”. Según Vicuña Mackenna, en virtud de esta caracterización muchos estadounidenses, sobre todo aquellos que habían alcanzado posiciones de preeminencia, se percibían a sí mismos como “*self made men*”²³⁶, pues consideraban que se habían hecho hombres por sí mismos encumbrándose al poder, al prestigio y a la fama “...por alguna cualidad sobresaliente del espíritu, por la perseverancia, por la audacia o a virtud de innato genio.”²³⁷ Muchos políticos, comerciantes, millonarios y personajes connotados del país compartían análoga auto percepción. Sin embargo, puntualizó nuestro personaje, esto no significaba que no existiesen hombres menos dotados, escasos de facultades o mediocres. También los había y muchos, como en todos lados.

²³⁴ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 138. *Cursivas e idioma inglés en el original.*

²³⁵ En efecto, en su diario de viaje Vicuña Mackenna consignó muchas de estas desgracias acaecidas durante su estadía en la Unión. La lista era larga y terrible por lo interminable afirmó el polígrafo: suicidios, epidemias, incendios, atropellos en líneas férreas, naufragios, explosiones y colisiones de vapores, descarrilamientos de trenes, en los cuales perecieron cientos de personas. Los naufragios, por ejemplo, eran frecuentes. Sólo en el mes de diciembre de 1854 naufragaron 65 buques, que sumaban unas 20.000 toneladas de capacidad, valuados en \$1.500.000 pesos. El costo humano de estos naufragios ascendió a más de 1.500 personas fallecidas. En los ríos del interior, por otra parte, al menos 58 vapores saltaron por los aires al reventar sus calderas o encallaron en los bajíos en 1852, perdiendo la vida 400 personas. Vicuña Mackenna atribuyó gran parte de estas tragedias a la negligencia, descuido humano, asociados a la codicia, competencia e intereses económicos siempre presentes.

²³⁶ Vicuña Mackenna. *Una excursión...*, p. 26. *Cursivas en el original.*

²³⁷ Vicuña Mackenna. *Una excursión...*, p. 26.

Los norteamericanos sentían un gran apego por el dinero. Vicuña Mackenna indicó que este aspecto era una "...gravísima materia por cierto en la tierra que pisábamos..."²³⁸. Como hemos afirmado antes, estos veían en el dinero un símbolo de progreso y, por lo tanto, éste era el centro alrededor del cual giraban sus vidas. Todos deseaban hacer negocios y fortuna. Sin embargo, este apego al dinero los transformó en hombres materialistas, fríos, astutos, sagaces y calculadores. En relación al dinero tenían actitudes algo ambivalentes según la situación y el valor que le daban a las cosas: podían mostrarse tacaños y reacios a pagar medio real para cruzar un río en balsa o todo lo contrario, gastar 25 pesos en un álbum sin regatear cuando con toda probabilidad el artículo valía la mitad. Sin embargo, lo curioso era que, pese a esta obsesión por el dinero, los estadounidenses típicos eran hombres sencillos, parte de un pueblo que no era muy dado a la ostentación ni a los lujos y que no tenían mayores vicios ni necesidades, en opinión del polígrafo. Esta sencillez incluso era notoria en las altas esferas políticas. Célebre era, a principios de la década de 1850, la simplicidad de los presidentes de la Unión Americana, que rivalizaba con los mejores tiempos de Esparta según don Benjamín.

Los norteamericanos eran nacionalistas. Manifestaban un gran entusiasmo por su país y todo lo que este comprendía. Sin embargo, indicó Vicuña Mackenna, este orgullo nacional era desaforado y no tenía ningún límite, ni en lo sublime ni en lo ridículo. Por lo tanto, este natural orgullo por el país y sus logros se transformó con el tiempo en pedantería y chauvinismo. Consideraban con una fe que rayaba en el fanatismo que su país era "...the first country in the World..."²³⁹. No sólo eso. Para un "yankee", toda aquella cosa que fuese parte de la tierra americana, aunque fuese una insignificante piedra, era "...the best in the World"²⁴⁰, cuestión que no se cansaban de repetir a aquel que quisiese escucharlos. Nótese además que ya en esta época (1853) el engreimiento y jactancia de los norteamericanos respecto de su país era tal que utilizaban al resto del mundo como patrón para compararse.²⁴¹

Este desaforado orgullo nacional escondía varias cosas. En primer lugar demuestra que los norteamericanos se sentían diferentes de los demás pueblos que habitaban la tierra, se consideraban especiales y lo hacían notar a todo aquel que no fuese norteamericano. En segundo lugar, revela que, pese a las contradicciones de su sociedad, existía una conciencia nacional de país y también una conciencia de sus logros

²³⁸ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 152.

²³⁹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 254. Cursivas en el original.

²⁴⁰ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 254. Cursivas en el original.

²⁴¹ Los ejemplos de la petulancia nacional de los norteamericanos son múltiples y constan en las notas de viaje de Vicuña Mackenna. Uno de los casos más notables era la pomposidad con la cual bautizaban a sus ciudades. Para los "yankees", por ejemplo, Boston era la "Athenas de la América"; Baltimore, la "Ciudad monumental"; Cincinnati, la "Reina del Oeste"; el Estado de Nueva York era el "Empire State" y la ciudad, "The metropolis of the World". Todo, refirió Vicuña Mackenna, ya sea hombres, edificios, vapores, historia, mentiras, palacios, basuras, plantas, cultivos, estados, ciudades y el país mismo, entre otras cosas, todo es "The best in the World".

materiales, por lo menos en el grupo anglosajón. En tercer lugar, resulta obvio que se consideraban a sí mismos como el primer país del mundo y, por lo tanto, estaban conscientes en alguna medida del poder y potencial de la nación de la cual formaban parte. En efecto, con ocasión de la misión diplomática confidencial de 1865-1866 y pese a que el país se hallaba debilitado tras la Guerra Civil, Vicuña Mackenna comprobó que los norteamericanos seguían creyéndose "...la más poderosa nación en la superficie de la tierra (*the most powerful nation on the globe*)..."²⁴².

En resumidas cuentas, en virtud de su particular evolución política, social y económica, los norteamericanos, como nación y como sociedad, habían desarrollado una actitud de superioridad respecto de otros pueblos del orbe en todos los sentidos. Al igual que gran parte de los estadounidenses, Vicuña Mackenna creía que los Estados Unidos eran la primera nación del mundo en 1853, en razón de su superior poder y grandeza. Agregó que si esto no era así en la realidad, no por esto los norteamericanos dejaban de creerse los soberanos del mundo; y en consecuencia, concluyó, "...de esta convicción nace su inmenso poder." Como puede apreciarse, en el fondo la ventaja de los norteamericanos era psicológica, es decir, una cuestión de actitud.

Esta creencia colectiva en la superioridad y poderío de la nación norteamericana también tenía una expresión individual. El "yankee" americano estaba dotado de una férrea voluntad y una gran iniciativa porque tenía una gran fe en sí mismo y en sus capacidades. En el fondo, tenía una mentalidad ganadora y, por lo tanto, ambiciosa. Además, creía con vehemencia que, tanto de forma individual como colectiva, había sido favorecido por la Providencia. Por ende, era esta particular forma de pensar la que les hacía creer que no había ninguna tarea o meta que no pudiesen acometer o alcanzar y con esta confianza se embarcaban en empresas que, por lo general, siempre resultaban exitosas. Activos y resueltos, el poder de iniciativa, el sentido de superioridad y el ansia de dinero, cualidades de los cuales siempre hacían gala, derivaron con el tiempo en "...una especie de frenesí por procurarse en sus propias manos la acumulación de todos los elementos de acción y de todos los intereses de la tierra."²⁴³

Detrás de la hosquedad típica de los norteamericanos también había un temperamento alegre y disipado, la cual se manifestaba en los instantes de relajación, cuando no estaban preocupados de los negocios o el trabajo. En las ciudades importantes las noches solían ser muy animadas, con mucho movimiento y bullicio en los locales de diversión. Entre los entretenimientos típicos en 1853, el más popular de todos era el juego. En San Francisco, Vicuña Mackenna tuvo la oportunidad de visitar varios salones de juegos, los cuales eran muy concurridos por la población masculina, tanto durante el día como la noche. La mayor parte de la concurrencia estaba conformada por mexicanos. En ellos, afirmó nuestro viajero, era posible encontrar a los tahúres embebidos del juego y la codicia, embriagados por la música y el espectáculo, el licor que se distribuía con generosidad y por la seducción de las mujeres casi desnudas que se encontraban allí. Los juegos más habituales eran las cartas y la ruleta y don Benjamín

²⁴² Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 491. Cursivas y paréntesis en el original.

²⁴³ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 244.

oyó hablar de apuestas que se remontaban hasta \$80.000 pesos. Como es lógico, Vicuña Mackenna deploraba del juego porque lo consideraba como un vicio, pero también advirtió que para los empresarios esta actividad era un gran negocio, que les producía miles de pesos en ganancias cada año, cuestión que criticaba como "...la contribución de los crédulos y de los viciosos..."²⁴⁴.

Por la misma época, este estilo de vida aventurero y disipado también era propio de la navegación en el Mississippi. En los vapores que recorrían esta arteria fluvial había una animación general y el ruido de las máquinas era ahogado por la música, el bullicio del baile y las abundantes botellas de champaña. El juego era la ocupación general según Vicuña Mackenna y había hombres que pasaban temporadas enteras a bordo ocupados en jugar y despojar a los viajeros poco precavidos, eran tahúres profesionales, los célebres "*Mississippi Gumbler*s". En el fondo, puede apreciarse que el juego era un vicio bastante extendido en el país y que, en la práctica, se transformó en una profesión, un oficio y una costumbre.

Los estadounidenses también eran asiduos concurrentes a los bares, lugar en el que disponían de "...todos los licores hechos del mundo y todas las combinaciones imaginables de la uva y del alcohol."²⁴⁵ Eran abundantes en todo el país, sobre todo en California, el país del bar según Vicuña Mackenna. En estos lugares se bebía de todo, por lo general acompañado de algo para comer. Sin embargo, esta afición por "empinar el codo" o "apurar la cántara", por lo común terminaba en excesos y en 1870 era habitual encontrar paisanos recuperándose de las borracheras en las estaciones de policía de San Francisco. Curiosamente este mismo hecho llamó profundamente la atención de Charles Dickens en sus *American Notes*, especialmente en relación a los inmigrantes irlandeses.

Pero también había otros entretenimientos más convencionales pero igual de populares. Uno de los pasatiempos más concurridos era el teatro, los cuales estaban presentes en la mayoría de las ciudades estadounidenses en cantidad variada.²⁴⁶ Las principales atracciones de los teatros eran las cantantes femeninas y las representaciones dramáticas de todo tipo. Muchas de las artistas que cantaban en los teatros americanos eran extranjeras y, por lo que refiere nuestro viajero, se les pagaba muy bien.

Vicuña Mackenna explicó que en los teatros americanos había una perfecta democracia, excepto para los negros, claro está. Una vez en su interior era preciso defender la luneta con todo el poder de la cintura y había gran bulla, animación general y mascadura de tabaco. El estado de ánimo del público variaba según lo que se estuviese representando. En 1853, mientras asistía a una tragedia sentimental en un teatro de Cincinnati que trataba de una familia irlandesa que huía de la persecución inglesa y

²⁴⁴ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 29.

²⁴⁵ Vicuña Mackenna. "*Terra Ignota*"..., p. 120.

²⁴⁶ En San Francisco por ejemplo, existían 9 teatros en 1853, según refiere nuestro viajero, pero todos muy pequeños en su opinión. Los de Nueva York, por otra parte, no le merecieron una opinión más halagüeña.

llegaba a los Estados Unidos, observó que el público reventaba en desaforados aplausos cuando algún rayo caía en la cabeza de la aborrecida Albión, pero esta alegría pasó a un sensible entusiasmo cuando el sufrido grupo llegó a tierra americana y el cabeza de familia elevó una plegaria a la memoria de George Washington.

Los norteamericanos tenían un gran sentido del humor y gustaban mucho de las situaciones y chanzas absurdas que hacían reír. En aquel tiempo, eran muy populares las compañías de cantores y músicos que se disfrazaban e imitaban a los negros. Pero además de remedar a los negros, estas compañías también parodiaban las operas más conocidas. Durante su estadía en San Francisco en 1853, Vicuña asistió a una graciosa parodia de Romeo y Julieta y señaló que si bien estas representaciones no eran muy espirituales y ortodoxas, la originalidad de los exabruptos en que los actores incurrieran sobre el proscenio hacia reír. En su opinión, “Estas originalidades son muy del gusto de los americanos, cuyo placer más grande parece el acto material de reírse...”²⁴⁷ y, por lo tanto, era común en la época encontrar varias compañías de este tipo, además de otras ambulantes, en todas las ciudades de la Unión.

Los inmigrantes también tenían sus propios lugares de diversión y los teatros no eran la excepción. Tanto chinos como franceses tenían sus propios teatros en San Francisco, lugares en donde Vicuña Mackenna presencié algunas situaciones algo estrafalarias. El de los primeros quedaba en un galpón a las afueras de la ciudad y nuestro viajero se sorprendió viendo a los pacíficos chinos representando la más sangrienta y violenta guerra, sin ningún atisbo de sentimentalismo. En el teatro francés estalló una trifulca general a causa de una cantante que el público quería oír, pero que la empresa a cargo del espectáculo deseaba despedir. El enfrentamiento se zanjó con rapidez cuando a un inspirado asistente se le ocurrió entonar la *Marsellesa*, que todos terminaron cantando.

Sin embargo, pese a la bonanza de los teatros y de la vida artística en el país, Vicuña Mackenna era de la opinión que los norteamericanos no tenían muy buen gusto en materia de espectáculos y preferían ver alguna comedia o parodia que les hiciera reír, como las simplezas de los *Raveles*, que ver a una cantante de calidad o algo más elaborado. Sin embargo, añadió que cuando no tenían mayor opción y tenían que oír a una cantante como Madame Thillon, mujer hermosa pero de ejecución muy secundaria en su opinión, no por ello el teatro estaba menos lleno. Todo lo contrario.

Los norteamericanos también eran aficionados a los grandes mítines públicos, que se realizaban en numerosos recintos especiales construidos y acondicionados para tales fines, los clubes, que existían en casi todas las ciudades “yankees” y en los cuales cabían miles de espectadores. Vicuña Mackenna, entusiasmado a raíz de su misión de propaganda a favor de Chile en 1866, los consideraba “...verdaderas plazas públicas cubiertas con bóvedas que conservan al orador toda la vibración de su voz y al auditorio todo el calor de su entusiasmo.”²⁴⁸ En estos lugares se celebraban bailes, fiestas, reuniones de clubes, mítines y convenciones de carácter político. Todos estos acontecimientos, ya sea populares o políticos, recibían en nombre genérico de

²⁴⁷ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 32.

²⁴⁸ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 262.

recepciones y dentro de esta categoría están incluidas también las reuniones del Club de los Viajeros, la Liga Unionista y el *Cooper Intitute*, en las que el polígrafo participó en 1865-1866, en calidad de invitado y orador improvisado. Don Benjamín explicó que estas reuniones, pese a ser mítines políticos en donde se pedía de forma explícita la aplicación de la doctrina Monroe en favor de Chile en su conflicto contra España, eran una fiesta para los norteamericanos, mitad política y mitad un elegante acontecimiento social en extremo agradable. En su opinión eran un pasatiempo útil para la propaganda del agente confidencial chileno. “El genio americano se veía palpitante en esa combinación”²⁴⁹, aseveró muy convencido.

Otra actividad frecuente entre la gente que residía en las grandes ciudades era el salir de paseo. Las ciudades tenían sus propias atracciones y particularidades dignas de visitar, cuestión que la población citadina aprovechaba. En el Nueva York de 1853, refiere Vicuña Mackenna, los paseos más frecuentes eran a las islas de la bahía o también a *High Bridge* sobre el río Harlem. Se podía recorrer el puente que servía de canal al acueducto de Croton, una de las obras hidráulicas más importantes y colosales de la época, desde el que era posible tener una vista panorámica de toda la isla de Manhatan en donde estaba situada Nueva York. En el mismo lugar había casas de campo, jardines y parques, además de restaurantes que ofrecían a los paseantes algunos pasatiempos como botes para pescar, juegos de billar, columpios y tiro al blanco, entre otros. Don Benjamín explicó que el centro de la ciudad era muy concurrido y los días domingo la gente solía pasear por la Quinta Avenida, en especial los improvisados banqueros, la “aristocracia del bacalao”, los dueños de las mansiones que estaban en la misma avenida. Pero advirtió que la mayor parte de la población prefería pasear por *Broadway*, donde se encontraban los populares y concurridos *Boulevares* americanos. El polígrafo observó que en los paseos la gente, tanto ricos y pobres, se reunían de forma indistinta, aunque con cierta tendencia a ir hacia los bancos de la *Batería*, en un extremo de *Broadway*.

En las ciudades había panoramas adicionales, muchos de las cuales eran considerados “*humbugs*” por un aburrido y sensible Vicuña Mackenna.²⁵⁰ En Nueva York, por ejemplo, estaba el Palacio de Cristal, construcción inaugurada en julio de 1853 por el Presidente Franklin Pierce y destinado a exhibiciones. En la misma ciudad también había galerías de pinturas y antigüedades, las cuales se sucedían unas a otras en las cuadras de edificios.

Para ingresar a ellos era necesario pagar entrada y, salvo excepciones, Vicuña Mackenna vió en ellas obras de arte y antigüedades estafalarias y de dudosa calidad

²⁴⁹ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 263.

²⁵⁰ El “*humbug*”, explicó Vicuña Mackenna, era una expresión vulgar norteamericana difícil de traducir en su verdadero sentido. Traducida al español significaba engaño, impostura, trampa y dolo; era utilizada por el viajero para designar todo aquello que fuera extravagante, falso, tonto, no funcional, algo que tuviese resultados distintos de los previstos o fuese “mamarracho”. El “*humbug*” se aplicaba a todo según Vicuña Mackenna, pues era universal y cosmopolita en todo el vasto territorio de la Unión. Por lo tanto, había hombres *humbugs*, ideas *humbugs*, animales *humbugs* y cosas *humbugs*, etc. Quizás el chilenismo que más se le acerque en la actualidad es la palabra “chanta”.

histórica. En los museos el panorama que se podía encontrar era casi el mismo. Vicuña Mackenna visitó los museos de la mayoría de las ciudades por donde pasó y siempre se encontró con exhibiciones extravagantes, muchas veces carentes de seriedad y que rozaban lo ridículo.²⁵¹ No por ello se reducía el número de visitantes. Esta particular naturaleza de los museos de los Estados Unidos se explicaba porque todos estos, salvo el Museo Nacional de Washington, eran empresas particulares y "...templos erigidos a ese Dios yankee por excelencia, el *humbug!*..."²⁵².

La calle *Broadway* provocó el enojo de Vicuña Mackenna. Explicó que esta vía era el ancho canal por donde corría todo el torrente de materialismo, insipidez y de "*humbug*" que inundaba con creces al país. Vicuña agregó que el transeúnte que caminaba por esta calle se veía asaltado y asediado por ejércitos de individuos que ofrecían billetes e invitaciones para entrar en algún lugar para ver alguna cosa, que casi siempre resultaba ser una extravagancia o barbaridad de muy mal gusto. Molesto y exasperado, escribió:

"¿De dónde viene, gran Dios, tanta necedad y tanta estupidez en medio de un gran pueblo? Pero algo habrá en su organización cuando tales empresas se sostienen y prosperan..."²⁵³

Por último, existían también lugares consagrados en esas fechas (1853) como sitios turísticos. Los más destacados estaban ubicados en Nueva Orleans, Niágara y Saratoga. En la estación calurosa estas dos últimas localidades se llenaban de visitantes que huían del calor de las ciudades de la costa Este; lo mismo sucedía en Nueva Orleans, pero a la inversa, la masa de visitantes arribaba en invierno para capear el crudo invierno norteamericano. Saratoga, por otra parte, destacaba por sus fuentes termales. Vicuña Mackenna añadió, con su toque característico, que este último lugar era un sitio de moda en aquella época, el campo de verano de la aristocracia norteamericana, algo así como el Peñaflores de los Estados Unidos. Sin embargo, ya sea en una estación u otra, lo que está claro es que todos huían de los contrastes extremos del clima norteamericano.

En estos lugares, muy concurridos, se desarrolló un ambiente especial, que lindaba en lo festivo, convirtiéndose, según Vicuña Mackenna, en "...el sitio de recreo de las familias, de vacaciones para los colegiales, de *luna de miel* para los recién casados, de timbirimba para los tahúres, de club para los hombres de la política y de *humbug* para todos, cual más cual menos."²⁵⁴ En localidades como Niágara, por ejemplo, había varios hoteles, tiendas de *souvenirs* y artículos varios al alcance de todos los bolsillos, museos y sitios naturales e históricos para visitar, en especial las famosas cataratas del río Niágara, además de espectáculos de todas clases.

La sociedad norteamericana de 1853 tenía algunos otros aspectos destacados,

²⁵¹ En este sentido, uno de los más notables era el Museo de Barnum, ubicado en la calle Broadway. Por otra parte, el mejor museo que Vicuña Mackenna visitó fue el de Boston, por la calidad y seriedad de sus exhibiciones.

²⁵² Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 135.

²⁵³ **Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 224.**

²⁵⁴ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 145. Cursivas en el original.

bastante avanzados para la época. Este era el caso de la situación de la mujer. En Estados Unidos, observó Vicuña Mackenna, las mujeres disfrutaban de una libertad casi completa. En su opinión, la regla general era que la mujer fuese tratada con la debida consideración y respeto y su presencia era bien recibida en todos los lugares y por toda clase de personas. En comparación a sus pares latinoamericanas, su situación era privilegiada porque afirmó que estas eran dueñas de sí mismas, se juzgaban a sí mismas y se valían y engrandecían por su propio ser noble y libre.

La mujer norteamericana gozaba de un alto grado de autonomía en la sociedad americana de principios de la década de 1850. En la ciudad de Boston, donde permaneció unos días, tuvo la ocasión de departir con las señoritas bostonenses, las “yankees” como ellas mismas con orgullo se denominaban. Estas le parecieron mujeres espirituales, instruidas sin asomo de pedantería, amables sin insinuación ni doblez y hablaban de todos los temas sociales en boga en la época, incluidos asuntos políticos, muchas veces con gran entusiasmo y vehemencia. Además, tenían cierto grado de libertad de acción. Las mujeres jóvenes podían trabajar, por lo menos mientras estuviesen solteras, como era el caso de las 500 muchachas que trabajaban en manufacturas de algodón en Lowell, Massachussets. También podían ir a donde quisieran. Muchas veces Vicuña Mackenna salió a pasear a solas con las hermanas de su amigo Mr. Curtis, sin ningún tipo de problemas. Estas le acompañaron a conocer Boston y lo llevaron a entrevistarse con las notabilidades intelectuales de la ciudad que, gracias a la mediación de la familia de su amigo, pudo conocer. Además, más tarde pudo mantener correspondencia con Miss Isabella Curtis, hermana de su amigo, una vez que hubo dejado la ciudad, porque en la Unión se consideraba lícita la comunicación intelectual entre una señorita y un caballero. En cierta ocasión, mientras estaba de visita en el hogar de Mr. Stevenson, amigo de la familia Curtis, advirtió que la hija mayor del dueño de casa estaba haciendo preparativos para ir de paseo al campo al día siguiente, con algunas amigas, a seis leguas de Boston y sin más compañía que su saco de dormir. Mucho más conservador en esos temas que los norteamericanos, nuestro personaje añadió que “Esta escena me habría tomado de sorpresa sin mis anteriores correrías con las señoritas Curtis...”²⁵⁵.

Vicuña Mackenna quedó prendado de las hermosas mujeres americanas. Afirmando que, como procedían de todas las razas, ofrecían todos los tipos posibles de hermosura, aunque destacó que prevalecía el tipo sajón, más fino y delicado que el de Inglaterra. No obstante esto, agregó que la belleza de las americanas era como “...la de esas flores de capricho que la moda introduce, brillante pero pasajera...”²⁵⁶, brusco cambio que atribuyó a los extremos climáticos del país y al sistema doméstico adoptado, que favoreció la autosuficiencia y el cuidado propio, a diferencia de las señoras inglesas que delegaban todo en sus “*maids*”.

En relación a las mujeres, algunas costumbres norteamericanas llamaron la atención de nuestro viajero. En 1853, mientras permaneció en la ciudad de Buffalo, solía

²⁵⁵ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 158.

²⁵⁶ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 213.

entretenerse en las tardes observando a centenares de muchachos jugando después de asistir a la escuela. Viéndolos, Vicuña Mackenna se sorprendía del prodigioso número de niños que era posible encontrar en las ciudades de la Unión. Mayor sorpresa le causó el hecho de no haber visto nunca en un sitio público a una mujer cuya maternidad inmediata fuese apreciable en su figura. Los “yankees” le observaron que ese recato era una costumbre propia del país y, por lo tanto, a ninguna señora cuyo embarazo fuera evidente le gustaba presentarse en público.

Una característica de las ciudades norteamericanas que llamó la atención de nuestro viajero fueron las iglesias de todos los credos y denominaciones que, en cantidad variable, estaban presentes en la gran mayoría de ellas. Esta cualidad era en realidad el reflejo del carácter pluricultural de la sociedad norteamericana, en donde convivían muchas nacionalidades y culturas con distintas religiones. En 1853, Vicuña Mackenna observó que estas se desenvolvían en un ambiente de tolerancia y pluralismo religioso como regla general. Entre todas las religiones que existían en la Unión Americana en aquella época, sin lugar a dudas predominaba el protestantismo, el cual se hallaba subdividido en unas 400 sectas a principios de la década de 1850 repartidas por todo el país. Entre estos destacaban los puritanos en el Este, sobre todo en ciudades como Boston y Cincinnati, esta última la ciudad más religiosa y puritana de la Unión en opinión de nuestro viajero, porque era un pueblo de artesanos y trabajadores.

Otro grupo protestante que llamó su atención fueron los Mormones, secta que en la época había tenido un crecimiento explosivo en el transcurso de unos pocos años, pasando de los 30 mil individuos en 1851 a no menos de 200 mil en 1853. Este grupo religioso se había establecido en el centro del territorio de Utah y había incrementado su número a través de una decidida y sostenida política de inmigración de fieles de todo el mundo. Sin embargo, Vicuña Mackenna no tenía una buena opinión de los miembros de esta secta a causa de su énfasis en la santificación de las cuestiones materiales y el goce de los sentidos, característica que a su juicio no era “...más que la formula descarada y crapulosa del materialismo que invade al mundo y del que los americanos dan tan colosales ejemplos...”²⁵⁷.

Pero también era posible encontrar otros credos en el país que eran minoritarios respecto de los protestantes, tales como católicos y judíos. Lo mismo sucedía respecto de las prácticas religiosas de chinos y negros. Con el paso del tiempo la regla general era que toda creencia estuviese representada por un templo o iglesia afín en la mayor parte de las ciudades norteamericanas.

Sin embargo, la tolerancia muchas veces no era la norma en algunos lugares, por lo menos en un principio. En 1853, Vicuña Mackenna señaló que la variedad infinita de sectas que existían en el país llevaba el celo religioso hasta el fanatismo e intolerancia y, por lo tanto, de vez en cuando se producían incidentes entre protestantes y católicos. En aquellos días, explicó, en Cincinnati se quemaba con frecuencia la efigie del obispo católico de Nueva York y poco después del paso de nuestro viajero por esa ciudad hubo una batalla campal entre irlandeses católicos y alemanes protestantes en donde resultaron muertas algunas personas. La ojeriza entre los creyentes rivales no era propia

²⁵⁷ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 129.

sólo de los inmigrantes, sino que también era habitual entre los americanos anglosajones. Don Benjamín refiere que, por la misma fecha, estos detestaban de corazón al obispo católico de Nueva York, Reverendo Hughes Mackenna, de origen irlandés, aunque sin llegar a situaciones extremas como las referidas antes.

No obstante los incidentes anteriores, lo que predominó al fin y al cabo fue la tolerancia y pluralismo religioso. Un viajero recién llegado desde San Francisco en 1878 aseguró a Vicuña Mackenna que en dicho lugar existía una plaza en cuyos costados se levantaban las fachadas de siete iglesias, todas de cultos diferentes y "...que no riñen sino que se respetan."²⁵⁸ Añadió que, por la misma época, los jesuitas de esa ciudad, dada la calidad de su formación intelectual, educaban a muchos protestantes e incluso muchos de estos últimos se casaban pidiendo y recibiendo por telégrafo la bendición del Papa.

Otro aspecto destacado, propio de la sociedad estadounidense, era su preocupación por la beneficencia pública y las personas con discapacidad. Entre las instituciones que se dedicaban a estos menesteres en 1853, Vicuña Mackenna destacó el Colegio Girard, en Filadelfia, construido y sostenido con parte de la fortuna que el millonario Esteban Girard destinó para fines sociales una vez fallecido en 1822. Esta institución, de soberbia infraestructura, estaba dedicada a enseñar profesiones técnicas a unos 300 huérfanos. Años más tarde, también era posible encontrar instituciones similares en otras partes del país. En el bienio 1870-1871, la Municipalidad de San Francisco destinaba \$40.000 pesos al año para el mantenimiento de una escuela industrial para niños vagos, recogidos en los campos y ciudades por la policía. En aquella fecha, asistían a esta escuela unos 200 niños.

En Nueva York, por otra parte, se encontraba el Instituto de Ciegos y el análogo de sordomudos, ambos visitados por Vicuña Mackenna en 1853. El primero era sostenido por el estado mediante una subvención de \$40.000 pesos y tenía 20 empleados, instalados en un edificio que costó \$70.000 pesos. La institución asistía e instruía a 150 alumnos no videntes, de los cuales 50 eran mujeres. El segundo ocupaba un hermoso edificio en las afueras de la ciudad que había costado \$200.000 pesos. Cuando nuestro viajero lo visitó, tenía unos 260 alumnos, la mayor parte gratuitos y 20 empleados, también sordomudos, que cuidaban de los niños más pequeños. En esa época, este establecimiento era considerado el tercero en importancia y extensión después del de París y el de Connecticut.

Don Benjamín añadió algunos datos adicionales en relación a la beneficencia pública y las personas con discapacidad. En 1853, el número de ciegos en Estados Unidos era de 9.702 personas, el de sordomudos 9.091 y el de locos y enfermos mentales 15.768 individuos. Los menesterosos también eran socorridos por la caridad pública. Según nuestro viajero, en 1850 existían 134.172 personas en situación de pobreza, a los cuales se les distribuía alimento y vestido por un valor de \$2.954.806 pesos. Sólo en 1854 se auxiliaron a 80.543 personas en Nueva York, con \$71.018 pesos, en un lapso de tres meses.

²⁵⁸ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"... , p. 32.

Otro aspecto destacado de la sociedad estadounidense de la época era su énfasis en la educación y su incipiente desarrollo cultural. En la Unión Americana, la educación, sobre todo elemental, estaba muy difundida y existía un sistema escolar que tenía una amplia cobertura. En 1853, había no menos de cien mil establecimientos de educación a los cuales asistían 4 millones de niños, es decir, un educando por cada cinco habitantes del país. Estos eran asistidos por unos 150.000 profesores. En ciudades como Nueva York, había 100 escuelas públicas a las que asistían unos 100.000 alumnos; de ellos, la mitad lo hacía en forma diaria. Las escuelas públicas también abundaban en Cincinnati y en Filadelfia; en esta última ciudad existían excelentes colegios, tanto públicos como privados, cuestión que se explicaba porque en el Estado de Pensilvania, del cual Filadelfia era su ciudad más representativa, la educación pública se hallaba muy difundida en todas las clases según indicó don Benjamín. Pero la instrucción elemental también se expandió al resto de la Unión con el transcurso de los años. En 1878, existían 1.612 escuelas en el Estado de California a las que asistían unos 65 mil niños, los cuales eran educados por 2.301 maestros.

La educación superior y la cultura en general también tenían lugares y establecimientos representativos. Este es el caso de la ciudad de Boston, conocida en 1853 como la "...*Atenas de América*, en el vocabulario enfático de los americanos."²⁵⁹ En este lugar se encontraba la Universidad de Cambridge [sic]²⁶⁰, existían varias bibliotecas y además residían destacados intelectuales estadounidenses como Prescott, Everett y Ticknor. Otro lugar donde el desarrollo intelectual era importante en la misma época era la ciudad de Filadelfia. Según Vicuña Mackenna, este lugar sobresalía por sus establecimientos tipográficos, bibliotecas y notables organizaciones literarias y científicas, las cuales "...difícilmente pueden ser sobrepujados por las instituciones análogas que existen en mayor o menor número en todas las ciudades de la Unión..."²⁶¹. Años después, las instituciones de educación superior y organismos culturales también habían proliferado en otros estados como California. En 1878, San Francisco contaba con 5 bibliotecas públicas, las cuales sumaban 20 en todo el estado, con 300.000 volúmenes y también con un archivo, ubicado en un antiguo salón de juego que nuestro personaje visitó en 1853 y del cual afirmó que "...irá algún día el investigador a beber la verdad en la turbia fuente de la vida y de la historia de aquel pueblo."²⁶² El Estado también contaba

²⁵⁹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 159. Cursivas en el original.

²⁶⁰ Aquí Vicuña Mackenna se confunde. La Universidad referida es la famosa Universidad de Harvard, ubicada en la ciudad de Cambridge, Estado de Massachussets.

²⁶¹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 171. Entre estas, Vicuña Mackenna mencionó la Sociedad Filantrópica Americana, fundada por Benjamín Franklin y que tenía una biblioteca dotada de 15.000 volúmenes. Le seguía el Instituto Franklin, integrado por 3.000 artesanos y que contaba con una biblioteca con un número equivalente de volúmenes; además existían otras instituciones como la Sociedad Histórica de Pensilvania, varios colegios especializados de medicina y una Academia de Ciencias Naturales, cuya biblioteca contenía 9.000 volúmenes. Don Benjamín añadió que la Biblioteca Pública de Filadelfia tenía sólo 45.000 ejemplares, pero que tenía varias sucursales repartidas por la ciudad, entre estas la Biblioteca Mercantil con 11.500 libros y la de los Aprendices con 14.000, entre otras más. En vista de estos antecedentes, el polígrafo afirmó, con justa razón, que "Pocas ciudades más cultas pudieran en verdad encontrarse que esta hija de Franklin."

con universidades, ubicadas en la ciudad de Oakland en la contracosta²⁶³ y San José y esta última ciudad disponía además de una escuela normal de preceptores, un colegio de negocios y algunas escuelas superiores.

Sin embargo, Vicuña Mackenna explicó que, no obstante esta prodigiosa difusión de la educación en la Unión Americana, la instrucción verdadera, aquella que entregaba la "...posesión de los conocimientos que ennoblecen la inteligencia, el cultivo refinado de la mente..."²⁶⁴, existía, pero no era tan profunda comparada con la formación que entregaba el sistema educacional existente en Chile en la misma época.²⁶⁵ Esta desventaja de los americanos tenía su raíz en el énfasis que le daban a la educación. En 1853, don Benjamín observó que los niños comenzaban a trabajar a temprana edad en las ciudades. A los 10 ó 15 años de edad los muchachos eran enviados a laborar ya sea en las manufacturas, en el comercio o en trabajos mecánicos. El padre de familia americano típico, añadió, mandaba a sus hijos a la escuela por tres años para que aprendiesen a leer y escribir; también se le enseñaba contabilidad y algunas nociones de geografía. Una vez cumplido este objetivo, el niño entraba a la vida laboral con una educación somera y rudimentaria. En consecuencia, señaló don Benjamín, la educación tenía un "...carácter eminentemente práctico y utilitario..."²⁶⁶ en la Unión Americana, énfasis cuyo beneficio inmediato era que no había norteamericano analfabeto. Pero, como contrapartida, este hecho repercutía en el cultivo de las artes, letras y ciencias, que a su juicio estaban limitadas a una esfera muy mezquina y reducida.

Según Vicuña Mackenna, la vida intelectual era activa en los Estados Unidos de 1853, pero también muy superficial. Observó que eran pocos los grandes talentos que podía producir un país en donde casi no había más que una sola profesión: el comercio y la industria. En el caso de las letras, este aserto se verificaba en la escasez de su producción literaria. En su opinión, eran pocos los países que ofrecían una literatura tan pobre como la norteamericana. Salvo unos algunos autores famosos y conocidos que resaltaban, sólo los clérigos y especialistas en comercio, mecánica y actividades afines, se dedicaban a realizar estudios particulares y publicaban obras de algún interés. Además, casi todos los talentos importantes del país por lo general se dedicaban a la política o al periodismo. El único detalle positivo de todo esto era que los impresores norteamericanos, que no pagaban derechos de autor, tenían como práctica habitual

²⁶² Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"..., p. 35. Vicuña Mackenna añadió que el teatro Ford en Washington, donde John Wilkes Booth asesinó al Presidente Abraham Lincoln, también había sido convertido en archivo y museo.

²⁶³ Esta Universidad fue la base de la acreditada Universidad de California, creada por legislación estadual el 23 de Marzo de 1868 y trasladada a la ciudad de Berkeley, vecina norte de Oakland.

²⁶⁴ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 235.

²⁶⁵ Vicuña Mackenna se manifestó partidario del sistema aristocrático de educación superior existente en Chile en la misma época. Este era más reducido y, por lo tanto, restrictivo, pero más profundo y completo en su opinión. Don Benjamín indicó que el Ministro de Estados Unidos en Chile durante 1844, Mr. Pendleton, compartía la misma apreciación.

²⁶⁶ Vicuña Mackenna. "Terra Ignota"..., p. 34.

reimprimir las obras inglesas, con tirajes astronómicos que se vendían a precios menores que en otros países, incluido el nuestro. De esta piratería formal y explícita que los ingleses deploraban, se beneficiaban los lectores norteamericanos e incluso nuestro viajero, porque los libros norteamericanos eran, en todo sentido, mucho más económicos y baratos que los de Europa.

En las letras, los autores nacionales que destacaban en el campo de la Historia eran William Prescott, George Bancroft y Jared Spark, los cuales tenían una reputación comparable a la de los historiadores europeos. En Literatura resaltaban como críticos y literatos de fama los autores Edward Everett y George Ticknor. Los escritores más populares eran, por otra parte, Washington Irving y Fenimore Cooper. También figuraba entre los más populares Mrs. Harriet Elizabeth Beecher Stowe, autora del celebre libro La Cabaña del Tío Tom, que por aquella época se había difundido por el mundo, siendo posible encontrar incluso hasta una traducción en persa. También había una legión de poetas, entre los que sobresalían Cullen Bryant, Henry Longfellow y Margaret Fuller, seguidos por Ralph Waldo Emerson y Edgar Allan Poe, entre otros.

Vicuña Mackenna era de la opinión que la Unión era más fecunda en ciertas especialidades técnicas, más que en grandes talentos literarios y científicos. En cuanto a estos últimos, señaló que ninguno destacaba de forma evidente y los que lo hacían eran extranjeros.²⁶⁷ En las especialidades la cuestión era distinta. A la cabeza de todas ellas se encontraba Samuel Morse, el inventor del telégrafo eléctrico. También destacaban el coronel del ejército regular (U.S. Army) John C. Fremont, celebre explorador terrestre y colonizador de California, que había recorrido en tres oportunidades el país en toda su extensión. El doctor Lane era otro atrevido explorador, que navegó hacia el polo Norte para averiguar la suerte del marino inglés Franklin; y por último, otro militar destacado era el teniente de la Armada norteamericana (U.S. Navy) Alexander Murray, notable navegante y descubridor del curso fijo de varios vientos y corrientes marinas.

Vicuña Mackenna conoció en persona a algunas de estas notabilidades en sus dos viajes a la Unión. Durante su estadía en Boston en 1853 fue presentado a varios intelectuales destacados que residían en esta ciudad, gracias a las gestiones de su amigo Curtis. El primer intelectual que conoció fue Mr. Folson, distinguido literato citado con frecuencia por Prescott, que lo recibió durante media hora en la biblioteca que administraba, la cual contaba con 80 mil volúmenes y varias obras de arte. Más tarde, fue invitado a la casa de William H. Prescott, uno de los más importantes historiadores de América en aquella época, cuya área de interés era la conquista española de América; con el que departió sobre varios temas y en varios idiomas. Este le anticipó algunas noticias sobre las obras que estaba escribiendo, le mostró su biblioteca, documentos y reliquias relativas a los conquistadores españoles. Vicuña Mackenna volvió a los pocos días, invitado de nuevo por Prescott, el cual le obsequió un libro de su autoría, dedicatoria incluida. Otro intelectual bostonense que conoció fue el celebre lingüista y teólogo Theodore Parker que, al contrario de Prescott, le pareció un hombre vanidoso y

²⁶⁷ Entre estos, Vicuña Mackenna mencionó al geólogo Charles Lyell, de origen escocés y que estudiaba el territorio norteamericano en aquella época, además del destacado profesor de la Universidad de Harvard Louis Agassiz, suizo de nacimiento.

presumido. Era éste un acérrimo enemigo de la esclavitud que había publicado un folleto relativo a ese tema y otra media docena de obras, "...volúmenes místicos de controversia teológica que nadie leía."²⁶⁸ Según Vicuña Mackenna, Parker se mostró ignorante y prejuicioso en relación a Chile. El polígrafo chileno pasó la mayor parte del tiempo de visita tratando de convencerlo de que no era araucano sino chileno. Por último, algunos meses después, al dejar el país con destino a Liverpool en julio de 1853, tuvo la suerte de viajar y alternar con el teniente Alexander Murray, el famoso geógrafo y navegante.

Años después, en 1866, con ocasión de la misión diplomática confidencial en los Estados Unidos, Vicuña Mackenna tuvo la oportunidad de conocer a otras personalidades públicas destacadas. En el Hotel Tremount de Boston, acompañado de Maximiano Errázuriz, se entrevistó con el célebre filósofo y pensador Ralph Waldo Emerson. También, por aquéllos días y a raíz del mismo evento, trató en Nueva York con el poeta Cullen Bryant, del cual guardaba gratos recuerdos a causa de su ardiente apoyo a Chile durante la guerra con España. Por otra parte, la misión de influir en los medios de comunicación de la Unión con propaganda favorable a Chile y contraria a España, lo llevó a relacionarse con los magnates de la prensa norteamericana de la época. El primero de estos que tuvo la suerte de conocer fue Horace Greeley, dueño del periódico The Tribune de Nueva York y millonario gracias al negocio del periodismo, que le invitó a pasar un día domingo en su mansión de campo. Más tarde, disfrutó de idéntica, cordial y generosa hospitalidad como invitado de James Gordon Bennet, otro magnate de la prensa, millonario, dueño del famoso periódico New York Herald. Refiere Vicuña Mackenna que durante la contienda con España este último puso su poderoso diario al servicio de Chile de forma desinteresada y sin exigir ninguna retribución.

Vicuña Mackenna manifestó un gran interés por la prensa norteamericana, puesto que era asiduo columnista de los periódicos nacionales, al igual que muchos de los intelectos talentosos en la Unión y porque las diligencias relacionadas con la misión confidencial de propaganda, que se le encomendó en 1865-1866, hicieron necesario profundizar su relación con ella y sus directivos. Por lo tanto, se encontró en una posición privilegiada para advertir sus principales características. En 1853, explicó el polígrafo, la prensa periodística era un grupo vasto y muy importante, una de las grandes instituciones del país en su opinión, al punto que circulaban historias que atribuían la fundación y desarrollo de ciudades como Austin, en Texas, a un periódico. Por aquellos días, había unos 3.500 periódicos en todo el país, que destacaban por la originalidad de sus nombres, siendo algunos más importantes que otros.²⁶⁹ Las publicaciones periódicas más destacadas de la época anterior a la guerra civil eran el Picayune, de Nueva Orleans, órgano que defendía los intereses esclavistas; The Union, de Washington, que era el diario oficial del Gobierno; y The New York Herald, sin lugar a dudas el más popular, algo así como el Times. Le seguía en popularidad el periódico The Sun.²⁷⁰

²⁶⁸ Vicuña Mackenna. Una excursión a través..., p. 11.

²⁶⁹ Algunos de estos citados por Vicuña Mackenna en 1853 eran el Mensajero de Austin, el Demócrata Nacional, el Comercio de Cincinnati, Cuchillo yankee, El Dollar todo poderoso (Almighty Dollar), Circunstancias, Uno, Cuero de Carnero, Rebenque y espuela, etc.

La prensa norteamericana era por esencia noticiosa, sensacionalista y de impulso pasajero y momentáneo en todos sus esfuerzos, a decir de nuestro personaje. Esto se explica porque eran publicaciones que tenían un carácter de universalidad y uniformidad que los hacían más o menos aceptables para todos los gustos y porque la prensa, en la práctica, era un negocio, cuestión en que todos coincidían.²⁷¹ El negocio se basaba en el bajo precio del diario y en la cantidad vendida y, por lo tanto, todos los diarios competían entre sí buscando lectores sin fijarse demasiado en como llegaban a ese resultado. Por ello, los periódicos como The Herald abogaban por todas las causas al tiempo que también las rechazaban y defendían y sostenían todos los principios al tiempo que los criticaban y ridiculizaban. Oscilaban en sus posiciones como un péndulo según conviniera porque, en definitiva, lo importante para los periódicos era conseguir lectores para vender su tiraje y para ello decían cualquier cosa, aunque ello implicara incurrir en contradicciones flagrantes. Por lo tanto, salvo excepciones, no profundizaban en las noticias porque no había tiempo para ello y no tenían una posición clara o definida en relación a los asuntos que importaban. Es por eso que Vicuña Mackenna sostenía que el Herald, el diario más popular e importante del país, era "...un diario reflejo, que reproduce como en un disco luminoso todas las faces de la sociedad que perturba e ilustra sin quererla por esto guiar a un fin determinado."²⁷²

Los diarios también aprovechaban la ávida e insaciable curiosidad del público estadounidense por noticias, nunca satisfecha, por lo que siempre estaban a la búsqueda de noticias, novedades y primicias con las cuales atraer a la gente.²⁷³ Mientras más exclusivas estas, mejor.²⁷⁴ Para conseguirlas no reparaban en escrúpulos, sacrificios y escándalos e informaban de un meeting en una plaza pública o un sermón de una iglesia determinada con la misma impavidez y desfachatez con que denunciaban y abultaban las cuestiones más graves y trascendentes y aún las de carácter secreto. Tampoco dudaban

²⁷⁰ Algunos de los principales periódicos estadounidenses y sus fechas de fundación, según datos citados por Vicuña Mackenna: Sun (1833); New York Herald (1835); Tribune (1841); Times (1850).

²⁷¹ La prensa era un buen negocio. Además de la venta de su tiraje diario, tanto en 1853 como en 1866, una parte importante de la renta de los periódicos provenía de la publicación de avisos. Vicuña Mackenna explicó que todos, excepto el Herald que producía de 300 a 400 mil pesos al año a su único dueño, estaban constituidos como sociedades anónimas a mediados de la década de 1860.

²⁷² Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 243.

²⁷³ Vicuña Mackenna señaló que, del millón de habitantes de Nueva York en 1866, unos 400 o 500 mil leían periódicos en algún momento entre las 6 de la mañana y el mediodía, lo cual explica la gran cantidad de publicaciones periódicas y los enormes tirajes de los periódicos de Nueva York. En 1861, The New York Herald tiraba 99.400 ejemplares, producción que aumentó a 125.000 ejemplares durante la Guerra Civil, en especial aquellos días en que se daban pormenores de las grandes batallas. Otro periódico, The Tribune, imprimía 55.000 números de su edición diaria, pero la edición semanal se empujaba hasta los 275.000 ejemplares, que se enviaban a las zonas rurales y al Oeste. The Times, por otra parte, tenía una circulación de 50.000 ejemplares diarios. Cabe resaltar que, para obtener estos ingentes volúmenes de producción, se ayudaban de enormes prensas movidas por vapor y máquinas estereotípicas. La circulación total de los diarios de Nueva York, refiere don Benjamín, llegaba a casi medio millón de copias diarias en 1866, cuestión que se explica debido a que todos los diarios sacaban más de una edición por día.

en acometer a las personas difamándolas sin piedad por lo que los juicios y multas contra ellos eran frecuentes. Sin embargo, los periódicos nunca escarmentaban. Como bien señaló nuestro viajero en 1853, "...la prensa es aquí como el aire."²⁷⁵

El estilo periodístico de los diarios de la Unión era bastante particular y se caracterizaba por ser enfático, vehemente, grandilocuente, chillón, bombástico, irónico e incluso burlón, no exento de denuestos, según el hecho o figura que se quisiese resaltar o criticar. Vicuña Mackenna sugiere que, si bien la prensa periódica tenía una gran influencia popular por su capacidad de llegada a todos los estratos de la sociedad y por ser un reflejo de la opinión de ésta, lo cierto era que en realidad carecía de verdadero influjo en la política y en la administración del país, porque en la práctica era "...una fuerza que se combate a sí misma, se choca y se contradice."²⁷⁶ En términos concretos, esta cuestión venía a significar que la prensa se anulaba a sí misma y no tenía ninguna influencia sobre las políticas gubernamentales. El Gobierno de Washington no hacía ningún caso de las publicaciones periódicas.

Como se desprende de lo afirmado con anterioridad, la prensa más importante era aquella que se hallaba radicada en Nueva York porque reflejaba, en cierta medida, la de Estados Unidos en general. En 1866, esta estaba representada por cinco diarios, algunos de los cuales ya han sido mencionados y que, como hemos dicho antes, tenían una circulación masiva, cercana al medio millón de ejemplares por día. Estos periódicos eran The Herald, The Times, The Tribune, The Evening Post y The World. Sin lugar a dudas, el más importante de todos era el primero, que por sí solo tenía un tiraje mayor que todos los demás. Vicuña Mackenna explicó que no reconocía partido alguno y no tenía programa político, conjeturando que quizás debía su influencia a esta posición imparcial. En su opinión, lo único que hacía esta diario era "...adular la opinión general y vivir del bolsillo de sus suscriptores..."²⁷⁷. Además, a diferencia de las otras publicaciones, The Herald era un acérrimo y tenaz defensor de la Doctrina Monroe. The Times, por su parte, era en la época el diario oficial, el órgano de gobierno y portavoz del Secretario de Estado William H. Seward, personaje que causó algunas dificultades a Vicuña Mackenna durante el desempeño de su misión confidencial.²⁷⁸ El diario radical estaba representado por The Tribune, a cuyo dueño y redactor jefe, Mr. Horace Greeley conoció en 1853. Por último,

²⁷⁴ Desde el punto de vista mercantil, de rivalidad y competencia por noticias, la guerra de España en el Pacífico, explicó Vicuña Mackenna, le vino de perillas a la prensa norteamericana. La Guerra de Secesión había finalizado y el importante caudal de noticias que generó este acontecimiento se había extinguido. Es por esta razón que las noticias relativas a la guerra entre Chile y España, referidas por nuestro viajero a los editores de los principales diarios estadounidenses, encontraron tan buena acogida en el medio. Pero también, como era de esperarse, una vez pasada la novedad y hacerse más conocido el conflicto, poco a poco los medios comenzaron a perder el interés en la conflagración e incluso comenzaron a objetar de forma abierta el proceder de Chile y a cortejar a los españoles. Ni siquiera el mismo Vicuña Mackenna se salvó de las críticas una vez hubo dejado Estados Unidos en 1866.

²⁷⁵ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 240.

²⁷⁶ Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 246.

²⁷⁷ Vicuña Mackenna, Diez meses de misión..., Vol. I, pp. 239-240.

respecto del The Evening Post y The World, nuestro personaje no entrego mayores antecedentes en cuanto a sus posturas.

Pero, a despecho de esta vaguedad de posiciones de las publicaciones de Nueva York, los periódicos regionales tenían algunos aspectos más positivos. Este era el caso de un grupo de periódicos de California en 1878, que representaban los intereses locales en la prensa. El comercio, por ejemplo, estaba representado por el Commercial Herald y el Weekly Exchange. El órgano de la minería era el Minning Scientific Press y el de la agricultura, el Pacific Rural Press. Todos los intereses en su conjunto eran representados por dos publicaciones: el Resources of California y el Averland Mail. Pero no sólo los intereses económicos tenían su propia voz en la prensa, sino que también los había de otro tipo, como los religiosos. Todas las religiones existentes en el estado tenían un órgano que las representaba. La publicación católica, refiere Vicuña Mackenna, redactada por los jesuitas se llamaba el Monitor. Lo mismo sucedía con los inmigrantes o distintas etnias, que tenían sus propias publicaciones. Los franceses tenían el Courrier Francais, los mexicanos, La Sociedad y los chilenos, La Voz del Nuevo Mundo. Incluso los chinos, que sobrepasaban los 50 mil individuos en San Francisco en aquella época y que estaban viviendo una difícil situación política, social y económica, tenían sus propias gacetas.

En general, salvo excepciones, a juicio de Vicuña Mackenna, estas publicaciones destacaban por ser interesantes e instructivas, estaban muy bien ilustradas y algunas de ellas se encontraban entre las mejores revistas literarias del mundo, por lo que las recomendaba en especial a sus conciudadanos chilenos.²⁷⁹ Además, como puede apreciarse, se puede colegir que la imprenta, ya sea como negocio o como bien público y todas las actividades anexas a ésta, como la prensa periódica, estaban bastante desarrolladas durante la segunda mitad del siglo XIX en los Estados Unidos.

Sin embargo, a pesar de las características positivas que la sociedad norteamericana tenía y que hemos referido, Vicuña Mackenna advirtió que la cualidad que por esencia definía al pueblo norteamericano era su profundo y arraigado egoísmo y materialismo, característica que impregnaba la sociedad de los Estados Unidos en su totalidad. Esta era la gran crítica que don Benjamín hacía a la sociedad americana. El polígrafo no dudaba en considerar a Estados Unidos como un gran pueblo y como un referente positivo en relación a valores universales como la libertad y los derechos del hombre. Pero también creía que los norteamericanos abusaban del poder derivado de los valores

²⁷⁸ Aunque The Times era el diario de Gobierno, ello no significaba que tuviese influencia política. Vicuña Mackenna explicó que Mr. Seward lo utilizaba para sostener polémica con los demás diarios en la arena popular, añadiendo que en las regiones oficiales un diario era como un meteoro o más bien como un pálido y raro cometa, analogía acertada que le fue confirmada en Washington por el Subsecretario de Estado Mr. Hunter.

²⁷⁹ Por lo demás, aparte de las publicaciones que representaban a los distintos intereses regionales, también se encontraba en California una prensa más comercial, acorde a las características esbozadas antes. En San Francisco encontramos en 1878 los siguientes periódicos: La Alta California, The Sunday Bulletin, The Morning Call, The Chronicle, The Daily Call, The Sunday Ledger, The Sunday Chronicle y The News-Letter. Algunos de ellos, como The Sunday Bulletin, destacaban por la calidad de su contenido. La circulación de todos los periódicos de San Francisco no bajaba de los 150 mil ejemplares por día, indicó Vicuña Mackenna.

que habían defendido y conquistado y que se los arrebataban a los demás porque su sentido de superioridad, su amor por el dinero y su sed de predominio los había cegado y vuelto egoístas y materialistas. La ceguera y egoísmo de los “yankees” tenía su expresión económica en la vorágine mercantilista en que se hallaban inmersos en 1853; su expresión política era el imperialismo en sus más amplias acepciones: político, económico, cultural, etc. El desenfreno mercantilista propio de las razas anglosajonas era tan exacerbado en su opinión que no dudó en profetizar que aquella dinámica convertiría al país en una nueva Cartago, el azote de la tierra en los años venideros, hasta que apareciese una nueva potencia, una nueva Roma, que finiquitase el predominio “yankee”.

El mercantilismo que caracterizaba a la Unión Americana en aquella época, “...lo invade todo, la religión, la familia, las tumbas, las maravillas de la creación!”²⁸⁰, escribió Vicuña Mackenna. Estaba por sobre todo y lo dominaba todo; su centro y referente era el dinero, símbolo de progreso para el estadounidense, que con el transcurso del tiempo se convirtió en un fin en si mismo, un ídolo, “...pero es un ídolo infame, un ídolo imbécil al que la inteligencia de este pueblo presta el más absurdo de los cultos...”²⁸¹ y que en su opinión era todo lo que desvivía, mataba y extraviaba a este pueblo, por lo demás libre. Además, añadió, esta ansia de dinero era transversal a toda la sociedad norteamericana, estaba presente en todas partes y en todas las personas, más allá de la clase social, del género, edad y profesión a la que pertenecían. Esta cuestión era tan cierta que Vicuña Mackenna observó que los referentes sociales más importantes para el norteamericano medio no eran los estadistas o intelectuales, sino los hombres adinerados. Banqueros, armadores, empresarios, comerciantes y millonarios como William Astor, Henry Girard, Cornelius Vanderbilt, William Wheelwright, Phineas T. Barnum, George Schuyler, entre otros, eran considerados los americanos más ilustres del país, sus biografías aparecían en libros y la prensa periódica les dedicaba gran atención. Estas celebridades mercantiles opacaban y dejaban en un plano secundario a los políticos y también a las notabilidades intelectuales de la Unión, como William Prescott, George Ticknor y Washington Irving. No obstante ello, Vicuña Mackenna consideraba que esta conducta era comprensible en los “yankees” porque, razonó, “...en verdad, ¿qué cosa hay más ilustre en los Estados Unidos que una bolsa bien repleta?”²⁸²

En 1853, Vicuña Mackenna creía con vehemencia que la historia de los Estados Unidos estaba influida de manera determinante por motivaciones de índole económica y compartía la severa apreciación del escritor francés Víctor Hugo respecto de los estadounidenses, el cual señaló en una oportunidad que el pueblo norteamericano carecía de honor y de tradición histórica. Toda la historia norteamericana, explicó, con excepción de algunos rasgos de patriotismo y política generados en la época de la revolución de la independencia, no había sido sino “...la crónica del mercantilismo, la historia de Fenicia y de Cartago...”²⁸³. Manifestó que en todas las guerras en que el país había participado, incluida la guerra de independencia, habían intervenido factores de

²⁸⁰ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 250.

²⁸¹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 247.

²⁸² Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 250.

carácter económico y que habían sido, salvo excepciones, episodios carentes de gloria militar, en donde no había brillado el genio militar norteamericano. Lo mismo podía aseverarse respecto de su diplomacia internacional y de los políticos que estaban a cargo de ella, como Daniel Webster, que sólo protegían los intereses del país, en especial los económicos. En consecuencia, opinaba que no había actos espontáneos de generosidad en la política americana. Agregó que la lucha de exterminio que se estaba llevando a cabo contra los indígenas norteamericanos en aquella época se debía a razones análogas. Exasperado por las cosas que había visto, Vicuña Mackenna anotó en su diario de viaje:

“Yo no acuso, cito hechos que he visto por mis ojos; todo es plata aquí, negocio, egoísmo, amor por lo mío y codicia o menosprecio por lo ajeno, según valga o no dinero!”²⁸⁴

En cierta medida, el egoísmo y el materialismo que se percibía a principios de la década de 1850 en el país y cuya manifestación más evidente era el mercantilismo a ultranza, había deshumanizado a los norteamericanos. La influencia del interés propio, el amor al dinero y la codicia habían alentado conductas reñidas con la moral y la ética, como las transacciones de seres humanos, el trabajo forzado de los chinos, además de provocar terribles accidentes. La esclavitud de los negros estaba incluida dentro de esta misma categorización. A despecho de sus ramificaciones políticas y sociales, Vicuña Mackenna advirtió que lo cierto era que, en un país de comerciantes como los Estados Unidos, la esclavitud no era más que una “...cuestión de propiedad y de negocio...”²⁸⁵. Por lo tanto, al ser un negocio, bajo los parámetros mercantilistas reseñados antes se sobreentendía el interés en mantener esta práctica.

Años más tarde, cuando Vicuña Mackenna volvió a visitar la Unión Americana en 1865, después de la Guerra Civil y con ocasión de la misión diplomática confidencial, se dio cuenta que el materialismo de los norteamericanos, expresado en el mercantilismo exacerbado y sus distintas ramificaciones, no había variado en lo fundamental. Todo lo contrario, la conflagración bélica había estimulado estas conductas y había dado origen a una epidemia de especulaciones que tenían su fuente en el estímulo que el Gobierno Federal dio a la industria de armamentos. En su búsqueda de buques de guerra y armas para Chile, señaló, la regla general fue que los norteamericanos trataran de ganar el dinero de Chile como salteadores más que como caballeros. Los “yankees” en más de una ocasión intentaron estafar al agente confidencial de Chile, pero éste salió airoso en todas aquellas oportunidades.

Lo cierto es que, desde su independencia en 1776, la sociedad norteamericana había cambiado mucho. En cierta medida, si bien no había renegado en su totalidad de los valores que la distinguían desde un inicio, se había desprendido de una parte de ellos, reemplazándolos con el paso del tiempo por otros que tenían un marcado carácter utilitario. Por lo tanto, pese al progreso generalizado que Vicuña Mackenna notó al

²⁸³ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 248.

²⁸⁴ **Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 251.**

²⁸⁵ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 127.

recorrer el país en 1853, el panorama inmediato no era en lo absoluto halagador y sobre su sociedad se cernían varias amenazas y problemas:

“...el egoísmo es un cáncer y ya tu pueblo lo lleva en el corazón; la plaga de la esclavatura cunde en tus entrañas; nacionalidades rivales desprendidas de ti misma por egoísmo del egoísmo que te domina, te amenazan con una separación hostil; la humanidad unánime te reprocha tu sistema sin justicia ni derecho; y tu espíritu publico, en fin, antes palpitante de patriotismo y abnegación, envuelto hoy en el frenesí de los negocios y del dinero, carcomido por la codicia y el materialismo, perderá su fe, su ardor, su dignidad hasta que la postración y el desaliento os entreguen atada e inerme al genio del mal que gobierna a todas las naciones y de que tú eras hasta aquí la única y magnífica excepción!...”²⁸⁶

En nuestra opinión, este párrafo es fundamental porque demuestra que el acentuado y generalizado egoísmo y materialismo de la sociedad norteamericana de la época, unido a las diferencias, contrastes y contradicciones propios de su singular desenvolvimiento, se reflejarían y proyectarían de forma trascendental en el desarrollo político interno y externo del país en el futuro inmediato. En efecto, durante su estadía en la Unión en 1853, tuvo conocimiento de la corrupción del aparato administrativo federal y estatal, conducta que se debía, explicó, a los bajos sueldos de la administración. También había advertido las tendencias separatistas que habían surgido en el país y que años más tarde darían origen a la Guerra Civil, Guerra de Secesión, Guerra de Rebelión y Guerra entre los Estados.

El separatismo se había manifestado con fuerza en relación al Norte y el Sur, años antes de la llegada del polígrafo al país, pero en 1853 este proceso de separación formal estaba decantado. En aquella época, teniendo en cuenta que se hallaba en un país de negociantes, don Benjamín no creía en la separación definitiva del Norte y el Sur a causa de la cuestión de la esclavitud, porque ambas regiones estaban ligadas de manera estrecha por mutuas necesidades económicas. Eran complementarias en este sentido y había muchos intereses en juego. Pero tenía reservas respecto de las zonas que habían sido incorporadas pocos años antes, como el Oeste, las antiguas provincias españolas o mexicanas de Nuevo México, California y Utah, donde estaban establecidos los mormones.²⁸⁷ Es por esta razón que, al reflexionar sobre el desarrollo general del país y del Oeste en particular, se preguntó a sí mismo si este país, si este inmenso territorio podría unirse políticamente a las otras facciones de la Unión. Por lo tanto, en definitiva Vicuña Mackenna no descartaba la posibilidad de secesión de alguno de los inmensos territorios que conformaban el país en el futuro y la creación de “...una nueva y poderosa república entre el Mississippi y el Pacífico, mientras las colonias inglesas independientes establezcan una nueva federación en el Norte.”²⁸⁸

²⁸⁶ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, pp. 259-260.

²⁸⁷ Como hemos afirmado antes, Vicuña Mackenna desconfiaba de los mormones. Si bien no explicitó la razón formal que lo motivaba a recelar de ellos, más allá de su materialismo evidente, en el contexto de las tendencias separatistas que estamos refiriendo, se puede inferir de los antecedentes disponibles que existían motivos políticos para desconfiar de ellos: en 1853 no solo eran numerosos, sino que también eran independientes en política, dictaban sus propias leyes, acuñaban su propia moneda, levantaban fuerzas e imponían contribuciones. En suma, funcionaban como un Estado dentro de otro.

Lo mismo puede decirse de las incipientes políticas imperialistas, las cuales habían comenzado a manifestarse en relación a los países de América Latina algunos antes de la llegada de Vicuña Mackenna a la Unión Americana y eran evidentes en 1853. Los norteamericanos, en su afán de predominio universal, comenzaron a codiciar todo aquello que estaba más allá de sus fronteras, a tener actitudes arrogantes y soberbias respecto de los países más débiles y, además, se aprestaron a llevar a la práctica este deseo de expansión y predominio mundial norteamericano. Por esa razón, Vicuña Mackenna señaló que ver a un “yankee” en aquella época, era ver a un conquistador; tenían el perfil de uno, tanto en actitud como en fisonomía. Como es lógico también, según se infiere de las palabras trascritas, estas actitudes también despertaron la oposición, rechazo y críticas no sólo del mismo Vicuña Mackenna, sino también del resto del mundo, sobre todo en Latinoamérica.

Por lo tanto, en base a la singular dinámica de la sociedad norteamericana, a principios de la década de 1850 se estaban configurando las características que definirían al país y su sociedad a nivel macro en los años venideros, tanto en lo social, en lo económico y en lo político. En la caracterización que Vicuña Mackenna realizó de la sociedad e idiosincrasia estadounidense encontramos aspectos positivos, avanzados y loables, que son válidos hasta el día de hoy. Sin embargo, también hallamos aspectos negativos y retrógrados que, por desgracia, se perpetuaron en el tiempo. Se infiere de la evidencia documental que los contrastes, diferencias y contradicciones sociales que existían en 1853, propios del carácter pluricultural y cosmopolita de la nación americana, permanecieron en el tiempo y eran todavía evidentes, con ciertos matices, en 1866, después de la Guerra de Secesión y en los siguientes años. Lo mismo puede decirse del materialismo y el egoísmo que caracterizaban a los norteamericanos en la misma época. Y en la medida en que estos valores negativos saturaron todo, se proyectaron en la política y la economía en la medida en que el país aumentó su poder relativo. En consecuencia, en los años venideros la nación norteamericana se convertiría en un símbolo del capitalismo a ultranza y del imperialismo político, por lo menos para los latinoamericanos, no antes de sufrir un radical quiebre político interno.

Sin lugar a dudas, Vicuña Mackenna consideraba que en los Estados Unidos de 1853 se había producido un progreso general, vertiginoso y monumental en todo orden de cosas. Pero en nuestra opinión, no es menos cierto que, visto en retrospectiva, este progreso resultó contraproducente porque acentuó aún más el egoísmo y materialismo de los norteamericanos y porque agravó las contradicciones internas de la sociedad estadounidense, las cuales existían antes de la llegada del polígrafo al país. Y a la larga, la perpetuación de tales contrastes y contradicciones en el tiempo se reflejaron y proyectaron no sólo en la política interna del país mismo, sino también en la relación que Estados Unidos como nación, tenía con otras similares.

²⁸⁸ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 127.

CAPITULO V. LA POLITICA EN LA UNION AMERICANA (1853-1866) Y SUS PRINCIPALES LINEAMIENTOS: UNA CARATERIZACION SEGÚN LAS APRECIACIONES DE VICUÑA MACKENNA.

“Dadme cincuenta, cuarenta, treinta años de vida..., y me comprometo a daros posesión del continente americano y dominareis solos el mundo entero.”²⁸⁹

William H. Seward, Secretario de Estado, Junio de 1867.

Las estadías de Vicuña Mackenna en los Estados Unidos con ocasión de los dos viajes que realizó a aquella nación en 1853 y en 1865, le permitió captar el progreso y desarrollo material del país y las principales características de su sociedad, como hemos visto en capítulos previos; también logró un conocimiento de primera mano del ambiente político que existía en aquel período en la Unión. Sin lugar a dudas, el polígrafo tenía una

²⁸⁹ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. II, p. 128.

idea general de la nación norteamericana antes de su primer viaje a aquel país, cuya base era la información disponible en la misma época en Chile. En consecuencia, como personaje ilustrado que era y tomando en cuenta su arraigada base valórica, desde la distancia se había hecho una imagen idealizada de la Unión Americana en todos los aspectos.

Como es lógico y evidente en sus notas de viaje, este conocimiento previo, teórico e idealista del país, contrastó con fuerza con la realidad que vio en 1853. El panorama que percibió no era tan maravilloso como había creído en un inicio, impresión que también fue extensiva a los asuntos públicos, en especial a la política. A despecho de los ideales políticos de la revolución de 1776, lo cierto era que el ejercicio de esta actividad estaba teñido del egoísmo y utilitarismo que caracterizaba a los norteamericanos en la época, es decir, por valores que por esencia eran realistas y negativos. En consecuencia, en vista de este panorama, el joven Vicuña Mackenna se hizo una imagen más desapasionada y menos idealista de lo que era la política norteamericana, advirtiendo algunas de sus características más notables, entre ellas el incipiente imperialismo que se había manifestado en relación a México y América Central.

Sin embargo, algo de este idealismo quedó. No se explica de otro modo la decepción de un Vicuña Mackenna más maduro tras su misión diplomática a los Estados Unidos como agente confidencial del gobierno chileno en 1865-1866, al no serle posible conseguir el apoyo político y material norteamericano en la guerra entre Chile y España. El polígrafo siempre juzgó la política “yankee” desde una perspectiva moral y, por lo tanto, en extremo crítica, al igual que otros aspectos de la idiosincrasia y sociedad estadounidense. Pero no obstante este desengaño, el último viaje sirvió al polígrafo para completar y redondear las impresiones que se había hecho respecto del accionar político “yankee” a principios de la década de 1850, obteniendo en consecuencia una visión más realista, integral y global de la política norteamericana y sus motivaciones que se prolongaron durante el siglo XIX.

Las observaciones de carácter político hechas por el polígrafo en el periodo 1853-1866 son parciales e incompletas, es decir, solo hacen mención de algunos aspectos de un tema determinado, cuestión que caracterizó en gran medida la totalidad de sus consideraciones y apreciaciones sobre la Unión Americana. En este sentido, a diferencia de Alexis de Tocqueville, que realizó un análisis exhaustivo y completo de todo el sistema político-administrativo estadual y federal norteamericano, la atención que Vicuña Mackenna le dedicó a esta misma temática fue somera, nula en la práctica y sus observaciones se centraron en aspectos más mediáticos y cotidianos de la vida política estadounidense. Eso en lo relativo a la política doméstica. Sin embargo, es menester señalar que la mayor parte de las observaciones de carácter político que encontramos en sus notas de viaje tocan cuestiones relacionadas con política exterior, sobre todo en relación a los países latinoamericanos. En consecuencia, el resto del análisis a realizar tomará en cuenta este orden y este énfasis.

Una de las primeras cuestiones que Vicuña Mackenna notó en relación a la vida pública estadounidense, durante su visita en 1853, fue que ésta era una actividad que no suscitaba demasiado entusiasmo entre los ciudadanos norteamericanos. En Nueva York tuvo la oportunidad de presenciar elecciones populares que buscaban modificar la

constitución de la ciudad para impedir que los *Oldermen* o cabildantes siguieran enriqueciéndose a costa de los recursos públicos. El referéndum era local, por lo que no hubo mayor efervescencia pública. No obstante ello, explicó, no faltó el tabladillo frente al *City Hall* de la ciudad, donde se pronunciaron exaltados y furibundos discursos denunciando los descarados robos y la corrupción administrativa del aparato estatal. Sin embargo, pese a estas encendidas arengas, el polígrafo observó que “El pueblo parecía indiferente y sólo una que otra voz de la muchedumbre contestaba de cuando en cuando con alguna cuchufleta.”²⁹⁰ Añadió que los votantes crédulos estaban por todas partes, sobre todo en los cafés y eran recibidos por comisiones electorales. Al final, el resultado del escrutinio favoreció la reforma: de 39 mil votos, 36 mil fueron a favor de esta y sólo 3 mil en contra.

Esta falta de entusiasmo en los asuntos públicos era extensiva a las celebraciones nacionales. Vicuña Mackenna vivió el aniversario de la independencia americana, el 4 de Julio, en la misma ciudad de Nueva York. Si bien fue un día de gran sonajera y humareda, porque todo el mundo lanzaba cohetes, lo cierto es que, salvo un modesto desfile de la Guardia Nacional por la avenida *Broadway*, aquel día no se organizó nada de mayor carácter. Más tarde, al asistir al teatro aquel mismo día en la noche, don Benjamín recordó que

“...el público guardó la más glacial apatía; no oí un solo hurrah por Washington, no hubo un solo recuerdo a la gloria, al heroísmo, a los hechos de las generaciones pasadas, ni al porvenir que ellos crearon.”²⁹¹

Según señaló nuestro personaje, la ausencia de celebraciones de carácter nacional se explicaba en parte porque era costumbre en la época celebrar esta fiesta en la intimidad de la familia, disfrutando del hogar, en una actitud de la cual el mismo George Washington era partícipe y dio ejemplo. En cierta medida, resaltó, el “yankee” se olvidaba aquel día del ciudadano. Nuestro viajero inquirió que sólo en Boston, ciudad norteamericana cuna de la Independencia, se celebraba esta fiesta de un modo nacional.

²⁹²

Mayor entusiasmo público observó Vicuña Mackenna cuando presenció la entrada del Presidente Franklin Pierce a Nueva York, el 14 de julio de 1853, para inaugurar el Palacio de Cristal. Pese al intenso calor de aquel día, el mandatario norteamericano fue ovacionado por la muchedumbre que se apostó para recibirlo, una ovación que “...por lo sincera podían envidiarle todos los reyes de Europa.”²⁹³ El polígrafo notó también que el Presidente Pierce, como buen político, siempre halagaba y lisonjeaba a la multitud que lo recibió en las distintas ciudades que visitó, conciliando las aspiraciones e intereses mercantiles con el pasado histórico del país. Así, el Jefe de Estado habló en Baltimore de la harina y de la defensa de la ciudad contra Lord Ross en 1813; en Filadelfia hizo

²⁹⁰ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 233.

²⁹¹ *Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 233.

²⁹² Vicuña Mackenna no explicitó lo que entendía por celebración de modo o carácter nacional.

²⁹³ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 233.

mención al carbón de piedra de Pensilvania y la declaración de la Independencia en 1776. En cambio, en Nueva York su discurso tuvo un énfasis comercial sin alusión a ningún hecho histórico particular.

Después de su alocución y de la contestación hecha por el Alcalde de la ciudad, el Primer Mandatario estadounidense se subió a su caballo y tomó su lugar en un desfile cívico por la avenida *Broadway*. Esta procesión incluyó una división de guardias nacionales al mando del general Sarford, algunos escuadrones de húsares, lanceros y coraceros, seguidos de regimientos de infantería según origen nacional: escoceses, irlandeses, alemanes, además de ex voluntarios de la guerra con México, rifleros, la guardia de Washington con sus uniformes característicos, una brigada de artillería y los veteranos de la guerra de 1814, estos últimos conducidos en carruajes. Cerraba el sequito el Presidente Pierce, su Estado Mayor y las corporaciones de la ciudad.

Sin embargo, esta colorida y poco habitual exhibición de civilidad “yankee”, fue arruinada por la naturaleza, pues se desató un violento y pasajero huracán de viento y lluvia que empapó a toda la comitiva, incluyendo a Pierce. Cuando el grupo pasó frente al Hotel Metropolitano, lugar donde Vicuña Mackenna observaba el desfile, éste notó que el cortejo

“...presentaba el más risible aspecto: las tropas cubiertas de barro hasta la rodilla, las armas bajo el brazo, iban destilando agua por todas las costuras de sus uniformes. El Presidente con su frac negro abrochado iba como una sopa bajo de su paraguas, saludando a la gente de las veredas que probablemente no prorrumpían en hurrahs porque temerían se les llenase la boca de agua...”²⁹⁴

Algunas costumbres republicanas, propias de la cultura política de los Estados Unidos, llamaron la atención de Vicuña Mackenna por la carencia de boato y parafernalia. En 1853, cuando visitó el *State-House* de Filadelfia, edificio donde se proclamó la independencia nacional y el *Carpenters Hall*, (La Sala de la Independencia) dentro de la misma construcción, que se encontraba tal cual estaba el 4 de Julio de 1776, notó que el salón estaba engalanado con un crespón negro. Era una señal de luto nacional por el reciente deceso de Daniel Webster, Henry Clay y el Vicepresidente William King, connotados hombres públicos de la Unión. Don Benjamín consideraba esta sencilla y práctica manera de honrar la memoria de los personajes públicos fallecidos como una bella y poco onerosa institución republicana. En sus notas de viaje escribió

“Unos cuantos vasos de lienzo servirán por siglos a los funerales de todos los grandes de este país, bien que las ciudades de por sí hacen las ceremonias más pomposas a la muerte de sus más esclarecidos próceres.”²⁹⁵

Favorable impresión le causó también la sencillez y austeridad de los Presidentes norteamericanos, que comparó con aquella existente en los tiempos de Esparta. En la época, estaba muy presente este recuerdo en la figura de mandatarios como Andrew Jackson, Zachary Taylor, Millard Fillmore y Martin Van Buren. La administración Pierce (1853-1857) hizo eco de esta austeridad al decretar que sus ministros en países extranjeros deberían adoptar el traje de ciudadanos como uniforme diplomático,

²⁹⁴ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, pp. 234-235.

²⁹⁵ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 171.

disposición que en Londres provocó una cuestión de etiqueta entre el embajador norteamericano James Buchanan y los chambelanes de la Reina.

Años más tarde, en 1865, similar sentimiento le provocó la transmisión del mando presidencial al Vicepresidente Andrew Johnson (1865-1869) tras el deceso de Abraham Lincoln, acto que el polígrafo juzgó como "...eminentemente americano..."²⁹⁶. En la biografía que Vicuña Mackenna dedicó al malogrado presidente americano destacó este patriótico rasgo político señalando que

"Se hacia la transferencia del poder civil y militar más vasto que existe hoy día sobre la faz de la tierra y de los mares con la simplicidad con que los patriarcas antiguos repartían a su prole la heredad de la tribu."²⁹⁷

En efecto y en contraste a lo que sucedía en otros países, para que Andrew Johnson recibiese el supremo poder de la "...Nación más poderosa de la Edad Moderna..."²⁹⁸, explicó, sólo fue necesario un recado enviado a un hotel y una conversación en un aposento privado que duró unos pocos minutos, más que una ceremonia propiamente tal.

Sin embargo, a pesar de estos rasgos positivos, lo cierto es que la fe de Vicuña Mackenna en la cultura política de los norteamericanos sufrió un rudo golpe tras sus dos visitas al país. Este hecho fue notorio con ocasión de su segundo viaje en 1865, que tuvo por finalidad obtener el apoyo político y material de los Estados Unidos para Chile en la guerra con España. Como hemos señalado en otra oportunidad, esta misión requirió que Vicuña Mackenna influyera en la opinión pública estadounidense a través de propaganda favorable a Chile. Así, nuestro personaje se encontró inmerso en una improvisada carrera de orador en los clubes y ligas, a los cuales se unió para cumplir con ese encargo. Sin embargo, tras un comienzo auspicioso, a la larga sus esfuerzos para influir en el público norteamericano resultaron infructuosos.

Este resultado desafortunado se explica porque para los norteamericanos estas recepciones, en las cuales se vindicaba la Doctrina Monroe y se pedía de forma explícita la intervención de los Estados Unidos en el conflicto entre Chile y España, eran acontecimientos sociales con un marcado carácter festivo, quedando el aspecto político relegado a un segundo plano. Según explicó el agente confidencial, estas reuniones eran fiestas populares muy animadas y bulliciosas, además de ser muy concurridas por el vulgo, pues éste "...no puede faltar jamás donde hay música, voladores, fuegos de Bengala, y por sobre todo esto: *entrada gratis...*"²⁹⁹. Por lo tanto, en la práctica se infiere que para los estadounidenses estos mítines políticos no eran más que un panorama más con el cual matar el tiempo, divertirse y pasar un rato agradable. En consecuencia, la numerosa asistencia a los eventos de este tipo no significaba un apoyo masivo y

²⁹⁶ Vicuña Mackenna, Benjamín. Abraham Lincoln. Introducción y notas de Cristián Guerrero Yoacham. Santiago, Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura, 1965, p. 33.

²⁹⁷ ***Vicuña Mackenna. Abraham..., p. 33.***

²⁹⁸ Vicuña Mackenna. Abraham..., p. 34.

²⁹⁹ Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 427. Cursivas en el original.

permanente de la muchedumbre a la causa que defendía el polígrafo. Tampoco se traducían en una acción concreta en términos políticos. Por ende, al final todo resultó ser una pérdida de tiempo y dinero. Despechado y desilusionado, Vicuña Mackenna advirtió el trasfondo de tales celebraciones y reconoció la inutilidad de sus esfuerzos, concluyendo que

“Más, fuera de los millones de asistentes, de los palmoteos atronadores, de los hip! hip! hip! seguidos del hurrah y del tigre..., todo lo demás fue farsa y zalagarda, y como lo anterior, es decir los aprestos de la jornada, había sido farsa y zalagarda también, resultó que todo aquello fue en buena cuenta sólo una farsa política convertida en una farsa popular, a virtud del oro de Chile que se derritió convenientemente para producir aquella amalgama...”³⁰⁰

Como es habitual en muchos países, la actividad política se hallaba algo desprestigiada en los Estados Unidos. Las causas de este fenómeno son numerosas y profundas y el polígrafo mencionó alguna de ellas en sus notas de viaje. Baste decir que eran varios los problemas que la afectaban. En efecto, como hemos señalado antes, además de la apatía y la carencia de una cultura política pública generalizada, la corrupción estaba bastante extendida en los poderes públicos. En 1853, el aparato administrativo a nivel estadual y federal, indicó Vicuña Mackenna, se hallaba afectado por la más profunda y dilatada corrupción administrativa, cuya causa radicaba en la insuficiencia de los sueldos, según se decía en la época. Las sucesivas administraciones presidenciales tampoco eran la excepción a cargos de este tipo. Los demócratas que estaban en el poder en aquella época, acusaban a la administración Fillmore (1850-1853) de soborno por haber pagado indemnizaciones por daños que no existían a ciertos ciudadanos norteamericanos durante la guerra con México.

La corrupción administrativa era también extensiva a los otros poderes del Estado como el judicial. Este hecho quedó en evidencia con ocasión de la misión diplomática confidencial de Vicuña Mackenna a los Estados Unidos en 1865-1866. En aquella oportunidad, en virtud de los intereses político-expansionistas del país, el agente confidencial chileno vio obstaculizada su labor para adquirir armas y buques por trabas legales y por la intervención directa de las autoridades políticas y judiciales en sus tratos para procurárselas. Este fue el caso de la retención del vapor Meteoro en los muelles de Nueva York. Mientras procuraba realizar las gestiones para resolver el problema y esperaba la resolución de las autoridades judiciales, el cónsul de Chile en Nueva York, Dr. Stephen Rogers, indicó a Vicuña Mackenna que algunos de los funcionarios judiciales involucrados en el caso se caracterizaban por su notoria venalidad. Esta apreciación del cónsul Rogers fue confirmada por los dueños de la embarcación, los cuales le mencionaron a don Benjamín que consideraban que el rescate del buque sólo era “...cuestión de unos pocos miles de pesos hábilmente distribuidos.”³⁰¹ Para el polígrafo, este último episodio no fue más que otro de los testimonios “...de la pureza de los encargados de cumplir aquellas leyes...”³⁰².

Vicuña Mackenna, pese a participar de forma activa en la contingencia política nacional

³⁰⁰ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 427. *Cursivas en el original.*

³⁰¹ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 480.

antes de partir al destierro en 1852 y después de su regreso al país en 1855, no tenía un concepto elevado de la política y de aquellos que participaban en ella. En más de una ocasión se refirió a ésta actividad de forma despectiva y mordaz, como lo demuestra este comentario realizado en 1853:

“La política, en verdad, sol que nada fecunda y todo lo agosta, llama que no da luz sino que quema y arroja su humo al viento...”³⁰³

Esta opinión preconcebida sobre la política influyó sin lugar a dudas en las apreciaciones que tuvo en relación a esta actividad en la Unión Americana. En el caso de los norteamericanos, la esterilidad y la ausencia de grandes hechos notables que el polígrafo atribuyó a la historia de aquel país en 1853, también era una característica extensible a sus hombres públicos. En sus viajes, conoció, o más bien divisó, como él mismo enfatizó, a “...un grupo de políticos y politiqueros de Estados Unidos...”³⁰⁴, de los cuales, en general y salvo excepciones notables, no tenía una buena opinión, reconociendo además que “...me interesaron mucho menos que sus hombres de espada...”³⁰⁵. En consecuencia, se desprende que Vicuña Mackenna no admiraba ni tenía un buen concepto de los políticos norteamericanos, a los cuales se refirió de una manera bastante despectiva y peyorativa, como bien lo indica el calificativo de “politiqueros”.

Vicuña Mackenna llegó a los Estados Unidos en 1853 justo en el momento en que se producía un cambio de administración. En efecto, en aquellos días finalizaba el mandato del Presidente Millard Fillmore y se iniciaba el de Franklin Pierce, cuya entrada triunfal en Nueva York presenció el polígrafo en julio de ese mismo año. Según nuestro personaje, Pierce era un “...abogado mediocre...”³⁰⁶, al cual describió como

“...un hombre pálido, de cabellos excepcionalmente negros y crespos, de suerte que, fuera de estas apariencias de raza de hombre bien nacido y bien educado, no dejaba ver otra cosa, y así en cuatro años de gobierno no fue otra cosa...”³⁰⁷

Esta opinión desfavorable en relación a la administración Pierce no sólo era extensiva a la persona del Presidente y su labor política, sino también a sus colaboradores. Al Secretario de Estado Mac Lean, don Benjamín lo encontró en una recepción en Georgetown, a la cual asistió acompañando al Ministro de Chile en la Unión, don Manuel Carvallo. El funcionario de gobierno norteamericano no impresionó al polígrafo, pues poco después éste observó que “...ninguno de los ministros de la administración Pierce denota gran distinción.”³⁰⁸

Como señalamos con anterioridad, en términos de popularidad los políticos

³⁰² Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 480.

³⁰³ *Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario...*, Vol. I, pp. 157-158.

³⁰⁴ Vicuña Mackenna. *Una excursión...*, p. 23.

³⁰⁵ Vicuña Mackenna. *Una excursión...*, p. 23.

³⁰⁶ Vicuña Mackenna. *Una excursión...*, p. 23.

³⁰⁷ *Vicuña Mackenna. Una excursión...*, p. 23.

norteamericanos quedaban relegados a una posición secundaria ante las celebridades mercantiles del país. Aquellos que habían ejercido la más alta magistratura el país, no eran la excepción a esta regla. Sin embargo, a Vicuña Mackenna le llamó la atención no sólo la rapidez con que algunos de estos ex – mandatarios eran olvidados por la gente, sino también la evidente ausencia de condiciones y habilidades básicas que evidenciaban estos hombres para ejercer tan importante cargo

“Llamáme entonces y ha seguido llamándome más tarde vivamente la atención la mediocridad y a veces la completa nulidad intrínseca de los presidentes de los Estados Unidos, a muchos de los cuales acontece que cuando se van de la Casa Blanca (como si fuera de La Moneda) a su propia casa, nadie les rinde culto, ni siquiera se oye hablar más de ellos, ni en mal ni en bien...”

Esta observación, era el reflejo de un problema mayor que afectaba a la clase política estadounidense a principios de la década de 1850. Vicuña Mackenna, con su agudeza habitual, observó que, en la práctica, la nación norteamericana carecía de grandes hombres públicos por aquellos años. Este era el punto fundamental y mismo polígrafo estableció una sutil pero patente diferenciación entre los políticos de la “vieja guardia”, aquellos que fundaron el país y asentaron sus bases y los que encontró en 1853 y, años después, en 1866.

Reflexionando sobre aquellos aspectos positivos que habían llevado al país a la situación de privilegio en que se encontraba en 1853, Vicuña Mackenna advirtió que uno de estos factores era sus ventajas naturales; el otro factor, al que concedió una importancia mayor aún, era una “...singular y constante protección de la fortuna.”³⁰⁹ De hecho, el polígrafo explicó que, hasta esa fecha, aún no se hacía mención a alguna empresa en que los norteamericanos hubiesen salido mal parados. Pero añadió que esta constante protección de la suerte era más evidente en la elección de los políticos que habían dirigido sus destinos, sobre todo en los primeros tiempos. En efecto, se infiere de la evidencia documental que los primeros presidentes, desde 1776 hasta 1837, tuvieron una influencia decisiva en la organización y desarrollo político-administrativo del país, dotando a la nación norteamericana de un incipiente poder que después, con el transcurso de los años, se comenzaría a proyectar al exterior. Por lo tanto, en cierta medida, cada presidente se corresponde con un hito importante en las distintas etapas del desarrollo norteamericano.

Así, Vicuña Mackenna, utilizando sugestivas analogías, explicó que George Washington (1789-1797) fue el padre que se hizo cargo de la naciente república; John Adams (1797-1801), en base a su sabiduría y a su calidad de estadista y organizador, fue el tutor para el país que estaba pasando a la adultez; Thomas Jefferson (1801-1809) imprimió a la administración el carácter moral que definía la existencia ya madura y desarrollada de la nación; James Madison (1809-1817) provocó la Guerra de 1812 con Inglaterra para probar las fuerzas del país; James Monroe (1817-1825), convencido del poder de la nación norteamericana, estableció el principio de la no intervención europea en América y la influencia omnímoda de los Estados Unidos en todas partes; Andrew

³⁰⁸ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, pp. 183-184.

³⁰⁹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 255.

CAPITULO V. LA POLITICA EN LA UNION AMERICANA (1853-1866) Y SUS PRINCIPALES LINEAMIENTOS: UNA CARATERIZACION SEGÚN LAS APRECIACIONES DE VICUÑA MACKENNA.

Jackson (1829-1837) fortaleció y aplicó el mismo principio intimidando a Europa, además de combatir la corrupción administrativa y consolidar las instituciones del país.³¹⁰ Eran estos los grandes hombres de la historia política de los Estados Unidos.

Desde Jackson en adelante, el juicio de Vicuña Mackenna es lapidario pues en la Casa Blanca "...no se habían sucedido sino mediocridades..."³¹¹, cuestión que en su opinión convenía al tranquilo y seguro desenvolvimiento del país. De ello se infiere que los políticos de la "vieja guardia", cuyo símbolo son los presidentes antes mencionados, fueron hombres que privilegiaron los intereses superiores de la nación norteamericana y organizaron el país, consolidando y fortaleciendo las bases para su futuro engrandecimiento. En consecuencia, estos políticos veteranos y experimentados contrastaban en relación a la nueva generación de hombres públicos que encontramos en 1853. Estaba claro que estos últimos no estaban a la altura de las circunstancias en opinión de don Benjamín.

Esta carencia de hombres públicos capaces se hizo más manifiesta cuando los últimos remanentes de la veterana generación de políticos que tuvieron una influencia decisiva en la organización el país comenzaron a desaparecer de la escena pública norteamericana en los primeros años de la década de 1850. Sus más connotados exponentes sobrevivientes, Daniel Webster, Henry Clay y John C. Calhoun, fallecieron todos antes de 1854. Si bien no tenía una buena opinión de todos ellos, las implicancias del cambio que se estaba produciendo en la clase política norteamericana eran evidentes para el polígrafo. En su diario de viaje escribió con cierta preocupación que

"Parece que con la muerte de Webster, Clay y Calhoun, acaecidas casi a un tiempo, todos los grandes hombres de Estados Unidos hubieran desaparecido."

³¹²

En efecto, salvo excepciones notables como Henry Clay, a quien consideraba el más puro de los norteamericanos modernos, algo así como el George Washington de su tiempo, Vicuña Mackenna reconoció que "...yo no encuentro un solo hombre eminente por la honradez, por el patriotismo o la inteligencia."³¹³ Es evidente que, a diferencia de la generación anterior de políticos que hemos referido, las prioridades de la nueva clase política norteamericana habían cambiado y eran otras. En notable contraste con el periodo 1789-1837, los intereses políticos de carácter seccional y personal estaban muy presentes en los hombres públicos de 1853.

³¹⁰ Por alguna razón, ya sea por omisión involuntaria o tal vez porque en su opinión no destacó por nada especial, don Benjamín no hizo referencia al sexto Presidente de los Estados Unidos, John Quincy Adams (1825-1829), cuya administración se desarrolló entre la de Monroe y Jackson. Adams fue el gran constructor de la política exterior de los Estados Unidos.

³¹¹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 255..

³¹² ***Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 184.***

³¹³ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 251. Eran pocos los políticos norteamericanos por los cuales el polígrafo profesaba admiración. Además de Clay, este sentimiento también se extendía al mismo general George Washington, cuya tumba en Mount Vernon el polígrafo visitó en 1853. Años más tarde, en 1865, Vicuña Mackenna incluyó dentro de esta categoría al extinto Presidente Abraham Lincoln.

Por lo tanto, siempre desde una perspectiva crítica y en un contexto de mediocridad general, Vicuña Mackenna juzgó a este nuevo grupo de políticos con severidad. Consideraba a Daniel Webster como un genio inmoral y peligroso que, de haber sido presidente de la Unión, se hubiese convertido en un dictador o un tirano. De John Calhoun, destacado político sureño, afirmó que "...habría querido dividir su patria para gobernar él mismo una mitad"³¹⁴, objetivo que hubiese conseguido en el terrible Congreso de 1851, agregó, de no ser por el patriotismo de Clay y la elocuencia de Webster.³¹⁵ William L. Marcy, Secretario de Estado de la administración Pierce, destacaba por su habilidad, pero era ya anciano en esa fecha. Stephen Douglas, autor del célebre *Bill* de Nebraska, cuyo objetivo era extender la esclavitud a otros estados, era un político popular que a toda costa "...pretende escalar la presidencia lisonjeando los intereses del Sur..."³¹⁶, al igual que Caleb Cushing, ícono de la "...política filibustera y de hostilidad a Inglaterra."³¹⁷ Además, como hemos visto con anterioridad, de los presidentes del país no tenía una impresión más positiva, cuestión que reafirmó cuando observó que el Presidente Pierce "...no pasa de ser una mediocridad como sus antecesores Fillmore, Polk, Tyler, Van Buren."³¹⁸ Más admiración profesaba Vicuña Mackenna por los oficiales del ejército regular norteamericano (U. S. Army), algunos de los cuales se habían distinguido en acciones militares durante la Guerra con México (1846-1848), como los generales Winfield Scott y Zachary Taylor; o durante la Independencia de Texas (1836), como el general Samuel Houston. También incluyó dentro de este grupo al general Lewis Cass, acérrimo enemigo de las monarquías europeas y de la influencia política del viejo continente en América.

En relación a los políticos norteamericanos y la carrera política propiamente tal, Vicuña Mackenna notó que había un proceso de elevación personal al poder político casi invariable, siempre y cuando se hiciera gala de algún talento. El polígrafo explicó que el aspirante casi siempre comenzaba su carrera como abogado. Luego de dos años era elegido miembro de la Legislatura del Estado donde ejercía su profesión. El siguiente paso era llegar al Congreso Federal, ya sea a la Cámara de Representantes o aun al

³¹⁴ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 251.

³¹⁵ Vicuña Mackenna no señaló lo que sucedió en el "terrible" Congreso de 1851, salvo que en cierto momento del debate los aires se caldearon tanto que los diputados sacaron a relucir sus revólveres. Pero del resto de la información que proporcionó el polígrafo, se infiere que, independiente de lo ocurrido en la citada reunión, el país estuvo cerca de dividirse, proceso que fue impedido por la acción de Daniel Webster y Henry Clay.

³¹⁶ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 252.

³¹⁷ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 252. Debe entenderse la expresión "filibustera" utilizada por Vicuña Mackenna como sinónimo de imperialista.

³¹⁸ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 252. Según refiere el polígrafo, Pierce era un abogado de New Hampshire que obtuvo un escaño en el Senado, que ocupó durante un tiempo. En 1847 se alistó en el ejército para combatir en la guerra contra México como soldado raso, pero al poco tiempo fue promovido a coronel. Durante la guerra alcanzó el grado de brigadier general y al finalizar la conflagración se retiró a su hogar, "...de donde el aura popular lo sacó como por encanto."

CAPITULO V. LA POLITICA EN LA UNION AMERICANA (1853-1866) Y SUS PRINCIPALES LINEAMIENTOS: UNA CARATERIZACION SEGÚN LAS APRECIACIONES DE VICUÑA MACKENNA.

Senado, y una vez en él, después de cierta cantidad de "...speeches hábiles, elocuentes o simplemente atrevidos, ya entra en el templo de los grandes hombres!..."³¹⁹. Ahora bien, independiente de los defectos propios de la actividad política a principios de la década de 1850, Vicuña Mackenna resaltó el hecho, "...bello y curioso, digno de la democracia y de la libertad de este país..."³²⁰, que parte de los personajes públicos famosos de la época eran hombres de origen relativamente oscuro y modesto.³²¹

Si bien Vicuña Mackenna no proporcionó detalles adicionales, de estas observaciones pueden inferirse algunas cosas. En primer lugar, se desprende que la nueva clase política norteamericana buscaba satisfacer sus propios intereses, más que trabajar en pro del interés general y superior de la nación, aunque esto significase poner en entredicho la estabilidad y unidad política del país. El individualismo y egoísmo de estos políticos es patente en las palabras del polígrafo. En segundo lugar, que tanto la esclavitud como la política imperialista eran temas candentes e influyentes de algún modo u otro en la política interna estadounidense. En tercer lugar, el peligro de división política interna era constante y estaba siempre presente, pero había sido conjurado en 1851 por los experimentados políticos de la "vieja guardia", Webster y Clay. Por lo tanto, una vez fallecidos estos hombres de Estado, no quedó nadie con la experiencia, prestigio y el tacto político necesario para hacer frente a futuras eventualidades de esta índole. En cuarto y último lugar, es evidente la entrada de los militares en los asuntos políticos, una vez que abandonaban las filas, inaugurando una característica de la vida política del país que se mantiene hasta el día de hoy. El Presidente Franklin Pierce, por ejemplo, fue general de ejército además de abogado y senador.³²²

La actividad política en los Estados Unidos se desarrollaba en base a un sistema

³¹⁹ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 252.

³²⁰ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 252.

³²¹ Vicuña Mackenna señaló, por ejemplo, que Webster era hijo de un mayor de ejército retirado. El padre del Presidente Fillmore era un labrador. El general Lewis Cass era hijo de un soldado; Stephen Douglas de un carpintero; el general Samuel Houston, antiguo maestro de escuela, era hijo de un inmigrante que se estableció en los bosques de Missouri; los padres de George Bancroft y Edward Everett, por otra parte, eran clérigos. Don Benjamín agregó que sólo el Presidente Pierce tenía un origen de cierta alcurnia, ya que era hijo de un general. Algunos de los políticos de la década de 1860, como William H. Seward y el mismo Abraham Lincoln, también reclamaban un origen modesto.

³²² En efecto, con el tiempo varios de los más destacados oficiales generales norteamericanos participarían en política y accederían a la Presidencia de la República. Este fue el caso de Andrew Jackson, Presidente de la Unión por dos periodos consecutivos, desde 1829 hasta 1837; y Zachary Taylor, que ocupó el cargo entre los años 1849 y 1850. Por otra parte, el mismo Pierce, otro general del ejército regular, tuvo como rival en las elecciones de 1852 al famoso general Winfield Scott, el conquistador de México, que fue su superior durante la conflagración con los mexicanos. Según refirió Vicuña Mackenna, una vez verificada la elección que dio el triunfo a Pierce, ambos rivales se encontraron en 1853 en el *Castle Garden*, en Nueva York, donde fueron ovacionados. El polígrafo agregó que uno de los primeros actos de la administración Pierce fue conferir al militar vencido la comandancia en jefe del ejército norteamericano. Años más tarde, el general Ulises S. Grant, uno de los más notables generales de la Guerra de Secesión, se convirtió en el decimoctavo Presidente del país, cargo que ocupó por dos periodos consecutivos, entre 1869 y 1877.

político bipartidista, en donde las distintas posiciones y sectores de opinión se hallaban representadas por partidos y facciones. En 1853, durante la administración Pierce, explicó Vicuña Mackenna, el espectro político norteamericano estaba conformado por dos partidos importantes y mayoritarios más algunos grupos o facciones. En efecto, el panorama político estaba dominado por los *Whigs* y los Demócratas, los partidos más importantes de la época y base del sistema partidista norteamericano. De estos, el Partido Demócrata era el más considerable y popular porque aglutinaba a la mayor parte de la clase trabajadora, a los inmigrantes y jóvenes en general. Los *Whigs* eran un grupo más reducido y su influencia estaba limitada a ciertas familias, sobre todo aquellas pertenecientes a la aristocracia de Nueva Inglaterra.

Ambos partidos buscaban el poder. Las diferencias entre ellos radicaban en la forma, es decir, cómo llegar a esa finalidad. Los *Whigs* abogaban por conseguir el poder y progreso de forma paulatina. Los Demócratas, junto con facciones como los *Go a Head*, los *Locos-Focos* y los Filibusteros, buscaban obtenerlo de forma acelerada y a toda costa. Por lo tanto, señaló Vicuña Mackenna, el desacuerdo era sólo de forma, pero en el fondo estaban de acuerdo en todas las cuestiones, incluida la esclavitud.³²³ El polígrafo explicó que la única discrepancia entre estos partidos era la aceptación general de la Doctrina Monroe, principio de política internacional que asoció al derecho de conquista y, por lo tanto, a la política expansionista.³²⁴ En aquella época, señaló, los *Whigs* estaban satisfechos con el territorio ya adquirido y, por lo tanto, negaban el derecho de conquista, mientras que los Demócratas defendían la posición diametralmente opuesta.

Sin embargo, pese a estas consideraciones, en este punto es necesario señalar que la evidencia indica que Vicuña Mackenna se confundió y no entendió a cabalidad las peculiares características del sistema político partidista estadounidense. Si bien advirtió que los partidos *Whig* y Demócrata eran la base del sistema partidista norteamericano, equiparó los grupos y facciones políticas a los partidos, otorgándoles una importancia e influencia mayor de la que en realidad tenían. Lo cierto era que, de hecho y en la práctica, los grupos y facciones políticas existentes en la Unión en 1853 no gravitaban en nada. Por lo tanto, teniendo en cuenta este error de apreciación, el polígrafo creyó estar frente a un sistema político multipartidista muy fraccionado, cuando en realidad éste siempre fue bipartidista. Además don Benjamín señaló que los partidos buscaban el progreso cuando en realidad lo que buscaban era monopolizar el poder. Por último, la asociación entre

³²³ Es decir, se aceptaba esta institución allí donde existía, en los Estados del Sur, en virtud de la delimitación establecida por el Compromiso de Missouri de 1820, sin posibilidad de extenderla a otros Estados.

³²⁴ Llama la atención esta temprana y explícita asociación que hace Vicuña Mackenna en 1853 entre la Doctrina Monroe y el derecho de conquista. A despecho de posteriores reflexiones y las despiadadas críticas a esta política y el imperialismo norteamericano que encontramos su libro *Diez Meses de Misión a los Estados Unidos de Norteamérica Como Agente Confidencial de Chile*, publicado en 1867 y obra eminentemente "antimonroeísta" como el mismo autor manifestó, este hecho sugiere que a temprana fecha el polígrafo identificaba esta doctrina con la política expansionista seguida por los norteamericanos durante el siglo XIX. Sin embargo, si bien el viajero habló con detalle respecto del incipiente imperialismo de Estados Unidos en relación a los países de América Latina en su libro *Páginas de mi Diario de Viaje durante tres años de viajes 1853-1854-1855*, lo curioso es que las menciones directas e indirectas a la Doctrina Monroe en la última obra señalada son en extremo escasas, no más de dos o tres alusiones.

CAPITULO V. LA POLITICA EN LA UNION AMERICANA (1853-1866) Y SUS PRINCIPALES LINEAMIENTOS: UNA CARATERIZACION SEGÚN LAS APRECIACIONES DE VICUÑA MACKENNA.

Doctrina Monroe y derecho de conquista es confusa porque el polígrafo no explicó los fundamentos en que se basaba dicha conexión y, por lo tanto, estos motivos deben inferirse de la información de contexto.

También existían otras facciones o grupos políticos. Los abolicionistas o *Free Soilers*, por ejemplo, aspiraban a la destrucción de la esclavitud. Sin embargo, Vicuña Mackenna los consideraba una secta semi-religiosa más que una facción propiamente tal; no tenían un plan político inmediato, salvo enviar a los negros de regreso a África, indicó, "...no por el bien de éstos, sino para libertarse de su contacto y perjudicar los intereses del Sur."³²⁵ Por otra parte, el partido *Know Nothings* [sic], en su opinión, no era un bando político sino más bien un grupo social, un "*socialité*" en el sentido actual. El polígrafo explicó que era una organización para llevar a la realidad los resultados de su tradición e intereses materiales. Así, este grupo abogaba por el rechazo a la inmigración, la proscripción de la libertad religiosa y la nacionalización del país, es decir, buscaba moldearlo en función de los valores e ideales anglosajones más excluyentes y "...hacerlo de hecho lo que es en teoría y en hábito: egoísta, especulador y ocupado sólo del materialismo de sus negocios."³²⁶ Por último, de las otras facciones existentes en la época, los *Go a Head*, los *Locos-Focos* y los Filibusteros, don Benjamín no entregó detalles sobre sus posturas o ideología, salvo que apoyaban algunos aspectos del programa demócrata.

En lo inmediato, la división y fraccionamiento del espectro político norteamericano que se percibía en 1853, significó una proliferación de hombres públicos en el país, cuestión que los principales periódicos de la época comentaron. En efecto, el diario *The Herald* de Nueva York, en su editorial del 25 de febrero de 1856, mencionaba este hecho, agregando que en aquellos días se estaban analizando los títulos de "...no menos de treinta y dos candidatos para la futura presidencia de la Unión, en 1856!"³²⁷ Según su parecer, Vicuña Mackenna clasificó a los principales aspirantes a la presidencia mencionados por el periódico, en tres grupos: 1º Los hombres liberales del Norte; 2º Los hombres del Sur y 3º Los "independientes". Pertenecían al primer grupo hombres como William Marcy, Caleb Cushing, Edward Everett, Rufus Choates, Charles Summer (jefe del partido abolicionista) y Henry Gardiner (jefe de los *Know Nothing*); el segundo grupo tenía por representantes a Stephen Douglas, Robert M. T. Hunter, Henry A. Wise, el Gobernador Howell Cobb y el coronel Jefferson Davis; el tercer grupo, que Vicuña Mackenna llamó "grandes notabilidades aparte" en vez de "independientes", estaba integrado por el general Lewis Cass, James Buchanan, William H. Seward (futuro Secretario de Estado durante la administración de los presidentes Lincoln y Johnson y con el cual lidiaría el polígrafo en 1866) y el mismo Presidente Franklin Pierce, que aspiraba a la reelección.

Como puede apreciarse, aparte de ser numeroso, en este grupo había de todo: políticos profesionales, mandatarios en ejercicio, jefes de partidos, además de

³²⁵ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 256.

³²⁶ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 256.

³²⁷ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 256. Cursivas en el original.

funcionarios de gobierno de alto rango, escritores y, por supuesto, militares, cada uno con sus propios propósitos y ambiciones políticas. Por otra parte, llama la atención también el hecho que la clasificación hecha por Vicuña Mackenna no esté basada en un criterio partidista sino más bien en la tradicional separación entre Norte y Sur, es decir, en un criterio seccional. Si esta apreciación es correcta, ello sugiere que con el tiempo esta división cultural se habría reflejado de alguna manera en la actividad política y, por ende, en el sistema partidista, con todas las consecuencias que ello implicaba. Esto venía a significar que en los partidos y facciones se fundieron poco a poco los intereses seccionales opuestos. Por lo tanto, las diferencias políticas, económicas y sociales anexas a la oposición entre ambas zonas pasaron a ser problemas nacionales, cuestión que explica la progresiva polarización del panorama político norteamericano después de 1850.

En 1865, después de finalizada la Guerra de Secesión, Vicuña Mackenna encontró un cuadro político partidista diferente, con algunas variaciones en relación a lo que vio en 1853. En efecto, si bien los antecedentes que tuvo en consideración son parciales, el polígrafo explicó que en 1865 ya existía el moderno partido Republicano. Esta agrupación política estaba conformada por el elemento abolicionista del antiguo partido liberal, los *Whig*, en oposición al partido Demócrata o conservador, que comenzó a decaer con su último Presidente, James Buchanan (1857-1861). De estos antecedentes se infiere que entre 1853 y 1865 empezó a configurarse el sistema partidista bipartidista que distingue a los Estados Unidos en la actualidad. Sin embargo, visto en retrospectiva, esta misma evidencia sugiere que todo este espectro político no era más que la fiel expresión de las muy diversas y diferentes aspiraciones, contradicciones, contrastes y corrientes de pensamiento que agitaban a la sociedad norteamericana a principios de la década de 1850 y durante los años siguientes. En otras palabras, el cuadro político dividido y cambiante que Vicuña Mackenna encontró a mediados del siglo XIX en los Estados Unidos no era más que el reflejo de la propia y particular evolución política, económica y social de los "yankees" desde su independencia.

Ahora bien, si bien existía cierta apatía general en relación a los asuntos políticos, como hemos señalado con anterioridad, lo cierto es que las cuestiones de mayor trascendencia generaban discusión y debate, al menos en los sectores cuyos intereses estaban ligados de manera estrecha con estos asuntos. En los círculos sociales que Vicuña Mackenna frecuentó en 1853, se hablaba con frecuencia de la guerra con México (1846-1848), de la amenaza de las monarquías europeas y, por supuesto, de la esclavitud, cuestiones en boga que generaban opiniones encontradas en los norteamericanos. Muchos rechazaban la política imperialista seguida contra los mexicanos y la institución esclavista. Por otra parte, si bien los políticos solían ser olvidados con rapidez, había excepciones notables. Este era el caso de Daniel Webster, "...el yankee por excelencia entre los políticos americanos..."³²⁸, famoso hombre público cuyo deceso e influjo político en aquellas fechas fue muy comentado. Los norteamericanos, por lo demás, en virtud de su popularidad lo consideraban el norteamericano más grande del siglo, impresión general que el polígrafo consignó en sus notas de viaje:

³²⁸ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 158.

“La popularidad de ese genio poderoso que la muerte acaba de apagar es tan extraordinaria en el Norte de los Estados Unidos como la de Napoleón el grande puede serlo en Francia.”³²⁹

Sin embargo, se infiere de lo expuesto que eran dos los aspectos que estaban presentes en el debate político interno en los primeros años de la década de 1850. El primero de ellos era la política expansionista e imperialista, de la cual hablaremos más adelante. El otro era el debate sobre la esclavitud. Como se hizo mención antes, en 1853 se estaba discutiendo el aspecto político de esta singular institución, el cual consistía en la extensión de esta institución a las nuevas regiones recién incorporadas a la Unión, arrebatadas a México después de la guerra mediante el Tratado de Guadalupe - Hidalgo (1848), vale decir todo el actual suroeste estadounidense. Esta problemática tenía dividido al país desde una perspectiva política, social, económica y cultural, aunque el proceso de separación formal se hallaba decantado, según mencionó el polígrafo. Muchos norteamericanos, sobre todo en el Norte, rechazaban la esclavitud de la población negra por aquellos días, tanto como los sureños la defendían. Pero más grave que esto fue el hecho que el problema de la esclavitud se perpetuara en el tiempo e impregnara en su totalidad la política interna del país, ahondando la división ya existente en la sociedad norteamericana.

En efecto, de los antecedentes expuestos en la biografía que Vicuña Mackenna escribió en 1865 del extinto Presidente Abraham Lincoln, se desprende que la cuestión de la esclavitud dominó el panorama político norteamericano en forma permanente después de 1853. Este hecho se explica porque a partir de la citada fecha los políticos sureños, que estaban decididos a prevalecer, se embarcaron en una ofensiva política que pretendía no sólo extender la esclavitud a los territorios meridionales de la Unión, sino también llevarla a los territorios del Norte, para lo cual trataron de abolir en el año 1858 el Compromiso de Missouri, acuerdo que databa de 1820. Por lo tanto, se infiere que el equilibrio tácito existente hasta 1853, entre los Estados libres y los esclavistas, se había roto.³³⁰ Al no haber acuerdo definitivo, este problema se agravó y se proyectó en todas las instancias de la vida pública del país, cuestión que es evidente sobre todo en los procesos electorales. En efecto, la contienda electoral de 1858 estuvo determinada en su totalidad por esta problemática y célebres en todo el mundo fueron los debates que sobre la esclavitud sostuvieron el republicano Abraham Lincoln y el demócrata Stephen Douglas, ambos candidatos al Senado de los Estados Unidos por el Estado de Illinois. Análoga situación se produjo en la elección presidencial de 1861, con los mismos contendientes y proceso tras el cual Lincoln se convirtió en Presidente de los Estados Unidos. Pero para esta fecha la suerte del país estaba echada porque estos intereses y concepciones de mundo divergentes no se pudieron conciliar. Es evidente que, a despecho de las garantías ofrecidas y los llamados a la unidad y conciliación hechos por Lincoln tras ser elegido Presidente de la Unión, los hombres del Sur se habían decidido por la secesión para prevalecer y romper la situación de tablas, el punto muerto en que se encontraban respecto del Norte.

En consecuencia, se infiere de los antecedentes expuestos que cuando Vicuña Mackenna visitó la Unión Americana en 1853, se había iniciado ya el camino sin retorno

³²⁹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 158.

que llevaría al país a la secesión y al consiguiente enfrentamiento de las facciones rivales en el campo de batalla para dirimir el problema mediante la fuerza de las armas. Por ende, la posibilidad de secesión que el polígrafo advirtió en 1853 se hizo realidad con el transcurso de los años. En 1861, los Estados Unidos de Norteamérica, "...la gran nación del progreso..."³³¹ según Vicuña Mackenna, se encontraba "...atada e inerme..."³³² ante el "...genio del mal que gobierna a todas las naciones..."³³³, como este último había profetizado en 1853 y se aprestaba a pasar por el más terrible trance de su Historia.

La Guerra Civil, de Secesión o Guerra de Rebelión, como es llamado este conflicto por la historiografía moderna, comenzó en abril de 1861, después que los Estados Confederados de América se declararan independientes y atacaran el Fuerte Sumter, Carolina del Sur. La conflagración se extendió por cuatro años y finalizó en 1865 con un enorme costo humano y económico para el país. No está dentro de las finalidades de este trabajo hacer un análisis extensivo del conflicto en sí mismo, sino más destacar algunos aspectos que se infieren de las observaciones del polígrafo, que llegó a la Unión cuando el conflicto había finalizado.

La Guerra Civil había sido una "...guerra gigantesca..."³³⁴, según una expresión

³³⁰ En ese sentido, el año 1853 es crucial y puede ser considerado como el punto de inflexión. Siempre teniendo en cuenta las limitaciones de la información entregada por Vicuña Mackenna, el cambio de la situación existente entre el Norte y el Sur se explica por varias razones. La estabilidad entre ambas zonas había dependido de una serie de acuerdos políticos que cristalizaron en el Compromiso de Missouri de 1820. Este último fue un entendimiento político entre los defensores de la esclavitud y aquellos que la rechazaban, que prohibía la extensión de esta práctica a los Estados septentrionales y la conservaba allí donde esta existía, en los Estados del Sur. Por ende, se deducen dos cosas: que este acuerdo mantenía el *status quo* y que el problema no tenía nada que ver con la abolición. Creemos que a este aspecto se refirió Vicuña Mackenna cuando mencionó que los partidos políticos Demócrata y *Whig* estaban de acuerdo en todo, incluido el tema de la esclavitud. Sin embargo, este equilibrio comenzó a naufragar a los pocos años. Contribuyeron a este proceso las ambiciones políticas de los propios hombres públicos del país, como se infiere de lo expuesto, pero también la política de expansión hacia el Oeste en la que estaban inmersos los norteamericanos. En efecto, la inclusión de Texas en la Unión Americana y la Guerra con México, significaron un aumento considerable del espacio terrestre del país y, a la larga, la creación de nuevos Estados que pidieron ser incluidos en la Unión. Por lo tanto, de inmediato se puso en el tapete la discusión sobre el régimen que deberían tener en relación a la esclavitud, es decir, si ésta era extensible a los nuevos territorios incorporados. Esta era la cuestión política de la esclavitud que se estaba discutiendo cuando Vicuña Mackenna arribó a la Unión en 1853. Cabe recordar además, como ya hemos mencionado, que aquel mismo año los estados libres se encontraban en desventaja numérica en relación a los estados esclavistas y que los políticos veteranos, como Clay y Webster, que fueron capaces de anular los intentos secesionistas como el de 1851, mediante compromisos políticos, habían desaparecido de la escena pública en 1853. En consecuencia, el equilibrio existente, que se basaba en acuerdos políticos y en el número equivalente de Estados libres y esclavos, ya no existía en el año en referencia. Sin lugar a dudas que este panorama favorable envalentonó a los dirigentes sureños, que a partir de esta fecha empezaron a ejercer una presión más directa y explícita para lograr sus objetivos.

³³¹ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 113.

³³² Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 258.

³³³ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 259.

³³⁴ Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 187.

utilizada por el mismo Vicuña Mackenna, una guerra "...tan horrenda y prolongada como ninguna otra civil conocida en la vida de la humanidad." ³³⁵ En verdad, los costos humanos y económicos inmediatos del conflicto fueron en extremo onerosos. Entre otros detalles importantes, baste mencionar que varias de las principales batallas campales de la guerra derivaron en verdaderas carnicerías, según explicó el polígrafo y el Gobierno Federal había incurrido en ingentes gastos, en promedio dos millones de pesos por día, para sostener sus ejércitos y sus escuadras.

Sin embargo, la significación de este conflicto fue más allá de estas apreciaciones mediáticas. Si bien los Estados Unidos se encontraban en una situación de debilidad en 1866, por el desgaste y la destrucción que supuso el largo conflicto interno, puede inferirse que la capacidad y el potencial económico e industrial del país en sí mismo era poco menos que fenomenal, formidable en otras palabras. Afrontando la situación de emergencia bélica más comprometida que puede afrontar un país, cual es la guerra civil, los norteamericanos fueron capaces de movilizar sus recursos humanos y económicos, afrontar una conflagración que se extendió por cuatro años, aguantar y salir airoso sin derrumbarse. Los norteamericanos no sólo crearon y movilizaron un enorme ejército en base al antiguo y pequeño ejército regular, además de ampliar su fuerza naval, sino que también dotaron a sus soldados y marinos con los medios bélicos más modernos, necesarios para sostener una guerra naval y terrestre de desgaste prolongada que, en definitiva, supuso una dura prueba a los recursos y capacidad económica industrial del país. Esta cuestión por sí sola habla del impresionante potencial económico-industrial del país en la época.

Además, todo esto se realizó haciendo frente a un escenario militar desfavorable en un inicio. Sólo con el tiempo los federales fueron capaces de revertir la situación de desventaja militar en que se encontraban respecto del Sur. Sin embargo, desde un punto de vista económico, puede considerarse que la expansión de la industria militar y los astilleros, fomentada por el Gobierno Federal durante la guerra, amplió la capacidad industrial del país. Al final del conflicto las fabricas y astilleros estaban en condiciones de producir el más moderno armamento de guerra de la época, desde municiones, fusiles, cañones y torpedos, hasta avanzados buques de guerra a vapor, como acorazados, blindados y monitores. Esta triple hazaña, aguantar sin derrumbarse, movilizar, armar y mantener una fuerza combatiente terrestre y naval enorme, además de expandir la capacidad industrial del país con rapidez, podía ser emulada por muy pocos países en la misma época. La debilidad norteamericana, vista de esta perspectiva, era inevitable a causa del desgaste y destrucción que supuso el conflicto, pero también temporal.

Este hecho se reflejó en cierta medida en el exterior de los Estados Unidos. Si bien Vicuña Mackenna indicó que los norteamericanos, con el sentido práctico que los caracterizaba, desmovilizaron la mayor parte de la enorme flota naval que construyeron una vez finalizada la conflagración, dejando sólo los elementos esenciales, aún así esta flota era impresionante. Según Vicuña Mackenna, en marzo de 1866 disponían de 6 escuadras navales con un total de 49 buques modernos. Pero más importante aún que lo anterior era el hecho que esta flota tenía una proyección continental en esa época,

³³⁵ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 199.

formando un "...cinturón al derredor de las dos Américas en el Atlántico y el Pacífico..."³³⁶, cubriendo cuadrantes y sectores determinados del continente y ambos océanos. De hecho, había una escuadra norteamericana en las costas chilenas en 1866, la división Pacífico-Sur, "...la misma que estamos viendo todos los días en nuestras bahías..."³³⁷ como bien indicó el polígrafo y la misma que asistió impávida al bombardeo de Valparaíso ejecutado por la escuadra española ese mismo año.

La Guerra Civil, además de dar origen a varias innovaciones y tácticas bélicas nuevas como el uso del espolón, los torpedos, los monitores acorazados, las ametralladoras y los globos aerostáticos, también generó una elite militar experimentada, fogueada en la guerra moderna. Vicuña Mackenna tuvo la oportunidad de conocer a varios de los más destacados oficiales generales y almirantes que se hicieron famosos en la guerra, durante su estadía en la Unión en 1865-1866. En el ejército regular, el polígrafo conoció y destacó los logros de los generales George Meade, Ulises Grant, Tecumseh Sherman, Philip Sheridan y el mayor Robert Anderson; en la Armada, a los almirantes David G. Farragut, Samuel P. Lee, John L. Worden y el comandante William Barker Cushing, entre otros muchos que mencionó. En aquella época, notó Vicuña Mackenna, los norteamericanos estaban inmersos en un éxtasis triunfalista colectivo originado por el término de la guerra y cuyos protagonistas eran los militares. Estos a menudo fueron homenajeados por sus conciudadanos en diversas instancias públicas, como en el Congreso, como fue el caso del general Sherman, acontecimiento presenciado por el polígrafo, quien reconoció que "...Nunca he visto una recepción más calurosa, más espontánea, más noble..."³³⁸ Otros, como el almirante Farragut, fueron homenajeados por distintos gobiernos europeos.

Además y como parte de esta misma apoteosis triunfalista, en la misma fecha los estadounidenses estaban inmersos en una interminable polémica relacionada con los méritos de los principales héroes militares del país. En el centro de esta polémica se encontraban los generales Grant, Sherman y Sheridan, considerados por unanimidad los mejores militares de la guerra. El candidato al honor supremo era el general Ulises Grant, sobre quien la opinión pública estaba muy dividida, observó el polígrafo, pues

"...unos le comparan a César y los otros por nada ceden que sea inferior a Alejandro, advirtiéndose que no se ocupan de Napoleón el Grande, porque ese título lo tenía ya Mc Clellan..."³³⁹

Sin embargo, Vicuña Mackenna disentía de este juicio y consideraba que tal honor debía recaer en el general Sherman, el "...verdadero genio militar que engendró la guerra americana..."³⁴⁰ en su opinión. Asimismo, consideraba que el general confederado

³³⁶ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 358.

³³⁷ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 358.

³³⁸ Vicuña Mackenna. *Una excursión...*, p. 17.

³³⁹ **Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 392.**

³⁴⁰ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 393.

Robert E. Lee también tenía méritos para tal distinción, con la salvedad, claro está, que se encontraba en el bando derrotado.

Durante sus gestiones para comprar barcos y armas en 1866, Vicuña Mackenna también tuvo la oportunidad de apreciar la otra cara de la moneda. En efecto, el polígrafo entró en contactos preliminares reservados con algunos oficiales de la marina confederada para ofrecerles la posibilidad de servir en la Armada chilena durante la guerra con España, como oficiales asimilados, con grado y paga. Esta idea de Vicuña Mackenna tenía su justificación en la necesidad de ayuda militar y en la experiencia de los marinos norteamericanos, pero también el polígrafo estaba pensando a más largo plazo según se infiere de la comunicación que mantuvo con el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, refiriendo el asunto. Según este oficio, Vicuña Mackenna explicó que **“...entre los brillantes marinos de la extinta Confederación se pueden tener los mejores auxiliares que Chile necesita, no solo para esta guerra, sino para crear su marina. Son hombres valientes, entendidos, y su posición desgraciada les pone en aptitud de aceptar los modestos sueldos que nosotros pagamos.”**³⁴¹

Vicuña Mackenna, con altura de miras, veía más allá del beneficio inmediato y advirtió que estos marinos veteranos podían ayudar a Chile a crear y estructurar una marina de guerra moderna, a la altura de las circunstancias. Sin embargo, la nota también revela que los oficiales navales confederados se encontraban en una situación material desmedrada una vez finalizada la guerra e incomoda desde un punto de vista político, porque pertenecían al bando perdedor. Un oficial de la marina confederada, especialista en artillería, el capitán Catesby Jones, a quien el polígrafo conoció durante su primer viaje a la Unión en 1853, manifestó su deseo de servir bajo bandera chilena y estipuló las condiciones bajo las cuales quería hacerlo, porque deseaba “...hacer de Chile su patria, pues aquí no tiene ni honra ni seguridad.”³⁴² Es evidente entonces que después de concluida la guerra los marinos confederados fueron postergados, separados de sus funciones e incluso unos pocos perseguidos, lo que explica que algunos de ellos quisiesen servir en la Armada chilena en condiciones modestas.

Algún tiempo después, Vicuña Mackenna logró reunir un grupo de oficiales navales confederados y técnicos especialistas, a los cuales envió a Chile junto con una partida de armamento. Sin embargo, por diversas razones que no es menester mencionar aquí, la misión fracasó y los norteamericanos al poco tiempo volvieron a su país. Pero una cosa es evidente de lo expuesto y esto es que el poderío militar norteamericano, en virtud de la experiencia ganada en acciones bélicas durante el siglo XIX y en razón de la enorme capacidad económica e industrial del país, se estaba haciendo cada vez más evidente. El ejemplo más claro es la capacidad de despliegue continental que tenía la Armada norteamericana en la época, capacidad que ningún país de América Latina poseía y que en la práctica era una cualidad sólo igualada por los ingleses.

Sin embargo, más allá del problema interno que en su momento significaron la esclavitud y la Guerra Civil; y de la influencia de estas coyunturas en la peculiar evolución

³⁴¹ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 327.

³⁴² Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 329.

política, social y económica del país, había otro aspecto, también derivado de este proceso, cuyas ramificaciones se salían de la política interna norteamericana y afectaban la relación que los Estados Unidos como país tenían con sus similares. Era este la dinámica expansionista, fuerza motriz fundamental que contribuyó en gran medida a moldear y conformar el país no sólo en lo que concierne al territorio, sino también en lo político, social y económico. De hecho, gran parte del poder que los Estados Unidos fueron adquiriendo durante el transcurso del siglo XIX, estaba ligado de forma estrecha al expansionismo, presente como hecho práctico y como ideario y motivación en la mentalidad colectiva de la sociedad norteamericana, desde antes de la llegada del polígrafo al país.

Visto desde esta perspectiva, el expansionismo era una expresión y una proyección a gran escala de los valores y cualidades típicas que caracterizaban a los estadounidenses en la época, tanto positivos como negativos. Así, por una parte encontramos iniciativa personal y colectiva, tenacidad, voluntad y poder de acción; por otra, el egoísmo y el materialismo, el arraigado amor por el dinero, el sentido de superioridad y el afán de predominio y supremacía, estas dos últimas cuestiones muy patentes en este proceso. Todos estos aspectos confluyen en esta dinámica. En este sentido, no hay lugar a dudas que el expansionismo o imperialismo tenía por finalidad el engrandecimiento de los Estados Unidos en todo sentido de la palabra. Pero tampoco hay que olvidar que todo proceso que implique la supremacía de una país sobre otros es egoísta y excluyente, porque la mayor parte de las veces se lleva a cabo a costa de los demás, como bien pueden dar fe los pueblos originarios de América del Norte o los mexicanos. Asimismo, el expansionismo también estaba relacionado de cierta manera con otras manifestaciones de la realidad norteamericana como el nacionalismo y la esclavitud misma, cuestión trascendental porque la asociación con ambos tendría consecuencias imprevisibles.

En un principio, la expansión del país se llevó a cabo en relación al propio territorio continental de América del Norte. Desde la independencia del país en 1776, los límites se habían modificado y desplazado de forma constante por el permanente movimiento humano hacia áreas no colonizadas. Este masivo y espontáneo movimiento de población en busca de sustento y oportunidades fue secundado y respaldado después por la acción política y la guerra en forma premeditada. En este nuevo contexto cabe mencionar la compra de la Louisiana a Francia (1803), la adquisición de la Florida a España (1819), la independencia de Texas en 1836 (incorporado en 1845 a la Unión) y la solución al problema de Oregón y Apercon (1849), proceso tras el cual los norteamericanos alcanzaron las costas del Océano Pacífico a mediados del siglo XIX, hecho simbólico cuyo significado residía en haber alcanzado los límites definitivos de la expansión norteamericana en el continente. Por lo tanto, una vez que se definieron y afinaron los límites continentales, la nación norteamericana quedó en posesión de un enorme espacio terrestre, que era necesario habitar y explotar. La guerra de exterminio que los norteamericanos estaban sosteniendo en contra de los nativos, a la cual Vicuña Mackenna hizo referencia en 1853, tenía por finalidad consolidar mediante la ocupación y explotación económica el territorio que se había conseguido. El polígrafo llegó a la Unión justo cuando este proceso de consolidación de las ganancias territoriales conseguidas

estaba comenzando.

Sin embargo, tanto o más importante que el hecho antes referido era el cambio fundamental que se estaba produciendo en el carácter del fenómeno expansionista y en la sociedad norteamericana a causa de la ingerencia de los intereses de toda índole, el incremento del poder relativo del país y la guerra con México, en el proceso mismo de expansión y en la política del país. En efecto, el expansionismo espontáneo y natural, característico de los primeros años del país, evolucionó durante el transcurso del siglo XIX, transformándose en imperialismo formal y premeditado, considerado este término en todas sus acepciones. Además, al mismo tiempo que mutaba, comenzó a proyectarse al exterior y a manifestarse en desmedro de los pueblos situados más allá de los primitivos límites norteamericanos, como fue el caso de los mexicanos.

Este trascendental cambio que se estaba produciendo en el fenómeno expansionista se reflejaría con claridad en la política norteamericana. En un principio, explicó Vicuña Mackenna en 1866, la diplomacia norteamericana estaba condicionada por el principio expuesto por Thomas Jefferson “Paz con todas las naciones, embarazosas alianzas (*Entangled Alliances*) con ninguna”³⁴³. Este aforismo diplomático, venía a significar que la nación norteamericana se negaba a verse arrastrada en los conflictos internacionales que pudiesen perjudicarla de alguna manera. Para lograr ese objetivo se optó por prescindir del sistema de alianzas, característico de las relaciones internacionales de la época, sobre todo en Europa, que con frecuencia derivaba en problemas. Así, los norteamericanos desahuciaron de forma unilateral la alianza que tenían con Francia, nación que ayudó a los “yankees” a independizarse. Por lo tanto, desde entonces este principio constituyó la base invariable de la política internacional seguida por los Estados Unidos durante las primeras décadas de vida independiente del país.

Después de adoptado este principio de política exterior, que rechazaba cualquier compromiso o alianza que comprometiese o no conviniese a los intereses del país, indicó Vicuña Mackenna, “Todo le fue desde entonces indiferente...”³⁴⁴ a los norteamericanos excepto su comercio, el cual, con el sentido pragmático y práctico que los caracterizaba, se dedicaron a proteger y fomentar. Como puede apreciarse, este consejo de Jefferson, lleno de sensatez y cálculo, además “...de un egoísmo más hondo todavía”³⁴⁵, según observó el polígrafo, evitó complicaciones al país, con los evidentes prejuicios potenciales derivados de estas situaciones. Los norteamericanos no prestaron mayor interés por los conflictos internacionales en la época y se preocuparon de sus propios asuntos, en una actitud que podría ser calificada de aislacionista.

Esta actitud reacia a los compromisos internacionales fue reforzada, con el pasar de los años, mediante las leyes de neutralidad que fueron dictadas en 1794 y 1797, las cuales prohibían a los norteamericanos, tanto dentro como fuera del país, intervenir, financiar, organizar y ayudar a parte beligerante alguna en conflictos ajenos. Años más

³⁴³ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 199. Comillas, cursivas e idioma inglés en el original.

³⁴⁴ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 199.

³⁴⁵ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 199.

tarde, la independencia de Hispanoamérica no cambió la actitud de los norteamericanos en relación a la neutralidad, indicó Vicuña Mackenna, sino más bien lo reforzó y lo estimuló, porque este principio estaba muy asociado al interés que los norteamericanos tenían por Florida, cuya compra estaban negociando en ese momento con los españoles. En consecuencia, entre 1816 y 1818 las autoridades norteamericanas no sólo se negaron a ayudar a los independentistas latinoamericanos, sino que también hicieron todo lo posible por impedir y castigar, en virtud de las mismas leyes de neutralidad, las expediciones de auxilio que salían de puestos norteamericanos. “El principio de la neutralidad crecía pues a la par con el egoísmo y la grandeza de la joven república...”³⁴⁶, observó Vicuña Mackenna.³⁴⁷

Sin embargo, el rechazo a los compromisos con otros países y la neutralidad, principios básicos de la diplomacia norteamericana, no podían sustraerse de los intereses generados en otras partes del continente por el mismo proceso de desarrollo político y económico del país, como bien lo evidencia el interés de los “yankees” por Florida, mencionado por Vicuña Mackenna. Es evidente que la política exterior de los Estados Unidos estaba influenciada y determinada en su accionar por estos intereses, cuestión que en la práctica no era más que el fiel reflejo de la propia evolución económica y social de los norteamericanos. En efecto, como hemos señalado antes, el acelerado progreso económico norteamericano, unido a las contradicciones y contrastes propios de la evolución social y cultural “yankee”, generaron un exacerbado egoísmo y materialismo que se manifestó en relación a los demás países a través de una irrefrenable ambición y deseo de supremacía omnímoda mundial.

En perspectiva, puede considerarse que los norteamericanos fueron víctimas de sí mismos y se vieron envueltos en su propia dinámica de poder y supremacía y por los intereses generados y asociados a este proceso. Buscando incrementar su poder como país, era lógico que este poder se proyectara hacia afuera y a expensas de otras naciones. Esto se ve reflejado de forma clara en el expansionismo continental y en el imperialismo ultramarino que le siguió después. En consecuencia, en la política exterior norteamericana empezó a hacerse notar un cambio evidente. Los Estados Unidos, si bien conservaron el principio de rechazo a las alianzas embarazosas y la neutralidad misma, en virtud de sus intereses políticos y económicos comenzaron a abandonar el aislacionismo, el desinterés habitual por lo que sucedía más allá de sus fronteras, cambiando esta actitud por una lenta pero progresiva ingerencia en los asuntos mundiales.

Estos asertos se hacen evidentes si se toma en consideración que las actitudes imperialistas y hegemónicas de los Estados Unidos comenzaron a hacerse notar cuando

³⁴⁶ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 398.

³⁴⁷ Pese a estas apreciaciones, Vicuña Mackenna reconoció que los auxilios que los independentistas latinoamericanos, entre ellos el general José Miguel Carrera, consiguieron en el país del Norte se debieron al esfuerzo y colaboración de particulares. Sin lugar a dudas, la neutralidad de 1816-1818 fue la actitud oficial. Sin embargo, en la práctica y extraoficialmente, los norteamericanos jugaron a dos bandas con los españoles, prestando socorro a los independentistas latinoamericanos a través de ayuda encubierta, subterránea para no perjudicar su operación de Florida. Pero el hecho es que sí hubo ayuda.

los políticos empezaron a convencerse del poder de su país. Esta cuestión sucedió, en virtud de lo señalado por Vicuña Mackenna, durante el periodo 1809-1837, que se corresponde con las administraciones de los Presidentes Madison, Monroe y Jackson. Dos hitos mencionados por el polígrafo y acaecidos durante este período son relevantes. En primer lugar, la Guerra de 1812 contra Inglaterra, de la cual afirmó fue provocada por Madison para probar la fuerza del país. En segundo lugar, la Doctrina Monroe, que rechazaba la influencia europea en América. Don Benjamín explicó que el Presidente Monroe, convencido ya del poder de los Estados Unidos, estableció este principio en la escena política internacional en 1823.³⁴⁸ Como puede apreciarse, los norteamericanos empezaron a tener una actitud cada vez más agresiva, desafiante y beligerante respecto de Europa. Además, considerados en perspectiva cronológica, los hechos antes referidos no están lejos en el tiempo de la independencia de Texas y la Guerra con México, acontecimientos en los cuales el imperialismo norteamericano es manifiesto y patente.

Los Estados Unidos entraron en guerra con México en 1846 y la conflagración finalizó en 1848 con el triunfo estadounidense. Pero, más allá de las causas y desarrollo del conflicto, que quedan fuera de este trabajo, lo importante son las ramificaciones de la victoria norteamericana. Vicuña Mackenna llegó por primera vez a la Unión Americana en 1853, esto es 5 años de terminada la guerra con México, a tiempo para constatar algunas de sus consecuencias. El tratado de Guadalupe – Hidalgo firmado el 2 de Febrero de 1848 significó para los mexicanos la pérdida de los territorios de los actuales estados de California, Nevada, Arizona y Utah, parte de New Mexico, Colorado y Wyoming, área que sumada a la pérdida de Texas en 1836 significaba 1.193.061 millas cuadradas o sea 3.068.692 kilómetros cuadrados. Para mayor desgracia de México, el 24 de Enero de 1848 se descubrió el oro de California y empezó el *Gold Rush* (La fiebre del oro). Un solo dato: el oro extraído en 1851 tuvo un valor de 55 millones de dólares.

A raíz de todo esto, años más tarde, Porfirio Díaz dijo: “Pobrecito México; tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos”. Sin lugar a dudas, la guerra había sido en extremo onerosa para los mexicanos, apreciación que Vicuña Mackenna compartía. Tras visitar México en 1853 y constatar el estado de postración general en que se encontraba el país tras la guerra con los “yankees”, concluyó que

“La gran calamidad de este país ha sido su vecindad a la Unión Americana de la que ha sido la víctima cuando pudo ser su amiga y su discípula, si fuera posible que la raza latina llegara jamás a entenderse con los hombres del Norte.”³⁴⁹

Tanto Porfirio Díaz como Vicuña Mackenna tenían razón. Pero la calamidad y mala suerte de unos es el beneficio de otros. Para los Estados Unidos la guerra tuvo consecuencias trascendentales, que se proyectarían más allá de la enorme ganancia territorial y de las ilimitadas posibilidades económicas que ofrecían los nuevos territorios adquiridos, base de su futura expansión y predominio económico mundial.

La primera diferencia en relación al pasado se advierte en la tradición militar

³⁴⁸ Vicuña Mackenna agregó que el Presidente Jackson no dudó en intimidar a los europeos utilizando el mismo principio, aunque no señaló la causa que justificó tal amedrentamiento.

³⁴⁹ *Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 84.*

norteamericana. En efecto, como hemos destacado con anterioridad, Vicuña Mackenna consideraba que más allá de sus motivaciones económicas, las guerras en las cuales había intervenido el país desde su independencia habían sido episodios carentes de gloria militar y hechos de armas destacados, donde no habían brillado en demasía los militares norteamericanos. Este era el caso de la Guerra de Independencia y de la Guerra de 1812, ambas contra los ingleses. Sin embargo, esta última conflagración anunciaba un cambio en la actitud general de los estadounidenses, pues el polígrafo explicó que, a pesar de carecer de

“...hechos de armas en que brillara puro el fuego del valor y del patriotismo..., hubo algo de grande y de enérgico en esta protesta contra el orgullo del entonces omnipotente tirano de los mares.”³⁵⁰

La Guerra Mexicano - Norteamericana de 1846, en cambio, fue diferente en todo sentido. Aunque la conquista de México resultó algo onerosa para los “yankees”, con un costo final de 30.000 estadounidenses muertos y \$300.000.000 millones de pesos, lo cierto es que la campaña militar llevada a cabo por el general Winfield Scott fue impecable. El ejército mexicano fue derrotado en forma sucesiva en una serie de batallas y no obtuvo ninguna victoria. El triunfo norteamericano tan fue contundente y aplastante, que Vicuña Mackenna reconoció que, a pesar del heroísmo con que se batieron los soldados mexicanos en la derrota, “...mucha más gloria militar adquirió el ejército americano.”³⁵¹ Como puede apreciarse, en esta oportunidad el polígrafo no fue indiferente al valor y los logros obtenidos por los estadounidenses en el campo de batalla. Todo lo contrario. Sin embargo, sus sentimientos en relación a los beligerantes eran ambivalentes y estaban divididos. Al visitar las casamatas de Molino del Rey, en México, lugar de una importante victoria norteamericana, sus acompañantes estadounidenses mostraron un orgullo patente por el triunfo militar norteamericano, “...glorificaban la memoria de los suyos y referían sus hazañas.”³⁵² El polígrafo, en cambio, se mostró más ecuánime, manifestando que “Mis simpatías estaban por los conquistados, mi admiración por los invasores.”³⁵³

Pero más allá de las apreciaciones y críticas de Vicuña Mackenna sobre la real capacidad de los militares norteamericanos, sobre todo en los primeros tiempos, lo cierto era que el ejército norteamericano había cambiado con la Guerra Mexicano - Norteamericana y estaba forjando una tradición histórica basada en sus victorias, es decir, en un prestigio obtenido a través de la experiencia real. El triunfo sobre los mexicanos, entonces, contribuyó a reforzar esta incipiente tradición militar, además de apuntalar el nacionalismo y el orgullo de los norteamericanos por su país y sus logros, como queda en evidencia en las frases transcritas antes. Por lo tanto, se puede considerar que la tradición de gloria militar, invencibilidad y triunfalismo bélico que

³⁵⁰ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 249.

³⁵¹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 78.

³⁵² Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 78.

³⁵³ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 78.

CAPITULO V. LA POLITICA EN LA UNION AMERICANA (1853-1866) Y SUS PRINCIPALES LINEAMIENTOS: UNA CARATERIZACION SEGÚN LAS APRECIACIONES DE VICUÑA MACKENNA.

definiría a los norteamericanos en el futuro, si bien tiene sus antecedentes en la Guerra de 1812, se hizo evidente y permanente en el tiempo a razón de la guerra con México.

Considerada en función de la dinámica expansionista e imperialista que se estaba haciendo cada vez más manifiesta en el país, la Guerra con México caló profundo en la sociedad norteamericana porque despertó la apetencia por más conquistas y victorias militares, influencia que era perceptible en el ambiente general del país en 1853, algunos años después de finalizado el conflicto. Cuando Vicuña Mackenna pasó por Nueva Orleans, advirtió que esta ciudad se había convertido en el "...cuartel general del filibusterismo..."³⁵⁴. En efecto, las expediciones para invadir Cuba y América Central habían sido organizadas en este puerto, tanto por latinoamericanos como norteamericanos. Se infiere de lo anterior que el filibusterismo tenía dos vertientes: en primer lugar, de los latinoamericanos que buscaban liberar las posesiones españolas o revolucionar sus propios países apoyados por Estados Unidos, como fue el caso del general Narciso López en Cuba en 1851; en segundo lugar, de los norteamericanos para su propio provecho e interés o el de su país, como Walker y Kinney en América Central en 1854, al año siguiente de la visita del polígrafo. Voluntarios para las expediciones además, nunca faltaban. En aquella fecha, según le explicaron los mismos "yankees" a don Benjamín, había en Nueva Orleans unos cinco mil afiliados dispuestos a emprender cualquier expedición con tal de que hubiese botín.

Vicuña Mackenna atribuyó este agresivo y oportunista ambiente a la victoria sobre los mexicanos, enfrentamiento que "...ha dejado hondos recuerdos militares y entusiasmo por victorias."³⁵⁵ Sin embargo, este entusiasmo popular se había deformado y desbordado, derivando al poco tiempo en un ambiente de frenesí colectivo triunfalista y nacionalista; todo el mundo estaba entusiasmado y ávido de conquistas, victorias y gloria militar, cuestión que sorprendió al polígrafo. "El espíritu americano en este sentido está colocado en tal extremo de entusiasmo, de fiereza y de *humbug*..."³⁵⁶, reconoció, que los roces fronterizos con México y la posibilidad de un nuevo enfrentamiento con este país eran publicitados y celebrados como hazañas con gran exaltación de parte de la prensa periódica y el público general.³⁵⁷ Asimismo, cuando la noticia del fusilamiento del general López en La Habana, Cuba, llegó a Nueva Orleans, una enfurecida turba saqueó

³⁵⁴ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 118.

³⁵⁵ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 119.

³⁵⁶ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 119.

³⁵⁷ El diario *Águila* de Menfis, citado por Vicuña Mackenna, narra un incidente fronterizo típico entre México y los Estados Unidos en 1853, que ilustra muy bien el ambiente de triunfalismo y confianza existente en la época. El comandante mexicano de la fortaleza de Matamoros, en la frontera con Texas, escribió una carta al general Mac Lane, comandante norteamericano de la frontera, desesperado por las emboscadas que los soldados "yankees" realizaban contra los soldados mexicanos y amenazándole con abrir fuego de artillería sobre las posiciones norteamericanas si las emboscadas no cesaban. La respuesta del militar norteamericano a la intimación de bombardeo fue la siguiente: "Querido General: he recibido su carta de hoy. Que venga! (Firmado: Mac Laen)." El "Que venga!", indicó don Benjamín, aludía al bombardeo. El diario que publicó la noticia, añadió, la encabezó con un tremendo "*Hurrah for Texas*".

la casa del cónsul español.

Como puede advertirse, el desaforado y deformado nacionalismo ya existente, junto con el sentido de superioridad, omnipotencia y el triunfalismo militar que surgió con la guerra mexicana, al poco tiempo derivaron en belicismo y militarismo formal, actitudes que siguen vigentes hasta el día de hoy en la idiosincrasia norteamericana. Sin embargo, a pesar que el expansionismo a expensas de México despertó un entusiasmo general entre la mayor parte pueblo norteamericano, también hay que reconocer que generó cierta oposición en algunos sectores de la sociedad norteamericana, como constató Vicuña Mackenna durante su paso por el país.

Los problemas políticos internos de los Estados Unidos, derivados de las diferencias regionales entre Norte y Sur, también tienen su cuota de responsabilidad en la dinámica intervencionista que se verificó a costa de otros países. La política expansionista e imperialista seguida por los norteamericanos respecto de México se explicaba en parte por la esclavitud, un asunto de política interna de los estados esclavistas que con el tiempo se convirtió en una cuestión nacional. Sin lugar a dudas este problema se proyectó e influyó en la política internacional de la Unión en relación a sus vecinos. En la biografía que escribió en honor del Presidente Abraham Lincoln en 1865, Vicuña Mackenna atribuyó la responsabilidad de la guerra contra México a la ambición de los hombres del Sur, explicando que querían usurpar los nuevos territorios meridionales adquiridos para instalar en ellos la esclavitud. En este sentido, el polígrafo adscribía a la teoría de la conspiración imperialista sureña para provocar la guerra y extender esta institución en los territorios libres. Si esto es así, la expansión a costa de México, si bien reportó enormes beneficios presentes y futuros al país, también fue un arma de doble filo, porque trajo consigo el germen de la secesión y la futura guerra civil.

Sin embargo, lo concreto es que, fueran cuales fueran sus causas, en 1853 el país ya había entrado en una dinámica imperialista formal y explícita, avalada por la política y las armas. La guerra con México, en ese entendido, actuó como un catalizador colectivo de esta tendencia, tanto en lo político, en lo económico como en lo cultural. No se explica de otra forma la imperiosa actividad en la que estaban inmersos los norteamericanos a principios de la década de 1850, según el mismo polígrafo señaló y que hemos verificado en los otros capítulos, en pos de procurarse todos los elementos de acción y concentrar en sus manos todos los intereses de la tierra, cuestión que en otras palabras venía a significar que los norteamericanos tenían como objetivo supremo y último lograr la hegemonía mundial total en todas sus manifestaciones: política, económica y cultural.

El expansionismo imperialista era un asunto de política nacional cuando Vicuña Mackenna arribó a los Estados Unidos en 1853. En efecto, los principales partidos políticos de la época, *Whigs* y Demócrata, estaban discutiendo la aceptación de la Doctrina Monroe y la validez del derecho de conquista, derecho que Vicuña Mackenna asoció a tal política y cuestión sobre la cual no estaban de acuerdo. Más aún, don Benjamín agregó que el triunfo del Partido Demócrata en 1852 al final terminó por dar un impulso mayor a esta política porque, a pesar de este desacuerdo, el Presidente Pierce reconoció el derecho de conquista en su mensaje inaugural. La aceptación de esta decisión de Pierce fue general, a tal punto que el polígrafo destacó que "...ningún rasgo de su programa político ha sido más aplaudido y más conforme al espíritu invasor de la

nación.”³⁵⁸

En efecto, los norteamericanos ya estaban llevando la teoría a la práctica en esa época, tanto dentro como fuera del territorio continental de los Estados Unidos, con tal rapidez y premura que según Vicuña Mackenna los ingleses se estaban quedando atrás:

“La Inglaterra, más poderosa que ellos en elementos materiales, está gobernada por los consejos asustadizos y caducos de la monarquía, y por eso queda comparativamente estacionaria, por eso este país le toma a largos pasos la delantera en la iniciativa de todos los grandes movimientos que agitan al mundo.”³⁵⁹

Según explicó el polígrafo, “Una cruzada universal se organizó en esa época para desarrollar tales principios.”³⁶⁰ De hecho los norteamericanos enviaron una expedición al Japón para abrir el comercio de ese país al monopolio estadounidense y desafiar el monopolio inglés en su propia área de influencia.³⁶¹ También enviaron expediciones de exploración al Océano Pacífico para “...echar una mirada de codicia...”³⁶² desde las Islas Sandwich hasta Juan Fernández. Además, este mismo tipo de exploración se desarrolló aún dentro del mismo territorio continental norteamericano, para sondear los desiertos de los territorios incorporados en 1848 y así abrir una ruta para el ferrocarril transcontinental, cuya finalidad era contactar los puertos del Pacífico norteamericano con los centros mercantiles en Asia. Y estos hechos referidos no eran episodios aislados. Más bien eran sólo algunos ejemplos de esta tendencia, los más representativos, pues don Benjamín indicó que “...cien tentativas más para hincar más hondamente en todas direcciones la garra del Águila americana se hicieron simultáneamente.”³⁶³

Los tanteos de esta cruzada también terminaron con las garras del Águila americana posándose en América Central. Al año siguiente del paso de Vicuña Mackenna por los Estados Unidos, 1854, una expedición liderada por el norteamericano William Walker se hizo con el poder en la República de Nicaragua. Como bien reconoció el polígrafo, en un principio todo parecía el resultado de un afortunado golpe de mano de un grupo de forajidos, un acto más de filibusterismo. Sin embargo, el rápido e inusitado reconocimiento de la nueva autoridad nicaragüense por parte del gobierno de la Unión, echó por tierra esa impresión. Era un hecho para nuestro personaje que Walker era “...un delegado autorizado del gobierno americano, un agente de su política..., o si se quiere

³⁵⁸ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 244.

³⁵⁹ *Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 244.*

³⁶⁰ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 244.

³⁶¹ Sin duda Vicuña Mackenna aludía a la expedición del comodoro Matthew C. Perry, de la Armada norteamericana, que entró en la Bahía de Yedo, Japón, el 8 de julio de 1853, terminando con dos siglos de aislamiento de los nipones respecto del mundo occidental.

³⁶² Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 244.

³⁶³ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, pp. 244-245.

más amplitud todavía..., un gobernador nominal de este nuevo estado añadido a la Confederación Americana por el poder de las armas.”³⁶⁴ La evidencia era irrefutable y la complicidad de las autoridades norteamericanas evidente.³⁶⁵ Nicaragua constituyó en aquella época la cuarta tentativa de conquista que los norteamericanos emprendieron contra la América española, en el espacio de veinte años, precedida por Texas en 1836, México en 1848 y Cuba en 1851, cuestión que indica que esta práctica era sistemática. Además, se infiere que este accionar imperialista e intervencionista se había llevado a cabo en desmedro directo y exclusivo de los países latinoamericanos. ¿Cómo se explicaba esta contraproducente y desconcertante actitud de los norteamericanos respecto de América Latina? La clave para entender esta conducta subyace en las relaciones de los Estados Unidos con el resto de América. Por lo demás, en 1854 ya se hablaba en Estados Unidos de la construcción de un canal ístmico en América Central y Nicaragua era uno de los lugares señalados para intentar dicha obra.

La política exterior norteamericana respecto de América Latina, evidenciaba de forma palpable el deseo egoísta de hegemonía mundial de los “yankees”. En un mundo con naciones que competían entre ellas de forma constante, el logro de la supremacía norteamericana estaba asociado no sólo al incremento del poder relativo y potencial del país en sí mismo, sino también a la preponderancia y seguridad de la nación norteamericana en relación a sus vecinos inmediatos y sus posibles rivales de ultramar. Bajo este supuesto, era natural que la consecución de este objetivo generase ambiciones e intereses políticos, económicos y aún territoriales de carácter imperialista en América Latina, derivados del contexto geográfico donde el gigante del Norte se hallaba situado. En consecuencia, la preponderancia norteamericana en América Latina estaba muy ligada a un pensamiento hegemónico que tenía un cierto matiz defensivo y conservacionista. El detalle fue que, tanto a nivel político, económico y cultural, la seguridad y supremacía de los estadounidenses se consiguió, en parte, a costas de Latinoamérica.

Sin embargo, esta política también reflejaba la cultura e idiosincrasia del estadounidense, cuestión a la que hemos referido en los capítulos anteriores. El punto anterior es fundamental porque, a despecho de la responsabilidad de los propios latinoamericanos en el intervencionismo “yankee” y los intereses imperialistas asociados a la situación de hegemonía norteamericana en la zona, esta actitud estaba determinada con fuerza por el modo en que los estadounidenses veían y concebían a los demás pueblos, sobre todo aquellos de la América española.

Vicuña Mackenna estaba preocupado por el porvenir de las relaciones entre ambas zonas, incluido el aspecto político. Tenía razón en inquietarse porque en 1853 la

³⁶⁴ Vicuña Mackenna, Benjamín. Miscelánea. Colección de artículos, discursos, biografías, impresiones de viajes, ensayos, estudios sociales, económicos, etc. 1849 – 1872. Volumen I. Santiago. Imprenta de la librería del Mercurio de Orestes L. Tornero, 1872, p. 190.

³⁶⁵ La expedición de Walker y aquellas que le socorrieron después partieron todas desde puertos de la Unión, ante los ojos de las autoridades norteamericanas que hicieron la vista gorda e ignoraron las reclamaciones de los agentes diplomáticos de los países amenazados.

perspectiva de estas relaciones no era demasiado halagadora. El punto central era que, con un país con aires hegemónicos mundiales como los Estados Unidos, las relaciones entre países no podían ser sino asimétricas, es decir, de más fuerte a más débil y, por lo tanto, basadas en el poder real y potencial total de cada país, cuestión en la que la Unión Americana llevaba la delantera por amplio margen. Los norteamericanos, además, estaban conscientes de su poder y su ventaja sobre los demás pueblos del Nuevo Mundo. El polígrafo observó

“Que los americanos reconocen la proximidad de su predominio universal, es una teoría aceptada por todos; pero en cuanto a su predominio sobre la América española es un hecho consumado, según ellos, desde la guerra de México.”³⁶⁶

Por lo tanto, desde un principio las relaciones entre norteamericanos y pueblos latinoamericanos se establecieron en virtud de una relación de poder desigual, basadas en un criterio de superioridad de un país sobre otro, cuestión que condiciona las relaciones con el país del Norte hasta el día de hoy. Asimismo, para el poder hegemónico su posición de superioridad es exclusiva; por lo tanto, como bien destacó Vicuña Mackenna, “La América del Norte no acepta la *fraternidad* del continente del Sur, ni aún en el nombre.”³⁶⁷ Sin embargo, esta exclusividad egoísta no se debía sólo a la negativa a compartir el poder y la posición de hegemonía que el país disfrutaba en el Nuevo Mundo, sino que también estaba entrelazada con un arraigado prejuicio cuya base era la pretendida superioridad material, cultural y aún racial del anglosajón sobre los pueblos de habla hispana.

El desprecio del estadounidense anglosajón por todos los pueblos de origen latino era un hecho patente e indiscutible, señaló el polígrafo. Esta inferioridad del latinoamericano a ojos de los “yankees” quedó de manifiesto en un incidente que estos mismos contaron a Vicuña Mackenna. En efecto, le refirieron que una vez ocupada en 1848 la Ciudad de México, un riflero norteamericano ingresó en el salón del Congreso de México y bajo el solio de aquel importante lugar “...verificó un acto inhumano de humillación...”³⁶⁸. Este suceso reflejaba muy bien la forma en que los hombres del Norte concebían a los latinoamericanos y el trato que podía esperarse en virtud de tal concepción. Don Benjamín comentó que este incidente

“...era para ellos de una significación racional, una manifestación natural de sus ideas sobre el país invadido y el pueblo subyugado!... Era, en verdad, una manifestación natural... digna de la raza conquistadora...”³⁶⁹

En consecuencia, no se podía esperar un trato benigno y amistoso. Para el norteamericano, el abusar, expoliar y aplastar al más débil o al adversario, el “inferior”, en

³⁶⁶ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 260. *Cursivas en el original.*

³⁶⁷ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 260. *Cursivas en el original.*

³⁶⁸ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 261. Vicuña Mackenna no explicó el significado real de la expresión citada. Sin embargo, en virtud del contexto y el sentido mismo de la frase, el significado es obvio: casi con toda certeza puede afirmarse que el riflero norteamericano orinó o defecó en aquel salón.

³⁶⁹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 261.

definitiva, era una conducta normal y natural, acorde a su filosofía de vida basada en el materialismo, el egoísmo y la superioridad sobre los demás. Lo hacían todos los días con negros, chinos e inmigrantes. No había conflicto moral ni remordimientos al respecto. Entonces, los mismos parámetros de trato, pero a una escala mayor, lo aplicaban a los países latinoamericanos, a los cuales también consideraban inferiores.

El prejuicio norteamericano en relación al mundo latino estaba tan extendido que estimaban que América, considerada como tal, era sólo la Unión Americana, apreciación que también era compartida por los europeos. El resto de los países del continente conformaban lo que los “yankees” conocían por “...la *América española* fraccionada en el *Pacífico...*”³⁷⁰. Esta cuestión venía a significar que los estadounidenses y europeos consideraban a esta parte del continente americano como un todo homogéneo desde el punto de vista político, económico y cultural, sin hacer distinciones entre las diferentes nacionalidades. Además, se infiere, en base a la información entregada por el polígrafo, que las repúblicas latinoamericanas no ayudaban a mejorar esta desfavorable impresión. Las desventuras internas de estos países durante el transcurso del siglo XIX, sumidos en la inestabilidad política, revoluciones, discordia, disputas fronterizas, indolencia, pereza, deudas y atraso general, crearon en los norteamericanos la firme convicción en que América Latina estaba sumida en la anarquía e ingobernabilidad crónica y que, por lo tanto, no era capaz de bastarse a sí misma.

A estas acusaciones, Vicuña Mackenna arguyó que los países latinoamericanos no tenían argumentos que oponer, sino todo lo contrario, su inestable y errático desarrollo en cierta medida los justificaba. En consecuencia, el desprecio de los norteamericanos y su sentido de superioridad sobre el latinoamericano se hizo mayor, ahondando la brecha cultural existente entre ambas razas. Más aún, extremando nuestra interpretación, es evidente que para los “yankees” anglosajones la misma inferioridad latinoamericana justificaba el intervencionismo y las políticas imperialistas norteamericanas. Esta cuestión era evidente en el caso de México, que desde la guerra con Estados Unidos era candidato permanente para el intervencionismo. En la práctica, más que un país, los norteamericanos consideraban a México sólo como una provincia de su dominio, “...sobre la que vacilan solamente si la aceptarán desde luego o poco más tarde, en fracciones o por entero!...”³⁷¹. Daban por sentado que en el futuro este país les pertenecería.³⁷²

Según explicó Vicuña Mackenna, en el bienio 1853-1854, aparte de sus apetencias por México, los norteamericanos estaban inmersos en un decidido y sostenido proceso de intervención directa en América Central, a través de la fuerza militar, como en el caso

³⁷⁰ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 260. Cursivas en el original.

³⁷¹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 261.

³⁷² En efecto, el *New York Herald* de abril de 1853, citado por Vicuña Mackenna, refrenda en cierta medida esta impresión. Respecto de México, el aludido periódico norteamericano señaló que “La restauración de su miseria es imposible, su desprendimiento de las garras del Águila Americana es un mero sueño. México debe caer, en una palabra, México debe ser nuestro (*Mexico must fall. In a word, Mexico must be ours.*)”

CAPITULO V. LA POLITICA EN LA UNION AMERICANA (1853-1866) Y SUS PRINCIPALES LINEAMIENTOS: UNA CARATERIZACION SEGÚN LAS APRECIACIONES DE VICUÑA MACKENNA.

nicaragüense ya mencionado; o mediante la colonización y el control de los medios de comunicación y transporte, como era el caso de Panamá. Añadió que en la misma época también manifestaban un evidente interés por Cuba e incluso por América del Sur, que también estaba incluida dentro de las apetencias norteamericanas, pero de una manera más indirecta, pues "...sólo ambicionan hoy una influencia suprema, irresistible..."³⁷³.

Sin embargo, más allá de este último hecho, es indudable que a principios de la década de 1850, los Estados Unidos estaban extendiendo de forma lenta pero progresiva su control e influencia directa e indirecta, por diversos medios, sobre los demás países del continente americano. Además, es evidente que este proceso imperialista norteamericano, que se estaba desarrollando en forma patente en América Latina en 1853 y que seguiría haciéndolo en los años subsiguientes, reflejaba otros intereses, de carácter político, económico y aún geográficos, que sin dudas eran más importantes que los prejuicios culturales y raciales.

En términos políticos, como bien señaló Vicuña Mackenna en 1853, los norteamericanos no reconocían límite alguno a su influencia en el mundo. Sin embargo, desde un punto de vista territorial, reconocían su límite en la línea de Panamá. Esta delimitación evidencia un incipiente pensamiento expansivo, con ciertos ribetes de geopolítica, que procuraba crear una gran esfera de influencia en el Caribe y en el Golfo de México y que tenía como eje la zona antes referida. Por supuesto, tanto Nicaragua como Panamá estaban incluidas dentro de este "sistema geográfico" norteamericano por la proyección que tenían sobre ambos océanos y por las facilidades y posibilidades que ofrecían a la comunicación interoceánica, cuestión que explica la penetración norteamericana directa en ambos países. En consecuencia, según Vicuña Mackenna advirtió en 1856, el control de estas zonas era la clave del poder y engrandecimiento futuro de los norteamericanos.

En efecto, el polígrafo explicó que el patente interés de los norteamericanos en América Central estaba determinado por el deseo de éstos de disputar a los europeos la influencia y el comercio que tenían en la India y en Asia y poner coto a la amenaza y fuerzas de Inglaterra y Rusia. Pero la concreción de estos objetivos pasaba, en definitiva, por el control del Océano Pacífico. En este sentido, Nicaragua era esencial para asegurar la preponderancia norteamericana en el Pacífico porque su posición en América Central era estratégica. Estaba situada en el centro del globo, en "...el punto convergente de los dos grandes océanos en que se desarrolla el comercio del Asia y de la Europa"³⁷⁴ y contaba con tres o cuatro vías fluviales de comunicación interoceánica, como las del golfo de Tehuantepec. El lago de Nicaragua, además, estaba habilitado para la navegación.

³⁷³ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, p. 261. Un ejemplo de esta influencia mencionado por el polígrafo es el intento de protectorado norteamericano sobre Ecuador. Asimismo, se encuadran dentro de esta misma dinámica las actitudes de prepotencia y omnipotencia en relación a países más débiles de Sudamérica. Vicuña Mackenna señaló que cuando el Gobierno de Chile se negó a extraditar a un reo norteamericano en 1853, el titular del diario The Herald rezaba "BLOKADE OF VALPARAISO". El mismo medio de comunicación añadía que la Armada norteamericana se aprestaría a bloquear dicho puerto si la entrega del reo no se verificaba.

³⁷⁴ Vicuña Mackenna. Miscelánea..., Vol. I, p. 192.

Los norteamericanos querían aprovechar estas ventajas para establecer comunicación interoceánica entre ambos océanos utilizando los ríos y el mismo lago, mediante un sistema mixto de navegación a vapor y travesía por tierra.³⁷⁵ Era el conjunto de todas estas ventajas, indicó el polígrafo, la que inspiraba a los Estados Unidos "...un ávido interés por hacerse dueño de su territorio."³⁷⁶ Con ciertos matices, análogas razones sustentaban la penetración norteamericana en Panamá, con la salvedad que el medio para unir ambos océanos era el ferrocarril.

Sin embargo, a esta área de influencia concebida por los norteamericanos le faltaba un sólo eslabón para completarse y ese era Cuba. Vicuña Mackenna señaló que en 1853

“Cuba es la “estrella solitaria” que suspira por brillar en la constelación del pabellón del Norte. Con su posesión queda completo el sistema geográfico americano, tal cual les place hoy día el idearlo.”³⁷⁷

Cuba era vital para los intereses norteamericanos en 1853, importancia que mantendría por el resto del siglo XIX y trascendería al siguiente. Esta cuestión se explicaba porque, además de ser una proyección natural de la península de Florida, su posición ventajosa en el Caribe permitiría a los Estados Unidos controlar el acceso al Mississippi y también ejercer un control sobre el istmo de Panamá. Cuando Vicuña Mackenna viajó por segunda vez al país del Norte en 1865, a poco de finalizada la Guerra de Secesión, advirtió que el interés norteamericano en Cuba no había variado en lo fundamental. Más aún, se había acrecentado. El polígrafo señaló que, además de mantener la "...ambición secreta y antigua que acarician los hombres del norte, que cifran en la posesión de Cuba el complemento de su sistema marítimo..."³⁷⁸, los "yankees" habían aumentado de forma considerable su participación en el tráfico comercial con la isla. En consecuencia, en virtud de estos intereses y con la esperanza de hacerse algún día con la isla, la diplomacia norteamericana procuró mantener buenas relaciones con los ibéricos, cuestión que sin lugar a dudas perjudicó e hizo fracasar las gestiones de Vicuña Mackenna encaminadas a obtener el apoyo político y material norteamericano en la guerra entre Chile y España.³⁷⁹

Vicuña Mackenna estaba convencido que Cuba pasaría a manos de los norteamericanos tarde o temprano. En 1866 observó que

“Durante medio siglo, el águila del Norte contempla desde los sombríos farellones de las costas de Florida, separada de Cuba solo por un canal de 50 leguas, aquella presa de su codicia y aguarda con sus alas desplegadas solo la

³⁷⁵ Según mencionó Vicuña Mackenna, años antes de la intervención norteamericana en Nicaragua y en la época del máximo apogeo de la inmigración a California, una compañía naviera norteamericana, cuyo dueño era el armador neoyorkino Cornelius Vandervilt, concibió un proyecto de comunicación interoceánica mediante navegación a vapor por los ríos, el lago y recorriendo un corto trecho por tierra. Sin embargo, durante las negociaciones con el gobierno nicaragüense surgieron dificultades insalvables y las gestiones de la empresa no fructificaron.

³⁷⁶ Vicuña Mackenna. *Miscelánea...*, Vol. I, p. 192.

³⁷⁷ *Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 261.

³⁷⁸ Vicuña Mackenna, *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 191.

ocasión propicia para lanzarse sobre ella y anexarla!”³⁸⁰

En seguida añadió

“Que Cuba ha de pertenecer en época no lejana a los Estados Unidos por compra, o anexión, por conquista o sufragio universal que es otro modo de conquistar puesto hoy en boga por déspotas hipócritas, es un hecho tan necesario e imprescindible como el de su independencia de la España o el de la abolición de la esclavitud, cosas ambas que han de correr parejas en los encadenamientos del porvenir.”³⁸¹

En resumidas cuentas, Vicuña Mackenna estaba asociando y subordinando los futuros y forzosos cambios que veía venir en la historia cubana a los intereses de los Estados Unidos. En ese sobreentendido, como bien destacó el Profesor Cristián Guerrero Yoacham, don Benjamín no hacía sino anticipar la Guerra Hispano-Norteamericana de 1898 y sus resultados.³⁸² Sin embargo, si bien las apetencias norteamericanas en América Latina crearon aprensión en Vicuña Mackenna y entre los gobiernos latinoamericanos desde un principio, la aparición de la Doctrina Monroe en 1823 contribuyó a confundir y embrollar aún más el panorama.

Las actitudes del polígrafo hacia la Doctrina Monroe son algo ambivalentes y contradictorias, cuestión que se explica por los diferentes contextos y motivaciones asociados a sus viajes al país del Norte. Sin embargo, una cosa está clara: la evidencia contenida en sus notas de viaje muestra que desde un principio el polígrafo asoció esta declaración con el afán hegemónico mundial de los “yankees” y, por lo tanto, al imperialismo. En efecto, en 1853 afirmó que con esta doctrina se había establecido el principio de la “no influencia europea en América y de la influencia omnímota de su país en todas partes”³⁸³, afirmación que por lo demás no pertenece a Vicuña Mackenna, sino que era una cita extraída por el polígrafo de una fuente que no especificó. Pero, independiente de su fuente, es evidente que este aserto llamó su atención (cuestión que explica la inclusión de la cita textual), pues de ella se deduce que los norteamericanos querían ejercer una hegemonía total y completa en todo el mundo, incluida América, rechazando y desplazando el influjo que hasta ese momento habían ejercido los europeos en el Nuevo Mundo.

³⁷⁹ Análoga situación, señaló Vicuña Mackenna, se dio entre 1816-1818. La independencia de las repúblicas latinoamericanas encontró a los Estados Unidos indiferentes y hostiles, por lo menos desde un punto de vista político, porque necesitaban mantener la amistad de los españoles, con quienes estaban en tratos para adquirir Florida. En consecuencia, entorpecieron y negaron toda posibilidad de ayuda material para los independentistas dictando las leyes de neutralidad, las mismas por las cuales se arrestó y procesó al polígrafo años más tarde, en 1866, acusado de violarlas.

³⁸⁰ *Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. II, p. 43. Cursivas en el original.*

³⁸¹ *Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. II, pp. 41-42. Cursivas en el original.*

³⁸² Guerrero Yoacham. “La misión de Vicuña Mackenna...”, p. 59.

³⁸³ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 255. Comillas en el original. Se entiende por omnímota algo que lo abraza o abarca todo.

Más allá de si las anteriores consideraciones pueden en realidad deducirse del contenido literal o figurado de la doctrina establecida por el Presidente Monroe, Vicuña Mackenna volvió a hacer la misma asociación poco más tarde, cuando habló de la discrepancia existente en 1853 entre los partidos políticos norteamericanos respecto de la

“...aceptación de la doctrina de Monroe, pues los Whigs están satisfechos con el territorio ya adquirido y niegan el derecho de conquista, derecho que los demócratas no sólo no niegan sino autorizan y practican.”³⁸⁴

Es evidente que en virtud del vínculo hecho por el polígrafo entre ambos aspectos, la aceptación del derecho de conquista implicaba la aceptación de la doctrina. Por ende, la asociación entre Doctrina Monroe y derecho de conquista es clara y extensible, en consecuencia, al expansionismo e imperialismo, practicado en la época con el consentimiento político, porque estos últimos no eran más que los medios para conseguir la supremacía y hegemonía mundial y regional que los “yankees” tanto ambicionaban.

La siguiente mención a este principio político la encontramos en la biografía que el polígrafo escribió en homenaje al Presidente Abraham Lincoln en 1865 y viene a confirmar, en cierta medida, el aserto anterior. Siempre teniendo en cuenta que la doctrina fue un reto a Europa por parte de los estadounidenses, Vicuña Mackenna consideraba que

“La política de Monroe fue una dilatación enérgica, pero egoísta de la fuerza americana dentro de su orbita propia.”³⁸⁵

Estas apreciaciones iniciales de la Doctrina Monroe contrastan en cierta medida con la manera como Vicuña Mackenna veía este principio en el bienio 1865-1866. Como es sabido, en aquella fecha Vicuña Mackenna fue enviado a los Estados Unidos como Agente Confidencial del Gobierno de Chile³⁸⁶ para comprar buques y armamento e influir en la política y en la opinión pública estadounidense a favor de una intervención política y material norteamericana directa proclive a Chile en el conflicto con España. El propio don Benjamín definió su misión como “agitador”. En consecuencia, en función de esa finalidad y en virtud del rechazo a la ingerencia europea que proclamaba dicha doctrina, el polígrafo se encontró hablando en multitudinarias asambleas y meetings acerca de este principio político y pidiendo su aplicación explícita por parte del Gobierno Norteamericano. Incluso en New York publicó un diario, La Voz de la América, que alcanzó bastante divulgación y sacó a luz dos libros explicando la posición de Chile.³⁸⁷

³⁸⁴ Vicuña Mackenna. Páginas de mi diario..., Vol. I, pp. 255-256.

³⁸⁵ Vicuña Mackenna. Abraham Lincoln, ya citado, p. 35.

³⁸⁶ El tema ha sido estudiado por el Profesor Cristián Guerrero Yoacham, “La misión de Vicuña Mackenna a los Estados Unidos (1865-1866)”, en Atenea. N° 453-454. Concepción, 1986, pp. 239-275. También esta publicado en Boletín de la Academia Chilena de la Historia. N° 97. Santiago, 1986, pp. 35-68.

³⁸⁷ Los libros publicados bajo el nombre de Daniel Hunter (secretario de Vicuña) se titularon: A Sketch of Chili. Expressly Prepared For The Use of Emigrants From The United States And Europe To That Country. New York, Printed by S. Hallet, 1866, 53 pp. El segundo: Chili, The United States And Spain. New York, Printed by S. Hallet, 1866, 128 pp.

Teniendo los Estados Unidos y América Latina como trasfondo una historia político-diplomática con intervenciones, amenazas y reclamos por parte de la primera, como ha quedado constancia, esta inusual petición, en apariencia contradictoria, se explica por varias razones. La “flexibilidad” de Vicuña Mackenna en relación a la Doctrina Monroe estaba impregnada del idealismo que caracterizaba al polígrafo. En ese entendido, además de su enorme deseo de auxiliar al país en esa hora de necesidad, don Benjamín pensaba que los norteamericanos habían aprendido la lección histórica y moral derivada del castigo que había predicho sufriría la Unión en 1853 y que se materializó años más tarde con la Guerra Civil. También contribuyó a fomentar esta actitud la política reconciliadora puesta en práctica por el Presidente Abraham Lincoln, destinada a subsanar las diferencias y reclamos existentes entre los Estados Unidos y las naciones latinoamericanas, entre ellas Chile. Por último, la simpatía y entusiasmo generado en Chile a favor de la Unión en su lucha contra los Estados Confederados de América influyó en gran medida a generar un ambiente de confianza y optimismo respecto de la posible ayuda norteamericana en la guerra de Chile contra España.³⁸⁸ En suma, Vicuña Mackenna creyó que los norteamericanos habían cambiado y habían modificado su accionar egoísta y utilitarista.

Sin embargo, la actitud ambivalente de Vicuña Mackenna, que reunía idealismo con realismo, no hacía más que reflejar también la forma como se percibía esta doctrina entre las naciones de América Latina. En efecto, una lectura de los discursos e informaciones de diarios norteamericanos referentes a las actividades de propaganda de Vicuña Mackenna en los clubes y ligas en 1865 y 1866 muestra que la creencia en la Doctrina Monroe como una declaración “...de alianza continental contra las invasiones de la Europa monárquica...”³⁸⁹, como señaló el New York Herald, del 3 de diciembre de 1865, estaba bastante extendida entre los latinoamericanos. Según esta forma de verla, la doctrina era valorada como un principio absoluto y vital para la supervivencia de la libertad, las instituciones republicanas y la democracia en toda América. Más aún, Vicuña Mackenna aseveró elocuente en el meeting del *Cooper Institute*, que este principio estadounidense podía ser considerado como

“...la base del derecho mismo internacional de la América..., porque la América republicana y democrática, tiene una teoría propia de existencia y expansión, como los países monárquicos de Europa tienen sus doctrinas de equilibrio y de dinastías, y la base de aquella teoría es la doctrina Monroe.”³⁹⁰

En el fondo, Vicuña Mackenna equiparaba y oponía la Doctrina Monroe a los principios políticos que habían determinado el desarrollo de los países europeos y las relaciones diplomáticas que estos Estados sostenían entre sí. En ese entendido, la Doctrina Monroe

³⁸⁸ Para más detalles en relación a las relaciones diplomáticas entre Chile y los Estados Unidos durante la Administración Lincoln, además del sentimiento de simpatía generado en Chile a favor de la causa de la Unión durante la Guerra Civil norteamericana, véase el artículo del Profesor Cristián Guerrero Yoacham, “Chile y la Guerra de Secesión de los Estados Unidos (1861-1865)”, en Boletín de la Academia Chilena de la Historia, N° 89. Santiago, 1975-1976.

³⁸⁹ Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 264.

³⁹⁰ Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 280.

actuaría como aglutinador de las distintas nacionalidades en una sola gran alianza continental que contrarrestaría cualquier amenaza proveniente del Viejo Mundo. La influencia del pensamiento panamericanista de Vicuña Mackenna en estas afirmaciones es notoria, reflejando una creencia en la posibilidad de una alianza continental americana entre los distintos países del hemisferio que garantizara la integridad territorial e independencia de cada nación, idea que era compartida por muchos personajes connotados del mundo intelectual y político de América Latina, entre ellos, por supuesto, el polígrafo chileno.³⁹¹

Sin embargo, las dificultades y obstáculos encontrados durante el desempeño de su misión, además del análisis y la comprensión más cabal de los lineamientos que guiaban la política exterior norteamericana, como el principio de las alianzas embarazosas, el principio de neutralidad y la misma Doctrina Monroe, pronto desengañaron a Vicuña Mackenna y acabaron con las falsas esperanzas de ayuda norteamericana. En efecto, un examen más exhaustivo de la Doctrina Monroe le llevó a sostener que ésta era, más que una teoría, un principio político con un marcado carácter práctico y utilitario, utilizado por los norteamericanos para su provecho en desmedro exclusivo de los demás países de América Latina. Además, manifestó que, a pesar de su contenido, no era una doctrina propiamente tal, entendida esta como un sistema o conjunto de creencias, ideas y aspiraciones reunidas en un todo coherente. En su opinión, la Doctrina Monroe era más bien una declaración vaga, que nunca había sido definida en forma precisa y que, en virtud de esa indefinición y de ser un principio político práctico, era interpretada y usada por los hombres del Norte según su conveniencia y capricho y cuando lo creyesen conveniente.

Esta vaguedad de la doctrina se extendía a su existencia misma. Vicuña Mackenna no consideraba que fuera verdad, porque lo que afirmaba la declaración en sí misma nunca se había llevado a la realidad; pero tampoco negaba su existencia, no la consideraba una mentira, porque desde su aparición en la escena internacional en 1823, los norteamericanos habían pregonado sus aspiraciones en diferentes instancias de expresión política. Por lo tanto, lo único que podía afirmarse de ella, no siendo verdad y tampoco mentira, era que existía.

En vista de estas consideraciones, Vicuña Mackenna llegó a la conclusión que la Doctrina Monroe, considerada en su esencia y en su origen, no era más que un “*humbug*” (farsa o pampolina) y un plagio. El polígrafo fundamentó esta impresión en la evidencia histórica. En efecto, el polígrafo afirmó que la Doctrina Monroe, es decir, “...el principio de que la América debe ser solo para los Americanos (America for the americans) sin la intervención de las potencias europeas...”³⁹², en realidad había sido creado por Thomas Jefferson y el británico George Canning. Ambos, por distintas razones y con algunos años

³⁹¹ Para más detalles sobre esta postura panamericanista en la época en referencia, véase: Ricardo Donoso, Don Benjamín Vicuña Mackenna: Su vida, sus escritos y su tiempo: 1831-1886. Santiago, Imprenta Universitaria, 1925; Eugenio Orrego Vicuña, Vicuña Mackenna: Vida y trabajos. Santiago, Universidad de Chile, 1932; y Cristián Guerrero Yoacham, “Chile y la Guerra de Secesión de los Estados Unidos (1861-1865)”, en Boletín de la Academia Chilena de la Historia, N° 89. Santiago, 1975-1976.

³⁹² Vicuña Mackenna. Diez meses de misión..., Vol. I, p. 412. Paréntesis e idioma inglés en el original.

CAPITULO V. LA POLITICA EN LA UNION AMERICANA (1853-1866) Y SUS PRINCIPALES LINEAMIENTOS: UNA CARATERIZACION SEGÚN LAS APRECIACIONES DE VICUÑA MACKENNA.

de diferencia, estaban interesados en limitar o excluir de forma definitiva la influencia europea en América, cuestión que convenía a los intereses estadounidenses y británicos. Las ideas de Canning y Jefferson fueron tomadas y reformuladas por John Quincy Adams, Secretario de Estado del Presidente Monroe, tras lo cual nació la citada doctrina en el Mensaje al Congreso de este último en Diciembre de 1823.

Vicuña Mackenna agregó que la primera vez que se pusieron en práctica los principios de la doctrina, los resultados no fueron los esperados. En virtud de las ideas expresadas por la doctrina misma, se pidió a los Estados Unidos el envío de dos representantes al Congreso de Panamá, convocado por Bolívar, cuya finalidad era sentar las bases de una confederación americana. La administración Adams designó dos ministros, que tenían que ser confirmados por el Senado. Sin embargo, este hecho originó una tremenda y prolongada polémica en aquella instancia legislativa, porque el proyecto y la participación norteamericana en él eran contrarios a los principios de la Constitución y la política estadounidense, que prohibía las alianzas embarazosas. Al final el nombramiento se aprobó por una escasa diferencia de votos, cuestión que no sirvió de nada porque los delegados no alcanzaron a llegar a tiempo a la reunión. Pero más importante que eso, afirmaba Vicuña Mackenna, era el hecho que el debate político derivado del envío de los delegados norteamericanos al Congreso de Panamá había puesto en tela de juicio la doctrina antes enunciada, no sólo evidenciando sus limitaciones y restricciones, sino también reduciéndola a lo que en realidad era "...y lo que será durante la consumación de los siglos, esto es, a una farsa política, a un *humbug* internacional."³⁹³

Vicuña Mackenna consideraba que, desde su creación, la Doctrina Monroe nunca se había aplicado en su verdadero sentido, aquel que creía le atribuyeron sus verdaderos creadores y que coincidía con la forma en que él la comprendía, esto es, rechazar la influencia europea en América y preservar el continente en manos de los americanos, fuera cual fuera la nacionalidad de estos. Más bien consideraba que la idea original se había distorsionado y malinterpretado, utilizándose de forma más o menos constante en desmedro de los distintos países de Latinoamérica, como lo indican los ejemplos que el mismo polígrafo entregó: Texas, 1835; México, 1846; Islas del Lobo, 1849; San Juan del Sur, 1851; Paraguay, 1853; América Central, 1855; Imperio de México, 1863; Santo Domingo, 1864; Ecuador, 1866; y el bombardeo de Valparaíso por la escuadra española en 1866, que fue ejecutado a vista y paciencia de una escuadra norteamericana surta en el puerto.

Al final, a pesar que Vicuña Mackenna no fue capaz de captar todas las características y sutilezas que englobaba este principio de política internacional estadounidense y tomando en cuenta el hecho que malinterpretó la doctrina en virtud de su americanismo y su deseo de ayudar a Chile en la guerra con España, el polígrafo comprendió lo suficiente para advertir que la Doctrina Monroe no era más que una forma o más bien un medio que los norteamericanos utilizaban para asegurar y consagrar su predominio sobre el hemisferio occidental y proteger los intereses políticos, geográficos y económicos derivados de su situación hegemónica en él. En 1866 escribió que

³⁹³ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 417. Cursivas en el original.

“En verdad de verdades, lo que hay de cierto sobre la doctrina Monroe es que los yankees se imaginan que el Nuevo Mundo, todo entero, es una gran casa de la que son ellos solos propietarios y nosotros simples inquilinos; y como ellos tienen la llave de la puerta de la calle (que es el Istmo), creen que a medida que su propia familia vaya creciendo nos irán desalojando uno por uno para acomodar a los suyos.”³⁹⁴

La diferencia en la aplicación de la Doctrina Monroe, explicó el polígrafo, radicaba en el destinatario. Si era un país poderoso, los “yankees” recurrían a la negociación y al dinero para obtener lo que deseaban. Cuando era un país latinoamericano, recurrían a la intervención directa e intimidación con tal de proteger sus intereses, como había sido la regla desde la aparición de aquel principio en 1823. Vicuña Mackenna concluyó afirmando que

“Esta es la versión más antigua, más popular, más ajustada a la lógica de la historia y a la raza americana del gran principio llamado America for the americans y cuya traducción más fiel es esta: América para los yankees...”³⁹⁵

Sin embargo, en una actitud muy autocrítica, Vicuña Mackenna no hacía recaer toda la culpa de las políticas imperialistas e intervencionistas de los Estados Unidos en los mismos norteamericanos, sino que también hacía extensiva la responsabilidad a los propios latinoamericanos. En su opinión, éstos tenían al menos la mitad de la culpa en el imperialismo que afectaba a Latinoamérica en aquella época. El polígrafo explicó que los latinoamericanos mismos muchas veces comprometían el destino de sus países, sumidos en rencillas internas, preparando e invocando la intervención externa en vez de impugnarla. En ese entendido, señaló, el intervencionismo y filibusterismo “yankee” no sólo se aprovechaba de la desunión y discordia interna de los países de América Latina, sino también de las peticiones de auxilio y protección que los mismos latinoamericanos hacían al país del Norte. En un claro reproche a los latinoamericanos y en especial a sus políticos, don Benjamín escribió

“¿Por qué entonces nos indignamos como delante de una sorpresa y de una traición de estos atentados cuya tradición hemos autorizado?”³⁹⁶

Es por esta razón y teniendo en cuenta todos los matices propios de la política exterior norteamericana, el polígrafo hizo una sensata advertencia a las naciones de América Latina, que es válida hasta el día de hoy:

“Persuádase la América del Sud de estas verdades que vamos apuntando, que así se hará mucho más llano su camino en el porvenir; persuádase de que si se

³⁹⁴ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. II, p. 128.

³⁹⁵ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. II, p. 129. *Cursivas e idioma inglés en el original. Para mayor información sobre los antecedentes, orígenes y sentido de la Doctrina Monroe, véase el artículo del Profesor Cristián Guerrero Yoacham, “La Doctrina Monroe: ¿Propuesta Interamericana? Reflexiones.”, en Estudios Norteamericanos. Vol. 3, N° 3. Santiago, Asociación Chilena de Estudios Norteamericanos, 2004, pp. 119-125. Es curioso observar que Vicuña Mackenna no mostró conocer el Corolario a la Doctrina Monroe expresado por el Presidente James Polk en 1845 que reenfatizó el rechazo a la presencia europea en el Nuevo Mundo y consideró una afrenta a los Estados Unidos cualquier acción, interposición o intervención europea en América.*

³⁹⁶ Vicuña Mackenna. *Miscelánea...*, Vol. I, p. 198.

deja su suerte confiada al capricho y a la omnipotencia de los fuertes, vivirá siempre suspendida entre los abismos, y persuádase sobre todo que jamás es lícito depender del buen o mal humor de un potentado, de su gracia o de su antipatía, para llegar al lícito desenlace de sus complicaciones internacionales.”

397

Esta advertencia en el fondo reflejaba el desengaño de Vicuña Mackenna respecto de la política norteamericana. En 1866 se dio cuenta con claridad que los norteamericanos no habían cambiado mucho en términos políticos, no habían modificado su accionar egoísta y utilitarista que los caracterizaba en 1853. Es evidente que no habían aprendido las lecciones que le depararon su propia historia y la Guerra de Secesión. La misma premisa es aplicable a su política internacional en relación a América Latina. Esta no había variado en sus principios básicos. Tanto en 1853 como en 1866 esta se había caracterizado por el intervencionismo e intimidación constante hacia las naciones del resto de América en virtud de los intereses políticos, geográficos y económicos que los norteamericanos buscaban conseguir o proteger.

La Guerra de Secesión, considerada en esta perspectiva, constituyó un paréntesis, una pausa, una excepción temporal en esta dinámica. En efecto, a causa de estar sumida en una guerra interna y por ende, en una situación de debilidad externa, la Unión Americana adoptó por conveniencia una actitud menos agresiva y beligerante en sus relaciones internacionales, actitud que se vió reflejada en algunos incidentes internacionales acaecidos durante el periodo 1861-1865, en los cuales los norteamericanos prefirieron ceder y adoptar una actitud más conciliadora.³⁹⁸ Lo mismo puede decirse de la política latinoamericana seguida por Abraham Lincoln, destinada a solucionar las rencillas, reclamos y desacuerdos existentes entre los Estados Unidos y las naciones de América Latina.

Sin embargo, ambas situaciones fueron excepcionales. De hecho, una vez fallecido el Presidente Lincoln y finalizada la Guerra Civil, los norteamericanos volvieron a sus antiguas costumbres. Así lo atestigua el patente interés por Cuba que manifestaban en 1866 y que Vicuña Mackenna advirtió durante sus gestiones para conseguir el apoyo político y material de los Estados Unidos a Chile en el conflicto con España. El polígrafo notó y destacó que, en una actitud rebosante de egoísmo e individualismo, los norteamericanos sólo se preocupaban por proteger sus intereses de todo tipo mediante intervención directa e indirecta, intimidación, amenazas, “...reclamos, indemnizaciones y todo género de hostilidades pecuniarias...”³⁹⁹. Ni siquiera Chile estaba exento de este tipo de hostilidades, pues mencionó que el reclamo norteamericano por el problema del Macedonian se había constituido en la base de las relaciones diplomáticas con el país del Norte en la práctica, ya que “...para ese solo fin uno y otro país han tenido acreditados

³⁹⁷ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 209.

³⁹⁸ Vicuña Mackenna mencionó algunos de estos incidentes: el negocio del Trent con Inglaterra, 1861; el acuerdo Davis con Francia, 1862-63; la entrega de Argüelles a España, 1864; el apresamiento del Florida por parte de Brasil, 1865. A juicio del polígrafo, todos estos episodios constituyeron humillaciones diplomáticas para los Estados Unidos.

³⁹⁹ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 201.

sus agentes por el espacio de treinta años.”⁴⁰⁰

En este sentido, la política “yankee” era eminentemente realista, pragmática, descarnada y práctica, acorde a los tiempos que se vivían, en los cuales las relaciones internacionales entre los países se desarrollaban según las conveniencias e intereses y no por criterios morales. Los norteamericanos no eran la excepción a esta regla y, por lo mismo, esta forma realista, individualista y egoísta de concebir las relaciones políticas estaba muy interiorizada en la idiosincrasia del país. En efecto, a propósito de la Doctrina Monroe, en 1866 un orador estadounidense, Theodore Tolimson, afirmó en el meeting del *Cooper Institute* que

“En mi concepto, eso que se llama ley internacional no es sino una quimera... No hay más ley internacional que la de la propia conservación, la de la propia defensa, y esto es lo que nosotros debemos practicar. Por nuestro propio interés, por nuestra propia conservación debemos nosotros sostener la doctrina Monroe...”⁴⁰¹

Este modo de concebir las relaciones internacionales explicaba en gran medida las actitudes abusivas, expansionistas e imperialistas que los norteamericanos tenían con otros países, sobre todo en América Latina. Ante todo se trataba de sobrevivir y prevalecer, aunque fuera a costa de los demás. Como es lógico y obvio, esta concepción contrastaba con la forma idealista y moral en que las concebía el polígrafo y las críticas y observaciones realizadas por éste reflejan con fuerza este idealismo. Sin embargo, al final Vicuña Mackenna terminó por comprender que aquel proceder realista era la regla general más que la excepción en las relaciones entre naciones y que los Estados Unidos,

“...aquel grande y temible, no obedecía sino a una sola aspiración en su ley de crecimiento, a saber, la de engrandecerse a sí propio a expensas del universo entero...”⁴⁰²

En consecuencia, refrendando en cierta medida las impresiones que se formó en su primer viaje al país, en 1866 Vicuña Mackenna no creía que los países de Latinoamérica, incluido Chile, pudiesen esperar algo de los Estados Unidos en un sentido político. Era indudable para el polígrafo que la política norteamericana y los hombres que la ponían en práctica “...representaban en el poder las tradiciones, las exigencias y hasta la expresión genuina del carácter nacional...”⁴⁰³, los cuales se inclinaban inevitablemente hacia la supremacía y hegemonía omnímoda y exclusiva de los norteamericanos sobre el mundo. Y ante esto no había nada que hacer.

Sin embargo, pese a este poco favorable panorama y a pesar de la debilidad relativa de la Unión Americana a causa de la guerra intestina que la desangró durante cuatro años, para Vicuña Mackenna el poder de los norteamericanos en 1866, así como en 1853, era innegable. Los contrastes y contradicciones que vió durante su paso por el país

⁴⁰⁰ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 201.

⁴⁰¹ *Vicuña Mackenna. Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 275. *Cursivas en el original.*

⁴⁰² *Vicuña Mackenna. Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 189.

⁴⁰³ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 189.

durante sus dos viajes le dejaron una impresión algo amarga y un cierto grado de resentimiento. Pero conservó su admiración inequívoca por el poder de los Estados Unidos. En 1853, al dejar el país, reconoció que

“...yo llevaba conmigo sólo mi admiración por su poder, pero debo confesarlo, admiración desnuda, sin simpatía ni entusiasmo...”⁴⁰⁴

En consecuencia, en vista del poder y potencial que apreció en 1853 y 1866 y a pesar a los reparos que tenía contra los “yankees”, para Vicuña Mackenna el destino futuro de la Unión Americana era inexorable e indudable. Con el tino y sagacidad que lo caracterizaban y que a la larga le darían la razón con el transcurso de los años, afirmó que

“Mi admiración, en efecto, por los Estados Unidos, era como a pesar mío, pero ¿Quién pudiera negarse a reconocer los inmensos destinos que aguardan a este pueblo, la primera nación del mundo, hoy mismo, en el sentido en que el mundo comprende el poder y la grandeza?”⁴⁰⁵

Ahora bien, este conjunto de impresiones favorables y desfavorables que hemos referido en el transcurso de los capítulos anteriores en relación a la potencia del Norte no podía obviar el hecho que, para bien o para mal e independiente de la arbitrariedad de la política norteamericana en relación a América Latina, de alguna u otra manera ambos mundos, el latino y el anglosajón, estaban interactuando y estrechando su contacto durante el periodo 1853-1866. En ese entendido y siempre considerando que la relación de ambas “Américas” era asimétrica y desigual, ¿Anticipó Vicuña Mackenna la influencia norteamericana en Chile y América Latina durante el siglo XX, entendida ésta como un proceso de contacto político, económico, cultural y aún militar entre ambas culturas? Nuestra respuesta es afirmativa. Es evidente que en 1853, a pesar que nuestro personaje consideraba que los latinoamericanos no podían esperar nada de los “yankees”, no descartaba la posibilidad que el fenómeno se produjera. Como bien dijimos antes, su impresión inicial en relación a este proceso era desfavorable. En aquella época pensaba que

“En verdad, si la América del Norte comunicara algo de su ser y de su influencia a país alguno, no sería ciertamente por expansión generosa, sino, cuando más, por una egoísta y fría asimilación de intereses.”⁴⁰⁶

Sin embargo, de inmediato agregó:

“Pero si la América del Sur nada puede aguardar para su bien de la simpatía y de la influencia americana, que tan benéfica pudo ser si fuera racional y justa, tampoco debe temerla si ella se mantiene racional y justa dentro de sí misma.”⁴⁰⁷

Por lo tanto, independiente de sus aspectos negativos, el polígrafo percibía la influencia norteamericana como una posibilidad concreta en el futuro. Años más tarde, en 1866 y

⁴⁰⁴ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 243.

⁴⁰⁵ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 244.

⁴⁰⁶ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 263.

⁴⁰⁷ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 263.

pese a los resultados desfavorables de la misión diplomática confidencial que se le encomendó en la Unión Americana aquel año, don Benjamín sostenía una opinión similar. Si bien señaló que no se podía esperar nada en lo político del país del Norte, como ya hemos dejado constancia, afirmó que no por eso iba a "...sostener nuestro apartamiento o nuestra ruptura moral con esos pueblos."⁴⁰⁸ Todo lo contrario, pues Vicuña Mackenna reafirmó su creencia de antaño en los Estados Unidos como un gran pueblo, sosteniendo que

"...con ninguno de la tierra debemos estar en más estrecho contacto mercantil y político. En ninguno tampoco encontraremos jamás un apoyo más eficaz, más pronto y más poderoso que en aquella república..., cuyos hijos tienen el poder de todas las cosas, incluso el de las cosas imposibles."⁴⁰⁹

A pesar que esta opinión está determinada en parte por la tirria y ojeriza que Vicuña tenía a los ingleses, cuya influencia en Chile creía se debía contrarrestar mediante el contacto con los "yankees", es evidente que el polígrafo consideraba que un país como Chile podía obtener grandes beneficios al estrechar relaciones con los Estados Unidos. Sin lugar a dudas, presentía que iba a llegar el día en que los estadounidenses iban a arribar en tropel a nuestras costas a negociar y comerciar, a asentar sus intereses en definitiva. Y en efecto, en 1866 los barcos de la Armada norteamericana, los mismos que permanecieron impasibles mientras los españoles bombardeaban Valparaíso, recalaban en forma regular en puertos chilenos. Este era sólo el principio. A este respecto, el polígrafo afirmó en 1866 que

"El cielo ha de querer que cuando nos toque nuestro turno, que ha de ser allá por el siglo nuevo (que ya está bien cerca!) han de encontrar la huésped tan crecida que no han de caber los dos juntos en la casa..."⁴¹⁰

En consecuencia, pese a que los contactos entre ambos países eran limitados entre 1853 y 1866, como el mismo Vicuña Mackenna reconoció, la misión del contralmirante Simpson a los Estados Unidos en 1864; la gestión diplomática de Francisco Solano Astaburuaga durante la conflagración con España; la misión confidencial del mismo Vicuña Mackenna en busca de apoyo político y material norteamericano durante el mismo conflicto; la compra de buques, armas y municiones y el envío a Chile de un grupo de oficiales navales y técnicos especialistas estadounidenses, veteranos de la Guerra de Secesión, para colaborar con su experiencia en la guerra con los hispanos, ambas gestiones realizadas por el polígrafo; y, por último, la llegada de productos y agentes comerciales "yankees" a Chile para abrir el mercado chileno al comercio del país del Norte en 1878, no sólo pueden ser considerados antecedentes de la influencia norteamericana en sí misma, sino que también estaban configurando y mostrando lo que sería el futuro. Hoy en día, más de un siglo y medio después de los primeros viajes realizados por el polígrafo al país del Norte e independiente de las desventajas de este proceso de contacto, la influencia política, económica, cultural y militar de los

⁴⁰⁸ Vicuña Mackenna. *Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 6.

⁴⁰⁹ *Vicuña Mackenna. Diez meses de misión...*, Vol. I, p. 6.

⁴¹⁰ *Vicuña Mackenna. Diez meses de misión...*, Vol. II, p. 129.

norteamericanos en Chile es una realidad incuestionable e innegable.

CONCLUSIONES

“Yo me he puesto como el emisario último llegado en medio de la gran familia de los que aman el bien y la verdad, y les he contado con el alma sana y mi memoria serena lo que he visto entre los hombres y las cosas de otros pueblos.”⁴¹¹

Benjamín Vicuña Mackenna, 1856.

Vicuña Mackenna fue un viajero incansable e infatigable. Sus periplos lo llevaron por muchos países, tanto en Europa como en el Nuevo Mundo, cuestión que le brindó la oportunidad de conocer y contrastar diferentes realidades. Pero no viajaba por placer pues sus giras cumplían un severo programa impuesto por el destino. Sin embargo, esta misma creencia en un destino también reflejaba la fe en una misión superior, la cual consistía en que la

“...verdad que la distancia y nuestra posición, la tradición y los hábitos del país han hecho tan tardía como necesaria, brille pura una vez, y que a su luz algunos errores puedan desaparecer de la gran suma de absurdo y atraso que a la par de tan generosas virtudes, hemos recibido en herencia de nuestra raza y de nuestra historia.”⁴¹²

Esta finalidad explica, en parte, la permanente preocupación de Vicuña Mackenna por dejar testimonio y consignar en un diario de viaje las principales vivencias e impresiones

⁴¹¹ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, Prefacio, p. 17.

⁴¹² Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, Prefacio, p. 18.

de sus travesías. Sin embargo, nuestro objetivo es diferente y más pedestre. Básicamente se trató de reunir, seleccionar, sistematizar, analizar e interpretar en un todo coherente las observaciones e impresiones que el viajero realizó durante sus viajes a los Estados Unidos.

Entonces, una vez realizada dicha labor, ¿qué podemos concluir del conjunto de apreciaciones hechas por el polígrafo en relación a la Unión Americana? La primera consideración que se desprende de la evidencia documental es la profunda desilusión de Vicuña Mackenna tras interiorizarse de los contrastes y contradicciones de la sociedad norteamericana. En las páginas de sus notas de viaje el desengaño, reflejado en la crítica severa y descarnada, es predominante. No hay que olvidar que don Benjamín juzgó a los norteamericanos desde un punto de vista esencialmente moral. Y es evidente también que los estadounidenses tenían muchos defectos, cuestión que los juicios y críticas del polígrafo reflejan y resaltan. En consecuencia, teniendo como base esta impresión negativa acerca de los Estados Unidos, uno de sus biógrafos afirmó que

“...sus andanzas por tierras de Yanquilandia no le dejaron un grato recuerdo, ni la vida norteamericana grabó en su alma la más ligera huella de afecto, de simpatía o reconocimiento.”⁴¹³

Sin embargo, esta visión negativa del país y de su gente, visión predominante tras la lectura de sus notas de viaje y avalada en cierta medida por sus biógrafos, era algo engañosa. En efecto, pese a los duros reproches que hace a los norteamericanos, Vicuña Mackenna también reconocía que “Hay ciertamente bellas cosas y bellos caracteres en esta vasta tierra americana, que la hacen respetable y simpática...”⁴¹⁴, y advertía a los posibles lectores de sus notas de viaje que no debían juzgar “...a la nación americana de un modo omnímodo.”⁴¹⁵ Para el polígrafo era evidente que, a pesar de sus defectos, los norteamericanos también tenían cosas positivas y que, además, no habían renegado totalmente de los valores y virtudes que los que hacían gala desde los primeros tiempos. En 1853 destacó en su diario de viaje que

“Yo he conocido nobles caracteres y penetrado en el santuario doméstico, el home sagrado, y no he tenido sino virtudes que admirar; yo he presenciado bellos ejemplos de respeto a la ley, he vivido aquí libre y soberano de mí mismo, como lo es todo individuo bajo la protección de la ley; he visto en esos incendios de cada hora en Nueva York, millares de hombres precipitarse con el ardor generoso de la caridad en los peligros más ingloriosos; he visto tantos y tan bellos institutos de caridad pública, tantos desgraciados rodeados de consuelo, tanto oprimido abrigado por la hospitalidad, tanto miserable socorrido con los auxilios de la caridad publica!”⁴¹⁶

Doce años después, con ciertos reparos y a pesar del cúmulo de críticas que añadió en

⁴¹³ Donoso. *Don Benjamín...*, p. 48.

⁴¹⁴ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 254.

⁴¹⁵ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 254.

⁴¹⁶ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 254. *Cursivas en el original.*

su segunda visita al país del Norte en 1865, el polígrafo reafirmó su creencia en la Unión Americana como un gran país. En consecuencia, de ello se infiere que la impresión final de Vicuña Mackenna sobre el país del Norte no era tan negativa como parece serlo en un principio. A nuestro juicio es evidente que las despiadadas críticas que hizo a los “yankees” ocultaban una profunda admiración y atracción hacia los Estados Unidos. Por lo tanto, en definitiva sería más apropiado señalar que esta nación generaba sentimientos encontrados en don Benjamín, en los cuales se mezclaban indistintamente la desilusión, la crítica y la admiración, cuestión que reafirmó en 1853 cuando concluyó convencido que **“...los Estados Unidos son un gran país, son la primera nación del orbe, por más que su raza nos sea justamente antipática.”**⁴¹⁷

Vicuña Mackenna admiraba a los norteamericanos y manifestó un permanente interés por los Estados Unidos que se extendió a lo largo de toda su vida. Siempre estuvo pendiente de los “yankees”, sus avatares y sus logros, cuestión que quedó en evidencia años después de su último viaje a la Unión, en 1878, cuando escribió una serie de artículos que fueron publicados con el título de “Terra Ignota”, los cuales versaban sobre los logros económicos de California, y en la polémica que sostuvo sobre el mismo tema con Zorobabel Rodríguez en el diario El Independiente. Además, en sus notas de viaje se refirió a este país con expresiones que reflejaban de forma patente ese sentimiento: “la gran nación del progreso”, “la Gran República”, “el gran país de la edad moderna”, “la primera nación del mundo”, la “Nación más poderosa de la Edad Moderna” y “el poder civil y militar más vasto que existe hoy día sobre la faz de la tierra y de los mares”, entre otras expresiones similares que hemos transcrito a propósito en los capítulos anteriores. Sin embargo, además de admiración, estas expresiones también demuestran de forma tácita lo que Vicuña Mackenna pensaba de los norteamericanos.

A nuestro juicio, es evidente que Vicuña Mackenna consideraba que los Estados Unidos eran una potencia mundial de primer orden en 1853 y años después, en 1866, ratificó esta impresión. Creía a cabalidad que los norteamericanos eran la primera nación del mundo en términos políticos, económicos y militares, profetizando que mantendrían y fortalecerían esta condición durante los años venideros. Aunque dicho sitio no estaba formalmente reconocido por el concierto internacional de naciones, el poder y la grandeza de los norteamericanos eran innegables para el polígrafo y, sin lugar a dudas, equiparables a las principales potencias mundiales de la época. En su opinión, los “yankees” no sólo estaban en igualdad de condiciones en relación las naciones más poderosas del mundo, sino que incluso las superaban por amplio margen.

En este sentido, la ventaja y superioridad de la Unión Americana sobre Inglaterra y Europa era una realidad en todo el sentido de la palabra para el polígrafo, excepto tal vez en algunos aspectos como el cultural. Vicuña Mackenna señaló que incluso Inglaterra, el país más poderoso del mundo en la época, estaba quedando rezagado respecto de los norteamericanos en la constante lucha por la supremacía y hegemonía mundial. La trascendencia de este hecho es mayor cuando se toma en consideración que, después de pasar por los Estados Unidos en 1853, Vicuña Mackenna residió un tiempo en Inglaterra y recorrió otros países del continente europeo, pudiendo hacer el contraste

⁴¹⁷ Vicuña Mackenna. *Páginas de mi diario...*, Vol. I, p. 257.

respectivo entre estas realidades y la norteamericana.

El polígrafo también advirtió que la base fundamental del creciente poderío norteamericano era el notable progreso material y crecimiento económico del país. En efecto, observó que la expansión de los Estados Unidos era constante, generalizada y considerable en la época, pese a los ocasionales vaivenes económicos del siglo XIX, los problemas políticos, los contrastes sociales internos y aún la Guerra Civil, conflicto que debilitó de forma temporal al país. También advirtió que el progreso económico, estimulado por la laboriosidad y genio inventivo de los norteamericanos, fue favorecido por las propias ventajas naturales del país y por el proceso de expansión territorial, porque este último fenómeno dotó al país de recursos naturales y posibilidades económicas ilimitadas, las cuales serían la base de su futura expansión y predominio económico mundial.

Vicuña Mackenna llegó a la Unión en una época dinámica, caracterizada por profundos cambios en todo orden de cosas que estaban configurando lo que serían las características del país a futuro. En su esfuerzo por comprender a los “yankees” en este complejo y cambiante panorama, Vicuña Mackenna fue capaz de captar los detalles sutiles y entrever las principales características de la sociedad e idiosincrasia norteamericana, muchas de las cuales son válidas hasta el día de hoy. Asimismo, su aguda penetración psicológica le ayudó a comprender el verdadero trasfondo y significado de muchas de las actitudes más odiadas y contradictorias de los norteamericanos en relación a sí mismos y a otros pueblos. Fue este notable entendimiento de la realidad estadounidense el que le permitió hacer juicios y proyecciones que destacarían por su asertividad, pues con posterioridad muchas de estas impresiones serían refrendadas por la historia moderna. Esta misma comprensión le mostró claramente que el destino de los norteamericanos era inequívoco e ineludible: la supremacía, hegemonía e influencia mundial de los Estados Unidos, omnímoda y exclusiva, sobre el resto de las naciones del mundo, cuestión que predijo en 1853 y se concretó durante el transcurso del siglo XX.

Sin embargo, Vicuña Mackenna no era un iluminado ni tampoco era infalible. También tenía falencias. Hubo aspectos de la realidad norteamericana que no comprendió a cabalidad, como fue el caso del sistema político bipartidista estadounidense y la Doctrina Monroe. Asimismo, fueron muchos los aspectos que no abordó o no se refirió dentro del tema. Por ejemplo no entregó mayor información sobre la proveniencia de los inmigrantes o las razones por las cuales emigraban. Tampoco estableció referencias relativas a las condiciones sociales de los trabajadores y sus problemas. No hay detalles sobre el sistema administrativo estadual y federal ni el sistema electoral. No menciona la existencia de barrios pobres en las principales ciudades y tampoco da mayores luces sobre el periodo de Reconstrucción posterior a la Guerra Civil. Las observaciones económicas son parciales en todos los rubros y centradas de preferencia en el Estado de California. Por último, parte de la información es mencionada a la pasada, sin mayor detalle y en algunas ocasiones adolece de falta de precisión, cuestiones que atentan contra la mejor comprensión e interpretación de la información.

En vista de todas estas consideraciones, se puede concluir que el aporte de Vicuña

Mackenna reside en haber arrojado luces que permitieron una comprensión más cabal e integral de los Estados Unidos como nación. Las observaciones de Vicuña Mackenna no sólo pusieron en evidencia las principales características, contradicciones, virtudes y defectos de su sociedad, sino también sus principales motivaciones, anhelos y deseos que la impulsaban y que con el tiempo se reflejaron en el accionar político y económico del país, configurando lo que hoy es el presente. Además, el beneficio de estas observaciones no se remite únicamente al pasado, a ilustrar y advertir a aquellos que vivieron en la misma época que el polígrafo, sino también al presente porque dicha caracterización ofrece un testimonio del pasado que, analizado de forma concienzuda por el historiador, ayuda a entender a los norteamericanos de los siglos XIX y XX y se hacen extensivas hasta el presente siglo XXI. En efecto, la lectura de las notas de viajes muestra que las características que nuestro personaje adjudicó a los norteamericanos en el periodo 1853-1878 se encuentran presentes todavía en su sociedad hasta el día de hoy. Por lo tanto, la caracterización de los Estados Unidos hecha por Vicuña Mackenna en el siglo XIX conserva plena validez y actualidad.

BIBLIOGRAFÍA

Guías bibliográficas:

- Benelli, Alejandro: Bibliografía general de Vicuña Mackenna. Integrada con trabajos de Ramón Briseño, Carlos Vicuña M., Guillermo Feliú Cruz y Eugenio Orrego Vicuña. Santiago, Universidad de Chile, 1940.

Obras generales:

Anales de la Universidad de Chile. Homenaje a Vicuña Mackenna. 2 tomos. Santiago, 3º y 4º trimestre de 1931, 1º y 2º trimestre de 1932. (Contiene estudios sobre Vicuña Mackenna de los siguientes autores: Luis Galdames, Guillermo Feliú Cruz, Carlos Vicuña Mackenna, Gustavo Labatut G., Eugenio Orrego Vicuña, Mariano Latorre y otros).

Barros Van Buren, Mario: Historia diplomática de Chile (1541-1838). Santiago, Editorial

- Andrés Bello, 1990.
- Degler, Carl N.: Historia de Estados Unidos. 2 tomos. Barcelona, Editorial Ariel S. A., 1986.
- Donoso, Ricardo: Don Benjamín Vicuña Mackenna: Su vida, sus escritos y su tiempo: 1831-1886. Santiago, Imprenta Universitaria, 1925.
- Feliú Cruz, Guillermo: Las obras de Vicuña Mackenna: estudio bibliográfico precedido de un panorama de la labor literaria del escritor. Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1932.
- Feliú Cruz, Guillermo: Vicuña Mackenna: un historiador del siglo XIX: Ensayo. Santiago, Nascimento, 1950.
- Feliú Cruz, Guillermo: Benjamín Vicuña Mackenna. El historiador. Santiago, Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, Serie Verde N° 8, 1958.
- Figueroa, Pedro Pablo: Apuntes históricos sobre la vida y las obras de Don Benjamín Vicuña Mackenna. Santiago, Imprenta Victoria, 1886.
- Figueroa, Pedro Pablo: Historia del popular escritor Don Benjamín Vicuña Mackenna: su vida, su carácter i sus obras: (escritor, periodista, revolucionario, proscrito, viajero, estadista, diplomático, magistrado, legislador, orador, parlamentario... Cincuenta años de la historia política, literaria i social de Chile. Santiago, Barcelona, 1903.
- Galdames, Luis: La juventud de Vicuña Mackenna. Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1932.
- Guerrero Yoacham, Cristián, y Guerrero Lira, Cristián: Breve historia de los Estados Unidos de América. Santiago, Editorial Universitaria, S. A., 1998.
- Guerrero Yoacham, Cristián: "Chile y la Guerra de Secesión de los Estados Unidos 1861-1865", en Boletín de la Academia Chilena de la Historia, N° 89. Santiago, 1975-1976.
- Guerrero Yoacham, Cristián: "La misión de Vicuña Mackenna a los Estados Unidos (1865-1866)", en Boletín de la Academia Chilena de la Historia, N° 97. Santiago, 1986 (También en Atenea, N° 453-454. Concepción, Universidad de Concepción, 1986, pp. 239-275).
- Homenaje a D. Benjamín Vicuña Mackenna en el centenario de su nacimiento: 1831 – 25 de agosto – 1931. Santiago, Imprenta "La Tracción", 1932.
- Morison, Samuel Eliot, Commager, Henry Steele y Leuchtenburg, W. E.: Breve historia de los Estados Unidos. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Orrego Vicuña, Claudio: Vicuña Mackenna: Chileno de siempre. Santiago, Editorial del Pacífico, 1974.
- Orrego Vicuña, Eugenio: Iconografía de Vicuña Mackenna. 2 tomos. Santiago, Dirección General de Prisiones, 1939.
- Orrego Vicuña, Eugenio: Vicuña Mackenna: Vida y trabajos. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1951.
- Randall, J. G.: The Civil War and the Reconstruction. Boston, B. C. Heath and Company, 1953.
- Tendall, George B., y Shi, David E.: Historia de los Estados Unidos (América: A

narrative history). 2 tomos. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1995.

Fuentes primarias:

Hunter, Daniel J.: A Sketch of Chili, Expressly Prepared For The Use of Emigrants From The United States And Europe To That Country, With A Map, And Several Papers Relating To The Present War Between That Country And Spain, And The Position Assumed By The United States Therein. New York, Printed by S. Hallet N° 60 Fulton Street, 1866.

Hunter, Daniel J.: Chili The United States And Spain; A Series of Lectures, Speeches, Editorial Articles, And Other Publications, On The Position Assumed By The Republic of Chili In The Pending War With Spain. Considered Under The Light Of The Present Foreing Policy of The United States. New York, Printed by S. Hallet N° 60 Fulton Street, 1866.⁴¹⁸

Vicuña Mackenna, Benjamín: Abraham Lincoln. Introducción y notas de Cristián Guerrero Yoacham. Santiago, Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura, 1965.

Vicuña Mackenna, Benjamín: Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norte América como Agente Confidencial de Chile. 2 tomos. Santiago, La Libertad, 1867.

Vicuña Mackenna, Benjamín: Miscelánea. Colección de artículos, discursos, biografías, impresiones de viajes, ensayos, estudios sociales, económicos, etc. 1849-1872. Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio de Orestes S. Tornero, 1872.

Vicuña Mackenna, Benjamín: Páginas de mi diario durante tres años de viaje: 1853-1954-1855. 2 tomos. Santiago, Dirección General de Prisiones, 1936.

Vicuña Mackenna, Benjamín: Pro Bono Publico. A History of Some of the Executions (?) of the Neutrality Law of the United States, by the Present Administration. Santiago, sin pie de imprenta, 1865.

Vicuña Mackenna, Benjamín: "Terra Ignota". O sea, viaje del país de la crisis al mundo de las maravillas (Simples notas a vuelo de ave sobre California, los Estados de la "Nueva América" y la Australia, vía Japón y la China, según el itinerario del viajero chileno don José Sergio Ossa en 1874-1876). Valparaíso, Imprenta San Rafael, 1930.

Vicuña Mackenna, Benjamín: Una excursión a través de la inmortalidad o sea reminiscencia de los grandes hombres que en el curso de mi vida he conocido en el Nuevo y en el Viejo Mundo. Santiago, Imprenta de El Progreso, 1885.

⁴¹⁸ Tanto este libro como el anterior, fueron escritos por Benjamín Vicuña Mackenna y publicados bajo el nombre de su secretario, Daniel J. Hunter, para evitar complicaciones durante el desempeño de la misión diplomática confidencial de 1865-1866.